Crónica Negra de Guadalcanal

El Rabazo

Manuel Barbancho Veloso

CRÓNICA NEGRA DE GUADALCANAL

EL RABAZO

© Manuel Barbancho Veloso
© De esta edición: A.C. Benalixa

Editor: Ignacio Gómez Galván

Depósito legal: BA-000560-2015

Impreso en España

Edición patrocinada por la Asociación Cultural Benalixa

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro medio, sin el permiso previo por escrito de las titulares del ©

Impresión: Imprenta Unión4, S.L.
Los Santos de Maimona
(Badajoz)

Nota del autor

Hace ya muchos años que en las noches de invierno sentado a la luz de la lumbre, mi abuela me contaba historias que en muchas ocasiones me hacían gracia y en otras me daban auténtico pavor. Una de estas narraciones caló en mi inocencia, como si de un caso excepcional se tratara.

Con el paso del tiempo y tras haber consultado fuentes y escuchar versiones distintas, despertó en mí la curiosidad de saber algo de aquel tema que mi abuela Pepa me contaba y que yo creía inverosímil.

Sin embargo, aquel cuento no era fruto de la fantasía de una abuela, sino una tremenda y triste realidad. Me refiero al crimen cometido por el primo hermano de mi otra abuela, Julia, madre de mi padre.

Tras una publicación de Eleuterio Díaz López en la Revista de Feria del 2007, volvieron a mi los recuerdos de aquellas noches en torno a la candela de la cocina de mi casa, en la Plaza de Santa Ana, en donde nací y me crié y en donde escuché tantas y tantas veces aquello de *Eres más malo que Rabazo,* en alusión a la vergonzosa hazaña que cometiera aquel primo hermano de mi abuela Julia, llamado Antonio Martínez Hernández, más conocido por *El Rabazo*.

Con el paso del tiempo y meditadas las circunstancias que podían haber llevado a aquel hombre a cometer tan deplorable crimen, mi mente comenzó a fraguar una historia novelesca en su totalidad, pero con la intención de llevar al lector a una situación, que el autor de estas páginas simplemente se imagina.

Dadas las fechas en que aquellos hechos se produjeron, no es difícil entender que casos de este tipo son la más viva estampa de aquella España profunda, en la que el desasosiego imperaba en cada uno de sus habitantes.

Solo quiero dejar implícito, como yo me imagino la situación, en una época tan dura y difícil para tanta gente, pero nunca con la intención de herir

sensibilidades.

Los hechos que a aquí se narran pueden en muchas ocasiones coincidir con la realidad, pero son pura ficción, emanada de la mente del autor, quien dejando volar su imaginación, trata en lo posible de hacer llegar al lector el cómo, el cuándo y el por qué, de aquellos acontecimientos, que quedaron grabados en la *Crónica negra de Guadalcanal.*

Manuel Barbancho Veloso

Dedicado a mis padres Cayetano y Manuela
y a mi tío Manuel Cabeza Grillo,
tan aficionado a la historia.

LOS OLIVOS

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar y de olivar!
Son las tierras
soleadas,
anchas lomas,
lueñes sierras
de olivares recamadas
Mil senderos. Con sus machos
abrumados de capachos,
van gañanes y arrieros.
¡De la venta del camino
a la puerta, soplan vino
trabucaires bandoleros!
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada,
olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!

Antonio Machado

PRÓLOGO

Leer estas páginas que ha preparado mi amigo Manolo Barbancho, ha sido volver a esa historia de Guadalcanal, que aunque no la vivimos directamente, la llevamos en los genes heredados de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nuestros vecinos que nos precedieron en otras épocas. De las paredes encaladas que año tras año han ido recibiendo esa nueva capa de cal blanca, que van formando una gruesa costra, que nos permitiría conocer el año en que se construyó la casa.

Uno inicia la lectura y van apareciendo esos personajes que nunca conocimos directamente, pero que nos van a recordar a esas personas de las que oímos hablar o incluso conocimos, de las que nos queda un vago recuerdo.

Vamos a ir encontrando palabras que tenemos olvidadas o que quizás ni llegamos a conocer, y que con la marcha de las personas y el paso del tiempo, se han perdido.

Manuel Barbancho y sus padres, fueron una familia más de las que salieron de Guadalcanal en los años setenta del siglo pasado, para establecerse lejos de su pueblo, en este caso en Alcalá de Henares. Allí se casó, formó también su propia familia y montó un pequeño negocio, que le ha permitido vivir y criar a sus hijos.

Como él ha puesto en el título del libro, efectivamente es una historia de la crónica negra de Guadalcanal y unos hechos tristes y lamentables, que afortunadamente no se han repetido.

Manuel Barbancho nos va contando la historia de cómo sucedió todo, pero al propio tiempo nos va dando a conocer la forma en que se vivía en aquellos años, las penalidades que pasaban la mayoría de los vecinos del pueblo y las vicisitudes que ocurrieron durante los cuatro años que abarca la historia.

Aunque el personaje central –como no podía ser de otra forma- es *El Rabazo*, durante la lectura del libro van apareciendo nombres de personas y sucesos, que nos van introduciendo en el ambiente que va narrando y en ciertos momentos creemos estar formando parte de los diferentes hechos que están viviendo los personajes. Esos momentos en la rebotica de Rogelio Vázquez, saboreando el anís Flor de la Sierra y tratando de encontrar la forma de ayudar a *El Rabazo*, junto con sus amigos Eusebio Márquez, el médico y Ricardo Marín, el secretario del Ayuntamiento. Vamos viendo las horas que el abogado Adolfo Rodríguez, dedica para intentar salvar la vida de Antonio Martínez, y a todas las personas que intentan ayudarle.

Así a veces estamos en el salón principal de el Casino, con esas discusiones interminables sobre política, y otras, formando parte de la cuadrilla de aceituneros que recogen la cosecha en la finca de la Burbana o segando en las proximidades de Hamapega. De pronto nos vemos bajando del tren en la estación de Sevilla y viéndola de nuevo como la conocimos y con ese olor tan característico que tenían todas las estaciones de ferrocarril.

El dolor de las dos madres, Mª Josefa Cortés, madre de Carolina y Pura Hernández, de *El Rabazo*, aparece una y otra vez en el transcurso de la historia, sufriendo ambas mujeres por sus seres queridos, pero unidas por ese dolor.

En todo momento Manuel Barbancho trata de dar una explicación a esta tragedia ocurrida entre vecinos de Guadalcanal, aquel día uno de junio de 1920, en la caseta ferroviaria que está junto a la estación de Cazalla de la Sierra. Hechos que vamos a vivir en primera persona, ya que el narrador de la historia está presente en cada momento de la misma.

Vamos a palpar el ambiente en la cárcel del Pópulo de Sevilla, donde *El Rabazo* pasó los últimos años de su vida. Conoceremos a otros presos y las múltiples visitas que recibe, para tratar de ayudarle.

Una parte importante del libro transcurre en el barrio de Santa Ana, porque allí vivían las dos familias afectadas por los trágicos sucesos. El párroco de Santa Ana, Rafael Ordóñez Rivero, aparece una y otra vez, tratando de ayudar tanto a *El Rabazo*, como a su madre y a la familia de Carolina Merchán. En esa iglesia se celebrarán varias reuniones entre el párroco, el boticario, el médico y el secretario del Ayuntamiento, con el único objetivo de ayudar a las familias a sobrellevar la pesada carga de la tragedia que les ha tocado vivir.

Todo esto lo ha hecho Manuel Barbancho viviendo físicamente a más de quinientos kilómetros de Guadalcanal, pero mentalmente oyendo a su abuela en la cocina de su casa, contándole la historia de *Rabazo*, primo de su abuela Julia.

Manuel Barbancho me pidió que fuera su editor y prologuista de este libro,

que con tanto cariño ha escrito, gustosamente así lo he hecho y espero que el resultado final merezca su aprobación.

Para realizar este trabajo, a mi vez, he recurrido a mis grandes amigos, Eleuterio Díaz López (autor del artículo que espoleó a Manuel Barbancho a escribir este libro), José Mª Álvarez Blanco y Plácido Cote Rivero, que han leído pacientemente los diferentes borradores que ha hecho posible que hoy tengan en sus manos este libro.

Ignacio Gómez Galván

Presidente Asociación Cultural Benalixa

PERSONAJES DE LA HISTORIA	
Nombre y apellidos	**Relación**
Antonio Martínez Hernández	El Rabazo
Pura Hernández	Madre de El Rabazo
Joaquina Martínez Hernández	Hermana de El Rabazo
José Antonio Heredia Torrado	Esposo de Joaquina Martínez
Beatriz Gómez Martínez	Esposa de El Rabazo
José Romero Martínez	Esposo de Carolina Merchán
Carolina Merchán Cortés	Asesinada por El Rabazo
Antonia y Carmen Romero Merchán	Hijas de Carolina Merchán
Mª Josefa Cortés	Madre de Carolina Merchán
Julia Hernández Cantero	Prima de El Rabazo
Manuel Barbancho Moreno	Esposo de Julia Hernández
Alegría Hernández Cantero	Prima El Rabazo y hermana de Julia
José Barragán Gordón, *Torrontero*	Obrero agrícola
José Rebollo Montiel	Cabo G. Civil de Alanís
Juan Piñero Bernabé	Guardia civil de Guadalcanal
Joaquín Ortega	Teniente G. Civil
Luis Castellano de Rivera	Empresario
Rogelio Vázquez Rivero	Boticario
Eusebio Márquez Pérez	Médico
Ricardo Marín Fernández	Secretario Ayuntamiento
José Castelló Castro	Alcalde de Guadalcanal
Luis Castelló Pantoja	Militar. Hermano José Castelló
Pedro Carballo Corrales	Párroco de la iglesia de Santa María
Rafael Ordóñez Rivero	Párroco de la iglesia de Santa Ana
Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras	Abogado defensor
José Jiménez Candau	Abogado amigo de Adolfo Rodríguez
Casimiro Municio Agüera	Verdugo
Otero	Presidente Audiencia Provincial de Sevilla
Quirós	Fiscal

I

La fresca brisa de la sierra, azota suavemente en los rostros de los segadores, que con su hoz en la cintura y la *capacha* al hombro con un trozo de pan y tocino en su interior, se ponen en marcha por los distintos caminos del pueblo a los tajos, en donde los manigeros esperan impacientes.

El día será muy largo y el calor irá azotando cada vez más los rostros de aquellos hombres ataviados con petos de cuero y *zoquetas* en los dedos para protegerse de los cortes que la herramienta de siega, les pueda causar en un descuido.

La cuadrilla que trabaja en las proximidades de Hamapega, siente pitar el tren procedente de Sevilla, con dirección a Mérida. Manuel Barbancho Moreno levanta la vista y mira a la vía con los ojos humedecidos por el sudor, ve el humo de la locomotora que bufa estrepitosamente, debido a la cuesta que hay antes de llegar al gran túnel, que está cerca de la ermita de San Benito. Se limpia el sudor y vuelve a la faena, haciendo mover la hoz algo más rápida con el fin de igualarse con el compañero.

- Es el correo de la una y hoy parece que no viene con retraso, así que habrá que ir haciendo el gazpacho.

No tardaron en ser oídas las palabras de Manuel por el zagal de la cuadrilla, quien no se entretuvo mucho tiempo en ponerse a la faena de hacer el fresco alimento. Agua del barril, aceite, vinagre y sal, guardados en recipientes hechos con cuernos de cabra, luego un par de teleras ya resecas por el sol y algunos tomates maduros. Todo bien majado en el gran *dornillo* y pronto la voz del muchacho se pudo oír llamando a los compañeros, desde la sombra de una encina.

- ¡Ya esta hecho el gazpacho, así que vamos a comer!

Un gran corro se formó teniendo como centro el *dornillo,* al que cada uno accede para coger su cucharada dando un paso atrás y dejando sitio al siguiente, hasta dejar vacío el gran cuenco de madera, que el zagal se encarga de fregar con un poco de agua del barril. Luego, de las *capachas* y *talegas* salen las meriendas particulares de cada uno, que no suelen ser muy abundantes, pues el jornal es corto y las familias largas, así que cada uno desmenuza su pobreza entre los dientes.

Manuel al sacar la fiambrera de su talega se lleva una gran sorpresa. Parece que Julia, su mujer, le ha cambiado el cacho de tocino de todos los días, por un pedazo de chorizo. A lo mejor lo ha conseguido en casa del señorito en donde sirve. El zagal que tiene más hambre que un maestro de escuela, se queda mirando lo que tiene entre manos Manuel y éste comprende rápidamente el deseo del muchacho.

- Toma mocito, que no digan que los *riscos* somos roñosos.

Las risas de los demás se dejan oír, mientras el muchacho come con avaricia el trozo de chorizo que seguramente la *seña* Julia se quedó sin comer, para echárselo a su marido en la talega. Poco después y bajo un sol de justicia, las petacas se intercambian de una mano a otra, al igual que los libritos de papel de *Indio Rosa,* y mientras se lían los cigarros y se encienden las mechas de los chisqueros, se hacen distintos comentarios con respecto al trabajo.

- En cuanto acabemos aquí tendremos que ir a *Los Tomillares* pues lo de *El Porrillo* está más tardío y es posible que no empecemos hasta mediados de mes –dice Manuel Barbancho.

La hora de descanso ya ha terminado y los segadores vuelven a su faena, haciendo mover la hoz perezosamente, pues después de tener la tripa llena, aunque solo sea de gazpacho, siempre cuesta trabajo doblarla, pero hay que hacerlo, porque allá en el pueblo está la familia esperando ese jornal que tan difícilmente llega a muchas casas en el transcurso del año.

La tarde se hace interminable y el sol parece que envía sus rayos con toda la furia del infierno y las *mieses* crujen ante la afilada hoz que las corta secamente.

Poco a poco, el astro rey va descendiendo por la sierra de *lo* Cazalla y la cuadrilla de segadores da por finalizada la faena.

Haciendo pequeños grupos y tras las bestias que han estado todo el día de holganza *amaneadas* en los rastrojos ya cortados, los segadores se encaminan por la polvorienta carretera de Alanís, hasta la villa de Guadalcanal. En el camino se reúnen con los jornaleros del cortijo de Villa Susana, que también han acabado su

trabajo. Entran en el pueblo por El Coso en dónde algunos se paran, para que los animales beban en el abrevadero, mientras los más jóvenes se refrescan con el agua procedente de la sierra que sale a borbotones de la fuente.

Al fondo, el pico más alto de la Sierra del Agua, avisa de que la noche está a punto de llegar. En las puertas de las casas algunos viejos se sientan a tomar el fresco, mientras los niños juegan formando gran algarabía, a la pídola o al salto del moro, y en el interior de las casas se puede adivinar el ajetreo de las mujeres preparando le cena.

Por las calles polvorientas de la villa, deambulan toda clase de personas que al caer la tarde, se dedican a sus quehaceres o entretenimientos favoritos. De las iglesias de Santa Ana, San Sebastián; y Santa María, las mujeres salen del Rosario, aún con sus velos colocados en la cabeza. Aunque las más jóvenes se apresuran a quitárselo, con el fin de que sus rostros puedan ser vistos por algún mocito, de los que todavía vienen del campo.

En la Plaza se repite la misma monotonía de todos los días y mientras los párrocos de las iglesias intercambian opiniones sobre sus cosas, en el Casino los señoritos tratan de arreglar el mundo en tertulias interminables, en las que se mezcla la política, con los problemas del campo, al que dicho sea de paso, a ninguno de ellos se les ha ocurrido aparecer en mucho tiempo, pues menuda calorina hace, con lo fresquito que se está en el patio de casa.

Los manigeros acuden a la fuente de la Plaza para buscar jornaleros, bien para la siega o para otros menesteres. Muchos hombres en paro, se acercan a estos, para que con el beneplácito de sus señores, les den la oportunidad de poder llevar algo de pan a sus hijos. Hijos que seguramente se han tirado todo el día buscando *cagajones* de mulas, para venderlo como abono; acarreando agua para el consumo de casa por una perra chica, o trayendo *cántaras* de leche desde los cortijos lejanos, hasta la casa de algún señor, que le premia su labor con un jarrillo del blanco elemento, o un puñado de aceitunas *zapatas*.

Manuel Barbancho llega a su casa de la calle Luenga y mientras se rasca la espalda con la punta de la hoz, observa a su hijo Manolito que a pesar de sus siete años, saca del pozo del huerto un cubo de agua, para que su padre pueda lavarse un poco. Mientras, Julia que hace poco tiempo ha llegado de casa de su señorita, saca de una fiambrera la comida que ha sobrado de la casa de su ama y le arrima algo de tocino, para que Manuel pueda cenar algo y así reponer fuerzas para el día siguiente.

La casa de Manuel como todas las casas de los jornaleros del pueblo es humilde, sencilla y pobre, pues en ella no se aprecian los lujos que en las de los más pudientes se pueden disfrutar. Situada a unos doscientos metros del callejón del Barro, al lado derecho según se sube por la calle Luenga, para entrar en

ella hay que subir dos escalones y se llega al zaguán, en donde hay dos habitaciones, una a cada lado. Por el arco del centro se llega al comedor. En el gran salón con dos mesas camilla, pues además de la familia de Manuel Barbancho Moreno y Julia Hernández Cantero, también viven con ellos la hermana de ésta, Alegría con su marido e hijos. Un chinero es el único mueble vertical, en donde se guardan la escasa vajilla compuesta por platos de distintas clases, así como tazones variados, un *dornillo* que es el que más se usa, pues en él todos los días se hace el gazpacho para las dos familias, una botella de anís vacía y algunos cubiertos y vasos también de distintos modelos.

A continuación, una gran cocina con chimenea y suelo enlosado con baldosas de piedra, sirve para que Julia y su hermana anden de un lado para otro atizando el anafe o apañando los avíos del gazpacho, que majará sobre una desvencijada mesa de madera, que hay bajo la *espetera* en la que se cuelgan cacerolas y sartenes, mientras que a través de la puerta puede ver a sus hijos Manolito y Narciso, enredando en la escalera que sube al huerto, en el que ya se pueden coger las patatas tempranas.

En el piso superior de la casa están los graneros que se usan para guardar la paja que servirá de alimento al burro que tienen, y también los garbanzos y los *friajones* que alternarán en sus comidas diarias. Alguna ristra de ajos, las aceitunas aliñadas, cebollas, patatas y algunas herramientas y útiles, conforman todos los bienes de la familia.

Las moscas provenientes del corral en donde se crían las gallinas y algunos conejos, domina todo el ambiente y Julia de vez en cuando tiene que pasar un trapo por la cara de Cándida, que tiene solo tres meses de vida. Mientras la criatura juguetea con sus débiles manitas en una cuna de hierro, que tiene unas perinolas doradas y que suenan a latón cuando éstas se mueven, debido al movimiento que se produce al mecer a la niña.

En la torre de Santa María suenan las campanas tocando a Ánimas y poco a poco la gente se va metiendo en sus casas, pues ya va siendo hora de irse a la cama y de dejar las tertulias que se forman en la calle tomando el fresco, ya que de madrugada habrá que volver al tajo y qué suerte de aquél que lo tenga.

Así que Manuel apura la última colilla del día y se dispone a acostarse, mientras los niños ya descansan, aunque Cándida parece estar despierta y a Manuel le da la sensación de que la noche no va a ser buena, pues ve a la niña con ganas de dar la *tabarra.*

- Me parece que ésta no nos va a dejar dormir.

- No creas, en cuanto apaguemos el candil se quedara frita.

Manuel se tiende boca arriba al lado de su esposa, mientras la niña

poco a poco se va quedando dormida. Su mente comienza a deambular y los presagios de un futuro cada vez más incierto le invaden tremendamente. Porque en las condiciones en las que vive no hay esperanzas de mejoras y tampoco ve porvenir a corto plazo, ya que dentro de poco las faenas de la siega terminarán y hasta la aceituna posiblemente no podrá volver a ganar un jornal. Pero así son las cosas y el cansancio debido a la faena del día lo domina y queda dormido sobre el lecho medio desnudo y desarropado debido al calor.

A su lado su esposa envuelta en su camisón de un blanco impecable, también da vueltas a su cabeza y rememora los acontecimientos del día, pues desde por la mañana ha tenido que multiplicarse en los distintos quehaceres que van desde preparar el desayuno de su marido a eso de la seis de la mañana, hasta dejar todas las cosas de su casa listas, para a algo más de las ocho, acudir a la casa de su señorita, en dónde no le iba a faltar tiempo para hacer cosas.

- Julia vete a la fuente de Juan Blanco a hacer la colada y ten mucho cuidado con las camisas del señorito. Julia el caballo de don Pepe se ha cagado en el postigo vete a barrerlo. ¿Por qué esta todavía el vestido de la señora sin planchar? son las diez y tiene que ir a la iglesia de San Sebastián a misa.

Julia para arriba, Julia para abajo, parece que no había otra persona en la casa para hacer las cosas. Pero lo cierto y verdad, es que a Julia le cundían las cosas y su extraordinaria capacidad para desempeñar cualquier tarea le hizo ganarse el respeto de Carmen, la cocinera, quien le quitaba muchos golpes, además de echarle una mano a la hora de sisar algo de la cocina, para que se pudiera llevar a su casa.

Julia y Manuel se hicieron novios en el cortijo de los *Tomillares* un año en plena recolección de la aceituna. Manuel estaba vareando y Julia con su hermana Alegría cogían las *raberas* de los muchos olivos manzanillos y picudos que había en aquella hacienda.

Por las noches cuando acababa la faena, todos los aceituneros se concentraban en la gran sala del cortijo y terminada la cena, los más jóvenes se quedaban charlando y riendo en torno a la candela. Fue entonces cuando Manuel aprovechando que se encontró con ella a solas, le hizo una proposición que ella no esperaba.

- Julia ¿quieres que seamos novios?

La muchacha no fue capaz de responder a aquella proposición tan directa y se limitó a no contestar, haciendo como que estaba de broma. Pero en su interior brilló como una llama que había encendido la voz de aquel apuesto joven, a la que ella conocía de hace algún tiempo, cuando acudía a casa de una amiga que vivía en la calle Granillos como él, o a la de su tía Pura Hernández, en la calle de Santa

Ana.

No tardó Julia en contárselo a su hermana y a la compañera con las que más confianza tenía, que la animaron a que le diera el sí, pues todas coincidían en que era un mozo guapo y muy trabajador. No había más que verlo cuando vareaba los olivos o se cargaba con tanto ímpetu los sacos de aceitunas, para subirlos en las mulas y llevarlos al molino.

Manuel era un hombre alto y apuesto, muy serio, eso sí, pero cuando estaba metido en jarana era el primero en apuntarse a todo lo que fuera pasárselo bien. Además era muy bien parecido, su pelo algo cano pero muy abundante y sus ojos azules y grandes, le hacían parecer más joven de lo que era. Pero si algo llamaba la atención de Manuel, era su extraordinario desparpajo para defender los derechos de sus compañeros, antes los agravios de algunos manigeros que anteponían estos, a los caprichos de sus señoritos.

Nunca ninguno de los que se enfrentó, pudo rebatirle nada de lo que él exigía, pues su extraordinaria capacidad para el trabajo dejaba de lado cualquier discusión. Algunos de estos manigeros decían de él que era difícil de dominar, pero que en el trabajo no había quien le ganase y es por eso por lo que la mayor parte de las veces lo buscaban.

Julia era una mocita también muy trabajadora, desde pequeña su madre la tuvo que poner a servir y desde muy niña tuvo gran interés en aprender a leer, cosa que logró mientras barría el corral de su señora, con una cartilla que alguien le dio, y que llevaba entre las piernas para no ser vista. Su corta vida nunca le había dado ninguna satisfacción, pues desde pequeña tuvo que estar sometida a la esclavitud que en esa época le había tocado vivir, pero a sus veinte años era ya capaz de leer el papel y muchas veces se quedaba con el periódico que el señorito Pepe dejaba, para que el servicio lo tirara a la basura. Cosa que ella aprovechaba para enterarse de lo que pasaba.

Su cara no era de una extraordinaria belleza pues tenía una amplia frente y unas orejas grandes y separadas, tampoco era de busto voluminoso y su cuerpo más bien pequeño, pero era una persona tremendamente alegre. Tanto, que mucha gente le decía en broma que el nombre de Alegría se lo tenían que haber puesto a ella y no a su hermana, a quien según Julia tenían que haberle puesto Angustias, pues era una muchacha que lloraba por cualquier cosa.

Pero si algo había que destacar en aquella Julia de la que Manuel se había enamorado, era su extraordinaria bondad y la dulzura que desprendía a raudales, haciendo bueno todos los fallos que la naturaleza no le había dado.

II

A la hora de la merienda, la vida social en la villa de Guadalcanal que las personas de mayor rango suelen ejercer, se convierte en cierto modo en un estado de monotonía, pero que es agradable al gusto de cuantos la llevan a cabo. Los hombres en el Casino y las mujeres en la casa rectoral de sus respectivas parroquias, en las que ponen al día sus test de caridad y organizan los eventos religiosos de las correspondientes hermandades y asociaciones cristianas de las iglesias, a las que cada cual pertenecen.

Pero es en el Casino en donde las tertulias, se hacen dueñas del ambiente del salón principal.

Desde el mostrador del bar, Federico ve llegar a los socios que dejan el sombrero y el bastón al conserje, vestido de azul marino con chaqueta cruzada ribeteada de vivos dorados, haciendo juego con los botones. Éste lo deposita en el ropero que hay justo al lado de la puerta giratoria que da a la Plaza.

Desde el vestíbulo central pueden oírse las voces de los que en el salón discrepan sobre los acontecimientos políticos ocurridos en los últimos días y que vienen reflejados en periódicos como *El Liberal* de Sevilla, *El Sol* o el *ABC de Madrid*. Dependiendo de las distintas opiniones de cada uno, las actitudes se defienden de una u otra manera, eso sí, muy acaloradamente, pues los temas políticos suelen ser los preferidos de señoritos desocupados que no tienen otra cosa que hacer.

De vez en cuando Federico sale a servir en las mesas y puede escuchar las discusiones de cada uno, sin que él diga nada de lo que siente, aunque en muchas ocasiones le gustaría poder expresarlas abiertamente, pero se calla y se vuelve a su

mostrador, limpiándose las manos en su blanco delantal, quizás para preparar otras consumiciones a los del piso de arriba que se preocupan más de su actividad ludópata jugando grandes cantidades de dinero a las cartas, que de los temas políticos y sociales, a los que los de los salones de abajo están acostumbrados.

Pero si hay tertulias animadas en el Casino de Guadalcanal, una de ellas es la que todas las tardes se organiza en torno a la mesa que hay junto a la ventana que da a La Almona, en donde se reúnen personas tan dispares como Luís Castellano de Rivera, empresario, muy conservador él. Eusebio Márquez Pérez, médico de acreditada fama y muy inquieto por los problemas sociales, de quien Luis Castellano decía, que era la única persona en el mundo que le sacaba de sus *casillas*, con esas ideas tan liberales o libertinas que tenía. José Castelló Castro, el Alcalde, era una de las personas más adineradas del pueblo, pues poseía gran cantidad de tierras y aunque era muy conservador, solía ser bastante afable con las clases más débiles, no en vano todos acudían a él para pedirle favores, que solucionaba si estaba en sus manos. Pedro Carballo Corrales, párroco de Santa María, con un talante muy altanero y dictatorial. *Torquemada*, le decían los liberales del pueblo, por su comportamiento totalitario con la gente de su parroquia, a la que no tenía el más mínimo reparo de criticarlas desde el púlpito. Ricardo Marín Fernández, Secretario del Ayuntamiento, una persona afable y muy mediadora en las discusiones. Su talante y educación hacía que todos le trataran con gran respeto, pues era tremendamente educado y daba lo mismo que por la calle le saludara un marqués o una lavandera, él siempre se quitaba el sombrero y respondía al saludo con la misma frase:

- Vaya usted con Dios amigo mío.

También en muchas ocasiones y cuando la ocasión lo requería, se unía a la tertulia; Rogelio Vázquez Rivero, el boticario, persona discreta y muy educada. Jamás salió de su boca ofensa alguna contra nadie y su talante liberal era puesto en práctica como él decía, con los hechos y no con las palabras. Todo el mundo lo apreciaba en el pueblo por su buen hacer y su bondad, sobre todo con aquellos que necesitaban de su oficio para conservar la salud.

Aunque la sangre nunca llegó al río, en la tertulia de la mesa de al lado de la ventana de la Almona, aquella tarde la discusión parecía que se estaba saliendo de madre, sobre todo por parte de Luis Castellano, quien no podía remediar su educación militar y tratando de convencer a sus contertulianos golpeaba en la mesa haciendo saltar las cucharillas del café, que ya bebido quedaron en el interior de los vasos de las maquinillas, llamando la atención de otros tertulianos que hablaban de temas menos acalorados que los políticos.

- Ustedes los liberales no han sabido estar a la altura de las circunstancias, hace ya ocho años que mataron a Canalejas y no han aprendido nada de nada, todavía

sigue vigente la ley del candado y muchas otras, como las dichosas ocho horas o la ley de huelga que ese Pablo Iglesias del demonio no hace más que utilizar para conseguir sus réditos políticos.

- Mi querido don Luis, no hace falta que se ponga usted así, las cosas no son como nosotros desde nuestro punto de vista las vemos, en este país hay mucha pobreza y la gente es analfabeta en su mayoría, o ¿es qué no se ha fijado lo que hay en la calle?

- ¿Sabe lo que le digo don Eusebio?, lo que está haciendo falta es un gobierno militar que ponga orden en este desaguisado, si no, ya mismo estamos viendo a ese Pablo Iglesias llevándonos a la revolución como en Rusia.

El Secretario del Ayuntamiento viendo que la discusión estaba alcanzando cotas muy elevadas trató de apaciguar los ánimos sobre todo del militar, al que parecía que se le iban a salir los ojos de sus orbitas.

- No hay por que ponerse así don Luis, las cosas son como son y don Eusebio tiene razón en lo que dice, la gente está muy por debajo de sus posibilidades y la mayoría están en los límites de la pobreza. Así que esos pobres que no tienen para llevar a su casa lo más necesario, se pueden dejar guiar por vientos revolucionarios que pueden venir de la mano de los socialistas o de los anarquistas.

- Yo le aseguro amigo Ricardo, que como un militar con un par de cojones tomara las riendas de España, esos revolucionarios del demonio se avendrían a razones y se acabarían los cuentos. Y les voy a decir a ustedes una cosa: don Eduardo Dato tampoco me merece a mi mucha confianza y eso que yo soy un buen conservador.

El médico cortó radicalmente la arenga del viejo militar y muchos de los presentes al oírlo pensaron que la cosa podría ir a más.

- Usted don Luís, tiene ideas que no son de buen cristiano. ¿Es qué no se da cuenta de lo mal que está la gente?, ¿no se ha fijado por esas calles de nuestro pueblo a los hombres parados que deambulan por las tabernas, mendigando un trabajo? ¿No ve a esos niños harapientos y enfermizos que a muchos de ellos les llega la muerte por enfermedades, que se podían curar con cuatro perras? Eso que usted no ve o no quiere ver, es lo que está pasando en España y no me extrañaría lo más mínimo que tarde o temprano esa revolución a la que usted alude se nos venga encima y no por culpa de ellos, sino de nuestro egoísmo.

Luís Castellano hizo ademán de levantarse de la mesa, sacó de uno de los bolsillos de su chaleco unas monedas y del otro su reloj de oro.

- Creo que ya va siendo hora de marcharme, hoy pago yo los cafés, pero antes de irme le quiero decir a ustedes algo. Siempre he sido un buen cristiano y usted lo

sabe don Pedro y nadie me va a decir a mí, como debo yo de llevar mi devoción. Ahora bien, en lo que respecta a esa gente que usted don Eusebio dice que están tan mal, le voy a decir una cosa, ellos se lo han buscado, yo no soy el ángel de la guarda de toda esa plebe de sindicalistas. Si ahora no tienen trabajo que lo hubieran pensado antes...

Todos quedaron desconcertados ante las palabras del militar y ninguno de ellos se atrevió a hacer comentario alguno. Fue Pedro Carballo quien rompió el silencio.

- Don Luís yo también me voy, es la hora del Rosario y pronto tendré a mis feligreses esperando.

La incertidumbre quedó en el salón del Casino inundándolo todo, unos y otros se miraban como si quisieran adivinar en el rostro del contertuliano de al lado lo que cada cual estaba pensando en esos momentos, pero nadie se atrevía a hablar, hasta que el militar y el párroco salieran por la giratoria puerta.

Fue al desaparecer los dos hombres, cuando todas las miradas se posaron en Eusebio Márquez, quien pudo comprobar que los ojos de cuantos se fijaban en él se clavaban como espadas. Entonces el Secretario salió al quite, como se suele decir en términos taurinos, y conduciendo por otro camino las especulaciones que unos y otros podían hacer con respecto a la consabida ideología del médico.

- Mí querido Eusebio, lo suyo son los enfermos y tengo que decirle que ejerce usted su vocación de una manera extraordinaria. Reconozco que sus ideas no son tan descabelladas, pero a una persona como a don Luis no es fácil convencerla.

No eran descabelladas las palabras del médico con respecto a la pobreza en la que estaba inmersa España, pues el año que corre, (1920) las cosas no estaban tan boyantes como los anteriores, ya que con la gran guerra, la economía del país se disparó extraordinariamente, aunque las ganancias recayeron en los grandes industriales y terratenientes, quedando las clases trabajadoras al margen, sobre todo en el campo y más si cabe en el andaluz. Una peseta era el sueldo de un día de jornal. Esto cuando había trabajo, mientras en la industria era de tres. La esperanza de vida estaba entre los treinta y cinco y los cuarenta años y la mitad de los niños morían antes de cumplir los cinco.

Naturalmente en Guadalcanal no iba a ser menos, y como en el caso de Manuel y Julia, todas las familias tenían que hacer lo posible para salir adelante. Muchos niños trabajaban de sol a sol en los cortijos haciendo trabajos de hombres, bien con el ganado o con herramientas que eran más grandes que ellos mismos, teniendo que pasar la noche junto a los animales y comiendo todo lo más, algunas migas y un poco de gazpacho. Otros, más desgraciados aún se dedicaban a coger por el campo todo aquello que sirviera para metérselo a la boca y calmar la

hambruna que padecían: tagarninas de la sierra, collejas, espárragos, caracoles, cardillos y en muchas ocasiones cagajones de las caballerías para que le sirvieran de estiércol a los jardines de algunas señoritas, cambiando ese abono por un mendrugo de pan duro.

Por la calle de Santa Ana se solía ver al borde del arroyo que la cruzaba, a los hombres desocupados haciendo cestas de mimbre para recoger la aceituna, o simplemente deambulando por los alrededores de la Iglesia, esperando a que algún alma caritativa les diera algo que llevarse a la boca

Así era la vida social de la villa de Guadalcanal. Un pueblo de la sierra norte de la provincia de Sevilla situado en un fértil y bello valle que desprende una tremenda luz en primavera, donde los colores verdes de sus fértiles campos, se entremezclan con el deslumbrante blanco de sus casas, contrastando con el verde oscuro de la sierra más cercana y que todos la llaman Sierra del Agua.

En la torre de Santa Ana han tocado las campanas para la misa dominical de la tarde. María Josefa Cortés sale de su casa para ir al culto. Al otro lado de la calle se encuentra con su amiga Pura Hernández, quien también se dirige a la Iglesia. Las dos suben juntas las escalinatas que conducen al templo, en cuyos escalones se puede ver aún la humedad producida por la tormenta que hubo al medio día. Ambas comentan la virulencia del fenómeno meteorológico y lo mismo hacen cuantas personas se han atrevido a cruzar la calle, que si por la mañana estaba polvorienta, ahora se encontraba tan embarrada que hacía imposible su tránsito, porque las tormentas de mayo en la sierra, aunque son buenas para la aceituna, son peligrosas por su gran intensidad.

El miedo invade sobre todo a las personas mayores que en cuanto ven una gran nube negra, se refugian en la parte más oscura de la casa y santiguándose tras cada relámpago, entonan ruegos a la Virgen de Guaditoca o recitan versos en forma de oración, para que cuanto antes acabe el fenómeno natural que tanto les agobia:

San Bartolomé se desnudó,
pies y manos se lavó.
Se encontró con el Señor,
¿Dónde vas Bartolomé?
Vuélvete a tu casa y a tu mesón,
Que en la casa donde fueses tres veces mentado
no caerá piedra ni rayo,
ni niño morirá de espanto,
ni mujer de parto
Amén.

O aquella otra oración a Santa Bárbara:

Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita,
con papel y agua bendita
en el árbol de la cruz.
Pater noster, amén Jesús.

Son la ocho de la tarde del día 30 de Mayo de 1920 y el sacristán con su roquete puesto les cede el paso, al mismo tiempo que enciende unas velas en el altar de San Marcos, con una larga caña que sostiene un pabilo de cera. Cerca del altar de Santa Ana, una mujer da comienzo al rezo del Santo Rosario y al cabo de media hora la letanía se repite monótonamente en un latín muy poco ortodoxo.

- Mater honorabilis

- ora pro nobis

- mater amantísima

- Ora pro nobis

Luego de un largo repertorio de padrenuestros, las mujeres asistentes y algún que otro hombre mayor, van abandonando el templo. En el exterior ya empieza a hacerse de noche y por la calle se puede oír a los niños dando sus últimas carreras por la *Calzadilla*, que es el único sitio en donde el barro no les estorba, mientras los hombres que llegan del campo despojan a sus animales de los aparejos y entran en sus casas, en donde las mujeres se afanan en las cocinas haciendo el gazpacho, que ha de servir de alimento a los agotados hombres que llegan extenuados de la siega.

Pura Hernández y María Josefa Cortés, intercambian opiniones de cosas intrascendentes como son los pocos huevos que daban las gallinas o el recuerdo de los hijos que están fuera. Pura vive en la calle Santa Ana, 5 y Mª Josefa, vive en la casa de enfrente.

- ¿María Josefa, hace mucho tiempo que no veo a tu Carolina?

- Sí, ya hace más de un mes. La verdad es que tengo ganas de ver a mis nietas, pero José tiene mucho trabajo en lo del túnel ese que están arreglando y ella no puede dejar sola la caseta de la vía, pero mañana iré a verla en el tren que viene de Mérida.

- Bueno mujer, dale recuerdos míos cuando la veas. Me voy, que tengo que hacer la cena pues mi Joaquina ha ido a casa de su prima Julia.

III

En la caseta numero 91 de la línea que cubre el ferrocarril que va desde Sevilla a Cáceres, Carolina Merchán Cortés, realiza sus labores caseras, mientras su hija mayor Carmen, se entretiene en el columpio que su padre le ha preparado en la rama de un almendro que da sombra en la puerta de la entrada a la caseta.

La pequeña Antonia anda enredando entre las faldas de su madre, que trata inútilmente de que su hermana mayor se distraiga con ella, para que de esa forma su madre pueda terminar sus tareas.

- Anda Carmen, hija mía, trata de entretener a tu hermana que se me va a quemar con la candela.

Las dos pequeñas parecen dar satisfacción a su madre, quien se afana con la olla que tiene en el anafe, donde está preparando un buen puchero para cuando llegue su marido, gran aficionado a la cuchara.

En el interior de la caseta, la delicada mano de Carolina se nota en todos los rincones de aquella casa humilde. De las blancas paredes de la cocina, que a la vez hace de salón de estar, cuelga un espejo pequeño que sirve a Carolina como tocador en el que se alisa su pelo negro azabache, antes de que llegue su marido. Al otro lado, un almanaque en el que se representa una giralda y una mujer vestida de flamenca a sus pies, con la publicidad de las destilerías de *Anís Ideal*. A continuación una estampa grande que representa la imagen de la Virgen de Guaditoca, con una pequeña repisita debajo y en la que siempre hay un jarroncito con flores frescas, que la mujer de la casa se preocupa de poner todos los

días. En la parte de la caseta cuya ventana da a la vía del tren, está el único dormitorio que aquel humilde hogar tiene. Una cama con cabecero de hierro pintado de negro y una colcha de un blanco impecable hecha de ganchillo, además de un pequeño catre para la hija mayor, la cuna de la niña pequeña que está justo al lado de un arca de madera que sirve para guardar la ropa y algunos enseres delicados e íntimos

La vida en aquel paraje de la sierra sevillana no es desagradable para Carolina y su familia. El entorno en el que se desenvuelven es muy agradable y aunque hay que mantener una férrea disciplina guardando el paso a nivel, por el que no con mucha frecuencia pasa la gente que va desde Constantina a Cazalla. El trabajo no resulta fatigoso, sólo que hay que madrugar, pues el primer tren que viene de Mérida pasa a eso de las siete de la mañana y hay que estar en la barrera con la banderola roja, al tanto de que nadie cruce la vía. Luego el correo que viene de Sevilla a eso de las doce, y nuevamente otro tren de Extremadura que pasa después de las tres de la tarde, para terminar con el que después de las ocho vuelve de la capital hispalense. Eso sin contar el mixto que es el último que se presenta a media noche, además de los convoyes de mercancías que de cuando en cuando, realizan señales de su aproximación al paso a nivel, haciendo sonar estrepitosamente su silbato al entrar en el túnel o salir de él.

A cada paso de cualquier tren, Carolina tiene que estar presente en la convergencia de los dos caninos. Desde su posición puede ver a los pasajeros de los trenes o a los maquinistas y fogoneros, negros como el betún, que la saludaban desde sus puestos haciendo una señal con la mano o tocando el silbato brevemente. Algunos incluso la piropeaban y a ella eso en el fondo le gusta.

Entremedias del paso de un tren y otro, a aquella mujer no le faltaba ocasión para entretenerse y no sólo haciendo las labores propias de su casa, sino que tiene que atender el huerto tan cuidado, que más parecía un verdadero jardín. Los surcos de los tomates y demás hortalizas estaban en perfecto orden y sin la más mínima presencia de hierbas impertinentes.

Algunos rosales y macetas con geranios, eran una delicia para la vista y entre riego, cavada y cocineo, también tenía tiempo para jugar con sus dos hijas, con las que gozaba de lo lindo, haciéndoles muñecas de trapo o enseñándolas a saltar a la comba.

Su marido cuando llegaba extenuado del duro trabajo en las obras del túnel, no podía sentirse más a gusto en aquel ambiente familiar que le llenaba de satisfacción.

IV

A la mañana siguiente, María Josefa se levantó más temprano de lo habitual, pues a eso de las dos de la tarde cogería el tren que viene de Mérida a Sevilla, con el fin de ir a ver a su hija y a sus nietas. Estuvo toda la mañana arreglando algunas plantas del corral y regando éstas con agua del pozo. También le dio tiempo para ir a lavar algunas cosas al *Piojito* y a eso de las doce y media tras, comer un bocado de pan y tocino se preparó para la partida. Llevaba un atillo con algunas golosinas para sus nietas y artículos de comida que compró en la tienda del tío *Pachón.* Unas enaguas para su Carolina, pues como vivía de continuo en la caseta, no le daba tiempo a ir al pueblo a comprar nada. También algo de ropa para ella, pues pensaba de pasar unos días en compañía de su hija.

Con este equipaje María Josefa se encamino a la estación por el callejón del *Venerito*, hasta llegar a la venta del *Orgulloso* en donde tomó el camino de la estación. A su izquierda la viña de la *Chicharra*, en donde el cantar de los pájaros, se entremezclaba con el de los grillos, que ya empezaban a marcar la monótona sinfonía del verano, pues hacía bastante calor y según se estaba poniendo la orilla, no era de extrañar que por la tarde hubiera nuevamente tormenta. A la derecha, voces de niños jugando y gritos de mujeres impacientes llamándolos, salían del conjunto de las humildes casas que emergen en el *Cerrillo*. Más adelante en el *Calerín,* un hombre se afana en atizar bien la calera de cuyas fauces emanan enormes nubes de humo blanco, que advierte de que pronto una nueva hornada de cal estará lista para dejar bien blancas las paredes de las casas del pueblo. Al otro lado un hombre en el huerto que hay pegando a los eucaliptos, saluda a María Josefa, desde la era en donde trilla con un mísero borrico, una no menos

paupérrima parva de garbanzos.

- ¡A la paz de Dios *seña* María Josefa! ¿Qué, vamos de viaje?

- ¡Sí Gabriel, voy a dónde esta mi Carolina!

- ¡Pues buen viaje y déle recuerdos!

Siguiendo por la vereda que va paralela a la carretera, María Josefa sube la cuesta de la *Trocha* ya muy fatigada, pero no le importa, su mayor ilusión es ver a sus nietas y a su hija, además claro está a su yerno, que es muy buena persona. Una última mirada le permite ver la gran chimenea de la fábrica de extracción de orujo y los eucaliptos de la curva de la carretera de Malcocinado.

Tras acceder a la gran explanada de la estación, entra en aquel vestíbulo presidido por un gran reloj de péndulo que tiene una altura considerable y una estufa de hierro fundido. También hay una báscula y adheridos a las paredes, bancos de madera en donde hay mucha gente sentada. Dos ventanillas para expedir billetes y una puerta que da a la oficina del jefe de estación, quien está sentado en su mesa sin quitarse su gorra de plato.

María Josefa compra su billete y por la puerta que hay al lado del reloj y la estufa, se dirige a los andenes en donde ya está la gente esperando.

Algún soldado que ya acabó el permiso, mujeres que acuden a vender cosas, mozos de la compañía ferroviaria que van y vienen de un lado para otro con carretillas o con herramientas, luciendo unas llamativas chambras de color azul y una gorra de plato ridícula y mugrienta. Algún que otro viajante que se dirige a la ciudad para llevar los pedidos conseguidos en los comercios del pueblo y algunos niños con pipotes de agua, que ofrecerán a los viajeros cuando llegue el tren.

Sale a los andenes el jefe de estación que toca una campana, que avisa de que el tren ya ha salido de Fuente del Arco, lo que hace salir a algunos hombres de la cantina.

Al cabo de un buen rato un silbido anuncia que el tren ya ha entrado en el túnel del puerto de *Llerena* y poco tiempo después, desde el andén se ve asomar la locomotora por la cuesta de *la Horca,* echando humo por su chimenea y silbando insistentemente, anunciando su llegada a Guadalcanal.

Por delante de María Josefa pasa la máquina en cuyo interior puede ver al maquinista con el brazo apoyado en una de las ventanillas y manejando los mandos hábilmente, mientras el fogonero arremete con la pala los restos de carbón, que aún no han sido introducidos en el hogar de la caldera. El tren se detiene tras dejar una gran nube de vapor a ras del suelo y los viajeros suben a los vagones. El soldado que estaba en el andén reconoce a María Josefa y la ayuda a

subir al tren.

- Hombre, *seña* María Josefa, no me había dado cuenta que estaba usted aquí, déme la mano que yo le ayudo a subir.

- Gracias hijo, que Dios te lo pague.

- No hay porque darlas mujer, para eso estamos.

- ¿No iras tú a África, verdad hijo?

- No, gracias a Dios, yo estoy haciendo el servicio en Sevilla. Espero que no se acuerden de mí.

Ya sentados en el interior del vagón, el tren lentamente comienza a moverse, María Josefa se santigua y tras pasar por la portada de *La Enana*, al poco ve a la derecha la ermita de San Benito, como último resquicio del pueblo, pues antes de entrar en el túnel de la sierra de *Hamapega*, éste se pierde de vista por completo.

A trancas y barrancas el convoy se va abriendo camino, dejando una gran estela de humo que en algunas ocasiones hace que se oscurezca el cielo, como si de una nube se tratara. En el interior de los vagones la gente charla con los compañeros de viaje. En la parte de atrás unos soldados se encuentran con el que le ayudo a María Josefa a subir en Guadalcanal, se saludan eufóricamente y luego charlan de las cosas de la mili en un tono alegre y distendido, pero comedido, pues un poco más adelante va la pareja de escolta sentada con los fusiles entre las piernas y el tricornio puesto.

Otros viajeros hablan de lo mal que están las cosas en el campo, pues el año ha sido seco y los animales no tienen mucho que comer. María Josefa se sienta al lado de una señora mayor que va acompañada de su hija, una muchacha de la edad de la suya, pero más morena y para su entender menos favorecida que su Carolina. Las dos van de luto riguroso y pronto la señora comenta que el marido de su hija murió hace unos meses en la guerra de África, por lo que dio a entender, en el *Barranco del Lobo*.

- ¿No tienes hijos?

- No señora, no ha querido Dios.

- Que le vamos a hacer, hay que resignarse.

El tren cruza un nuevo túnel y María Josefa se despide de sus dos acompañantes pues está próxima su parada. El convoy aminora su marcha y la madre de Carolina se acerca a la puerta, pues sabe que antes de que éste pare, su hija estará en la caseta guardando la barrera como es su obligación y ella le tirará el hatillo para no cargar con el de vuelta a la caseta desde la estación.

Se extraña al no ver a su hija al lado de la vía con el banderín rojo en la mano, pues obligatoriamente tenía que estar y se intranquilizó. El trayecto hasta llegar al apeadero se le hizo eterno y nada más llegar, buscó a su yerno que estaba trabajando en las obras que en ese mismo túnel se estaban haciendo.

José y el capataz de la obra se prestaron a acompañar a María Josefa hasta la casilla, en dónde Carolina debería haber estado guardando la barrera, pero su madre al tirar el atillo no la vio y esto le intranquilizaba no solo a ella, también a su marido, siendo él quien solicitara al capataz que los acompañara pues temían que algo raro le hubiera pasado.

V

Los mastines ladran amenazantes en la majada de Agripino. Parece que alguien se acerca y los animales se ponen nerviosos. *El Pelao* los tranquiliza al ver que por la vereda que baja del monte, camina un hombre con una burra del ramal. Se le puede distinguir entre las encinas, por el color blanco de su camisa arremangada hasta la altura de los codos. El sombrero de paja que le cubre la cabeza, hace que no se le puedan ver las facciones de la cara.

A la altura de la red en donde el pastor tiene las ovejas, ve que se trata de un viejo conocido de Guadalcanal, se vuelve hacia los canes y los manda callar, esta vez soltando un insulto hacia los animales, que es oído claramente por el recién llegado. Se levanta del taburete de corcho en el que está sentado junto a la puerta del chozo y se acerca para saludarlo.

- Hombre Antonio, cuanto tiempo sin verte, qué te trae por aquí a estas horas.

- He terminado el trabajo en lo del corcho y voy para Guadalcanal. ¿No te importará que me quede aquí esta noche?

- Como me va a importar, al contrario, así me haces compañía y me ayudas a hacer la cena.

En poco tiempo el sol se fue poniendo y los dos hombres se aprestaron a preparar la cena. Mientras el anfitrión sacaba de unas *sanguinas* de cuero una telera de pan, Antonio daba vueltas al guiso de carne con tomates que hervía en el caldero colgado de las *llares* a cierta altura, para que el fuego que lo calentaba lo hiciera lentamente.

De cuando en cuando, la bota del *El Pelao* pasaba a las manos de Antonio, que con gran satisfacción gozaba del buen vino criado y envejecido en las bodegas de Maguilla. Después de la cena vino un rato de tertulia y ya bien entrada la noche, los dos hombres se metieron en el chozo para poder dormir tranquilamente.

Fuera a campo abierto la sierra se deja oír. Aunque ya es monotonía para sus habitantes los sonidos que la embargan, dan una sensación relajante que hace que el sueño se haga más profundo. El canto del cuco, se entremezcla con el sonido de los grillos que ya empiezan a hacerse dueños de la sinfonía nocturna. Tampoco falta el aullido de algún zorro o el berreo de ciervos que pululan por el entramado bosque de encinas. Las ovejas dejan oír tímidamente sus cencerros al moverse de un lado a otro en la red, mientras algún cordero descontento por no haber recibido el alimento a tiempo, bala desesperadamente. Ya de madrugada, la brisa refresca el ambiente y los habitantes de la majada se acurrucan en sus mantas, pues aunque el verano está a punto de llegar, en el norte de la provincia sevillana, la temperatura baja lo suficiente para tener que abrigarse hasta que llegue la hora de despertar.

Las esquilas de las ovejas se oyen cada vez con más frecuencia y a los mastines se les puede sentir alrededor del chozo, por cuya puerta cerrada se puede apreciar una tenue luz, que pasa a través de la rendija que forma ésta, al no estar bien atrancada. En el exterior, el sonido de la noche da paso a los de la mañana, en que infinidad de aves emiten sus cantos como si con su alegre melodía anunciaran el advenimiento de una nueva jornada.

Los dos hombres vuelven a sentarse en torno al caldero, en el que ya están preparadas las migas que un rato antes había rebaneado *El Pelao*. El olor inconfundible de las migas invade el entorno próximo al lugar de la candela, y pronto las dos cucharas de palo entran y salen del caldero en dirección a las bocas de los dos comensales, que comen en silencio, solo roto por el gorgoteo del vino en sus paladares, al ser impulsado por el apretón que dan a la bota. Luego un poco de leche recién ordeñada y el pastor se dispone a soltar el rebaño mientras el visitante organiza su partida.

- ¿Por dónde te vas para el pueblo Antonio?

- Me iré por el camino de siempre, pero antes voy a pasar por la casilla de José y Carolina para ver si quieren algo para el pueblo, dejo aquí la burra y luego regreso a por ella.

- Además, ese camino tiene más sombra y me da a mí que el día no va a estar fresco que digamos.

- Tienes razón. Bueno yo me voy, gracias por la cena y el almuerzo, ya nos veremos.

- No hay porque darlas hombre, para eso estamos. Dale recuerdo a la seña Pura de mi parte y dile que cuando vaya por el pueblo le llevaré calostros que sé que le gustan mucho. Lo mismo cuando vengas a por la burra yo estoy todavía con las ovejas.

- De acuerdo, yo se lo diré.

- Adiós Antonio.

Por el serpenteante camino, Antonio observa el esplendor de la primavera que en la sierra parece explotar con todas sus fuerza. El color del suelo es como una alfombra verde que lo cubre todo y sobre ella las encinas, los enebros, los madroñeros y los grandes castaños, contrastan con los alcornoques de troncos rojos, de los que fuera extraído el corcho recientemente. El caminante observa los árboles corcheros y mira la calidad del trabajo realizado por los sacadores. Él viene de hacer lo mismo unas cuantas de leguas más atrás. Observa que en alguno de ellos la calidad del corte no es perfecta.

Sigue caminando y pronto se encuentra con el terraplén que nivela la desigualdad del terreno, para que por encima de éste pase la vía férrea, que va desde Sevilla a Cáceres. Sube hasta el trazado ferroviario y por entre los dos raíles, continúa su camino pisando a cada paso las traviesas, que sustentan los raíles, que paralelamente se extienden por encima, emergiendo de las piedras que sujetan el largo armazón, por el que circula el gran caballo de hierro.

El sol va calentando, y unas gruesas nubes avisan de que la tarde puede ser tormentosa, pues según aprieta, puede ser lo más probable. Son ya casi las doce cuando a lo lejos distingue la casilla en donde reside el guardabarrera José Romero Martínez y su esposa Carolina Merchán Cortés con sus dos hijas, Antonia y Carmen. Desde lejos puede ver la columna de humo que sale vertical de la chimenea y según va llegando, le inunda el olor al cocido que la señora de la casa está preparando. Al poco tiempo, un pequeño perrillo sale al encuentro de Antonio y sus ladridos dan la señal de alarma de que alguien llega. Carolina sale a la puerta poniendo su mano derecha como visera para ver quien viene a esas horas y por estos parajes. Tranquila al ver de quien se trata, hace un comentario al mismo tiempo que en sus labios se dibuja una sonrisa al reconocer al recién llegado.

- ¡Anda, si es *El Rabazo*!

Desde que pasó el último tren, a Carolina le había dado tiempo de hacer las camas y terminar todos los quehaceres de la casa, así que mientras la pequeña Antonia jugaba en la cuna con una muñeca de trapo que le hizo su abuela, la mayor lo hacía también en el interior de la casa. Ella se disponía a coser algunas cosas a la sombra de la parra hasta que pasara el tren que va para Sevilla.

Al ver llegar al *Rabazo,* dejó el costurero sobre la silla en la que estaba sentada y salió a su encuentro con una sonrisa y haciendo callar al perro que ladraba como un descosido, le extendió la mano y juntos entraron en la caseta.

- ¿Qué haces tú por aquí Antonio?

- Pues ya ves, vengo de lo Cazalla en donde he terminado mi trabajo y voy para el pueblo, y como tenía que pasar por aquí me dije: tal vez Carolina quiera algo para su madre.

Tanto Carolina como Antonio, se criaron en la calle de Santa Ana, casi enfrente uno del otro. Los dos disfrutaron en su niñez de los pocos acontecimientos que en aquel barrio se producían y el paso del tiempo hizo que ambos fueran buenos amigos. El recuerdo de aquellas tardes de verano por la cuesta en la que se sitúa la Iglesia, la festividad de San Marcos, la de San Crispín, en donde los zapateros celebraban su patrón, las veladas de Santa Ana y los juegos infantiles acudían a sus mentes.

Mientras el recién llegado saboreaba un poco de queso y un vaso de vino, ambos recordaban las anécdotas de su niñez y juventud en torno a aquella Iglesia en la que el cura don Rafael impartía la doctrina Cristiana, mientras ellos no dejaban de hacer travesuras.

Interesada Carolina en que su paisano viera las patatas y los ajos que tenía sembrados no muy lejos de allí, ambos se dirigieron hacia el lugar hablando, al mismo tiempo que disfrutaban de la belleza que el campo les ofrecía, pues los aledaños de la caseta estaban poblados de amapolas y de margaritas.

- Y Beatriz, ¿Qué tal anda?

- No está mal, ya sabes que ella es muy decidida para todo y siempre está haciendo algo.

- ¿Ya no está sirviendo?

- Sí, sigue con el mismo señorito de siempre.

Mientras caminaban y hablaban en dirección al huerto, Antonio observaba a Carolina que iba delante de él. Nunca se había fijado en su cuerpo y ahora se estaba dando cuenta de que a pesar de haber tenido dos hijas conservaba aún muy entera su esbeltez y el movimiento de sus caderas le excitaron por un momento. Su pelo castaño recogido con un moño sobre la cabeza pulcramente peinada, dejaba al descubierto un bonito cuello. La camisa que llevaba remangada hasta los codos era un poco ajustada y hacía que sus senos fueran más voluptuosos. Esa sonrisa que no se le caía de los labios para nada, daba la sensación de que su felicidad era completa.

La verdad es que no era para menos pues Carolina se sentía plenamente feliz, tenía un marido que la quería con locura, unas hijas preciosas y un trabajo que no le era excesivamente penoso, que más podía pedir a la vida una mujer de 31 años que además estaba bien de salud y no menos de presencia.

De pronto, Carolina vuelve hacia atrás la mirada y no puede creerse lo que sus ojos están viendo, queda petrificada ante la posición de su invitado, que tras ella la mira con los ojos desencajados y llenos de una tremenda ira.

Antonio, que acaba de decir unas palabras relativas a las patatas, tiene en su mano una navaja abierta. Cuando comprende que ha sido descubierto por su víctima al mirar para atrás, se abalanza a la cara de Carolina con el fin de darle un tajo en el cuello, pero ésta se revuelve y le da un tremendo bocado en un dedo, haciéndole errar el golpe, al mismo tiempo que los dos caen al suelo. Carolina consigue levantarse antes que su agresor y emprende una desesperada huida por entre los ajos hasta llegar a un vallado que intenta saltar. La mala suerte hace que la falda se le enrede en el ramaje y cae al suelo. Procura levantarse, pero el *Rabazo* lleno de furia se acerca a ella, los ojos parecen salírsele de las órbitas, el sudor le corre por la cara como si en ella tuviera un manantial, el rostro desencajado y la respiración jadeante, acobardan a Carolina, que no es capaz de reaccionar. Intenta romperse el vestido pero ya es demasiado tarde. Todos sus miembros parecen paralizarse, se revuelve violentamente para zafarse de su agresor, pero el ramaje es demasiado espeso y es imposible salir de aquel tremendo enredo, solo su mente parece funcionar en aquel momento. Pasan infinidad de vivencias con tanta rapidez, que para ella es imposible ver que se acerca el final de su vida. La cara de *El Rabazo* no deja duda. La navaja que lleva en sus manos ya ensangrentadas, lo dice todo, esa sangre pide más sangre y como una fiera desposeída de sus crías; aquel torbellino de siniestra pasión se abalanza sobre la indefensa víctima que no podrá ya ofrecer resistencia. Solo las caras de sus hijas quedan en la mente de Carolina, quien tendida en el suelo espera el golpe final, un golpe que nunca se hubiera imaginado viniera de aquella persona, porque aquel torbellino que se le abalanzaba no era una cosa natural, era como una fiera desenfrenada que no sabía lo que hacia.

El Rabazo, cargado de furia salta la valla y asesta varios cortes profundos en el cuello de Carolina, del que emana gran cantidad de sangre y solo un hilillo de voz le sale por la boca:

- Virgen de Guaditoca…

La poca vida que le queda a la víctima se ve reflejada en la mirada fija en su asesino, pero éste, loco ya por la ira, coge una piedra grande y le propina varios golpes en la cabeza, quedando Carolina inerte en el suelo.

Como aturdido por lo que acaba de hacer se queda quieto por un

momento. Pero como si un resorte le hiciera moverse mecánicamente, se dirige a la casilla en donde están las niñas ajenas a todo lo que está pasando, en ese momento sale Carmen (5 años) a la puerta y ciego por el deseo de matar, repite la hazaña: la coge por la cintura y la entra en la casilla. La niña, inocente de lo que se le viene encima, llama a su madre, pero no obtiene respuesta alguna y al igual que a Carolina, le propina varias puñaladas en la garganta.

No tiene bastante aquel toro bravo con lo que ha hecho que ofuscado por la irritación criminal que le atenaza, entra en la alcoba en donde la pequeña Antonia juega con la muñeca. La criatura que tiene tres añitos sonríe ante la presencia de aquel desalmado, pero éste colmado por la ira, no se da cuenta de la ternura de aquella criatura y hunde su navaja en ella, que apenas si puede emitir un quejido por el dolor.

La sangre emana a borbotones de los cuerpos de las dos niñas y el suelo enlosado de la casa se convierte en una ciénega de color rojo.

Parece que el criminal aún no ha terminado y deambula por la casa en donde encuentra el arca, se pone a remover lo que hay en su interior y va rechazando todo lo que no le gusta. Aparta ropas de todas clases, como la de invierno que su dueña guardaba con naftalina, así como algunos recuerdos familiares, fotografías, una medalla de la Virgen de Guaditoca de aluminio, un mechero que perteneciera a su difunto padre. De pronto se detiene en una pequeña caja de cartón, la abre y en ella encuentra dos billetes de 100 pesetas y tres de 50, se los guarda y tira la caja al suelo.

Su tremenda demencia le lleva a hacer una nueva crueldad. Con el fin de hacer desaparecer los cuerpos, intenta abrir la zahúrda de los cochinos, para que a estos les sirvieran de pienso. Ante la torpeza de aquel desalmado, los puercos aprovecharon la puerta abierta de la pocilga y se escaparon despavoridos. Hasta el género porcino tuvo en aquellos momentos más humanidad que aquél endemoniado hombre, por cuya cabeza pasaban las más tenebrosas ideas asesinas.

Terminada la faena, se dirige a un regajo cercano en donde trata de serenarse, pues está tremendamente nervioso; la respiración es muy forzada y el corazón parece que se le va a salir del pecho. Permanece un rato tumbado con los pies en el agua y ya más tranquilo saca la petaca, se lía un cigarro, se quita la camisa empapada en sangre, la mira como el que observa el trofeo de una hazaña de caza y tras dejarla a un lado, se sienta, permaneciendo largo rato inmóvil y fijo en las cristalinas aguas del aquel regajo. Se levanta y se pone en camino, pero esta vez sin rumbo, pues ya no lleva la vereda que va a Guadalcanal, sino otra que no sabe cual es su destino. Encuentra otro arroyo, ha logrado serenarse y se da cuenta de que también lleva manchados de sangre los pantalones y la camiseta, así que intenta quitar las manchas pero no lo consigue.

Se acuerda que ha dejado la burra en la majada del *Pelao,* así que pone rumbo hacia allí, para luego emprender el camino hacia Guadalcanal. Poco antes de llegar a la majada echa mano a la petaca y es entonces cuando se da cuenta de que la ha perdido, al igual que la navaja, por lo que apresura el paso para estar lo antes posible en el pueblo y de esa forma no levantar sospechas.

Era ya bastante tarde cuando Antonio llegó a la majada. El *Pelao* estaba enfrascado con el ganado tratando de apartar unas ovejas paridas, por lo que no se preocupó mucho de la tardanza del *Rabazo* ni de la pinta que llevaba. Ni siquiera reparó en que iba en camiseta, por lo que al verlo con la burra ya aparejada, le habló sin mirarle porque temía que se le escaparan las ovejas.

- Mucho te has entretenido donde la Carolina.

- Sí, se empeñó en que me quedara a comer, así que voy a llegar al pueblo un poco más tarde.

- No hombre, ahora los días son muy largos.

El camino hasta Guadalcanal lo hizo Antonio Martínez Hernández montado en la burra sin apearse de ella en todo el tiempo. Cuando llegó al pueblo entró por el callejón del Barro en dónde un abuelo sentado en un poyo del lado de la carretera se apercibió de las trazas que traía.

- Dios guarde.

- Adiós hijo, ten cuidado que no está la orilla para ir en camiseta, este tiempo es muy *joioporculo.*

- Es que me mojado la camisa en el pilar y pienso que es mejor ir con ella quitada.

Beatriz Gómez Martínez, no esperaba a su marido pues creía que vendría unos días más tarde, cosa que le hizo ilusión, ya que llevaba en el alcornocal de Cazalla casi un mes trabajando. Le pidió que se cambiara la ropa y en el corral se dio un buen lavado de cuerpo, con el agua limpia que había en el *panelón.* Desde dentro de la casa Beatriz advirtió las manchas de los pantalones y preguntó a su marido. No sin que éste se sobresaltara al oír a su mujer.

- ¿Antonio, y estas manchas de sangre que llevas en los pantalones?

- Me la hice al cortarme sacando corcho.

- Pues buen tajo te darías. ¿En dónde te cortaste?

- En una mano, pero no es nada, ya sabes que la sangre es muy escandalosa.

- Pues ponte un poco de yodo no se te vaya a infectar.

- No te preocupes mujer, ya se me curó con los *pedos de lobo*.

Antonio le entrega a su mujer 60 pesetas y con ropa limpia sale a la calle con el fin de pagar unas deudas que tiene desde antes de irse a la recogida del corcho. Primero va a la botica de Rogelio Vázquez a quien le paga las 20 pesetas que le debe, luego al zapatero a quien le debía 10, después busca a su cuñado a quien le entrega 200 pesetas para que se las dé a Miguel Cubillo, en pago de los 150 olivos de la *Las Lapas* que le había comprado. Antes de que en la tienda de Julio cerraran, se compró un sombrero que le costó seis pesetas, además de tabaco y una petaca, pues como le dijo al estanquero no sabía donde la había echado.

- Dame también un librito de *indio rosa* y uno de esos mecheros de mecha larga que tienes ahí colgado.

A Beatriz le parecía mentira tener ya en casa a su marido, llevaba más de un mes durmiendo sola y seguro que aquella noche tendría ganas de faena, así que sabiendo cómo era su marido en la cama, se preparó antes de que él viniera. Aún recordaba el día que los casó don Sinforiano Muñoz Roda, en la Iglesia de Santa María, el 25 de junio de 1907, él con 25 años y ella con un año menos.

No llegó muy tarde, pero en su rostro no se apreciaba la alegría que él tenía de siempre. A Beatriz le daba la sensación de que algo le pasaba, pero no sabía qué. Y tampoco se atrevió a preguntarle. Quizás hubiera discutido con algún capataz en Cazalla o tal vez no se encontraba bien de salud y como era muy aprensivo, su mujer optó por no preguntarle nada.

En la mesa de la cocina el gazpacho bien migado y en la sartén, un par de huevos fritos que era lo que más le gustaba, quizás le animarían y después en la cama ya se le pasarían todos los males. Pero apenas si comió y Beatriz se tuvo que terminar de comer los huevos que había dejado a medias, además del gazpacho que tuvo que echárselo a las gallinas.

- Estas desganado Antonio, con lo que tu eres con lo huevos fritos.

- Debo de tener el estomago ocupado, ya sabes que en la sierra se hacen comidas muy fuertes.

Llegó la noche y lo que Beatriz estaba esperando no vino, no lo entendía. Su marido era muy fogoso y en cuanto estaba un tiempo de *domia* cuando venía al pueblo lo que más deseaba era estar en la cama son su mujer, pero aquella noche Antonio no estaba por la labor, se acostó se dio media vuelta y tras decir buenas noches quedó aparentemente dormido.

Beatriz no comprendía aquel comportamiento de su marido aunque por la cabeza le rondaba las habladurías de algunas vecinas que decían haberle visto entrar en casa de *La Carmela,* pero tampoco aquello eran motivos para que Antonio estuviera tan raro. Tras estar un tiempo despierta, Beatriz se quedó

dormida, pues el día había sido duro y el cansancio pudo más que los pensamientos que la atormentaban.

Poco duró el descanso de la mujer del *Rabazo*, pues a las dos horas éste dio en la cama un gran respingo que asusto a Beatriz, que se despertó al sentir el violento movimiento de su marido.

- ¿Qué te pasa Antonio?, ¿por qué has dado ese *repullo*?

- No me pasa nada, solo era una pesadilla.

Poco a poco se fue tranquilizando, pero Beatriz ya no consiguió conciliar el sueño, viendo como su marido se removía en la cama y hablaba dormido diciendo cosas que apenas se entendían, pero que llegó a reconocer frases como: "*no se va a enterar nadie*", o "*hay que ver cuánta sangre tienes*".

La pesadilla de la que hablaba antes Antonio volvía a soñarla y eso intranquilizaba a Beatriz que a las cinco de la mañana tuvo que despertarlo porque estaba encharcado en un tremendo sudor frío

- Antonio, despierta, estas sudando y dando muchos gritos. ¿Qué es lo que tienes?

- Nada mujer que voy a tener, eres muy pesada, ¡déjame tranquilo de una puta vez!

No era esa la manera que Antonio tenía de hablar a su mujer y a Beatriz no le gustaba ese comportamiento tan brusco, sintió miedo y se acurrucó en la almohada sin responder. Temía que algo malo le había pasado y no lo quería decir, lo cierto y verdad es que en la mente de Antonio había algo oculto que le estaba martirizando.

Poco antes de amanecer se levanto sin decir nada a su mujer, salió a la calle y se dirigió a la Puntilla a tomar café y de camino a ver si algún manigero le daba trabajo en algún cortijo.

Pidió un café en la Puntilla y se sentó en uno de los taburetes que había en la puerta a tomárselo. La voz de un amigo que lo reconoció lo hizo salir de su ensimismamiento.

- ¡Coño, Antonio! ¿Qué haces tú por aquí? ¿No estabas descorchando en la sierra de *lo* Cazalla?

- Sí, pero ya se acabó la faena.

- Parece que no tienes buena cara.

- La misma de siempre, qué cara voy a tener.

El Rabazo se levantó de la banqueta y se encamino calle Santa Clara abajo, sin dar más explicaciones ante la extrañeza de su amigo, que viendo

su comportamiento, se encogió de hombros.

- No sé qué tripa se le habrá roto a éste.

VI

La escasa distancia entre el apeadero del tren y la caseta numero 91 se le hizo a María Josefa larguísima. Junto a su yerno y el capataz, los tres caminaban por la vereda paralela a la vía. El capataz trataba de tranquilizar a madre y yerno, pero él también se temía que algo malo había tenido que pasar, pues la presencia del guardabarreras en su puesto es inexcusable.

Nada más llegar a la casilla el panorama que las tres personas se encontraron era dantesco. El pequeño cuerpo de la niña Carmen, yacía inerte a la puerta de la caseta con varias cuchilladas en el cuello, además de varias mutilaciones por los cerdos que seguramente volvieron después de su huida.

Los tres quedaron horrorizados. José quedó como petrificado ante el cadáver de su hija mayor, ya que no podía creer lo que estaba viendo y apenas si emitió exclamación alguna. Apoyado en las columnas que sustentan las cadenas de la barrera ferroviaria, quedó con la vista fija en su hija sin que pudiera articular palabra alguna.

La abuela de la criatura rompió en una descontrolada histeria, que le hacía dar vueltas en torno al cadáver de la criatura, luego la abrazaba sin levantarla del suelo, besando su cara empapada en su propia sangre ya reseca. Los cochinos aún andaban merodeando por allí y el compañero de José los espantó de una patada. Luego entró en la casa y si la perplejidad de lo que acababa de ver no era suficiente, ahora ésta se acentuaba al ver a Antonia, la más pequeña en su cuna. Estaba la niña muerta y empapadas las sabanas en sangre, su carita jovial cuya

boca aún mantenía una sonrisa, estaba manchada de sangre que a borbotones había salido de su garganta, al ser atravesada por la navaja de un demonio indeseable.

No le dio tiempo al capataz a salir a la calle para advertirles que no entraran en la casa, pues ya María Josefa rota por el dolor y la desesperación pasó a la alcoba viendo el panorama que el capataz había descubierto. Tuvo éste que sujetar a la abuela, pues sus fuerzas ya no podían aguantarla y el grito de dolor que su yerno oyó desde fuera, le hizo salir de su letargo entrando también en la casa volviéndose a repetir la misma escena.

Ya no cabía más dolor, pero se temían lo peor, salieron fuera y junto al ramaje de una valla de piedra, encontraron el cuerpo de Carolina tirado boca arriba con las faldas desgarradas por las ramas y dejando a la vista sus piernas y parte de su ropa interior. Su cabeza estaba destrozada por la piedra ensangrentada que había a su lado y su cuello dejaba ver la huella de los mortales cortes que la navaja del asesino le había producido.

No pudo el capataz poder tranquilizar a aquel hombre y a aquella mujer de ninguna de las maneras, corrió hasta las obras del túnel y contó lo que había pasado. Todos dejaron su trabajo y algunos acudieron a la casilla para ver que es lo que podían hacer. Alguien se encargó de sacar de allí a Maria Josefa y a José y el capataz de telegrafiar a las autoridades de Cazalla y de Alanís.

No tardo mucho la Guardia Civil en hacerse presente en el lugar de los hechos y el primero en ser interrogado fue el propio capataz, quien contó todo lo que habían visto al llegar a la casilla. Luego, los miembros del orden se pusieron a la faena de la investigación, antes de que los cadáveres fueran levantados por el juez.

Dos horas después de la llegada de los miembros de la Benemérita, acudieron al lugar de los hechos el juez de Cazalla para levantar los cadáveres, así como el teniente Jefe de línea Joaquín Ortega, para hacerse cargo de toda la investigación y recabar las pesquisas llevadas a cabo por los guardias que llegaron en primer lugar.

- Dígame Cabo ¿Qué es lo que tenemos para empezar?

- A la orden de usted mi teniente. Hemos encontrado al lado de ese regajo esta petaca, que puede ser del sospechoso. El criminal golpeó a la mujer con esta piedra, como verá hay en ella huellas de sangre y de pelos que parecen de la víctima...

- ¿Nada más, Cabo?

- Nada más, mi teniente

El teniente se sintió satisfecho y dio las órdenes oportunas para que los guardias que el Cabo designara, se repartieran entre ayudar al levantamiento de los cadáveres y llevarlos al cementerio de Cazalla, en donde se les haría la autopsia, y seguir con la investigación por los alrededores, por si alguien había visto, oído o de alguna forma conociera los objetos encontrados en el lugar del crimen.

El mismo cabo José Rebollo Montiel y el guardia Juan Piñero Bernabé, se hacen cargo de iniciar la investigación. En ese mismo momento comienzan una larga faena que les llevará por todo el entorno de los pueblos y cortijos de Cazalla, Alanís y Guadalcanal.

A caballo y con la compañía de otro guardia, que el teniente creyó oportuno incorporar, los tres se pusieron a la faena, empezando por un minucioso registro en la caseta, una vez que los cadáveres fueron retirados.

Lo primero que encontraron fue la caja en donde Carolina guardaba el dinero tirada en el suelo, luego vieron el arca revuelta, pero ninguna pista les llevó a descubrir nada en claro.

Tampoco se encontró el arma homicida, aunque por la profundidad de los cortes, sacaron en conclusión que era una herramienta muy afilada, por lo que dedujeron que podría ser una navaja.

El cabo José Rebollo recorría una y otra vez la zona en donde la mujer apareció asesinada. No había señales de que pudieran identificar al agresor. Solo el derribo de algunas piedras de la valla que Beatriz intento saltar y los restos de parte de su vestido enganchado en la maleza, así como la piedra con la que el asesino le aplastó la cabeza, eran la única pista para sacar alguna conclusión.

Volvió al otro regajo donde también estuvo el asesino, con intención de buscar alguna pista, pero nada. Recorrió con la mirada la fresca hierba de la orilla del riachuelo y pudo observar como justo al lado de un enebro, la tierra húmeda se encontraba algo aplastada. La midió con los pies y sacó la conclusión de que allí había habido alguien tumbado, pues la blandura del suelo indicaba que se trataba del cuerpo de una persona, sobre todo en la parte más cercana al nivel del agua, en la que se podía apreciar el hundimiento de unos talones en el barro.

El Cabo llegó a la conclusión de que aquellos talones eran los de un hombre, pues por la profundidad de las huellas daba la impresión de que estaba hecha por tacones de botas.

Apartó las amarillentas flores de unos jaramagos que crecían algo más retirados de la orilla y dio con la mejor prueba posible: una petaca cosida con correa de gato. El tabaco de picadura que tenía no era del bueno, pero el estilo de aquella petaca tampoco era muy corriente. Se la guardó en al bolsillo

de su guerrera y volvió al lugar de lo hechos.

Tras no sacar más conclusiones en el interior de la casa, los miembros de la benemérita optaron por anular la búsqueda en ella y el Cabo dio la orden de seguir por otros sitios indagando, aunque a ninguno de sus hombres hizo participes del hallazgo de la petaca.

Un porquero que fue preguntado si había visto a alguien que no fuera conocido, les informó que a medio día había visto a un hombre que venía de Cazalla y que iba al cortijo de los *Cachos* en donde estaba segando.

Los tres guardias se encaminaron al citado cortijo que distaba unos dos kilómetros del lugar en donde se encontraron con el porquero.

Los tres guardias pasaron por la portada que da al carril que lleva al cortijo. El manigero de los segadores que allí se encontraba, se percató de que los del gorro de charol venían buscando algo, pues no era normal que fueran tres números en lugar de la pareja de siempre.

- Buenas tardes.

- Buenas sean señores guardias ¿Qué les trae por aquí?

- Estamos buscando a un segador que trabaja en este cortijo, nos han dicho que ha estado en Cazalla esta mañana.

- Ah sí, el *Torrontero*. Ha ido esta mañana al pueblo pues tenía que asistir a un entierro.

- ¿Es de Cazalla él?

- No, es de Guadalcanal, pero…

.- ¿Dónde podemos encontrarlo?

- Vayan ustedes a la parte de detrás del cortijo, estará en el patio de los caballos con los demás segadores.

Hasta allí se dirigieron los guardias y sin bajarse de sus monturas entraron en el patio, en donde los segadores sentados en el suelo y en taburetes de madera, charlaban al fresco de la tarde, al mismo tiempo que de mano en mano iban las petacas y la bota de vino. Todos quedaron en silencio al ver entrar a los jinetes de verde. Los que había de Guadalcanal reconocieron a Juan Piñero pues era paisano y se acercaron para saludarlo.

El Cabo preguntó por *El Torrontero* y éste que se acercaba a saludar a su paisano el guardia, desistió ante el requerimiento del jefe de la patrulla.

- Yo soy Cabo, usted dirá.

El Cabo bajó del caballo y cogiendo las riendas de la mano, invitó al *Torrontero* a salir del patio para hablar sin la presencia del resto de la gente. Los otros dos guardias siguieron a su jefe hasta el pilar que servía de abrevadero a los animales y mientras estos se saciaban del líquido elemento, el Cabo lo puso en antecedentes ante su inesperada sorpresa.

- ¿Cuál es su nombre?

- Me llamo José Barragán Gordón.

- ¿Conoce usted a Carolina Merchán Cortés?

- Sí claro que la conozco, es de mi pueblo.

- ¿De qué pueblo es usted?

- De que pueblo voy a ser mi cabo, pues de Guadalcanal. El guardia Juan Piñero me conoce desde hace muchos años.

- Y a Carolina ¿de qué la conoce?

- Pues del pueblo y que hace años fuimos novios. Pero nos dejamos, bueno, mejor dicho, la dejé yo.

- José Barragán Gordón. Dése preso. Es usted sospechoso del asesinato de Carolina Merchán Cortés y de sus dos hijas.

El *Torrontero* quedó sorprendido ante la tremenda acusación de que estaba siendo objeto, no sabía qué decir, pues le impresionó más la muerte de Carolina y sus hijas, que el hecho de ser acusado del crimen. Los guardias se miraban entre si al ver la cara del detenido, su asombro casi lo delataba, pero este reaccionó negando dicha acusación, más rápidamente de lo que ellos esperaban y desde luego sin el más mínimo atisbo de nerviosismo.

- Ustedes perdonen, pero eso yo no lo he hecho, ni lo haría nuca. Pobre mujer, quien habrá cometido esa barbaridad.

- Yo creo que ha sido usted. ¿Dónde estaba hoy entre las diez de la mañana y la una de la tarde?

- Estuve en Cazalla.

- Déjame ver tu navaja.

- No tengo...

- ¿Cómo que no la tienes? Pues vaya un segador que no tiene navaja.

- Es que la perdí y no he podido comprar esta mañana una nueva.

El Cabo ya no necesitó más preguntas para convencerse de que tenía ante

si al asesino de Carolina, lanzó una ojeada a sus dos hombres y antes de que estos hubieran puestos sus fusiles en prevengan, él se dirigió a *Torrontero* ante la sorpresa infinita de sus compañeros, que no daban crédito a lo que estaban viendo desde la puerta del patio que daba al abrevadero.

- José Barragán Gordón date preso en nombre de la justicia.

- Yo no he matado a nadie, señor guardia.

- Eso lo dirás en el cuartel. Ahora coge algo de ropa y vente con nosotros.

Ante un silencio sepulcral *El Torrontero* salio del interior del cortijo con el sombrero de paja en la mano una chambra y la capacha con los pocos *avíos* que tenía. Uno de los guardias lo ayudó a subir a la grupa de su caballo y ya en la montura fue maniatado por el otro guardia.

Tras un recodo, los tres guardias y el preso desaparecieron de la vista de los segadores de la finca de *Los Cachos*. El Cabo cabalgaba en primer lugar, luego uno de los guardias con el preso y el otro número detrás por si el reo intentaba escapar. Se encaminaron dirección a Guadalcanal, ya que la finca a pesar de pertenecer al término de Cazalla, estaba más cerca de este pueblo y como era ya tarde, decidieron llevarlo allí, de donde además era el detenido.

Al pasar por la portada de la finca de la *Dehesilla,* ya casi entrada la noche, dos arrieros que estaban echando un cigarro vieron venir la extraña comitiva y tras saludar a los guardias, ambos se quedaron mirando con el cigarrillo en la boca.

- A la paz de Dios señores guardias.

- Buenas tardes.

Los dos arrieros se quedaron mirando a los caballos hasta que estos desaparecieron en uno de los recodos de la carretera. Ninguno de ellos presagiaba lo que estaba pasando, pero algo les hacía pensar que no era nada bueno. La Guardia Civil no va a las fincas a detener a un segador así por las buenas y mucho menos al que llevan maniatado en la parte trasera del caballo que iba en medio.

- ¿Ese que llevan los guardias no es el *Torrontero*?

- Sí es, sí, aunque se ha querido tapar con el sombrero yo lo conozco bien. ¿Que habrá hecho para que lo lleven preso?

- Cualquiera sabe, pero ese hombre no es de mala condición.

Mientras los dos arrieros quedaron sentados en la valla de piedra de la *Dehesilla,* los guardias con su prisionero comenzaban a subir la cuesta de los Molinos. A la derecha el arroyo de San Pedro dejaba oír el rumor del agua, a su

paso por debajo del arco romano del puente de Sevilla.

Ya era noche cerrada en Guadalcanal cuando los cuatro hombres entran por el callejón del Barro y se dirigen por la calle de las Huertas hasta la Cava. Cruzan los Cantillos y suben por la calle Valencia para entrar por la parte trasera del cuartel en la calle Carretas, pues la puerta principal da a la calle de San Bartolomé que suele estar muy transitada, no es propia para pasar con un preso. Aunque a esas horas, lo más que se puede ver es a cuatro parejas pelando la pava en alguna reja, y ésas seguro no están al tanto de lo que pasa en el vecino y viejo cuartel, que fuera antes de Caballería. El guardia de servicio en las caballerizas ayuda a bajarse al prisionero y maniatado lo conduce a los calabozos, mientras el Cabo informa de todo al Comandante puesto.

- Mi sargento, creo que el tal *Torrontero* no es culpable. Tengo mis dudas. Cuando llegamos al cortijo ni se inmutó y cuando le comuniqué que estaba detenido, se quedó tremendamente sorprendido. Además por el camino, no hacía nada más que decir que estábamos equivocados que él no tenía nada que ver. Que sólo fue a Cazalla al entierro de un tío suyo.

- Bien cabo, déjelo que descanse un poco, mañana lo interrogaremos.

VII

Pero no solo los guardias madrugaron aquella mañana del día dos de junio. Manuel y Julia ya lo habían hecho y sentados al fuego en el que Julia preparaba el desayuno de su marido, comentan la noche que la niña les ha dado, pues aunque se quedó dormida pronto, no tardó en despertarse llorando. Al parecer le están saliendo los dientes y eso es muy doloroso, pero la resignación es el único consuelo que les queda a sus padres, pues las horas perdidas de sueño no se podrán recuperar hasta la noche siguiente.

De la mitad de una telera de pan, Julia saca dos buenas rebanadas que se tuestan lentamente en las ascuas de la candela, apoyadas en el tostador de palo. Manuel se lava un poco en la palangana que siempre hay en el corral. Mientras se seca con la toalla, puede percibir el olor del pan tostado, que el regará con una buena porción de aceite, después de haber refregado las rebanadas de pan con un ajo. Luego cogerá la *capacha* con algo de comida y se irá a la siega con sus compañeros.

Desde la cocina, el matrimonio puede oír en la puerta de la calle a Alegría que parece lamentarse de algo, pero no hacen caso, pues siempre está gimiendo por cualquier cosa. No en vano Julia decía siempre que su madre le tenía que haber puesto de nombre a su hermana Angustias en vez de Alegría, porque siempre estaba triste ocurriera lo que ocurriera.

Pero esta vez estaban equivocados y en el rostro de Alegría se podía percibir más que tristeza, espanto.

- Han matado a Carolina la hija de María Josefa Cortés, la de la calle de Santa.

Julia y Manuel conocían bien a la madre de la víctima, por lo que el

desconcierto no les permitía hablar por el momento, viéndose más agudizado, al saber que también sus dos niñas habían corrido la misma suerte. Julia lloró desconsoladamente y tomó la decisión de ir a casa de María Josefa para apoyarla en lo que fuera necesario. Pero eso no pudo ser posible, ya que María Josefa estaba en Cazalla, en casa de un compañero de José, cuya mujer se ofreció a atenderlos en aquel tremendo trance.

Lo mismo que en casa de Julia y de Manuel, la noticia corrió por todo Guadalcanal como un reguero de pólvora. En la calle de Santa Ana, la gente se reunía en torno a la iglesia, en donde Rafael Ordóñez Rivero, el párroco, trataba de tranquilizar a la gente. Pero eran muchos los vínculos que los vecinos de aquel barrio tenían con la víctima, así que el cura tomo la decisión de bajar al cercano cuartel para recabar información del Comandante de puesto.

- Dígame sargento ¿Qué es lo que ha pasado? Si hay algo que yo pueda hacer estoy a su entera disposición.

- Pues ya ve padre, que han matado a esa pobre mujer y a sus hijas como si fueran cerdos; las han degollado. A la madre la encontramos tendida en el suelo fuera de la caseta, en un pequeño huerto que la familia tenía y a las dos niñas en el interior de la casa, la más pequeña en su cuna. Ha sido horrible.

- ¿Hay alguna pista, algún indicio de quien pudo haber sido?

- Solo una petaca que encontramos al lado de la mujer. De todas formas Padre, si usted pudiera recabar alguna información, no dude en avisarnos.

- Naturalmente, pero ha de tener en cuenta que yo no puedo revelar el secreto de confesión.

El guardia no pudo ocultar la contrariedad que le producían las palabras del párroco, quien lo adivinó rápidamente, pero era lógico y al mismo tiempo inmoral, que si el asesino confesaba su crimen ante Dios, éste no pudiera ser denunciado debido al secreto de confesión. Por un momento estuvo a punto de decirle que ya tenían detenido al *Torrontero,* pero se lo pensó mejor y optó por no revelarlo hasta que no le tomaran las primeras declaraciones él o el Jefe de línea.

- Entiendo su problema sargento, pero no creo que el asesino venga a confesarse, aunque si así lo hiciera, sentiría mucho no poder ayudarle. De todas formas siempre se podría encontrar una salida.

Por todo el pueblo era un clamor lo ocurrido. Mucha gente pedía justicia pero era difícil administrarla, si no se tenía ningún culpable. En la Puntilla, un guardia civil fuera de servicio que entró con un amigo a tomar un vino, fue abordado por los clientes para que les diera algo de información, pero éste solo pudo decirles que había un sospechoso, pero que nada sabía del tema.

En el Casino los comentarios eran del mismo estilo. Alguno de los presentes no conocía a la víctima, pero todos coincidían en que aquello era un acto terrible. Federico no hacía más que ir de un lado para otro dando información de lo que se oía en la calle. El Alcalde que entró en el salón tuvo que tranquilizar a los presentes, pues temía que aquello pudiera ser un acto terrorista. Cada uno pensaba una cosa distinta, pero nadie, nada bueno. Como es natural, el Alcalde tuvo que imponer su criterio, viendo que los presentes se ponían nerviosos por momentos.

- ¡A ver señores, pongan ustedes un poco de atención!, estamos ante un caso muy particular, muy doloroso eso sí, pero no tenemos nada que temer. Me ha comunicado el Comandante de puesto que tiene un sospechoso, así que no debemos de preocuparnos por el momento y mucho menos crear incertidumbre. Esto es solo un caso aislado, que seguramente ha sido obra de un loco, así que no saquemos las cosas de quicio.

En la tertulia de aquella tarde, Luis Castellano se explayó todo lo que quiso y más, haciendo valer su opinión y llevando el caso al tema político, pues para él, aquello era el vivo reflejo de la tragedia que estaba viviendo España, debido a la mala organización del gobierno. Ni el médico ni los demás contertulianos se atrevieron a rebatirle nada y todos optaron por dejar correr el tiempo y ver que pasaba, pues según las palabras del Alcalde, la cosa no estaba clara y lo mejor era no hacer conjeturas.

También en el mercado y en las calles se podían oír los mismos comentarios; las criadas que acudían a las tiendas para hacer la compra, comentaban lo que oían en las casas de sus señoras. En la tenería, en la fragua, en la herrería, en el lavadero de la fuente *Juan Blanco* o en del *Piojito*, en los pilares y fuentes, en todos los sitios la gente comentaba y se apenaba de la tragedia ocurrida a Carolina y sus hijas.

Todo el pueblo de Guadalcanal era un hervidero de gente que acudía a las Iglesias para rezar por el alma de Carolina y de sus dos hijas, sobre todo en la Iglesia de Santa Ana, donde daba la impresión de que se estaba celebrando algún acto litúrgico. También los párrocos de Santa María, Pedro Carballo y el de San Sebastián, Francisco Escobar, pidieron en sus actos litúrgicos por el alma de las víctimas.

VIII

En el cuartel de la Guardia Civil, el Comandante de puesto escribía en un papel las preguntas que le haría al detenido con el fin de esclarecer los hechos. Se levantó de la mesa y tras abrir la puerta del despacho, dio una voz que sonó autoritaria en el vestíbulo y que fue oída por todos los vecinos del cuartelillo, de manera que también sirvió para que las mujeres de los guardias salieran a la puerta de sus pisos, para desde la escalera, ver al reo.

- ¡Puerta!, que traigan al detenido y que venga el cabo y los números que lo trajeron del cortijo de los *Cachos*.

- A sus órdenes mi sargento

A los pocos minutos todas las mujeres de los guardias estaban apostadas en la escalera procurando saciar su curiosidad, unas con la *aljofifa* en la mano para aparentar que estaban haciendo las labores de casa, otras simplemente apoyadas en la barandilla de la escalera esperando a que el detenido entrara en el vestíbulo y poder ver la cara de tan mala criatura.

Tal era la expectación, que el Comandante se vio obligado a poner orden en la escalera.

- Señoras, ¿es qué no tienen ustedes otra cosa qué hacer? Métanse en sus casas que no quiero jaleos.

Al poco rato, el preso era conducido al despacho del Comandante de puesto, escoltado por el cabo y los dos guardias que lo condujeron al pueblo. Lo sentaron en una silla y le quitaron las ligaduras que le oprimían las manos. El

sargento se puso tranquilamente a liar un cigarrillo, tras pegarlo, se lo entregó al reo, quien ajeno al guardia, observaba el decorado de aquel despacho, cómodo pero a la vez siniestro.

En la pared principal había un gran retrato del rey Alfonso XIII junto a un crucifijo y otro del Duque de Ahumada, a la altura de la vista un mapa de la comarca y en el suelo, un armero en el que cogidos con una cadena cerrada por un candado, había seis fusiles máuser. En un rincón y al lado de una bandera, un retrato de la Virgen del Pilar con una inscripción ilegible.

- ¿Es usted José Barragán Gordón, alias el *Torrontero*?

- Sí, yo soy

- ¿Qué hacía usted en Cazalla en lugar de estar en su trabajo?

- Fui al entierro de un tío mío.

- ¿De verdad? ¿No es más cierto que fue usted a la caseta del ferrocarril, con la intención de matar a Carolina Merchán Cortés?

- ¿Por qué habría yo de querer matarla, mi sargento?

- Pues yo te lo voy a decir: porque fue tu novia y de alguna manera tú te sientes ofendido.

- Fui yo quien la dejó a ella. Pero por eso no iba yo a matar a Carolina. Le juro señor sargento que yo estuve en Cazalla al entierro de mi tío y de verdad siento mucho lo que le ha pasado a Carolina, a pesar de habernos dejado, yo la apreciaba.

- Y entonces por qué la dejaste, si se puede saber. ¡Vamos, explícamelo!

- Fue por una mentira de otro hombre que al parecer la pretendía. Resulta que Carolina tenía un lunar en la ingle según contó a una amiga y ésta se lo dijo a su hermano, quien vino a decírmelo a mí. Pero además para que yo me pusiera celoso dijo que se lo había visto él...

- Y naturalmente rompiste el compromiso ¿No es cierto?

- Así es mi sargento, luego me arrepentí pues su amiga al saberlo me contó la verdad, pero ya era demasiado tarde.

- Y tú, herido por el agravio fuiste y la mataste, ¿no es así?

Torrontero impotente ante la acusación de la que estaba siendo víctima por parte del Comandante de puesto, se puso violentamente en pie y aunque los dos guardias que estaban detrás de él, hicieron intento de obligarlo a sentarse, éste se defendió airadamente ante tan grave acusación.

- ¡Eso no es cierto. Ustedes me están acusando de algo que yo no he hecho. En la vida se me hubiera ocurrido a mí matar a Carolina y mucho menos a esas dos pobres criaturas...!

- ¿Y se puede saber en dónde coño echaste la navaja que dices haber perdido?

- No lo sé, se me caería en el camino hacia el cementerio.

El sargento viendo que no había forma de sacarle nada en claro, optó por cambiar de táctica y metiéndose la mano en la guerrera saco la petaca que había sido encontrada por el cabo en el lugar del crimen, le miró fijamente a los ojos para ver su reacción, pero ningún gesto de sorpresa pudo apreciar el guardia.

- Toma echa otro cigarro.

Torrentero cogió la petaca para echarse una porción de tabaco y con una tranquilidad relativa, lió un cigarrillo que encendió del mechero que uno de los guardias le acercó.

El sargento estaba empezando a convencerse de que aquel hombre no era culpable de nada y eso le molestaba tremendamente, pues se necesitaba ya un culpable fuera como fuera. Así que volvió a preguntar al detenido, no sin tratar de disimular su frustración.

- ¿No conoces esta petaca?

- No señor guardia, ¿por qué habría yo de conocerla?

- Porque esta petaca ha sido encontrada justo cerca de donde encontramos el cuerpo de Carolina. ¿Dónde tienes la tuya? o ¿la has perdido también como la navaja?

- No señor guardia, mire ésta es mi petaca, era del pobre de mi padre y hace muchos años que la tengo.

Viendo que el acusado sacaba de su bolsillo una segunda petaca y muy usada, el sargento comprendió que no tenía una prueba contundente. Dando por finalizado el interrogatorio, mandó llevar al preso al calabozo hasta nueva orden, pues aunque estaba convencido de que aquel hombre no era culpable de nada, tenía la sensación de que a sus jefes no le iba a gustar nada la noticia de que no hubiera ningún presunto culpable por el momento.

Luego llamó a su subordinado y tras hacerle saber sus temores, le dio las órdenes oportunas para que el reo no saliera del cuartel por el momento.

- Me temo Cabo que este hombre es tan inocente como nosotros, pero tengo que mantenerlo encerrado hasta que el Jefe de línea dé las órdenes oportunas, a lo

mejor quiere él interrogarlo, así que comuníqueselo a su familia, que le traigan de comer o lo que necesite.

- A sus órdenes mi Sargento.

El cabo y un guardia salieron por la puerta principal del cuartel y pudieron ver como en toda la calle San Bartolomé había gente que esperaba a que el reo saliera en dirección a Cazalla. Eso era lo que alguien había dicho y muchos de los presentes se concentraron en torno al antiguo cuartel de caballería, ahora destinado al uso de la Guardia Civil, con el fin de verle la cara al asesino que nadie conocía, pero que todos tenían ganas de echárselo a la cara, teniendo el Cabo que dar explicaciones a los más exaltados pues veía un posible deterioro del orden publico.

- El sospechoso que tenemos detenido es solamente eso, un sospechoso, no estamos seguros de que pueda ser el culpable y tampoco les voy a decir su nombre...

Una voz de mujer se hizo notar de entre la gente que rodeaba a los guardias y estos comprendieron que ya no era necesario ocultar el nombre del sospechoso.

- No hace falta que nos diga el nombre de ese asesino ya sabemos que es el *Torrontero,* lo han traído ustedes desde *Los Cachos,* a donde han ido a detenerle esta mañana.

Les costó a los guardias acallar el griterío que se había formado, pero solo pudieron dejar oír su voz unos momentos, pues nadie se avenía a las razones que el Cabo daba. Hacerle ver a aquella muchedumbre cada vez más numerosa, que el detenido solo era un sospechoso, era tarea muy difícil, pues todos sabían que había sido novio de Carolina y eso era suficiente motivo para sospechar de él.

- No puedo asegurar que ese hombre haya cometido tan vil asesinato. Así que lo mejor que pueden ustedes hacer es marcharse a sus casas y dejar que las investigaciones sigan su curso. Yo les aseguro que el culpable será detenido y puesto a disposición de la justicia.

El griterío se fue reduciendo poco a poco y la espontánea manifestación se disolvió en forma de corrillos en los que el tema de conversación siempre era relacionado con la misma cuestión. Cada uno exponía pareceres que iban desde que el criminal era un loco, a que podía haber sido el marido. También había quien pensaba que lo mejor que había que hacer con esa fiera era colgarlo de un árbol, otros que darle un tremendo martirio y los más exaltados proponían entrar en el cuartel para sacar al sospechoso y ejecutarlo en la plaza para que todo el mundo lo viera.

Nada de eso ocurrió. El sargento y cuatro guardias con fusil en bandolera salieron a la calle y obligaron a los manifestantes a abandonar, ya que los miembros de la fuerza pública no estaban dispuestos a permitir ni linchamientos, ni falsas acusaciones que llevaran al sospechoso a ser juzgado antes de tiempo, por la indignación de la plebe.

Poco después la familia del *Torrontero* acudió al cuartel para llevar algunas cosas al detenido, ante las inquisidoras miradas de los que por allí merodeaban, pero nadie se atrevió a hacer ningún comentario en su presencia. Una mujer joven y un señor mayor entraron en el cuartel con el fin de ver al detenido y de llevarle algo de comida. El sargento les puso en antecedente y les hizo saber que no tenía la más mínima duda de que José era inocente, pero que de momento, se tendría que quedar en el cuartel hasta que viniera el teniente.

Tanto el Cabo como los dos guardias, nada más terminar el interrogatorio se pusieron en marcha para continuar las investigaciones.

Estuvieron haciendo preguntas por distintas majadas y cortijos en torno al lugar del crimen, en donde fuero advertidos de que a un tal Juan Nieto, que era de Cabeza del Buey, lo habían visto merodear por la zona. Desde la estación de Alanís el Cabo telegrafió a los cuarteles de la zona para anunciar de sus sospechas y aconsejar su detención.

No tardó en caer en manos de la justicia, pero tras breves indagaciones tuvo que ser puesto en libertad, ya que no pudieron encontrar culpabilidad alguna en aquel hombre, que si es cierto pasó por la casilla, pero a la hora del crimen pudo demostrar que estaba en la estación de Alanís, donde fue visto por el cantinero que le sirvió un vaso de vino con unos altramuces y estuvieron hablando un rato hasta que pasó el correo de la una.

El Cabo no hacía más que darle vueltas a la cabeza, pensando en el móvil del crimen, pues no entendía que por cuatro perras una persona pudiera cometer tan enorme atrocidad. El sol empezaba a calentar y los guardias volvieron nuevamente al lugar del crimen con la idea de encontrar algo que se les hubiera pasado por alto.

- Creo que en la casa o en los alrededores tenemos que encontrar algo que nos dé más pistas del asesino. Una navaja y una petaca son cosas muy comunes para poder implicar a cualquiera. ¿No crees Juan?

- Si mi Cabo, pero no todo el mundo tiene una petaca recosida con correa de gato.

- Pues no me había dado cuenta de ese detalle, ¿a qué te refieres?

- A que esos recosidos, los suelen hacer los pastores.

El cabo detuvo el caballo haciendo que también los dos guardias pararan a

los suyos. Se quedó pensativo y en silencio por un momento, luego espoleó nuevamente su montura y casi al trote les explico a sus hombres lo que se le estaba ocurriendo.

- Si esa petaca la ha cosido un pastor quien me dice a mí que no ha sido un pastor quien lo ha hecho. La majada más cerca es la de *El Pelao*.

Uno de los guardias hizo que el Cabo se detuviera nuevamente, pues había descubierto algo entre la maleza que había a la orilla de un regajo. Éste señalaba con el dedo hacia unos matorrales tronchados y pronto el Cabo bajó de su montura para aproximarse al lugar.

- Por ahí ha pasado alguien mi Cabo, y eso no es un camino precisamente.

En efecto, el Cabo bajó de su caballo y acompañado de los dos guardias se internó en la maleza, hasta llegar al lecho del pequeño arroyo, en dónde había una gran charca de la que algunas aves levantaron despavoridas el vuelo ante la presencia de los tres guardias. En primer término no vieron nada, solo unas huellas en el barro que parecían pisadas, luego el Cabo levantó la cabeza hacia el tronco de un chopo y descubrió cerca una especie de trapo blanco semioculto.

- ¿Qué es aquello que hay en el tronco de aquel árbol?, parece un *cacho* de trapo.

Uno de los dos guardias fue a cogerlo y la sorpresa de éste fue tremenda. Casi con júbilo gritó al Cabo.

- Me parece mi Cabo que hemos encontrado algo muy interesante.

En efecto, el guardia se acercó a su superior y le entregó la prenda que había descubierto. Se trataba de una camisa que estaba manchada de sangre. Por la talla y la hechura tenía que ser de un hombre, además joven, pues ese tipo de camisas no la usaban los mayores.

El Cabo la examinó exhaustivamente y el rostro se le iluminó al descubrir en la parte trasera del cuello unas iniciales que aunque no demostraban nada, si les daba una buena pista para a través de las dos letras bordadas en la camisa, sacar en conclusión el nombre del posible asesino.

- A y M. Estas dos letras nos pueden servir de mucho para encontrar al asesino.

Los tres guardias empezaron a descifrar mentalmente nombres y apellidos que coincidieran con las dos letras de la camisa, pero era difícil sacar una conclusión, así que el Cabo retomó el camino que había iniciado y los tres se dirigieron a la majada de *El Pelao* que no estaba muy lejos. Agripìno se encontraba a la sombra de una encina intentando dormir un poco, ya que las ovejas estaban sesteando. Los perros ladraron ante la presencia de los miembros

de la Benemérita y *El Pelao* miró en dirección a donde los dos mastines se dirigían llamándolos, al ver de quien se trataba.

- A la paz de Dios señores guardias, ¿Qué les trae por aquí?

- Es que no se ha enterado usted de lo qué ha pasado en la caseta de la vía.

- Pues ¿qué es lo que ha pasado?

El Cabo viendo la extrañeza y la tranquilidad del pastor, comprendió que aquel hombre no tenía ni idea de lo que a poca distancia de allí había sucedido. Para asegurarse mejor del convencimiento de que aquel hombre no podía por ningún motivo ser sospechoso utilizó la misma estrategia que con el *Torrontero* de *Los Cachos*".

- Déjeme usted su navaja, si no le importa.

- ¿Por qué habría de importarme? Aquí la tiene. Pero dígame usted, ¿qué es lo que ha pasado en la vía? ¿Ha habido algún accidente en las obras del túnel?

Ya no tenía ninguna duda el Cabo de la falsa sospecha hacia el pastor, aquel hombre además de no tener ni idea de lo ocurrido, no tuvo inconveniente en sacar de entre su faja la navaja *cabritera* que siempre llevaba encima. Pero en su cara había extrañeza además de una gran curiosidad por saber qué es lo que en la casilla había pasado. No tardó el Cabo en ponerlo en antecedentes y según éste iba hablando, al pastor se le cambiaba el rostro como si fuera a él a quien le hubieran dado las puñaladas.

Tuvo el hombre que sentarse en una piedra que había al lado, pues la muerte de Carolina y de sus hijas le afectó tremendamente. Parecía como si los guardias le estuvieran gastando una pesada broma y por un momento el silencio se apoderó de aquel pastor que no podía creerse que tan cerca de su majada hubiera ocurrido tal cosa. Balbuceando por el disgusto pudo reponerse y con lágrimas en los ojos preguntó a los guardias:

- Pero, ¿Saben ustedes quién ha sido ese canalla?

- Eso es lo que estamos averiguando, y por eso venimos a preguntarle a usted.

- Y qué les puedo yo decir.

- Vio usted a alguien por los alrededores ayer entre las once y las doce de la mañana.

- No, yo salí con las ovejas temprano y....

Al *Pelao* se le quedó la voz cortada, no, no podía ser que su visitante hubiera hecho tal cosa. Era imposible. Los tres guardias adivinaron rápidamente las dudas del pastor. Algo había recordado que le estaba atormentando en su

mente. El Cabo insistió en la pregunta que ya era casi una exigencia.

- Y qué…

- Bueno, aquí estuvo pasando la noche conmigo *El Rabazo* que iba para Guadalcanal, por la mañana se llegó a la casilla para ver a Carolina por si quería algo para su madre, luego a estas horas más o menos, vino a la majada a por la burra que la había aquí.

- ¿Notó usted algo, alguna mancha de sangre en su ropa, o si estaba algo nervioso cuando vino a por la burra?

- No mire usted, yo estaba en la red apartando unas ovejas parias y casi ni lo miré, ya lo tengo más que visto. Hablamos un poco y me dijo que Carolina se había empeñado en que se quedara a comer con ella. Pero le digo una cosa señor guardia, no creo que el *Rabazo* sea capaz de hacer una cosa de esas, Carolina y él eran como hermanos pues se criaron juntos.

- No le digo lo contrario, solo queremos saber cosas para atar los cabos sueltos, ¿Alguien más pasó por aquí que usted sepa?

- Pues mire usted, nadie más ha venido por aquí, me imagino que ese criminal se habrá escondido Dios sabe donde.

- Gracias por todo amigo, lamento haberle dado tan malas noticias.

- Si que es mala, pero ¿Por qué no se toman ustedes un vaso de leche fresca? ya está empezando a hacer calor y eso les vendrá bien y que los caballos beban agua, ahí hay un buen arroyo.

- No muchas gracias, tenemos que irnos, si no se nos echará la noche encima.

Ante la pesadumbre de *El Pelao,* los tres guardias emprendieron el camino, mientras éste los observaba sin que ni siquiera los perros se atrevieran a ladrar. Parecía que hasta los animales se habían dado cuenta de la atrocidad cometida.

Ya fuera de la vista del pastor el guardia Juan Piñero Bernabé puso su caballo a la altura del Cabo y le extendió la mano para que le entregara la camisa encontrada en el regajo.

- La iniciales que había bordadas en la camisa eran una A y una M, ¿verdad mi Cabo?

- Así es.

- El *Rabazo* se llama Antonio Martínez, y Hernández de segundo apellido. Lo conozco muy bien somos de la familia y aunque me cuesta trabajo creerlo, todos los indicios nos llevan a él ¿no es cierto mi Cabo?

- Así es Juan, aunque tendremos que andar con pies de plomo, no nos vaya a pasar como con el *Torrontero*.

Todas las sospechas se habían convertido para el Cabo en una realidad, pues muchas cosas coincidían. Las iniciales de la camisa, la presencia de *El Rabazo* en la majada en donde dijo al *Pelao* que iría a ver a Carolina, la vuelta de éste nuevamente a la majada para recoger la borrica… Pero había algo que al Cabo no le encajaba, si le dijo al pastor que la víctima lo había invitado a comer, como es que cuando ellos fueron a la caseta la comida estaba aún en la olla, por cierto *socarrada*. Tampoco recordaba el Cabo que hubiera en el interior de la caseta utensilios que demostraran que se había estado comiendo.

Si *El Rabazo* salió de la majada temprano, estuvo en la casilla a eso de las doce y volvió a la majada a recoger la borrica, como pudo estar tanto tiempo para cometer el crimen. Lo normal es que hubiera emprendido la huida sin siquiera volver a la majada, pues seguro que el pastor lo hubiera notado, además, que interés tendría en matar a la que era amiga de toda la vida, pues según el guardia y el pastor, decían se criaron como hermanos.

Había muchas contradicciones en aquel galimatías, pero las pruebas existentes por el momento implicaban al *Rabazo*. Y el Cabo no tenía otro hilo del que tirar, para sacar sus conclusiones, así que puso rumbo a Guadalcanal a donde llegó con sus hombres ya de noche cerrada.

IX

En el cuartel puso en antecedente al Sargento quien le comunicó que el *Torrontero* había sido puesto en libertad, al no tener pruebas contra él, pues el Teniente de línea se convenció rápidamente de su inocencia.

Pero ni el Cabo ni el Sargento querían comprometerse con el *Rabazo* de momento. Si lo detenían, al enterarse la gente se crearía un problema de orden público innecesario, si luego resultaba que era inocente. Así que optaron por investigar más a fondo hasta llegar a la verdad, con toda la seguridad posible.

Al día siguiente la Guardia Civil se dedicó por entero a terminar de montar el rompecabezas y con la ayuda de los Guardias del puesto de Alanís y de Cazalla, procuraron unir las piezas para llevar al verdadero criminal ante la implacable justicia, pero antes, había que atar los cabos sueltos.

Para salir de dudas, el sargento pensó que lo mejor era vigilar al *Rabazo* por ver si cometía alguna torpeza, pero de una forma discreta, dejando que éste llevara una vida normal, hasta que llegara el momento de tener todos los ases de la baraja y detenerlo de inmediato.

No les fue muy difícil a los guardias vigilar al *Rabazo,* pues Juan Piñero acudió a casa de su madre para saludarlo, ya que eran buenos amigos. Allí estaba su prima Julia, que como muchas tardes, cuando salía de casa de su señorita iba a visitar a su tía Pura. Como es natural, la conversación fue la que era la comidilla del pueblo. Además Pura estaba muy afectada porque apreciaba mucho a

Carolina.

- Hay que ver pobre hija, quien habrá sido el canalla que ha acabado con las vidas de esas pobres criaturas. Deberían de matar a quien lo haya hecho.

Tanto el *Rabazo* como su prima Julia asentían con la cabeza, mientras a Juan se le revolvían las tripas, sabedor como era de que tenía al presunto asesino ante sus propias narices. Pero las órdenes eran estrictas y su obligación cumplirlas, por lo que tuvo que tragar saliva para seguir con el tema de conversación, en la que el *Rabazo* parecía no sentirse aludido por nada. Parecía como si lo hubiera asimilado y aparentemente daba la sensación de que él no tenía nada que ver con aquel crimen, tanto es así, que hasta el mismo guardia dudó por momentos, de que Antonio fuera culpable del delito y eso es lo que le contó a sus superiores, cuando más tarde se reunió con ellos en el cuartel.

- No sé mi sargento, aparentemente el *Rabazo* está tranquilo, no da la sensación de sentirse culpable de nada, la verdad es que no sé que pensar.

La estrategia de los investigadores siguió al día siguiente por los mismos derroteros, así que el cabo Rebollo y el guardia Piñero, emprendieron al día siguiente una nueva batida por el entorno, mientras una pareja se encargaba de vigilar bajo la más estricta discreción al sospechoso

En la esquina de la Puntilla, Antonio estuvo algún tiempo esperando la llegada de algún manigero que le diera trabajo, pero a esas horas era difícil que alguien le contratara, pues la mejor hora era por la noche, así que se fue a los olivos que había comprado en la *Las Lapas*. Subió a su casa para coger la burra y Beatriz no se atrevió a volver a preguntar por ese comportamiento tan raro que tenía, solo lo miraba.

Antonio colocó el aparejo en la bestia, apretó la cincha contra la tripa del animal y salio de casa no sin antes decirle a su mujer a donde iba. Mintió y por la forma de hablar, Beatriz sabía que no le estaba diciendo la verdad, pero la mujer se resignó, Agachó la cabeza y sin atreverse a mirarlo le extendió la mano entregándole una talega de cuadros grises.

- Ahí te he echado unas presas de carne y un trozo de pan, no esperaba que encontraras trabajo tan pronto.

- Ya sabes, las ocasiones hay que aprovecharlas y si un manigero viene a darte trabajo y le dices que no, lo más seguro es que cuando lo necesite, no me buscará a mi sino a otro.

Beatriz se quedó mirando a su marido que llevaba a la burra del *cabresto* calle Valencia abajo, y hasta que torció por los Cantillos no le quitó la vista de encima. Antonio siguió por el callejón de la Cava y se encaminó por la calle de

San Francisco hasta llegar al Cementerio. Al pasar por la puerta se encontró con el sepulturero que sentado a la sombra de un ciprés, parecía esperar a alguien. Por un momento se le vino a la mente la cara desencajada de Carolina. Un tremendo escalofrío le corrió por todo el cuerpo, pensó que dentro de uno o dos días el cuerpo de su víctima sería enterrado por las manos de aquel apacible hombre, que sentado a la puerta del camposanto lo saludaba.

- A la paz de Dios, amigo. ¿A dónde vamos?

- Al *Porrillo*, que tengo que hacer unas cosas.

Volvió a mentir nuevamente. No quería que nadie supiera donde estaba, pues temía que alguien descubriera su fechoría. Siguió su camino ya montado en la burra y desde ella pudo escuchar el comentario del sepulturero al que el respondió con una pregunta.

- Pues un buen trecho le queda amigo, *El Porrillo* está muy lejos y hoy va a hacer calor.

- Ya lo sé pero que se le va a hacer. Por cierto ¿Hay hoy algún entierro?

- Que yo sepa no, además tampoco se han oído doblar las campanas.

La respuesta del enterrador lo tranquilizó. Antonio sobre su borrica continuó su camino, por aquel amplio cordel llegando hasta el cortijo de la *Florida*, en donde la casera estaba en la alberca cogiendo agua, mientras a lo lejos, su marido terminaba de regar algunas hortalizas.

Saludó a la mujer, pues la conocía desde hacía mucho tiempo.

- Buenos días Carmen, ¿Cómo estamos?

- Bien Antonio. ¿Qué te trae por aquí?

- Voy al *Porrillo,* que me ha salido allí un trabajo.

Volvió nuevamente a mentir. Sin bajarse de la burra, Antonio saludo al marido desde lejos dando una voz, a la que el hortelano respondió con un ademán de la mano derecha, mientras con la otra sostenía la azada.

No estaba ya lejos el paraje de *Las Lapas* y pronto el *Rabazo* llegó a los olivos que había comprado días antes de irse a Cazalla.

No estaban muy cuidados que digamos, los árboles necesitaban tala y sobre todo *chuponearlos,* pero solo ésta última faena corría prisa, ya que el fruto ya estaba muy avanzado, sobre todo en los manzanillos que tenían muy buena aceituna para el verdeo, aunque era pronto para el *chuponado*. Se puso a la faena con la *piqueta* y la *marcola.* Llevaba un buen rato trabajando, cuando desde

un barranco pudo ver a una pareja de la Guardia Civil, cosa que lo puso muy intranquilo, pero entendió que lo peor que podía hacer era darse a la fuga, pues entonces se delataría él solo; así que continuó su trabajo como si no los hubiera visto.

- Buenos días, ¿Qué tal va el trabajo?

Al Rabazo parecía salírsele el corazón del cuerpo, por un momento pensó que aquellos guardias venían a buscarlo, pero daba la impresión de que estos no traían esa intención, así que optó por acercarse a ellos aunque su nerviosismo era evidente, cosa que los dos números apreciaron, pero hicieron como que no se daban cuenta, ya que las órdenes que traían eran precisamente las de no detenerle, sino simplemente ponerlo nervioso para que de alguna forma él mismo se delatara.

- Ustedes dirán.

- Pues ya ve, aquí de patrulla, ahora tenemos que andar con veinte ojos con lo del crimen de la caseta de la vía, ya sabe usted.

Al *Rabazo* pareció encendérsele la cara y hasta las orejas se le pusieron rojas. Las piernas parecían temblarle tanto que temió que no iban a resistir el peso de su cuerpo. Por un momento estuvo tentado de usar la piqueta como arma para quitarse a los dos guardias de encima, pero se tranquilizó un poco y tras reponerse intentó hablar lo mejor que pudo, eso sí, el temblor de sus labios lo hubiera apreciado cualquiera, pero los dos jinetes hicieron como que miraban para otro lado.

- Sí...ya he oído lo que ha pasado… menuda la que se ha liado.

- ¿Conocía usted a la víctima?

- Sí, claro, nos criamos en la calle de Santa Ana.

- Ya, pero esa mujer hace mucho tiempo que no venía por el pueblo ¿verdad?

- Sí, yo hacía mucho tiempo que no la veía.

- Está bien, nos vamos, si viera usted u oyera alguna cosa, no deje de ponerlo en conocimiento en el cuartel.

- Descuide señor guardia.

Antonio quedó pensativo y muy intranquilo y los latidos de su corazón eran tan fuertes que parecía que éste se le iba a salir por la boca. Cuando vio a la pareja trasponer por el camino del *Porrillo*, se sentó en el tronco de un olivo, sacó la petaca y lió a duras penas un cigarro, pues no era capaz de mantener el tabaco en el papel, debido al temblor de sus manos. Lo encendió y aspiró el humo

profundamente, como si con él quisiera impedir la velocidad con la que su corazón estaba actuando.

Mientras tanto, los guardias a paso lento, con el fin de hacer tiempo para esperar a quien vigilaban, comentaban entre ellos como había sido el comportamiento de *El Rabazo* y ambos coincidían en que su nerviosismo y el gran temor que aparentaba era tan evidente, que no había la menor duda en que ese era el verdadero asesino al que estaban buscando. Escondidos los caballos detrás de una *torruca*, los dos guardias vieron al sospechoso como terminado su trabajo, se dirigía al pueblo. Observaron también que desde que ellos estuvieron hablando con él no se oyó en absoluto el golpeteo que hace la piqueta al cortar los chupones, ningún movimiento de éste entre los árboles, por lo que sacaron en conclusión que el susto que el sospechoso se había llevado había sido muy grande y seguro que todo el tiempo estuvo pensando la forma de tranquilizarse.

En el pueblo el sargento también estuvo haciendo indagaciones sobre el sospechoso del asesinato. Preguntó en las tabernas, en los comercios y tuvo la ocurrencia de darse una vuelta por los distintos lavaderos del pueblo aunque su mayor interés lo puso en el del *Piojito*, en donde Beatriz estaba lavando junto a otras mujeres, que como era normal hablaban de lo mismo.

El sargento interrumpió las conversaciones al ser visto por las lavanderas y éste se limitó a saludarlas con elegancia y caballerosidad, al mismo tiempo que se quitaba el tricornio.

- Buenos días tengan ustedes señoras, les importaría enseñarme la ropa de hombre que tienen para lavar, es solo un trámite de rutina.

El sargento fue pasando al lado de cada mujer, al mismo tiempo que éstas enseñaban los modestos atuendos de sus maridos: *Chambras*, *jaquetas,* chalecos, pantalones, camisas, calzoncillos o fajas. En ninguna de las cestas de ropa se paró el sargento, solo miró por encima las prendas y tampoco en la de Beatriz, que sin el más mínimo reparo, volcó todo un costal de ropa en la verde hierba que rodeaba la fuente.

- Muchas gracias por su colaboración señoras, que se les de bien la colada.

Todas miraron al sargento como extrañadas, pues no sabían lo que éste estuviera buscando. Bajando por el Berrocal Chico, el suboficial puso en antecedentes al guardia que lo acompañaba de que cada vez estaba más cerca la prueba que estaban buscando.

- ¿Te has fijado en la ropa de la mujer del *Rabazo*?

- Sí mi sargento, pero no he encontrado nada sospechoso.

- ¿No te has fijado que los pantalones tienen una mancha negra en la parte de la

bragueta? Eso nos lleva a deducir, que después de lo investigado hasta ahora, esto es una prueba más para culpar a nuestro sospechoso.

- Sí mi sargento, pero si su mujer lava esa ropa ya no tendremos esa prueba,

- Tienes razón pero ¿no te has parado a pensar que cuando su mujer se lo comente, que se lo comentará, él se sentirá más seguro de que nadie sospecha y entonces puede bajar la guardia para que nosotros no tengamos ningún problema?

Después de la comida el sargento se reunió con el Cabo y el guardia Juan Piñero Bernabé para sacar las conclusiones debidas y estudiar la manera de detener al *Rabaz*o. El Cabo quería terminar de atar los muchos flecos que había sueltos y su primera idea era preguntar a la gente del pueblo de los últimos movimientos realizados por *El Rabazo*. La primera idea fue ir al estanco, pues si se quedó sin tabaco al perder la petaca, lo primero que hubiera hecho es ir a comprarlo, de manera que se dirigió a casa de Julio, quien le informó que el *Rabazo* estuvo el día uno comprando un cuarterón de tabaco, un librito de *Indio Rosa*, un mechero y una petaca, y que le comentó que iba a la botica de don Rogelio porque tenía unas deudas de unos medicamentos.

Rogelio Vázquez informó al Cabo de que *El Rabazo* le había pagado a su mancebo veinte pesetas que le debía de cuando la temporada de la gripe. Viendo las intenciones del Cabo con respecto a Antonio, hizo entrar al guardia en la rebotica para recabar de más información.

- Perdone Cabo, ¿Es qué sospechan ustedes de que ese mocito es el culpable de los crímenes de la casilla?

- Don Rogelio, no debería decirle a usted nada, pero me temo que ese hombre es el culpable de la muerte de Carolina. Las investigaciones que llevamos realizadas le inculpan. Espero que mis palabras no salgan de esta rebotica, no quisiera adelantarme a los acontecimientos y como usted sabe, tampoco debo yo hacer participe de una investigación a nadie que sea ajeno a ella. Esto se lo he dicho a usted por la amistad que nos une desde hace años.

- Ya lo sé José, no te preocupes que esto no va a salir de aquí.

Por su parte Juan Piñero quiso coronar la investigación abusando de la amistad que le unía con Antonio y con Beatriz y sabiendo que cuando éste vino del campo se arregló y se bajo para la *Puntilla*, Juan entró en su casa, aprovechando que su mujer estaba sola, con el pretexto de saludarla y llevarle algo que su marido había perdido.

- Que pasa Beatriz, ¿como andáis? Hacía mucho tiempo que no te veía, como ahora estoy casi siempre en Alanís.

- Bien gracias a Dios, ya me dijo Antonio que estuviste con él en casa de Pura.

- Sí. Por cierto, que venía a traerte algo que creo que es de tu marido, se la debió de caer al salir de casa de su madre mientras hablaba con su prima Julia.

Beatriz reconoció rápidamente la petaca de Antonio y al guardia Juan Piñero Bernabé se le vino el mundo encima. Ya tenía más que segura la identidad del asesino, precisamente uno de sus mejores amigos. Miro a Beatriz quien se quedó sorprendida ante la extrañeza de la cara del guardia al confirmarle la propiedad de la petaca de su marido.

- ¿Qué es lo que pasa Juan? Se te ha cambiado la cara de color.

- Nada Beatriz, debo de tener algo malo en el estomago, de vez en cuando me dan retorcijones.

X

Como cada día a la hora del café en el Casino, sus socios van concentrándose cada tarde, bien para la acostumbrada tertulia, para jugar al dominó o las cartas, o aprovechar la llegada de la prensa y así enterarse de los últimos acontecimientos vividos en la ajetreada vida política de una España que a trancas y barrancas trata de salir de la crisis que la envuelve. Son muchos los frentes informativos de periódicos como *El Liberal*, *La Unión* o el *ABC*, que tratan en sus páginas de los acontecimientos recientes. Pero de los que más se escribe, es de la tremenda sangría que representa la guerra de África, que parece no terminar nunca. También las continuas huelgas que en los núcleos industriales se producen cada vez con más frecuencia y en donde los sindicatos UGT y CNT son protagonistas, haciendo temer a la oligarquía de Guadalcanal por sus intereses, aunque de momento no corren peligro. Las noticias corren como la pólvora y es justo reconocer que la clase trabajadora del pueblo se siente cada vez más influenciada por los vientos revolucionarios, que florecen en una España cada vez más empobrecida.

Las tertulias del salón del Casino, este día, como las de los dos anteriores, no parecen estar basadas en los acontecimientos políticos que sufre la patria, sino en los más recientes producidos en el pueblo. En el interior de las páginas de los diarios se buscan noticias relativas al crimen de Cazalla, pero en ninguna de ellas se sacan nuevas conclusiones, por lo que las especulaciones vuelven a reinar en la imaginación de los reunidos, que como siempre y en todas estas circunstancias suele suceder, cada uno aporta versiones que en general suelen ser imaginativas.

En la mesa de la ventana que da a la Almona, los contertulios de siempre,

no hablan de política como acostumbran hacer. Luis Castellano está realmente impresionado por el crimen, pues Carolina estuvo sirviendo en su casa como doncella. También la conocía José Castelló, quien la recuerda cuando en las mañanas de domingo él iba a misa a Santa Ana. La veía siempre con su madre sentada en el banco cercano al altar de las Ánimas. También Pedro Carballo se acuerda de la víctima, pues fue él quien la casó, ya que Rafael Ordóñez no estaba en el pueblo ese día.

Rogelio Vázquez entra en el salón como siempre, con su sombrero en la mano y el bastón colgado del antebrazo, esperando a que llegue el conserje para guardárselo y con su voz peculiar que todos conocían, saludó a la concurrencia al mismo tiempo que se dirigía a la mesa de la ventana de la Almona.

- Buenas tardes tengan ustedes señores, Federico tráeme un café con leche y ponle a estos señores una copita de lo que quieran.

- Muy rumboso viene usted don Rogelio.

- No rumboso no soy, pero lo normal es que cuando uno llega tarde a una mesa en la que hay tan eminentes tertulianos, es lo lógico invitarlos a modo de disculpa.

- Tampoco es necesario que se tenga usted que disculpar, algo más importante habrá tenido que hacer.

- Así es señores, he tenido una visita inesperada, pero lamento no poder informarles de cuál ha sido el motivo de ésta.

Ninguno de los miembros de la mesa quiso insistir en la identidad de la visita que recibiera en su rebotica Rogelio Vázquez. Mientras éste se tomaba el café, observaba a sus compañeros que volvían a retomar la conversación en la que estaban enfrascados. El boticario, con la taza de café en la mano, dirigía su mirada al que por momentos hacía uso de la palabra, le daban ganas de rebatirlos a todos, pues ninguno de ellos sabía lo que estaban diciendo, después de la conversación que un rato antes había mantenido con el Cabo de Alanís.

Luis Castellano que observaba a Rogelio y extrañado como no entraba en el tema del crimen, puso en funcionamiento su intuición, para ver qué podía sacar de la mente del boticario, pues estaba seguro de que éste sabía algo del tema, o al menos así se lo imaginaba.

- Y a usted don Rogelio ¿Qué le parece esto del asesinato de esa pobre mujer y de sus hijas?

- Me parece una tremenda atrocidad don Luis, pero creo que no deberían ustedes hacer conjeturas como las que están haciendo. Yo espero que este crimen sea resuelto lo antes posible, pero de ninguna manera deberíamos hacer conjeturas al

respecto.

- Parece como si usted supiera algo…

- Si yo supiera algo del tema no duden ustedes que lo diría, si con ello se pudiera esclarecer el asunto. Pero sepan que es a la justicia y la Guardia Civil a quien tendría que poner en antecedentes, antes de decir cualquier cosa en esta mesa.

Una tremenda expectación se creó en torno a la mesa. Todas las miradas de los contertulios se posaban en los ojos de Rogelio Vázquez, pero éste no soltó prenda y nadie se atrevió a preguntarle. Eso sí, en la mente de todos había un atisbo de esperanza y como no, una cierta curiosidad por conocer lo que sabía el boticario, pues todos dedujeron de sus palabras que algo sabía. Pero todos ellos lo conocían bien y sabían de sobra que jamás faltaría a su palabra y si éste se la dio a alguien, ya puede estar tranquila la persona que le informó que el secreto sería guardado.

Federico apareció con una bandeja en la que llevaba varias copas y una botella de anís *Flor de la Sierra*. Mientras el camarero servía, todos permanecieron en silencio y cuando éste salió por la puerta encortinada hacia el vestíbulo, fue José Castelló el que rompió aquel tenso silencio, pero no relacionó su pregunta con el tema que todos tenían en la cabeza.

- ¿Han leído ustedes la prensa de hoy caballeros? Parece que el Gobierno está preparando una nueva en África.

- No se fíe usted de las apariencias don José. Adel-krin no es como los insurrectos cubanos que usted conoció, estos moros son muy combativos y mucho me temo que Berenguer sea capaz de dominar la situación.

- Conozco a Berenguer y a mi me parece que es un hombre muy decidido, pero necesita muchos apoyos desde Madrid, cosa que veo difícil, dada la poca capacidad de decisión de Dato.

Poco a poco la tertulia se fue desviando hacia los acontecimientos políticos y bélicos, dejando olvidado el tema del crimen de Cazalla, que sin resolver por el momento, siempre estaba planeando en Guadalcanal.

XI

También en las calles y tabernas de Guadalcanal, el pensamiento estaba puesto en la figura de Carolina y sus hijas. Por los caminos de regreso del trabajo, los hombres comentaban el tema y lo mismo que en el Casino, se hacían especulaciones sobre la persona del asesino.

Bajando por el camino del *El Venerito,* Manuel caminaba con la *capacha* al hombro y la hoz en la cintura, de la que también colgaba la *zoqueta* que bailaba de un lado al otro al movimiento de cuerpo. Iba hablando con otros compañeros, era temprano pues habían terminado en unas suertes en la *Conejera* y regresaron pronto al pueblo. Al pasar por la calle de Santa Ana, saludó a Pura, la tía de su esposa, que estaba sentada en la puerta de su casa.

- ¿Qué pasa seña Pura? ¿Cómo andamos?

- Pues ya ves hijo, aquí tomando el fresco. Dile a mi sobrina que ya le tengo hecho el mantel de ganchillo que me pidió.

- No se preocupe, que yo se lo diré a la Julia.

Bajaron por la calle Carretas y al pasar por la puerta falsa del cuartel de la Guardia Civil, observaron a varios miembros de la Benemérita en el patio, con armas en la mano. Pero ni Manuel ni sus compañeros dieron demasiada importancia al tema y continuaron su camino, no sin antes tomar un vaso en *El Paso* que estaba al final de la calle de San Bartolomé. Allí el tabernero que apenas si se le veía entre las inmensas tinajas de vino que rodeaban todo el local, les comentó algo que les hizo reflexionar sobre lo que habían visto al pasar por la

calle Carretas.

- No sé que estará pasando, pero toda la tarde he estado viendo pasar Guardias Civiles para arriba y para abajo.

- Cualquiera sabe, lo mismo andan buscando al que ha matado a la pobre de Carolina, pero no creo que ese canalla esté aquí.

- Pues malamente lo van a encontrar, si no fue el *Torrontero* ¿Quién puede haber sido del pueblo?

Es noche cerrada en Guadalcanal y en la casa que hay en la parte trasera de la Iglesia de Santa Ana, justo frente a la muralla sur que sostiene el desnivel del terreno, y que popularmente se llama la *Faldiquera*, se está preparando ya la acostumbrada fiesta de cada noche.

Es el prostíbulo de *La Carmela,* una casa de citas muy discreta que tiene una puerta falsa que da a la calle de las Minas, justo donde empiezan los escalones de la calle Fox, y que dada su situación, sirve para que los clientes entren por ella sin ser vistos por los ojos impertinentes de algunos vecinos.

Bien es cierto que muchos de los residentes en el barrio han visto a personas conocidas merodear por los alrededores de casa de *La Carmela,* pero siempre reinó la discreción, porque era mejor estar callados en temas que a nadie conciernen, sobre todo, si se trataba de algún señorito calavera de los que abundan en todos los pueblos.

La casa de la *Carmela* es un lugar legendario en Guadalcanal. Todos los hombres la conocían y muchos se iniciaron en las tareas amorosas con las chicas que para aquella mujer trabajaban.

Tras atravesar un patio empedrado en el que florece un naranjo y el olor a jazmín lo inunda todo, se pasa directamente al salón principal en donde el mobiliario y la decoración son de lo más excitantes, pues abunda el color rojo y los cuadros con alegorías pornográficas. Unos cómodos sofás de estilo isabelino y un piano que en ocasiones una de las muchachas se atreve a tocar para los clientes, que esperan a ser satisfechos.

En el piso superior hay varias habitaciones, todas ellas decoradas con pomposos cortinajes y mullidos colchones, en camas de varales de hierro. Un palanganero y una jarra de agua limpia que la criada se encarga de llenar después de cada servicio y un tocador con un gran espejo, es todo el mobiliario de cada una de las alcobas.

En el salón del prostíbulo Carmela y tres de sus chicas juegan a las cartas, esperando a que llegue algún cliente. El primero no tarda en dar señales de vida y en el portón de atrás se oyen unos golpes. Carmela da orden a una de las

muchachas para que salga a abrir y al poco tiempo aparece en el salón un joven apuesto, vestido con traje blanco y con el sombrero en la mano. La *Carmela* se le queda mirando y sin poder disimular una sonrisa se dirige al recién llegado.

- ¡Hombre el señorito Martín! ¿Qué diría tu padre si te viera en este local?

- Lo que diga o no diga mi padre a mi no me interesa y a ti tampoco Carmela. Lo que yo quiero es echar un rato con la *Morita*.

- La morita te va a costar al menos un par de duros, ya lo sabes.

- Yo no te he dicho qué cuánto vale, sino que me la quiero follar.

La *Carmela* echó una mirada a la chica a quien le decían la *Morita*. Una verdadera preciosidad venida de la ciudad de Ceuta y que lucía sus encantos envuelta en un vestido transparente y sinuoso, además de corto. Sentada en la silla, dejaba al descubierto una de sus piernas a través de una amplia abertura en su ropaje. Su cara morena a pesar de estar empolvada, dejaba escapar una sonrisa y su voluptuoso pecho, despertaba en cualquier hombre un tremendo deseo, que el señorito Martín no tardó en satisfacer, marchándose con ella al piso de arriba, no sin antes entregar los dos duros a la dueña de la casa.

Mientras el señorito Martín daba rienda suelta a sus deseos sexuales, las otras tres mujeres quedaron calladas en el salón a la espera de nuevos visitantes. La mayor enciende un cigarrillo, mientras las más jóvenes se entretienen con revistas venidas clandestinamente quizás de París, al mismo tiempo que hacen comentarios divertidos de las fotografías que ven en ellas. Suena nuevamente un aldabonazo en la puerta y es la Carmela quien sale a abrir.

- ¡Coño *Rabazo*!, no creía yo que estabas tú en condiciones de venir a una casa de putas como la mía, teniendo la mujer que tienes. ¿Qué pasa que no te da ella lo que necesitas?

- Sólo quiero echar un rato con otra mujer que no sea la mía, Carmela.

- Aquí en pagando no se le ponen pegas a nadie.

- Pues dime que es lo que hay que pagar.

- Por dos duros ahí tienes a esas dos muñecas, o si no, yo te puedo llevar al cielo.

No terminó la *Carmela* de pronunciar aquellas palabras, cuando un nuevo aldabonazo sonó en la puerta, pero esta vez no fue en la de la parte trasera, sino en la que da a la Iglesia de Santa Ana. Acudió la dueña a abrir y se llevó una gran sorpresa, al ver ante sus ojos a un sargento y un Cabo de la Guardia Civil que le pedían poder entrar, a lo que ella se opuso, amenazando a los miembros de la Benemérita de que lo pondría en conocimiento de un buen amigo que era capitán del cuerpo. Fue entonces el Cabo quien intervino para poner en conocimiento de

la mujer cuál era el propósito que traían.

- Escucha Carmela; venimos buscando a una persona que sabemos que está aquí dentro, no lo pongas difícil porque si no, tendremos que utilizar la fuerza y eso te puede traer muchos problemas, dile a tus clientes que salgan a la puerta.

- Solo hay dos y uno es el señorito Martín.

- Pues al otro le dices que salga ahora mismo.

Cuando la *Carmela* regresó, sólo estaban en el salón las dos muchachas, que se extrañaron al ver salir a su invitado tan rápidamente hacia la puerta trasera. Ésta corrió para advertirle de que lo buscaban, pero ya fue inútil. Allí estaba el guardia Juan Piñero Bernabé quien fusil en mano le daba el alto.

- ¡Alto a la Guardia Civil! Antonio date preso.

El *Rabazo* quedó petrificado ante el cañón del Máuser que le apuntaba. Viéndose acorralado como un jabalí por los perros de caza, apoyó su espalda contra la blanca pared y se dio por vencido, no sin antes intentar recibir clemencia por parte de aquel guardia que durante tanto tiempo había sido su amigo.

- Juan te lo suplico no dispares, tú ya me conoces.

- Claro que te conozco Antonio, y no entiendo como has podido hacer algo tan terrible.

En pocos minutos todos los guardias estaba rodeando a *Rabazo* quien fue maniatado y llevado al cercano cuartel de la Guardia Civil.

XII

Mientras tanto, desde la parte alta de la muralla que rodea la Iglesia de Santa Ana, la gente se fue concentrando avisada por los niños que allí estaban jugando. Nadie se podía creer lo que estaban viendo, cómo una persona tan conocida en el barrio, había podido cometer tal crimen.

Muchos pensaron que eso no podía ser verdad y otros ya empezaban a insultarlo cuando iba de camino, escoltado por sus guardianes al cuartel.

Rafael Ordóñez, el párroco, quiso tomar cartas en el asunto y tras bajar rápidamente por la rampa que va hasta la calle, abordó a un guardia para que le diera mas información de lo que en aquellos momentos estaba ocurriendo. Éste le informó de todos los detalles y sin pensarlo dos veces se encaminó a la calle Valencia, para estar al lado de su mujer pues creía necesario apoyarla en tal difícil trance.

Cuando el párroco de Santa Ana, llegó a la casa del detenido, su mujer aun no se había enterado de nada y su extrañeza fue grande al sentir la puerta y ver que no era su marido quien entraba por ella, sino el cura.

- Don Rafael, ¿Qué le trae por aquí?, pensaba que era Antonio.

La cara del cura le hizo ver a Beatriz que éste no traía buenas noticias. El párroco no sabía como empezar, la cogió de un brazo e hizo que se sentara en la silla que siempre tienen en el zaguán de su casa al lado de una cantarera, en la que relucen dos cantaros de barro colorado y un pipote de Salvatierra.

- Beatriz, no esperes a tu marido, me temo que no va a venir en mucho tiempo a

esta casa.

- ¿Qué es lo que le ha pasado a Antonio?

El cura no sabía por donde empezar para darle la tremenda noticia. Aquella no era una desgracia como las demás, aquella desgracia llevaba todo un calvario por delante. El párroco de Santa Ana balbuceaba sin ser capaz de decir a Beatriz lo que había pasado. Éste viendo que la mujer cada vez se ponía más nerviosa, no tuvo más remedio que revestirse de valor y contárselo todo de golpe, sin dejar ni un espacio libre en su alocución.

- Hija mía, tu marido ha sido detenido por la Guardia Civil, pues le acusan de que ha sido quien ha matado a Carolina y a sus hijas, y creo que es cierto, pues según me han dicho, tienen muchas pruebas que lo inculpan. Eso es lo que le ha pasado a tu marido.

A Beatriz se le quedaron paralizados todos los músculos de su cuerpo. Sentada en la silla no se movió para nada en unos minutos, solo un par de lagrimas se deslizaron por sus coloreadas mejillas, mientras el cura la observaba en silencio, comprendiendo que su mente aún no había asimilado el horror de aquella noticia, que era tan terrible como la del crimen cometido por su marido. Levantó la cabeza y dirigió su mirada a la estampa de la Virgen de Guaditoca que había en el arco de la entrada a la casa y pronunció unas palabras que hicieron que un tremendo escalofrío corriera por el cuerpo del cura.

- Virgen santísima, si es verdad lo que ha hecho mi marido, no puede haber perdón para él, pero esa cruz también es mía. Ayúdame a llevarla Virgen de Guaditoca.

- Tú no tienes la culpa de nada, Beatriz.

Fueron las únicas palabras que en mucho tiempo salieron de la boca de Beatriz. El silencio se apoderó de ella y aunque algunas vecinas entraron en la casa, no contestó al saludo de nadie, solo su mano derecha agarrada a la del cura, era el único miembro de su cuerpo que se movía.

Algunas mujeres quisieron hacerle una tila y no encontraron respuesta. Su mirada seguía perdida en el infinito y ni los gritos que llegaban desde la calle, en donde ya la gente gritaba exaltada pidiendo justicia, le hacían reaccionar.

Fue el cura nuevamente quien la interpeló, al mismo tiempo que con la otra mano apretaba la que ya tenía cogida Beatriz.

- Hija mía, por qué no te tomas una tila, eso te hará bien, ya verás. Pepa la *Polinaria* las hace muy buenas y eso te tranquilizará.

- Yo estoy tranquila don Rafael, lo que a mi me pasa es que no puedo asimilar tanto espanto, Antonio ha estado muy raro desde que vino de Cazalla y yo podía haberme dado cuenta.

- Y por qué habrías tú de darte cuenta mujer, a saber que habrá llevado a Antonio a hacer eso.

Poco a poco Beatriz fue asimilando la noticia, tras la tila que Pepa le había preparado y en compañía de otras dos mujeres que se prestaron a acompañarla en tan mal momento. Aquella dolorida mujer trataba de buscar alguna justificación a tan horrendo crimen, sus ojos buscaban refugio en aquéllas espontáneas compañeras, pero ellas tampoco sabían darle razones del por qué, de tan enorme desgracia.

- Desde que vino de Cazalla lo he encontrado muy raro, pero nunca pensé que éste fuera el motivo de su mal humor, no sé que hacer Pepa, el mundo se me viene encima ¿qué le puede pasar?

- No lo sé hija mía, la justicia dirá lo que tiene que decir, a nosotras no nos queda más que rezarle a la Virgen de Guaditoca, ya verás como ella pone orden en todo esto.

- Pepa, tú conoces a Antonio desde que era pequeño, y sabes que no era mala persona.

- Tienes razón, no sé que motivos le habrán llevado a hacer esta locura. Todavía me cuesta trabajo creerlo. Ahora lo que tenemos que hacer es rezar por él y por esas pobres criaturas.

No muy lejos de la casa de Beatriz está el cuartel de la Guardia Civil, en cuya puerta mucha gente se fue congregando para ver que pasaba con el *Rabazo*.

Tuvo que ser el párroco de Santa Ana, al que todos respetaban, quien tranquilizara a aquella gente que pedía venganza sin avenirse a razones y pronto con su palabra y con la ayuda de algún guardia todos volvieron a sus casas.

- Nosotros no somos quién para juzgar a nadie, así que lo que tenemos que hacer es marcharnos a nuestras casas, la Guardia Civil y la justicia sabrán que es lo que ha de hacerse con el *Rabazo*, así que os ruego a todos que por el amor de Dios, volváis a vuestras casas.

Aunque el cura no consiguió del todo su propósito, sí logró que una amplia mayoría se disolviera, quedando en los aledaños de la calle de San Bartolomé unos cuantos exaltados, que de vez en cuando gritaban: ¡Asesino! ¡Criminal!, todo lo fuerte que podían, confiando que sus voces fueran oídas desde el interior del cuartel por Antonio.

Aun no había abandonado el cura de Santa Ana los alrededores del cuartel, cuando por Tres Picos, entraba un automóvil *Hispano Suiza* que continuó por la calle de la Dehesa, hasta alcanzar los Cantillos, giró a la derecha en la calle San Bartolomé y al poco tiempo se detenía en la puerta del viejo cuartel de caballería.

Del vehiculo se bajaron tres guardias correctamente uniformados y a la voz del guardia de puerta salió el Comandante de puesto quien se cuadró ante el oficial de más graduación.

- A la orden de usted mi teniente, sin novedad.

- Gracias sargento, pasemos dentro y póngame en antecedentes.

Se trataba del teniente jefe de línea, Joaquín Ortega, que se desplazó a los efectos de tomar declaración al detenido, tras haber sido avisado por telégrafo de su detención. En lo que en tiempos de la caballería fuera sala de banderas, el teniente escuchaba los pormenores de la detención del *Rabazo* por parte del comandante de puesto, el Cabo José Rebollo Montiel, y el guardia de primera Juan Piñero Bernabé, los dos últimos destinados en Alanís y responsables de la investigación del crimen de la casilla numero 91 de la línea de ferrocarril Sevilla-Mérida.

- Bien señores, creo que han llevado ustedes una investigación perfecta, las cosas han salido mejor de lo que yo pensaba, espero que el detenido esté dispuesto colaborar y sus declaraciones no nos den problemas. Quiero que usted Cabo y usted Piñero estén presentes en el interrogatorio, naturalmente usted sargento, tomará nota de todo, para hacer el correspondiente atestado al juez.

- ¿Cuándo quiere que empecemos el interrogatorio mi teniente?

- Ahora mismo, quiero verle la cara a ese infame y ponerlo en manos de la justicia lo antes posible. Ordene a uno de sus hombres que busque al Alcalde para que esté presente en la declaración.

El Comandante de puesto salió de la estancia tras designar a uno de los guardias para que fuera a casa de José Castelló, con el fin de que éste como alcalde de la localidad estuviera presente en el interrogatorio.

Mientras tanto, el teniente sacaba la petaca y ofrecía tabaco a sus subordinados para hacer más amena la espera. No fue muy larga, pues el Alcalde no tardó en estar presente en la antigua sala de banderas del viejo cuartel de caballería.

La voz del Sargento se pudo oír claramente y a los pocos minutos aparecían dos guardias escoltando a *El Rabazo* que con la mirada perdida y las manos unidas por los grilletes, entraba en la estancia mientras los allí presentes lo miraban fríamente. El teniente dio las órdenes oportunas y el interrogatorio

empezó al momento.

- Quítenle los grilletes. Toma lía un cigarro.

El Rabazo libre de sus ataduras cogió la petaca y el librito de papel del teniente, nerviosamente lió un pitillo, luego se lo puso en la boca y el mismo oficial le acercó un mechero de gasolina encendido, que al preso le llamó la atención. Exhalo una larga calada y al expulsar el humo inundo la sala de un fuerte olor a tabaco distinto al que él siempre había fumado.

Sentado frente al acusado y apoyando el pecho en el respaldo de la silla, el teniente jefe de línea comenzó la batería de preguntas que serían la que figurasen en el informe preliminar.

- ¿Es usted Antonio Martínez Hernández a quien le dicen *El Rabazo*?

- Sí. Yo soy, señor guardia.

- ¿Sabe por qué esta detenido?

- Sí.

- Reconoce usted que mato a Carolina Merchán Cortés y a sus dos hijas en la caseta de la línea de ferrocarril cerca de la estación de Cazalla de la Sierra.

- Sí.

El asombro de los tres guardias, así como la del Alcalde fue tremendo, aquel hombre se declaraba culpable sin dar más explicaciones, parecía como si no le importara nada lo que se le venía encima, todos se miraron y el sargento solo se limitó a escribir en el papel: *El acusado se confiesa culpable de los hechos.* Sin embargo el teniente no se quedó conforme. Quería saber más de lo ocurrido y qué mejor testigo que el autor de los hechos. *El Rabazo* mantenía la vista perdida como si estuviera admirando el retrato del duque de Ahumada que había colgado en la pared y sin desviar la mirada del que fuera fundador del cuerpo, respondía a las pregunta mecánicamente. Solo el ruego del teniente le hizo mover la cabeza, para empezar una narración que dejó a los tres guardias anonadados.

- Si es verdad que usted cometió ese crimen ¿Por qué no me lo cuenta?

El Rabazo exhaló una gran bocanada de humo que llegó a irritar los ojos del teniente, mientras su mirada permanecía fija en el retrato del fundador de la Benemérita El teniente sentado frente a él, el sargento en una mesa con papel y lápiz dispuesto a escribir todo lo que el detenido declarase, el Cabo y el guardia estaban de pie al lado del interrogado, y José Castelló, en un taburete al lado del sargento. Todos esperando a que aquel hombre que parecía no haber roto un plato en su vida, comenzara a hablar. Y bien que lo hizo, pues el teniente no tuvo más preguntas que hacer ante la horrible narración de acusado, que sin dejar de mirar

el retrato, hablaba por los codos como si en aquella fotografía estuviera leyendo su propia declaración.

- Verán ustedes señores guardias, yo llegué a la casilla a eso de las doce y estuve hablando un rato con Carolina. Luego fui con ella a ver unas *papas* y unos ajos que tenía en un huertesillo a la vera de la vía y al verla por detrás me entraron unas ganas tremendas de follármela, porque todavía estaba muy lozana la *joíaporculo*, pero la puñetera se resistió y la tuve que dar un guantazo para que no gritara, ella me araño. Entonces yo saqué la navaja y cuando fui a darle una puñalada, me agarró la mano y me dio un bocado en este dedo. Luego nos caímos los dos al suelo y cuando vi que salía corriendo por entre los ajos para intentar saltar una valla, salí tras ella, pero se quedó trabada en el ramaje y entones le pegué unos cuantos navajazos en el cuello. Después como vi que su mirada se quedaba fija en mí, cogí una piedra grande y la tiré contra su cabeza. Luego cuando volví a la caseta, me encontré a la niña mayor que estaba llorando en la puerta, pues por lo visto había oído los gritos de su madre. También la degollé. Luego entré en la casa y vi a la niña chica jugando en su cuna, sentí mucho miedo señor guardia y la dejé seca como la mojama Luego le quité unas perrillas que tenía la Carolina guardadas en un baúl, salí de la caseta solté los cochinos y me vine para el pueblo. Eso es todo lo que he hecho señores guardias, ahora estoy en sus manos, ya sé lo que me va a pasar, pero sé que no tengo perdón.

Aquel relato tan certero dejó a los guardias perplejos, tanto es así, que el sargento aún no había escrito ni una sola palabra en el pliego de papel que tenía delante. Ninguno de ellos, se sentía capaz de reaccionar en aquel momento. La tranquilidad con la que *El Rabazo* había expuesto todos los pormenores del crimen los llenó de inquietud. En la mente de los miembros de la fuerza pública rondaba la hipótesis de que ese hombre no podía estar bueno de la cabeza, pero no eran ellos los que tenían que tomar esa decisión.

El teniente sacó nuevamente la petaca, tras liarse un cigarrillo, se la ofreció a sus subordinados, luego hizo una señal al guardia para que se la cediera también al preso, quien seguía con la mirada fija en el Duque de Ahumada, teniéndole éste que darle un golpecito en el brazo para que cogiera la petaca.

- Toma Antonio, echa otro cigarro que te lo ofrece el teniente.

- Muchas gracias mi teniente, es muy buen tabaco éste.

En aquel memento toda la tranquilidad con la que el acusado se había comportado se vino abajo como un castillo de cartas. *El Rabazo* cayó de rodillas a los pies del teniente y llorando como una Dolorosa imploraba al oficial que le diera muerte por su terrible crimen.

- No tengo perdón de Dios señores guardias, lo que yo he hecho no tiene nombre,

es una infamia, quisiera que me quitaran ustedes la vida, no merezco otra cosa.

Los asistentes al interrogatorio no salían de su asombro, viendo como aquel desgraciado se arrastraba por el suelo suplicando la muerte, como único medio de pagar el horrible crimen que había cometido.

El Alcalde lo miraba más con lástima que con odio, pues no comprendía como aquel infeliz que en su vida había sido capaz de matar una mosca, llegara a cometer tan tremendo desaguisado, los guardias presentes incluido el teniente, no salían de su asombro, más aún, Juan Piñero Bernabé, quien en tantas ocasiones compartió con aquel hombre tan buenos momentos de su juventud.

Pero así eran las cosas y no había ya forma de cambiarlas. Carolina y sus dos hijas ya no podían volver a la vida porque *El Rabazo* se la arrebató y por mucho que éste estuviera arrepentido de su locura, aquello ya no tenía ningún remedio.

Aquel tenso silencio fue roto por el teniente quien haciendo de tripas corazón, se limitó a poner el punto final de aquel interrogatorio poniendo en antecedentes al detenido.

- Antonio Martínez Hernández, es mi deber hacerle saber, que queda usted preso e incomunicado y que mañana será trasladado a la cárcel de Cazalla de la Sierra, en donde quedará usted a disposición del juez. Dígale usted a un guardia que pase por su casa, para que recoja algo de ropa que necesitará en su encierro.

- Yo me encargaré de eso mi teniente, si a usted no le importa. Conozco al detenido y a su esposa desde hace mucho tiempo.

- Está bien, Piñero usted verá lo que hace. En cuanto a usted sargento, tengan preparado para mañana lo necesario para escoltar al preso hasta la demarcación de Cazalla. Ustedes dos han de ir con él hasta ponerlo en presencia del señor juez. El sargento tendrá preparado el atestado.

El Rabazo fue conducido a los calabozos del cuartel y desde ellos podía oír las voces de los exaltados que aún no habían abandonado los alrededores. El guardia Juan Piñero aprovechó la ocasión para quedarse con él a solas. A pesar de todo lo que había visto y oído con relación a la muerte de Carolina, estaba consternado y no podía quitarse de la cabeza como Antonio, un amigo que conocía de toda la vida, había llegado al extremo de cometer un triple asesinato sin motivo alguno. Entró en la celda y lo encontró sentado en un taburete de madera con los codos apoyados en las rodillas y tapándose la cara con las manos. Al guardia le pareció que estaba llorando.

- Pero, ¿qué has hecho Antonio? No solo has arruinado tú vida, sino que se la has arruinado a tu mujer y a tu madre. ¿Cómo has llegado a esto?

El Rabazo se encogió de hombros sin quitarse las manos de la cara. No se le oyó una palabra solo un sollozo ahogado, que certificó la intuición del guardia de que estaba llorando.

- Sí hombre, llora ahora, ya podías haber llorado antes de quitarle la vida a esas criaturas y no te verías como te ves, no sabes la que te ha caído encima, Antonio.

El preso levantó la cabeza se quedó mirando a su amigo y éste se estremeció al ver aquella cara demacrada e inundada de lagrimas, no parecía el mismo que hacia un rato estaba declarando ante el teniente. En su rostro se adivinaba una tremenda pesadumbre y nada hacia dudar de que *El Rabazo* estaba arrepentido de lo que había hecho, pero ya la cosa no tenía remedio y él se había dado cuenta de ello, lo mismo que también se estaba dando cuenta de lo que le iba a pasar. Miró al guardia como si con su mirada estuviera pidiendo que aquello terminara de una vez y comenzó a hablar despacio y con voz entrecortada.

- Sí, sé lo que he hecho Juan, no sé cómo he podido hacerlo, quisiera que me mataran ahora mismo, es lo único que deseo, lo que he hecho no tiene perdón de Dios. No sé, no sé como he podido hacer esa locura, quiero que me maten ya, no puedo resistirlo, tengo en mi cabeza a esa mujer y a esas pobres niñas, las veo en todos los sitios. Juan saca esa pistola que llevas en el correaje y dame cuatro tiros, esto es insufrible.

- No, Antonio, no te voy a dar cuatro tiros, lo que has hecho, está hecho y tienes que afrontar lo que se te viene encima, pero no seré yo quien te quite la vida, eso lo decidirá el juez en su momento.

Los dos amigos quedaron en silencio durante largo rato. El guardia miraba fijamente al *Rabazo* y éste rehuía los ojos del que fuera su amigo de tantas correrías por la calle de Santa Ana. El alma se le vino a los pies cuando el detenido comenzó a llorar como un niño, su desesperación no tenía límites, balbuceaba palabras incomprensibles de las que sólo se le entendía entre sollozos “pobre de mí”, “que me quiten la vida” y cosas parecidas.

Juan sintió una tremenda lastima al ver a aquel hombre hundido ante la desesperación y comprendió que su arrepentimiento era verdadero, pero ya no había marcha atrás. *El Rabazo* lo sabía y el guardia comprendió que éste daría lo que fuera, para que aquellos acontecimientos no hubieran ocurrido jamás. Cogió a su amigo del brazo y trató de calmarlo.

- Tienes que ser valiente Antonio, lo que has hecho tienes que pagarlo y te aseguro que lo pagaras con creces, pero haz de afrontar la realidad y aunque sea duro decírtelo, tu condena será severa, pero igual que tuviste cojones para hacer lo que hiciste, has de tenerlos para pagar por ello, eso es lo que hay. De nada sirve que te pongas a llorar. Ahora voy a tu casa a que tu mujer me dé ropa que la vas a

necesitar en la cárcel, ¿quieres que le diga a Beatriz que venga a verte?

- No, que no venga, no tendré valor de mirarle a la cara.

Juan Piñero se dirigió a la casa del preso que estaba en la calle Valencia, solo a un par de centenares de metros del cuartel. En la casa unas cuantas mujeres estaban haciéndole compañía a Beatriz, quien se sentía tremendamente desolada. Sentada en una silla y con los brazos apoyados en la mesa, la mirada perdida y los ojos llenos de lágrimas, parecía una de esas imágenes de las vírgenes que salen en Semana Santa en procesión por las calles del pueblo. Al ver al guardia se levantó y llorando amargamente se abrazó a él.

- Juan, tú ya sabias lo que pasaba el otro día cuando viniste a traerme la petaca de Antonio.

- No estaba seguro, pero cuando la reconociste ya no tuve dudas.

- ¿Puedo ir a verlo?

- Me ha pedido que no, dice que no te podría mirar a la cara. Yo te diría que es lo mejor.

- ¿Qué le va a pasar Juan?

- No te puedo decir nada, eso lo tiene que decidir el juez, pero me temo lo peor Beatriz, siento tener que decírtelo pero esa es la verdad.

El silencio de la mujer demostraba que poco a poco se iba resignando a tener que vivir con la huella de ser la esposa de un asesino. En su interior el dolor se estaba convirtiendo en algo parecido al odio, no se sabe si a su marido por el crimen cometido, o al destino que le había tocado vivir. La impotencia era lo único que en aquel momento la dominaba. Se abrazó al guardia y rompió en grandes sollozos, como si quisiera espantar de su interior la tremenda presión que le causaban los momentos que estaba viviendo. El guardia trató de tranquilizarla acariciando su cabeza, al mismo tiempo que le pedía la ropa de Antonio.

- Lo siento mucho Beatriz, de verdad que lo siento, no sé como este hombre ha podido cometer esta locura, ahora quiero que me des ropa para que se la lleve a la cárcel, mañana lo tenemos que entregar en Cazalla.

Pepa que aun no se había ido, se ofreció a buscar la ropa de Antonio. Beatriz le indicó en qué lugar del baúl estaba. Un par de pantalones de tela, unas camisas una chambra y alpargatas nuevas, ese era el hato que le permitía la justicia llevar a su encierro. Juan Piñero Bernabé cogió el hatillo, se encasquetó el tricornio y se dispuso a salir a la calle, no sin antes hacer algunas recomendaciones a las mujeres que acompañaban a la esposa de su amigo.

- Tratar de que no se quede sola, esta mujer está sufriendo mucho y ella no tiene

culpa de lo que ha pasado.

- No te preocupes Juanito, yo no me separaré de ella, menuda la que se le viene encima a esta pobre criatura, que la Virgen de Guaditoca la ampare.

- Gracias tita.

Juan quedó tranquilo al ver que su tía se encargaría de estar con Beatriz. Luego le dedicó a ésta una última mirada de despedida y con el hatillo en la mano, se encaminó nuevamente al cuartel, para llevar la ropa al preso. Se la entregó al guardia de puerta y volvió a salir a la calle.

Escaló los escalones de la Cañada y después los de la cuesta de Santa Ana. La luna llena de aquel viernes 4 de junio, iluminaba toda la explanada y a pesar de la hora, todavía había chiquillos jugando en la oscuridad de los portales. También algunas parejas de novios pelaban la pava en las ventanas de las casas.

Rafael Ordóñez parecía estar en su despacho haciendo algunas anotaciones, al menos eso parecía cuando Juan se acercó a la ventana que estaba abierta.

- ¿Todavía de faena padre?

- No hijo estaba rezando por el alma de ese desgraciado que has detenido. Pasa para adentro y cuéntame.

- A eso venía, don Rafael, quisiera que fuera usted a ver al *Rabazo* antes de que nos lo llevemos a Cazalla creo que va a necesitar su ayuda.

- ¿Tú crees? Aquí quien necesita ayuda es la pobre María Josefa y José, que son los que han sufrido tan tremenda pérdida.

- Lo sé Padre, pero algo me dice que ese hombre no puede estar bueno de la cabeza. Usted conoce tan bien como yo al *Rabazo* y los dos sabemos, que una persona en su sano juicio nunca hubiera cometido tan enorme barbaridad.

- Sí lo entiendo hijo mío, pero que puede hacer un humilde cura, solo perdonarle sus pecados, pero nada más. La sentencia será la que la justicia dictamine y mucho me temo que será la más dura y sobre eso yo no podré hacer nada.

- No es eso lo que le pido Padre, solo es que vaya usted a verlo, para que no cometa ninguna otra locura, me da la sensación de que es capaz de quitarse la vida, al menos eso es lo que yo pienso, después de haber estado hablando con él. Cuando éramos chicos a usted le tenía mucho respeto.

- Está bien Juan, iré a visitarlo mañana...

- Tiene que ser ahora don Rafael, mañana salimos para Cazalla temprano.

- De acuerdo, vamos ahora mismo.

Rafael Ordóñez, antes de salir cogió una estola y su crucifijo y salió junto al guardia en dirección al cuartel. Al pasar por la *Cañada* vieron que algunas personas aún estaban tomando el fresco, como Juan José Veloso, que apoyado en el *astial* de la puerta de su casa, fumaba apaciblemente un cigarro de aquellos que le gustaba liar bien grandes. El párroco lo saludó al pasar por la puerta y éste le respondió al saludo, no sin antes tratar de saber algo de lo que había pasado.

- Buenas noches Juan José. ¿Qué tal por le *Dehesilla*?

- Como siempre don Rafael, ya me he enterado de lo de *El Rabazo,* que desgracia más grande, da miedo hasta de pensarlo, como puede un hombre llegar a eso.

- Solo Dios sabe qué es lo que por la mente de ese pobre desgraciado ha debido de pasar.

- Y que lo diga usted don Rafael, vayan ustedes con Dios.

Cura y guardia bajaron los escalones y al poco tiempo estaban traspasando las puertas del cuartel, en donde el sargento estaba aún en la sala de banderas tratando de poner en orden el atestado que a la mañana siguiente tenía que entregar al juez instructor. El Comandante de puesto dejó la pluma y cerró el tintero, para atender al cura que entraba ya en el despacho.

- ¿Qué le trae por aquí don Rafael?

- He venido a ver al preso, el guardia Piñero me lo ha pedido, así que si no tiene inconveniente me gustaría hablar con él.

- Ninguno don Rafael, se que Piñero es amigo del preso y lo normal es que al menos desee que éste se pueda confesar ante Dios. Demasiado le ha caído encima a ese desgraciado.

El mismo Piñero cogió las llaves y acompañó al cura hasta el calabozo, en donde Antonio Martínez Hernández seguía sentado en la misma posición que él lo había dejado antes. No contestó al saludo del cura, quien hizo una señal para que el guardia se fuera, cosa que hizo dejándolos a los dos encerrados en la celda. El cura volvió nuevamente a repetir el saludo y la respuesta fue la misma; por lo que el cura optó por ponerle la mano en el hombro en señal de cariño, como lo hacía cuando era un niño y acudía a la Iglesia a hacer de monaguillo, cuando los demás no podían. Fue entonces cuando *El Rabazo* contestó al cura.

- Don Rafael, soy un criminal y lo único que merezco es la muerte, no tengo derecho a seguir en este mundo. Esas niñas me persiguen a todas horas, las tengo aquí grabadas en mis sienes y su madre lo mismo, yo las he matado y me quiero

morir, es la única forma de salir de esto. ¿Por qué no me dan los guardias cuatro tiros de una vez?

- Los guardias no te pueden dar ningún tiro Antonio, ahora lo que tienes que hacer es confesarte y ponerte a bien con Dios, Él sabrá perdónate y te sentirás más a gusto ¿Quieres confesarte Antonio?

El Rabazo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el párroco se puso al cuello la estola que llevaba en la mano, hizo una señal para que se arrodillara y cogiéndole una mano se prestó a escuchar atentamente lo que aquél terrible pecador confesaba. Nunca don Rafael había oído en confesión semejantes cosas, la historia del crimen fue narrada desde el principio hasta el final, sin dejar ni un cabo suelto. El cura escuchaba con tremenda atención, pero a cada frase a cada palabra, parecía que le pellizcaban en el corazón, lo que estaba oyendo le parecía tan imposible que le costaba trabajo entenderlo pero era la triste realidad.

Al cabo de media hora se abrió la puerta del calabozo, convertido en improvisado confesionario. Tras ella apareció nuevamente Juan Piñero que pudo ver como el cura impartía la absolución al *Rabazo.*

- *Ego te absolvo peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen.*

- Padre tenemos que irnos ya, es la hora de silencio.

- Ahora mismo me voy, ¿Te encuentras mejor hijo mío?

- No lo sé; don Rafael.

Al mismo tiempo de pronunciar sus últimas palabras, el *Rabazo* se encogió de hombros como si le diera igual todo. El cura lo miró con cara de lastima, se despidió de él con una leve sonrisa que no mostraba otra cosa más que una tremenda pena, al ver a aquel hombre que desde niño conocía hecho un guiñapo, por culpa de Dios sabe qué pensamientos, o qué motivos le llevaron a hacer lo que hizo.

Al pasar por el cuarto de banderas, el sacerdote vio al Comandante de puesto sentado en su mesa preparando unos papeles, que seguro sería el informe debidamente redactado para ser entregado al día siguiente, al hacer la entrega del preso al juez de Cazalla.

- Espero sargento, que traten ustedes bien al preso.

- No tiene porque preocuparse Padre, ese pobre desgraciado ya tiene lo suyo y no es necesario que nosotros lo hagamos sufrir más de lo que está sufriendo.

- Celebro que piense usted de esa manera, porque eso es lo que es *El Rabazo*, un pobre desgraciado, aunque lo que ha hecho no tenga perdón de Dios.

XIII

La noche se va apoderando de Guadalcanal y poco a poco, el personal se recoge del fresco mientras el Sereno, chuzo en mano, va anunciando la hora.

- ¡Las doce y sereno!

Si embargo en la casa de la calle de Santa Ana la desesperación crece por momentos. Beatriz ha acudido a casa de su suegra, quien desde que conoció la noticia de la detención de su hijo, llora desconsoladamente, acompañada en su dolor por su hija y su sobrina Julia, que ha tenido que dejar a la pequeña Cándida al cuidado de su hermana Alegría, para así estar a su lado en esos momentos tan terribles para su tía, a la que tanto quiere.

En la misma calle, justamente en la acera de enfrente en donde la calle de Santa Ana se junta con el Berrocal Chico y Altozano Bazán, María Josefa que ya está de vuelta de Cazalla en donde dejó enterradas a su hija y a sus nietas, recibe la noticia de la detención del *Rabazo*. Su extrañeza fue tremenda pero ya no había más sitio para el dolor, solo se limitó a decir a quien se lo dijo:

- Pobre Pura, lo que estará pasando.

La mañana se despierta alegre y apacible, un aire fresco que proviene de la sierra del Viento hace que la jornada que se avecina sea más llevadera, a aquellos que tuvieron que madrugar para ejercer sus faenas en el campo, segando o trillando en las eras, en donde también se aprovecha la suave brisa para a*lbelar* las

parvas hechas el día anterior.

Las yuntas de mulas en las puertas de las casas, son aparejadas por sus dueños, que se esmeran en uncir con cuidado a los animales apretándoles bien la cincha o poniendo derecho el *atajarre* debajo de las colas de los animales. Algunos carros de bueyes o mulas, salen al campo ataviados con las grandes redes en las que han de echarse las mieses segadas. Mientras, los carreros sentados perezosamente en los varales de tiro, dirigen a los animales con la vara larga, si son bichos con cuernos, o con un pequeño látigo si estos son mulas.

Julia Hernández Cantero que ha pasado toda la noche al lado de su tía Pura, sale en dirección a su casa. Al bajar por la calle Carretas se detiene en el portón trasero del cuartel y mira por una rendija de la puerta. En el patio hay varios caballos ya enjaezados y uno de los guardias que los prepara, sale al ver que alguien mira en el interior.

- ¿Qué está usted mirando señora, no tiene otra cosa qué hacer?

- Es que quisiera ver a mi primo.

- ¿Y quién es su primo, si se puede saber?

- Lo tienen ustedes preso, es *El Rabazo,* sé que ya no lo voy a volver a ver más y me gustaría darle un beso. Si a usted no le importa señor guardia.

- Espere aquí.

El guardia desapareció por una gran puerta de cristales de colores que da a la casa cuartel, en cuyas ventanas algunas mujeres de guardias ya andaban de faena en sus viviendas, mientras sus maridos se disponían a formar, para recibir las órdenes del día, de manos del Comandante de puesto. El sargento escuchó de boca del guardia la petición de Julia que permanecía impaciente en el portón de la calle Carretas.

- Es imposible, el preso no puede ver a nadie, son las órdenes. ¿Quién es esa mujer?

- Dice que es prima del preso.

- Dígale que no y punto.

- A sus órdenes mi sargento.

La pobre Julia tuvo que aguantarse con la negativa del guardia, quien le puso en antecedentes de que dentro de poco tiempo el preso sería conducido a Cazalla. La prima del *Rabazo* con la desilusión a cuesta, se encaminó a su casa por la calle Valencia, en donde pudo ver cómo la gente se iba agrupando en espera de ver al asesino. Plácida, una de las mujeres que allí había reconoció a Julia.

- ¡Vaya con tu primito, la que ha liado!

Julia no respondió a la provocación de aquella mujer, bajó por la calle de la Sánchez y al pasar por la casa de José Castelló, vio a éste que se montaba en su caballo, para salir como todas las mañanas a dar un paseo hasta le *Dehesilla,* finca en la que tenía un gran cortijo. Lo saludó, pero éste no respondió al saludo.

Al pasar por la Plaza, las campanas de Santa María tocaban a misa y algunas mujeres ataviadas con velos acudían a la Iglesia, una de ellas se paró esperó a Julia y cogiéndola del brazo la interrogó.

- Oye Julia. ¿Es verdad que ha sido tu primo el *Rabazo* el que hizo lo de la pobre Carolina?

- Sí es verdad, sí.

Julia siguió su camino por la calle Luenga, hasta llegar a su casa en donde su hermana la esperaba con impaciencia. Al entrar en ella se sentó en los escalones del huerto y tapándose la cara con las manos, dio rienda suelta a todos sus sentimientos, rompiendo en tremendos sollozos.

Quiso con ello desahogarse de todo lo que había vivido durante aquella noche y tras un largo tiempo de llanto entrecortado, contó a su hermana todo lo ocurrido, mientras trataba de tomarse una tila que le tranquilizara.

Un nuevo día había amanecido, la pequeña Cándida se había despertado y Julia corrió a atenderla, le puso pañales nuevos y la sentó en una silla con brazos de madera y asientos de anea. Mientras, su hermano Narciso empezaba a enredar por la casa sin apreciar en nada el sufrimiento de su madre. Alegría entre suspiros atizaba el anafe en donde había puesto una olla para hacer el cocido y desde la calle les llegaban unos gritos en forma de insultos.

Las dos salieron a la puerta y se encontraron con un aterrador espectáculo.

El *Rabazo* era conducido montado en una mula y escoltado por varios guardias a caballo. Otros miembros de la Benemérita, fusil en mano, trataban de contener a la gente que intentaba linchar al preso, teniendo en muchas ocasiones que usar sus sables para contener a los exaltados vecinos, antes de echar mano de las armas de fuego.

Al salir a la puerta de su casa, Julia y Alegría pudieron ver a su primo, con las manos atadas a la espalda. Llevaba la cara blanca como la pared y el sombrero que debería de cubrirle la cabeza, colgaba en su nuca por un ridículo barboquejo que lo sujetaba, una camisa limpia y unas alpargatas nuevas, que lucían en sus pies colgando a la altura de la barriga de la mula.

Los gritos de la gente eran cada vez más fuertes y despectivos, a las dos

primas del preso se les cayó el alma al suelo, no podían creer como las cosas habían llegado tan lejos. A Julia sobre todo se le hacía agua el corazón, cada vez que lanzaban insultos relacionados con la madre de *Rabazo*. La pobre tita Pura que es una santa, como podían decir de ella tantas barbaridades.

Entre los guardias que le escoltaban, *Rabazo* pudo distinguir a sus primas que atónitas presenciaban el macabro desfile. Dirigió su triste mirada hacia ellas y Julia impetuosamente se acercó hasta la mula en que montaba su primo. Un guardia intentó de detenerla pero Piñero que cabalgaba a su lado, permitió que ésta se acercara al preso.

- Dale un beso a tu primo si quieres Julia.

El *Rabazo* bajó la cabeza hasta llegar a la altura de la cara de su prima y ésta lo acarició con las manos, dándole un beso en la frente, mientras entre gemidos le hablaba con voz entrecortada.

- Pero Antonio, hijo mío… ¿Qué has hecho…? ¿Cómo has podido...?

El cabo Rebollo apartó a Julia con delicadeza de la mula en la que montaba *El Rabazo,* pues temía que alguno de los caballos que lo escoltaban la pudiera pisar. Julia, miró nuevamente la cara de su primo y pudo ver en su rostro todo el peso del remordimiento, pero también el del miedo a lo que se le avecinaba.

La comitiva de guardias y preso acompañada en medio de una gran muchedumbre que incitaba al linchamiento, llegó a la altura del callejón del Barro, tomando en dirección a la carretera de Cazalla. Poco a poco el indignado público que acompañó al detenido desde el cuartel, fue abandonando su deseo de tomarse la justicia por su mano. Un grupo de seis guardias a caballo se hacía cargo de la escolta del preso, mientras los demás volvían al pueblo.

Dos guardias en primer, lugar luego otros dos que caminaban detrás, además de la mula del preso y cerrando el cortejo otra pareja, alcanzaban el puente de la *Serenita* que cruza el arroyo de *Los Molinos* y que es el comienzo de la cuesta del mismo nombre que el arroyo, jalonada a ambos lados de la carretera por grandes eucaliptos, entre cuyos troncos se dejan ver las fértiles huertas, en las que los hortelanos hacen un alto en su trabajo, para ver aquel desfile. Algunos no pueden evitar su enfado ante la presencia del criminal y a voces lanzan sus sentimientos.

- ¡*Rabazo*, hijo de puta!, ¿Por qué no vienes a matarme a mí?, ¡canalla!

- ¡Señores guardias, déjenme ustedes ese asesino a mí, que yo le daré su merecido con este azadón!

- ¡Menudo cobarde eres, matar a una mujer y a dos niñas, eso no lo hacen ni los

moros de Rif!

Tuvo el jefe de la expedición que poner nuevamente orden y mandar a callar a los que desde sus huertos insultaban al preso.

- ¡Cállense ustedes y continúen con su trabajo, ya sabrá el juez que es lo que tiene que hacer, no quiero más escándalos o alguien se va a tener que venir con nosotros! ¿Está claro?

Las aguas volvieron a su cauce y los hortelanos al trabajo. Mientras tanto, el traslado del preso seguía por su camino en dirección a la cabecera de partido.

El camino era más penoso, pues la carretera se extendía a lo largo de la cuesta de *El Gallo* de una manera sinuosa y el calor se iba notando conforme avanzaba la mañana. A ambos lados de la carretera el paisaje ha cambiado, pues de los fértiles terrenos de secano en donde a lo lejos se podían ver segadores, se pasa a la gran dehesa que forman los encinares y alcornocales, en donde se ven pastar grandes rebaños de ovejas y piaras de cerdos, guardadas por pastores y porqueros, que miran a los caballeros de la carretera con gran extrañeza, sobre todo, al comprobar que son Guardias con un preso maniatado y montado a lomos de una mula.

Al final del camino, la villa da Cazalla de la Sierra se extiende blanca y brillante entre una espesa arboleda de olivos que la circundan. Según van avanzando por las calles de la villa serrana, los guardias observan que el personal se va concentrando e impidiendo el normal paso del traslado del preso, así que temiendo ocurra lo mismo que en Guadalcanal, el Cabo manda a un número a pedir refuerzos al cuartel, pues la concentración de personas es cada vez más numerosa. Tanto es así, que en las cercanías de la Cartuja un grupo de exaltados intenta agredir al *Rabazo*, teniendo el Cabo y los otros cuatro guardias que echarse los fusiles a la cara, ya que a la gente se les veía, no tener miedo a los sables. Afortunadamente los refuerzos solicitados por el Cabo no tardaron en llegar y tras unas leves escaramuzas, el detenido fu entregado en el Juzgado comarcal, siendo puesto de inmediato a disposición del juez.

- Han llegado ustedes un poco tarde, Cabo.

- Lo siento mucho señoría. Pero es que no contábamos con los desórdenes que se han formado tanto en Guadalcanal, como aquí en Cazalla.

- Está bien, no se preocupe, han hecho ustedes muy buena labor, antes de leer el informe quiero ver al reo.

Antonio es conducido al despacho del Juez, quien al verlo se le queda mirando como si lo que los guardias le habían traído fuera un engaño. A los ojos del magistrado aquel individuo tenía cara de no ser capaz de matar una mosca,

pues su rostro parecía el de una buena persona. Pero las pruebas y su declaración decían todo lo contrario.

Antes de preguntar el juez ordenó que le quitaran las ligaduras.

- ¿Se llama usted Antonio Martínez Hernández?

- Sí.

El guardia que lo custodiaba hizo una aclaración al acusado para que se comportara debidamente ante el representante de la justicia, pero éste hizo una señal para que no insistiera en tales protocolos.

- Se dice señoría cuando se habla antes un juez.

- Déjelo Cabo. Dígame señor Martínez, ¿se ratifica usted en lo que anoche dijo en su declaración? a la Guardia Civil, o ¿prefiere contármelo a mi de nuevo?

- Como usted diga, señoría.

- Bien, pues cuéntemelo todo.

El magistrado hizo una señal al Secretario del juzgado y éste tomó asiento en una mesita contigua, abrió el tintero y se dispuso a escribir todo lo que el detenido dijera ante su señoría.

"El *Rabazo* reprodujo a la perfección las declaraciones que hiciera ante la Guardia Civil en Guadalcanal, dando los mismos datos y con los mismos detalles que en la confesión anterior. Mientras el reo hablaba, el cabo Rebollo asentía con la cabeza, como queriendo indicar que lo mismo que estaba diciendo ahora, era lo que dijo la noche anterior.

Terminada la declaración, el juez permaneció un largo rato en silencio, meditando las palabras del detenido. No podía creer que ese hombre pudiera hacer algo tan horrible, pero las palabras de éste eran las mismas que estaban escritas en el atestado hecho por la Benemérita la noche anterior.

El magistrado levantó la cabeza, miró fijamente al *Rabazo* y tras escudriñar en aquellos ojos vidriosos y aparentemente inofensivos, se dirigió a él sin retirar la mirada de sus ojos, como queriendo sacar de ellos el verdadero motivo por el que había cometido tan despreciable crimen.

- Antonio Martínez Hernández. ¿Usted es consciente del delito tan grande que ha cometido?

El *Rabazo* no se atrevió a responder, solo hizo una señal afirmativa con la cabeza, que el juez entendió perfectamente como respuesta positiva y siguió hablando poniéndolo en antecedentes de lo que se le venía encima.

- Veo que no tiene ningún atenuante, pues usted mismo se declara culpable de tan tremendo crimen, o mejor dicho crímenes cometidos. Las leyes son muy duras con quienes actúan de la forma que usted lo ha hecho. Mi obligación como juez es ponerlo a disposición de la justicia y abrir el correspondiente sumario, para que como es debido, se actué conforme a las leyes. Por lo tanto, ordeno prisión preventiva hasta que se dicte la correspondiente y definitiva sentencia, que le haga pagar por los crímenes cometidos. También ordeno sea trasladado de inmediato a la cárcel territorial en donde quedará a disposición de este juzgado.

Terminadas las palabras del juez, el secretario se levantó de su mesa y le acercó los folios escritos por éste, en los que figuraba la declaración del preso, así como los dictámenes emitidos por el representante de la justicia. El magistrado sacó del bolsillo de su chaqueta una elegante pluma, desenroscó el capuchón y de una forma ceremonial extendió su firma, que el secretario mató con el sello del juzgado. Luego salieron primero los guardias con el preso, quedando en el despacho solos el titular de éste, el Secretario y el Cabo a la espera de recibir el documento de traslado del preso.

- Cabo ¿Qué opina usted de este caso?

- No sé que pensar, señoría, en los años de servicio que llevo, no me he visto en semejante situación. La verdad es que esto me parece obra de una persona que no está en sus cabales. Si lo hubiera visto su señoría anoche en la sala de armas del cuartel cuando lo detuvimos, arrodillado pidiendo perdón por su culpa, y como su señoría ha podido comprobar, dándonos todo lujo de detalles de los crímenes cometidos y de dónde dejó la camisa manchada de sangre escondida.

- Por lo que dice el atestado y veo aquí, el Alcalde de Guadalcanal actuó como testigo en el interrogatorio.

- Así es señoría, se le llamó y vino al momento.

- Está bien Cabo, puede retirarse, le felicito a usted y a sus hombres por la misión cumplida y les hago saber que se le llamará cuando la justicia lo requiera.

- Es nuestra obligación, a sus órdenes señoría y buenas tardes.

Ya en la calle los cinco guardias esperaban al Cabo para conducir al preso hasta la cárcel. No estaba esta muy lejos del Juzgado comarcal, así que decidieron ir a pié con el preso nuevamente maniatado con los grilletes. La gente estaba ya en sus casas sabedoras de que el asesino de la caseta numero 91 de la línea Sevilla-Cáceres, estaba a buen recaudo, y nadie de los viandantes se atrevió a insultarle, sólo los pocos que se cruzaban con él, lo miraban con un extraordinario desprecio.

Las gruesas puertas de hierro del penal se abrieron y junto a dos guardias apareció un funcionario para hacerse cargo del preso. Recogió la documentación

correspondiente y se puso delante para conducir al recién llegado a su celda, después de hacer los trámites correspondientes.

El cabo, José Rebollo Montiel y el guardia Juan Piñero Bernabé se quedaron los últimos antes de abandonar la cárcel. El primero apoyó su mano en el hombro del detenido y se limitó a desearle suerte. El segundo no pudo resistir su ímpetu y abrazó a aquel criminal confeso que antes había sido su amigo.

- Cuídate mucho Antonio, que Dios te proteja, ya nos veremos.

En los ojos del guardia Piñero asomaron un par de lagrimas que decían todo el sentir de un miembro que se había visto obligado a meter en una mazmorra a quien fuera amigo suyo de toda la vida y aunque resultaba inhabitual ver a un miembro de la Guardia Civil llorando, al Cabo no le extrañó, y animó al que era uno de sus mejores hombres, mientras tras de ellos pudieron oír las palabras del funcionario dándole la bienvenida al *Rabazo*.

- Te estaba yo a ti esperando. Ahora vas a saber lo que es bueno, esto es una cárcel, para que te vayas haciendo a la idea.

Las grandes puertas de hierro se cerraron con ese ruido seco y chirriante que suelen hacer las puertas de estos establecimientos, quedando los seis guardias libres de todo servicio por el momento. El Cabo aprovechó para dar ánimos a Piñero que se sentía muy afectado por el hecho de haber tenido que detener a una persona, que de toda la vida apreciaba.

- Entiendo por lo que estás pasando Piñero, pero este es nuestro oficio y creo que lo hemos hecho bien. Tú el que mejor, y esto figurará en tu hoja de servicio. Ahora nos vamos a ir tú y yo a comer a un sitio que yo conozco. Además tienen un buen vino. Estos que se vayan para Guadalcanal, que nosotros ya llegaremos a Alanís cuando sea.

Los cuatro guardias emprendieron su camino a la tierra de los *fuelladores*. El cabo Rebollo y el guardia Piñero se prestaron a los placeres del buen yantar y el mejor beber en *Casa de Cecilio*, cuya mujer preparó un exquisito plato de venado asado, regado con un no menos distinguido vino, además de un buen café, más una o dos copas de ese aguardiente tan rico que las fábricas cazalleras destilan y que es conocido en toda España. Todo esto hizo que cabo y guardia olvidaran las cosas malas por el momento.

En la prisión, el nuevo interno comenzaba a tomar contacto con lo que sería su nueva vida. A la hora de la comida, un funcionario lo llevó hasta la zona de comedores y le entregó una escudilla y una cuchara. Un preso se la llenó de unas caldosas lentejas y otro le dio un trozo de pan, ¡esto es lo que hay!, le dijeron.

Luego le acompañaron a una celda en donde los únicos seres vivientes que vería de momento eran unas desagradables ratas. ¡Esto es lo que hay!, le dijeron nuevamente, pero el funcionario que lo acompañó le dio una cierta esperanza.

- Estarás aquí solo unos días, cuando salgan los que están en la nueve, te trasladaremos a ella, estarás mucho mejor.

El *Rabazo* no contestó, entró en la celda húmeda, oscura y fría. Se tumbó en el jergón de paja que allí había y se quedó dormido como un niño. Solo pensó en aquel momento, en que tras ese sueño, no se volviera a despertar nunca. Pero el sueño, solo son sueños y la realidad de las cosas son muy distintas.

XIV

El verano avanza vertiginosamente en un Guadalcanal que trata de salir adelante, dentro de una España que poco apoco se va degradando, a consecuencia de la guerra de África y otros problemas internos. Sobre todo, para aquellos pobres que son reclutados al no tener posibles para librarse de prestar el servicio militar en una confrontación, que para muchos no tiene ni pies ni cabeza.

En los campos, la siega comienza a flaquear pues ya está casi todo el grano en la era y el fantasma del paro vuelve a ennegrecer las vidas de la inmensa mayoría de los guadalcanalenses, que ven un incierto futuro.

Hasta la aceituna, hay poco que hacer, pero mientras tanto y hasta que esto llegue, cada cual se va buscando la vida como puede.

En la casa de Julia, las cosas no van mal del todo dentro de la gravedad, pues a Manuel no le falta el trabajo, la pequeña Cándida no es muy enfermiza y los tres mayores Manolito, Narciso y Purita, parece que van despuntando y hacen algunos trabajos sirviendo en casa ricas, bien de zagales o cualquier otra cosa que signifique traer algo a casa, con tal de llenar la *andorga* como popularmente se dice en el pueblo.

Aprovechando el fresco de las mañanas del mes de Julio, Julia se afana en lavar la ropa de su señorita en la fuente *Juan Blanco*, en donde otras mujeres hacen el mismo trabajo. Duro trabajo éste de lavar la ropa en los lavaderos

públicos, sobre todo si son de otros. La solidaridad de las lavanderas es algo tan natural como la vida misma y es por eso, que a Julia no le faltan manos cuando llega la hora de retorcer las sabanas empapadas, que ha de volver a empapar en el enjuagado, para después tenderla en los prados cercanos, para que el sol y el añil le den el blanco deseado. Mientras Julia es ayudada por una compañera, otra que llega con un costal de ropa y un *lavadero* en el cuadril, le hace una impertinente pregunta, a la que Julia responde con un reproche, que la dejó bien callada.

- Julia ¿Cómo está tu primo el *Rabazo*? ¿Se lo habrán comido ya las ratas en la cárcel?

- Lo primero que las personas de buena educación hacen cuando llegan a un sitio, es dar lo buenos días y no meter la lengua en el culo de los demás.

Aquella mujer no quiso volver a insistir en el tema, pues todas la miraron con desprecio y prefirió no ahondar en la cuestión, pero la que ayudaba a la prima del detenido se acerco a sus oídos y le preguntó con educación y respeto.

- Sabes algo del pobre Antonio, me imagino que la seña Pura lo estará pasando muy mal.

- Te lo puedes figurar y no te digo nada de la pobre Beatriz. Ayer fue Joaquina a Cazalla a verlo y según me dijo esta muy mal el pobre, según le dijeron, apenas si come y se encuentra muy nervioso.

- Menuda le ha caído encima al pobre hombre.

- Yo que quieres que te diga, es mi primo y siento mucho lo que le ha pasado, pero cuando veo a José y a María Josefa, se me caen los palos del sombrajo, cuando pienso en cómo murió Carolina y esas pobres niñas.

Las faenas de lavadero, suelen ser amenas para las mujeres y en ellas se habla de muchas cosas, las más dicharacheras no tienen reparos en comentar cosas de amoríos o problemas de cama, otras por el contrario, como le pasa a Julia, se limita simplemente a escuchar y emitir una leve sonrisa cuando alguna deslenguada suelta algún improperio, y entre comentarios, criticas o chascarrillos, se va pasando el tiempo, que es lo que importa para que la ropa se seque. Luego hay que cargar con ella hasta la casa del señorito, dejarla en la cocina y a calentar dos planchas en el anafe, para que la raya del pantalón quede debidamente recta o la camisa si una arruga.

La ardua tarea de planchar es más penosa si cabe en el verano y en eso estaba Julia cuando por la puerta de la cocina que da a postigo de la casa, una mujer llama su atención con impaciencia.

- ¡Julia, Julia!

- Qué te pasa Marcelina, porque estás tan nerviosa.

- Dile a tu señorito que quiero hablar con él, es muy importante.

- Pero ¿Qué es lo que pasa?

- A mi Rafalito que se lo quieren llevar a África y es el único hijo que tengo, a ver si él puede hacer algo por lo que más quieras.

Julia salió de la cocina atravesó el gran vestíbulo y entró en el enorme patio en donde José Castelló, que acababa de levantarse de la siesta, bebía agua de un *pipote* de Salvatierra, que estaba al lado del pozo que se adornaba con albahacas.

- Perdone usted don Pepe, pero es que está en el postigo Marcelina la de los *Descastado* y dice que quiere hablar con usted. Por lo visto, se llevan a su hijo a la guerra y es el único que tiene.

- ¿Y qué me cuentas a mí con eso? ¿Qué culpa tengo yo de que a ese lo hayan movilizado?

- Marcelina dice que usted tiene influencias para hacer que el pobre mocito no se tenga que ir al África, ya sabe usted las cosas que están pasando allí.

- Dígale que yo no puedo hacer nada.

- Lo que usted diga don Pepe.

El dueño de la casa quedó sentado en el butacón que había al lado del pozo. Aún no se había despertado de la siesta y no se paró a pensar que Marcelina fue su ama de cría, justo cuando nació el hermano mayor del que ahora se llevaban a la guerra y que murió cuando la epidemia de gripe. Se levantó rápidamente del butacón y llamó a Julia a voces que aún no había llegado a la cocina, en cuya puerta esperaba la desesperada madre.

- ¡Julia, dile a Marcelina que pase!

No tardó Marcelina en estar frente al señorito, quien la esperaba de pié con el pipote en la mano y la blusa que acostumbraba a ponerse para echarse un rato después de comer.

- Quieres agua Marcelina, te veo muy acalorada.

- No señorito, no tengo sed.

- ¿Por qué me dices a mí señorito? Siempre me decías Pepito ¿es qué me ves viejo?

- No le veo viejo, pero a lo mejor usted se ofende.

- Cómo me voy a ofender Marcelina, si tú eres mi madre de leche y eso nunca se olvida. Cuéntame que es lo que pasa con tu hijo el pequeño, me dice Julia que se lo llevan a África, ¿no es cierto?

- Sí, han estado hoy los civiles a llevarle la papela...

- No te preocupes mujer, que tu hijo no va a ir a África, ya me encargaré yo de que eso no sea así. Dile al mocito que se venga por aquí, yo le tendré una carta preparada para el coronel de su regimiento y todo arreglado.

- Muchas gracias y que Dios se lo pague.

- Nada, mujer nada, te debo la buena salud que tengo gracias a tus pechos y de alguna forma tendré que pagártelo. Ahora vete y le dices al muchacho que se pase más tarde cuando venga del campo y le tendré la carta preparada.

Aquella mujer salió tan feliz por el postigo en donde Julia la estaba esperando, para saber que había sido de su petición. Las dos se alegraron y Marcelina se fue tan contenta por la calle de los Milagros en dirección a su casa en la calle Granillo.

Mientras, en la casa de José Castelló Julia ya había terminado su faena y colocaba junto a la doncella de la señora, la ropa recién planchada en los baúles correspondientes. En una de las habitaciones dedicada a despacho, Castelló escribía sobre unos papeles y cuando éstas pasaron por el pasillo, las llamó para advertirles de que no comentaran a nadie la visita que había recibido.

- Que no se entere nadie de que ha estado aquí Marcelina a pedirme que interceda, para que su hijo no vaya a África, pues si la gente se entera, va a estar aquí todo el mundo a pedirme favores que en muchas ocasiones no podré hacer

Ambas criadas asintieron con la cabeza. Él siguió en su faena y ellas se dirigieron a la cocina, a terminar sus quehaceres y de camino ver si había algunas sobras, que eran muchas y que a las dos le vendrían muy bien para llevar a sus casas.

Arroz a la cubana había habido de primer plato y luego carne de cordero. Como de costumbre la cocinera había hecho para que sobrara, y las del servicio pudieron coger una buena fiambrera de ese arroz blanco que al señorito le gustaba comer, ya que él había nacido en Cuba. Tampoco faltaron dos huevos para cada una y algo de chorizo patatero que había en la alacena y que nadie iba a echar en falta.

Cuando Julia salía por el postigo, se encontró al hijo de Marcelina que sin quitase la ropa de la siega se acercó hasta la casa de Castelló, para recoger su salvación de la guerra. Éste lo recibió en la puerta del patio con la carta en la

mano

- ¿A qué regimiento te han destinado hijo?

- Al de Soria 9 don Pepe.

- Bien, conozco a su coronel, es muy amigo mío, pero la carta se la entregas al comandante Castelló que es mi hermano. No tienes más que decirle a su ordenanza que le llevas esta carta al comandante de mi parte. Cuando él vea la letra se encargará de todo, ahora vete tranquilo y no le comentes a nadie que yo te he dado esta recomendación ¿de acuerdo?

- A mandar don Pepe, y muchas gracias, no sabe como se lo agradezco.

José Castelló ya vestido con su impecable traje blanco, su sombrero y ese bastón con cayada de plata, salió de su casa y se dirigió como cada tarde al Casino. Allí estaban sus contertulianos esperándolo sentados en la mesa de la ventana que da a la Almona. Federico acababa de servir las primeras maquinillas de café y éste tuvo que esperar al segundo turno.

Al ver llegar a Castelló, el resto de los presentes en el gran salón del Casino, no pudieron disimular la expectación que la llegada de éste representaba, pues sabían que la tertulia estaría muy animada, sobre todo a la hora de afrontar el tema de *Rabazo*. Sin embargo Castelló que es un gran conocedor de las debilidades de los que le rodean y figurándose que el tema que invadía todos las conversaciones del pueblo era el relacionado con el autor del crimen, optó por desviar la atención de dicho tema, poniendo en práctica su elocuencia y llevando las cosas por otros términos.

- Buenas tardes tengan ustedes señores, al parecer tenemos problemas y muy gordos en África, ¿Han leído ustedes los periódicos?

Todas las miradas se dirigieron a la pequeña mesita situada a la entrada, en la que el conserje dejaba los periódicos debidamente ordenados y sujetados por unas tablillas cerradas con unos pequeños candados.

El Liberal de Sevilla, el *Correo* de Badajoz, el *Sol*, o el *ABC* entre otros, mostraban en sus primeras páginas las terribles noticias que llegaban de la guerra de África. También destacaban las noticias que no eran de importancia para los presentes, sobre las olimpiadas que se estaba celebrando en Amberes, en donde la participación de los países que perdieron la gran guerra era nula.

Algunos de los presentes se acercaron al lugar en donde estaban los periódicos, hurgando en el interior de las páginas de *El Liberal*, escogió una de ellas y entregó a José Castelló el ejemplar por la parte donde estaba el candado, para que éste cogiera la tablilla por el mango.

Castelló, tras agradecer a quien le extendía el periódico, leyó por encima el titular en voz alta, luego siguió leyendo en silencio al mismo tiempo que movía la cabeza, como si la noticia no le cogiera de sorpresa.

- El asesino de Cazalla está a buen recaudo.

- ¿Qué le parece?

- A mi no me parece nada, habrá que saber que es lo que dice el juez. ¿No es eso lo que usted está diciendo siempre, mi querido amigo don Eusebio?

- Así es don José, lo justo es eso precisamente, que sea el juez quien decida que ha de hacerse con el *Rabazo*, a fin de cuentas están para eso.

- Bueno ya discutiré con usted de eso más adelante, ahora están las cosas muy recientes y no es plan de meter el dedo en la llaga. No en vano víctima y culpable son de nuestro pueblo. A mí lo que me preocupa realmente, es qué es lo que va a hacer don Eduardo Dato con ese canalla de Abd-del-krim. Al parecer está cogiendo mucha fuerza y la recién creada Legión de Millán Astray, no termina de cuajar.

Luis Castellano que aún no había abierto la boca, también entró rápidamente en la conversación, pues él conocía bien los temas de África y a las cabilas que tantos problemas le estaban dando al ejército español.

- Déle tiempo don José. Yo conozco bien a los moros y le puedo asegurar que no son fáciles de dominar, pero cuando el Tercio esté en su pleno funcionamiento, lo van a tener muy difícil. Conozco a sus jefes y sé que harán de esos nuevos soldados que forman parte de ese cuerpo, una buena fuerza de choque, quizás tan buena como la Legión francesa.

- No se, el señor Dato se preocupa más de gastarse el dinero en las casas baratas, en legalizar a los anarquistas y en obligarnos a que paguemos un seguro a los trabajadores, así no ganaremos la guerra, se lo aseguro yo a usted don Luis.

Fue el médico quien tras las palabras de José Castelló, intervino y dio comienzo la acostumbrada polémica entre conservadores y liberales, que no solo se producía en los ámbitos estatales, sino que también llegaba a las tertulias de los casinos de casi todos los pueblos de España. Naturalmente en el Casino de Guadalcanal no iba a ser menos y en la mesa de la ventana que da a la Almona, comenzó la eterna discusión que no era nada más que la perenne disputa de un país, que vivía inmerso en una tremenda crisis de identidad.

- Don Luis, creo que lo que nos está llevando a la más pura de las miserias, no son las leyes sociales del gobierno, sino esta horrible guerra que como todas las

guerras, no sirven más que para empobrecer a la gente más pobre y enriquecer a unos cuantos.

- Habla usted don Eusebio como un bolchevique de esos que no quieren más que la ruina para la patria. Mire usted, esa guerra es honesta y justa, esos mal nacidos moros no tienen derecho a usurpar los principios de nuestra patria, porque por sí no lo sabe usted amigo mío, Marruecos también es España y allí es donde tienen que estar los verdaderos españoles y no haciendo huelgas salvajes y arruinando empresas.

- Entonces ¿por qué no van a la Guerra los hijos de los ricos? Dígamelo usted don Luis.

La pregunta del médico dejó perplejo al viejo empresario. No supo que contestar. La impertinencia de éste había llegado a un punto, que era imposible dar una explicación. A pesar de los años transcurridos, aun revoloteaba por los cuartos de banderas los acontecimientos de la llamada "S*emana trágica de Barcelona*".

Pero Castellano no se dejó amilanar y atacó de frente al médico. Todos los presentes vieron en su cara que ya no era incompatibilidad de caracteres los que había entre aquellos dos hombres, en la cara de Castellano se notaba rencor, pues aún tenía presente la figura de otro médico que naciera en Guadalcanal y que ahora andaba entorpeciendo los propósitos conservadores que siempre habían imperado.

- Debe de ser usted muy amigo de Vallina, según habla, pero sepa que con don Luis Castellano no se juega y mucho menos un matasanos de tres al cuarto como es usted. ¿Me ha entendido?

- Le he entendido y muy bien, pero sepa una cosa, aunque no soy anarquista, el doctor Vallina es una insigne persona que ha hecho mucho por la gente de este pueblo, aunque a usted no le guste. También ha sabido denunciar la corrupción en la que estamos inmersos.

- ¡No le tolero más impertinencias...!

Ante la tensa situación y viendo que la discusión de los dos hombres estaba llegando a límites insospechados, Pedro Carballo intervino rápidamente siendo el primero en levantarse de la mesa para poner orden entre aquellos dos exaltados, que a capa y espada, defendían sus posiciones sin el más mínimo reparo, poniendo en evidencia el respeto mutuo.

- Basta ya señores, creo que están ustedes llegando demasiado lejos, hagan el favor de contener su ímpetu. Nosotros no somos nadie para arreglar lo malo o bueno que en este país está pasando, sólo exponemos nuestras ideas y nada más.

El silenció reinó por unos momentos en el gran salón del Casino. El Cura, Luis Castellano, Rogelio Vázquez y el Secretario del Ayuntamiento, Ricardo Marín, fumaban y detrás del humo de sus cigarros sus miradas iban derechas hacia los dos contendientes verbales, que después de la regañina del sacerdote, mantenían la mirada fija en sus maquinillas del café. Fue el conserje quien rompió el silencio al entrar, produciendo una gran satisfacción en el médico, pues éste se dirigió a él en nombre de alguien que mandó aviso.

- Don Eusebio, han venido a buscarle de parte de Patro la partera, parece que Juana la de la Costanilla está de parto y por lo visto la cosa viene muy mal.

- Gracias voy ahora mismo, mi maletín lo he dejado en el ropero, tráemelo.

El médico abandonó el salón con el maletín que el conserje le trajo del ropero. No había salido del todo por la puerta giratoria que da a la plaza, cuando Luis Castellano comenzó nuevamente a despotricar muy indignado contra Eusebio Márquez. Rogelio Vázquez que en toda la discusión no había abierto la boca, quiso poner las cosas en su sitio, sin que ninguno de los demás contertulios pusiera reparo alguno a sus palabras, aunque tampoco lo hicieron a las de Castellano.

- No sé que se habrá pensado este matasanos, ya la gente no tiene respeto alguno por las jerarquías ni por la nobleza de los verdaderos españoles, ahora se creen que porque tienen una carrera ya tienen derecho a todo lo que les de la gana, lo que les vale es que no hay autoridad alguna...

- Perdóneme que le diga don Luis, creo que está usted llevando las cosas demasiado lejos. Don Eusebio es un hombre muy cabal y su comportamiento con todo el mundo es ejemplar. Lo que le pasa es que es joven y tiene otras ideas mucho más avanzadas que las nuestras. Quizás nosotros tengamos que hacer un acto de contrición y reconocer nuestras propias debilidades. A lo mejor nos damos cuenta de cosas en las que nunca habíamos pensado.

- Pero ¿qué dice usted don Rogelio? Ese mequetrefe es un bolchevique que nos va a traer muchos disgustos a este pueblo, ya lo vera usted.

- Yo estoy convencido de lo contrario amigo mío, la buena fe de don Eusebio, supera los límites establecidos por la caridad cristiana, se lo dice alguien que ha visto como sin el más mínimo interés, ha puesto sus conocimientos al servicio de gente que no se los podía pagar.

- Ya se lo cobrará, no se preocupe, esos revolucionarios modernos no se irán con las manos vacías.

Pedro Carballo, que apaciblemente se tomaba su acostumbrada copita de ojén, se levantó de la mesa y como en las grandes funciones religiosas, quiso

zanjar el asunto de una forma autoritaria, pero con una auténtica sensatez, que todos los presentes quedaron admirado de su improvisado discurso, que dicho sea de paso, no se parecía en nada a las predicaciones que desde el púlpito de Santa María pronunciaba en los días grandes.

- Señores, creo que este tema de las ideas políticas que a cada momento sacamos a colación en nuestras tertulias, se está convirtiendo en un despropósito, que puede llegar a enemistarnos entre nosotros. Creo que cada uno tenemos ideas diferentes, y en muchas ocasiones contradictorias. No sé si para nuestro entender o porque no sabemos diferenciar en dónde está el bien o el mal de cada una de ellas, pero hay algo que tenemos que pensar todos, sin que haya ninguna fisura, en el respeto que cada uno nos debemos. Y esto es que, ahí fuera hay personas que no viven como nosotros, en muchas ocasiones el hambre está a la orden del día, y la incultura es gigantesca, eso nos puede llevar a un enfrentamiento muy violento, porque esos de ahí fuera no tienen nada que perder. Nosotros por el contrario mucho. Y yo, como miembro de la Iglesia Católica, veo cada vez más un gran distanciamiento entre ellos y nosotros.

Tras un trago a su copa, siguió el párroco de Santa María:

- Creo que tenemos que plantearnos que no vamos por buen camino, y tal vez la lectura del Evangelio se nos ha olvidado, al dejar que nuestros hermanos y vecinos anden de mala manera. Y no me refiero a la situación económica, también a la cultural. Ya sabemos todos lo que ha pasado estos días con lo del *Rabazo,* eso no es más que el fruto de la tremenda incultura en la que algunas personas están inmersas. Alguien con dos dedos de frente, no hubiera cometido tan horrendo crimen. Eso sólo es consecuencia de la ignorancia en la que mucha gente está inmersa y tenemos que empezar a darnos cuenta de que así no se puede seguir o lo tendremos que lamentar muy seriamente. Sólo el evangelio que es la palabra de Cristo, será lo que lleve a la gente por el buen camino. Lo del *Rabazo* no es más que el resultado de la impiedad en la que vive mucha gente, por culpa de anticlericalismo que nos invade.

- Eso son paparruchas don Pedro, siempre ha habido ricos y pobres y a cada uno nos toca lo que nos toca, no me irá usted a decir ahora que a toda esa gente que anda por ahí de malas maneras, tengamos que llevarla a la Escuela o a la Iglesia. ¿Para qué? ¿Para que aprendan lo que no deben?

- Yo no digo nada amigo Luis, solo que se nos viene encima algo muy gordo y que el hambre, revuelta con la ignorancia, es muy mala consejera. Dios quiera que me equivoque, pero yo así lo veo. Ahora con el permiso de ustedes me voy a dar un paseo. ¿Me acompaña, don Luis?

- Como no padre, si quiere usted nos vamos hasta el Coso parece que corre algo

de aire fresco esta tarde.

XV

Luis Castellano y el cura salieron del Casino, el primero colocándose su sombrero con la mano derecha, mientras en el antebrazo izquierdo sujetaba su bastón. Pedro Carballo también se coloca su bonete y ambos se encaminan calle de Santa Clara abajo. Luego siguen por el Paseo de la Cruz hasta llegar a la calle Olleros, en donde unos niños harapientos que jugaban en la Pedrera se acercan para besar la mano del sacerdote, quien al mismo tiempo les acaricia las rapadas cabezas, en las que es visible la desnutrición crónica de alguno de ellos, por los eccemas de sus cráneos.

- Ve usted don Luis lo que yo le decía, estas criaturas están desnutridas.

- Si tiene usted razón padre, pero ¿qué podemos hacer?

- Yo no sé lo que podemos hacer, pero como mínimo respetar el comportamiento de don Eusebio, dejarlo hacer y tratar de imitarlo en lo que podamos. No me refiero a curar a la gente, naturalmente, pero sí a no poner impedimentos a que se desarrollen culturalmente y desde una visión menos caciquil que la que estamos llevando a cabo.

- Pero eso es muy difícil conseguirlo, las cosas están como están y eso puede llevar años.

- Eso es lo que a mi me da miedo don Luis, que llevamos muchos años dominando y que en toda Europa están surgiendo movimientos que alientan revoluciones muy duras, como en Rusia con el comunismo o como en Italia con el

fascismo.

- Pero son dos movimientos muy distintos, padre.

- Muy distintos, pero muy violentos amigo mío, y si no hay algo entre medias que lo frene, será el enfrentamiento entre ellos los que nos lleve a la hecatombe.

- Me da usted miedo, don Pedro, parece que está profetizando otra gran guerra.

- Dios quiera que me equivoque, pero yo así lo veo amigo mío. Y le voy a decir más, como puede usted imaginar y no soy hombre que comulgue con esas ideas socialistas que vienen de Rusia, si cabe, mis inclinaciones son más próximas a la de Mussolini, pero tanto unas como otras, son de ideologías muy extremas y el crecimiento de éstas se abona con la pobreza creciente, que va paralela al fácil enriquecimiento de unos pocos.

Aunque Pedro Carballo es un cura bastante conservador, reconoce que las cosas no son como las ven otros desde los asientos del lujoso salón del Casino. Sabe por experiencia que lo que ocurre en la calle puede repercutir en la hegemonía de las clases pudientes y eso es precisamente lo que le inquieta. Cuanto más se aprieten las clavijas a los desfavorecidos, más motivos tienen las organizaciones revolucionarias para llevarse a su lado a los que están descontentos con el sistema establecido. Sabe muy bien de todo ello, porque a través de los secretos del confesionario, se puede analizar de una manera muy concreta cual es el pensamiento de muchos hombres del pueblo.

La situación de muchas familias es expuesta sobre todo por mujeres que acuden al confesionario para encontrar en el ministro de Dios un atisbo de consuelo y esperanza a unas vidas llenas de tremendos problemas y que van desde el alcoholismo extremo de sus maridos, al hambre de sus hijos, o al desprecio total de su integridad, sin que nada ni nadie pueda hacer nada por ellas.

El desempleo crónico, la falta de cultura, la falta de salud de la gran mayoría de las personas de un pueblo como Guadalcanal, se ven enfrentadas a los derroches de una jerarquía que disfruta de todos los placeres de la vida, sin que para ello tengan que mover un dedo. Naturalmente, con el cobijo y el beneplácito de una Iglesia arraigada a los antiguos usos y muy dolida aún por los acontecimientos del pasado siglo.

- ¿Cree usted don Pedro que aquí puede pasar lo que ha pasado en Rusia?

- No me extrañaría lo más mínimo, don Luis, al pueblo hay que darle *pan y circo*, es la única forma de impedir que éste no se nos eche encima. Yo creo que estamos apretando demasiado las clavijas y eso se nos puede volver en contra.

Luis Castellano permanece largo rato callado sentado en el banco de piedra que hay junto al tablado de la música en el recinto ferial de El Coso. Un

poco más adelante un viejo temblón con gorra y chambra negra, descansa apoyado en su garrota. Saluda con mucho respeto al cura y al señorito Castellano, quitándose la gorra que le cubre la cabeza. Estos responden al saludo y aunque no lo conocen, saben que se trata de uno más de esos viejos deteriorados por el paso del tiempo, y que seguramente son una carga para sus hijos y nueras.

Una niña vestida con harapos pero muy apañada, se acerca hasta él y con gran cariño lo coge por el brazo para ayudarle a moverse. Es una niña morena, de pelo largo recogido en un rodete sobre la nuca, su cara curtida al sol y sus ojos de un brillo especial, certifican su juventud.

Luis Castellano se acerca hasta la muchacha y ésta al verlo se pone nerviosa. No sabe si saludarlo, si hacerle una reverencia o si salir corriendo. El señor del traje blanco que se ha dirigido a la muchacha procura tranquilizarla, y ésta sin ocultar su nerviosismo ante tan distinguido señor, agacha la cabeza.

- ¿Es tu abuelo niña?

- Sí señorito, se llama Lorenzo.

- Y tú, ¿Cómo te llamas?

- Antonia Garzón Cantero, para servir a Dios y a usted.

- Muy bien guapa, toma, para que te compres algo.

- No muchas gracias señorito, mi madre me tiene dicho que no coja nada de nadie.

- ¡Ea!, no seas tonta, son solo dos pesetas, se las das a tu madre, ya veras como a ella le vendrán muy bien.

La muchacha agradecida, se despidió de Luis Castellano con una reverencia y del cura besándole la mano, pero no se quedó conforme el primero quien preguntó al anciano por su linaje, teniendo la nieta que responder pues éste padecía una enfermedad que le impedía hablar.

- ¿De qué familia es usted abuelo?

- Él no puede hablar señorito, hace un año le dio una embolia y se quedó así, a mi abuelo le dicen *El Cadenillas.*

- ¡Ah!, ya.

- Si no manda usted otra cosa....

- No mocita no, ya puedes irte.

El cura y Luis Castellano continuaron su paseo por la carretera que va a Alanís. Atrás dejaron el gran pilar en el que los hombres que venían del campo daban de beber a sus bestias. Algunos al verlos lo saludaban quitándose la gorra o

el sombrero, otros para evitar el saludo se hacían los despistados como si estuvieran atendiendo a sus animales, bien dándoles agua o arreglando las monturas.

A la derecha según caminaban, la Sierra del Agua emergía como una gran muralla negruzca que daba una cierta siniestralidad al paisaje, teniendo a sus espalda el sol que ya se ponía por la de lo Cazalla. A la izquierda de ellos, la fábrica de extracción de orujo, cuya gran chimenea emerge como un gigante de ladrillos rojos, en medio de la ladera que da a la estación de ferrocarril.

Hablando, hablando, Luis Castellano y Pedro Carballo se dan cuenta que han llegado al cortijo de Villa Susana muy cerca de la ermita de San Benito, en la que el cura tiene autoridad, pues ésta pertenece a su parroquia. Los dos hombre deciden entrar y el ermitaño se extraña al verlos, por lo que da órdenes a su mujer de que saque sillas para los recién llegados.

- Hace años que no vengo yo a San Benito, don Pedro.

- Pues mire, hoy sin darnos cuenta nos hemos presentado aquí.

Los dos hombres descansaron un rato, sentados en unas sillas que la mujer del ermitaño les sacó, al mismo tiempo que unas jarras de fresca agua. El entorno era bastante agradable y los dos procuraron regocijarse en aquel pequeño templo.

Los huertos en medio de los olivos abundan. De ellos se desprende el olor a tierra mojada, que emana de las acequias que los hortelanos inundan de agua para regar toda clase de hortalizas, que en aquella vega se crían tan generosamente.

El sol tendía a ocultarse y decidieron emprender el regreso a casa. Era ya noche cerrada cuando entraron los dos en el pueblo, subieron por la calle de la Concepción y en la esquina de los Mesones los dos hombres se despidieron.

- Ha sido un bonito paseo padre.

- Sí que es verdad, de vez en cuando es bueno despejarse un poco de las tertulias del Casino. ¿No le parece don Luis?

- Como siempre tiene usted razón amigo mío. Hasta mañana, si Dios quiere.

- Que Él le acompañe.

XVI

La noche se echaba sobre Guadalcanal y por la calle de San Bartolomé la poca gente que había, estaba tomando el fresco. Algunas voces salían de la taberna de *El Paso,* en cuyo interior se podía ver las grandes cubas que rodeaban todo el entorno, de lo que era antiguamente una gran bodega. Federico Gullón, con la blusa del pijama ya puesta, tomaba el fresco en el balcón de su casa, al mismo tiempo que se fumaba el acostumbrado puro de después de la cena.

- Perece que venimos un poco tarde Don Luis.

- La verdad es que sí, he estado con don Pedro el cura dando un paseo y se nos ha echado la noche encima, ¿Ya ha cenado usted don Federico?

- Sí, y pronto me iré a la cama, quiero madrugar mañana para irme al cortijo con la fresca.

- Pues hasta mañana entonces.

Luis Castellano entra en su casa por la puerta principal. Sale a su encuentro una de las criadas, quien le avisa de que la cena esta servida en el salón grande y que en ella se encuentra su esposa esperándole.

- Gracias Guaditoca, dile a mi mujer que voy en seguida, solo tardaré el tiempo que eche en cambiarme de ropa.

Momentos después entraba en el salón en donde su mujer y uno de sus hijos le estaban esperando. Se disculpó e hizo una señal a uno de sus criados para

que sirviera la cena. En poco tiempo los dos mozos que hacían de camareros, aparecieron con la comida y tras unos minutos, los tres comensales disfrutaban de la fresca ensalada además de otros manjares que había preparado la cocinera.

Todos estaban en silencio como era habitual en las comidas de aquella casa, pues la costumbre de no hacer comentarios se había hecho habitual. Sin embargo aquella noche la esposa de Castellano no pudo resistir su impaciencia, rompiendo el silencio sólo roto por el ruido de los cubiertos en la vajilla.

- ¿Qué sabes de lo del asesinato de esa muchacha Luis? dicen que han cogido al asesino y que lo tuvieron anoche en el cuartel, fíjate estando tan cerca y no me enteré de nada hasta que me lo dijo Guaditoca esta mañana.

- Ah, sí, por lo visto es uno a quien le dicen *Rabazo,* que vive ahí en la calle Valencia.

- Pero Dios mío si ese es el hijo de Pura, la que vive en la calle de Santa Ana, esa mujer ha venido a casa a blanquear muchas veces.

- No conozco a esa mujer y tampoco al hijo, pero según me han contado, fue él quien cometió el crimen, y ya está en la cárcel de Cazalla.

La perplejidad de la señora de la casa también se reflejó en la de los dos criados. Luis Castellano advirtió la reacción de la servidumbre y dirigiéndose a ellos les obligó a reaccionar, cuando les pidió que trajeran el postre, para de esa forma poder informar a su mujer sin que estos se enteraran de lo que sabía al respecto de buena tinta del Alcalde, que fue quien estuvo presente en el interrogatorio.

- Es seguro que ha sido ese tal *Rabazo*, me lo ha dicho mi primo que estuvo presente en el interrogatorio. Por lo visto, se declaró culpable de los tres asesinatos y como es natural el juez no va a necesitar mucho para condenarlo.

- Y ¿qué le pasará?

- Pues que le va a pasar mujer, que le darán garrote vil, como se merece un asesino.

XVII

El verano llega a sus extremas temperaturas que en la sierra norte de Sevilla, no es tan bochornoso como en la campiña hispalense, pero en las horas medias del día tampoco apetece salir a la calle, y cuando las campanas de Santa María han tocado el ángelus, en Guadalcanal el sol aprieta sobre sus tejados con tanta fuerza, que hace que cada cual se refugie en los sitios de más sombra, buscando el frescor del ambiente.

En Santa Ana, Rafael Ordóñez anda de arriba para abajo de una manera frenética, pues es 25 de Julio, aunque en toda España se celebra la fiesta del santo patrón Santiago, los vecinos y parroquianos de la parte alta del pueblo serrano más alto de la provincia, tienen doble fiesta, ya que también ese día se festeja el de la santa que lleva el nombre de la parroquia y del barrio.

Todos los años en la Cuesta se hacen grandes celebraciones y son muchos los que acuden a presenciar las hogueras y fuegos de artificio. Todo el pueblo acude a la función religiosa que culmina ese día, tras haber celebrado las novenas que los nueves días de antes se hicieron en honor a la santa abuela.

Desde los portales, la banda de música amenizará como todos los años la fiesta y correrá el vino de Maguilla y de Almendralejo, mientras los puestos de jeringo y buñuelos no darán abasto para saciar los paladares de cuantos se animan a compartir con la gente del barrio su fiesta anual.

Sentadas en los poyos de la cuesta, más de una vieja se esmera en *cortar trajes* a las parejas que van de un lado para otro, con la intención de dar algún picotazo. Los niños corren incordiando a los que tratan de bailar alguna de las piezas que tocan los miembros de la banda y entre tanto bullicio, las gargantas irritadas por el fuerte olor a aceite requemado y al polvo que del suelo se levanta

al paso de tanta gente, se refrescan con los caldos de la comarca.

Pero este año la fiesta de Santa Ana va a estar marcada muy tristemente, porque cuatro hijos del barrio son protagonistas de una gran desgracia, que por muchos años que pasen, siempre estarán en el recuerdo de los que forman parte de aquella familia, que vive en las calles de un barrio, que se siente vivo y al mismo tiempo muerto, por los hechos acaecidos casi dos meses antes.

Son la siete de la tarde y en la torre de la Iglesia de Santa Ana comienza un estruendoso pero armónico repique, que inunda todo el pueblo con ese sonido tan peculiar que tienen sus campanas. La gente comienza a llegar y suben la cuesta por los escalones que dan a la Cañada o por la rampa de la *faldiquera*. Las mocitas lucen sus mejores galas y los mocitos tampoco se quedan atrás. Muchos de ellos estrenan chambra nueva y algunos, los más atrevidos, se animan a ponerse corbata adornando con orgullo sus blancas pecheras de camisa impecablemente blanqueadas, con añil en el *Piojito.*

También suben gente de otros barrios del pueblo y pronto la gran nave se llena hasta la parte trasera, pues hasta en la capilla de la pila bautismal se mete gente para escuchar los sermones y los cantos de los sochantres de las distintas iglesias del pueblo, que han sido invitados, al igual que curas y sacristanes.

Sentados en la parte más cercana al altar mayor, está la corporación municipal con su Alcalde al frente, también están Luis Castellano, Federico Gullón, Natividad Alvarado, Rogelio Vázquez, y el Comandante de puesto de la Guardia Civil, que luce uniforme de gala, con correaje amarillo y sable, acompañado por dos guardias también vestidos de gala, además de los reglamentarios guantes blanco.

Se abre la puerta de la sacristía y todo el personal que estaba sentado en los bancos se pone de pié. Aparece en primer término el párroco revestido con los elementos litúrgicos más ricos de la parroquia, destacando el alba de color blanco y bordado en oro, que alguien donó a allá por los años cincuenta del siglo pasado. Tras él, Pedro Carballo y los dos coadjutores de las dos parroquias, así como los sacristanes y varios monaguillos que portaban los vasos de consagrar y el incensario de plata.

Comienza la ceremonia y del gran órgano salen notas musicales que a todos gustan, pero que nadie entiende, así como los cantos de los sochantres. Luego, tras un corto silencio, el párroco de Santa Ana sube al púlpito, que también esta cubierto por paños vistosos por sus bordados, pero que ocultan la extraordinaria belleza del forjado de su barandilla.

El oficiante tose un poco para intentar aclarar su voz y tras hacer unas alusiones a los pasajes del evangelio leído por el párroco de Santa María, cambia

radicalmente el tema, pues sabe que en la mente de los allí presentes están muy vivos los acontecimientos acaecidos en la casilla del ferrocarril Sevilla-Cáceres.

- ...dejando de un lado los designios de nuestro señor Jesucristo, he de deciros mis queridos fieles que esta festividad de Santa Ana no es como la de otros años. Ahora mismo, en nuestra parroquia hay muchos hermanos nuestros que están sufriendo por los hechos que tuvieron lugar en días pasados y que afectan a hijos de esta parroquia. No es mi intención y Dios me libre de hacerlo, de juzgar aquí tan terribles hechos. Solo Él nuestro Señor, es quien puede decidir sobre los pecados de los demás. Sólo quiero pedir desde esta Iglesia que vio nacer a Carolina y a sus hijas, así como a Antonio, que recemos por ellos para que nuestro Señor nos ilumine ante tan inmensa tragedia y sepamos perdonar lo que la locura del demonio hizo en la persona de un pobre desgraciado. Cada vez que veo a esas dos madres que de distintas maneras han perdido a sus hijos, al igual que a ese hombre y a esa mujer que perdieron uno a su esposa y a sus hijas y la otra a su marido, se me cae el alma a los pies, al adivinar en sus rostros tanto dolor, porque mis queridos fieles, cada uno tiene su dolor pero, cada dolor es distinto en sus diferentas vertientes. Ahora bien, ninguno de ellos es más agudo que el otro. Por eso os pido mis queridos feligreses, que recéis por las víctimas, sí claro que sí, pero también por el verdugo, porque también los verdugos son hijos de Dios y aunque en lo más profundo de nuestro corazón el odio renazca en nosotros, debemos de dejar en manos del Padre la justicia divina, que solo Él puede administrar y hacer que vuestras oraciones a Santa Ana lleguen a las manos del Señor y con la festividad que hoy celebramos sepamos engrandecer su nombre y el de nuestra parroquia. Así sea.

Aquella noche de Santa Ana y Santiago era muy agradable estar en lo alto de la cuesta. Las parejas bailaban y sonreían y las autoridades dialogaban mientras se tomaban un refrigerio en el huerto de la sacristía.

Luis Castellano y Natividad Alvarado, trataban de sonsacar al Comandante de puesto, noticias del *Rabazo*, y éste atraído por el interés de personas tan influyentes en el pueblo, se sentía alagado y trataba de dar al tema más importancia de la que tenía, sobre todo, a la hora de atribuirse el mérito.

- Ya sabe usted don Luis, en la Guardia Civil tenemos que estar siempre alerta y el tema era además de delicado muy difícil, pero supimos solucionarlo y gracias a Dios ese criminal está a buen recaudo.

- Cómo es posible que su mujer no supiera nada, ¿usted cree que era así?

- Doña Natividad, esta gente es ruda de nacimiento y si su mujer no notó nada, es porque tal vez el *Rabazo* se ha comportado siempre de la misma manera y aunque haya matado a alguien, no se le puede notar, pero nosotros se lo notamos, ya lo

creo que se lo notamos.

El párroco que siempre está en todo, se acercó a Luis Castellano y poniéndole la mano sobre el hombro se lo llevó a un apartado, pues se imaginaba el motivo del abandono de la tertulia que mantenía con el guardia y con Natividad Alvarado.

- Veo que el Comandante de puesto, le ha informado de su gran hazaña, ¿No es cierto Luis?

- Ese hombre es un bocazas que se quiere atribuir los éxitos de otros.

- Sí, pero le puede servir para colocarse alguna medalla.

- Lo dudo padre, los que detuvieron al *Rabazo* fueron guardias del puesto de Alanís, bajo órdenes directas del Jefe de línea. Uno de esos guardias es pariente o amigo del detenido, tal vez lo conozca usted, se llama Juan Piñero Bernabé.

- Hombre claro que lo conozco, ese hombre es de aquí del pueblo, su padre fue aperador en su casa.

- Lo sé, ese muchacho se fue al cuerpo con una recomendación mía.

Poco a poco la gente se fue retirando de la cuesta de Santa Ana, pues la banda de música dejo ya de tocar. Al día siguiente era lunes y aunque ya quedaba poco, las faenas de la siega no se hacían de esperar. Solo unos cuantos desocupados andaban dando escándalo por las calles, bastante tocados por la cantidad de alcohol que llevaban en el cuerpo. Otros, los más pudientes, aprovechaban la ocasión y solicitaban los servicios de *la Carmela,* cuyo local estaba esa noche muy concurrido, Tanto es así, que la dueña del burdel tuvo que cerrar el postigo con una tranca, porque temía se formara algún tumulto, que le estropeara el negocio que esa noche estaba haciendo.

Hasta bien entrada la madrugada, muchos de los clientes de la *Carmela* salían por el postigo que da a la calle de las Minas. Algunos en silencio, otros haciendo comentarios sobre la aventura vivida con la prostituta, que por turno les había hecho sentirse más hombres, pero todos ellos con la impresión de haber disfrutado de los placeres más exquisitos, aunque en algunas ocasiones su mujer estuviera sola en la cama esperándolo.

Conforme la mañana va avanzando la vida en Guadalcanal comienza su rutina, las campanas de las distintas Iglesias llaman a sus feligreses más madrugadores. Los funcionarios del Ayuntamiento acuden a su trabajo, empaquetados en trajes de color gris, con pajarita a juego en sus cuellos; los lecheros que vienen de las granjas cercanas, llevan sus *cántaras* a las casas que lo solicitan; los corredores de fincas y ganado, deambulan de taberna en taberna buscando nuevos negocios. Las mujeres con sus espuertas, se encaminan al

mercado, en donde los puestos que se distribuyen a lo largo de la plaza que da a la Iglesia de San Sebastián, les ofrecen toda clase de viandas, que en muchos casos son rechazadas, por el excesivo precio que éstas tienen, con arreglo a los cortos sueldos que sus maridos reciben.

Pasado el medio día, Julia Hernández ha hecho un alto en su trabajo y ha subido a la calle de Santa Ana con la intención de ver a su tía Pura y a su prima Joaquina. Las dos mujeres estaban en el corral de su casa.

Mientras Pura sentada en una silla baja a la sombra enristraba unos ajos, su hija lavaba algo de ropa en un *panelón* colocado sobre unas grandes piedras, para que la lavandera no tuviera que agacharse.

Al entrar por la puerta, Julia se quedó por un momento ciega, debido al gran cambio de luz que se produce al ingresar en una zona oscura como era el zaguán de Pura, procedente de la calle, en donde el fuerte y luminoso sol de julio causaba destellos en los ojos. Ni madre ni hija oyeron la voz de la recién llegada y fue una sorpresa verla aparecer por la puerta del corral tras una cortina de lona.

- ¿Es que estáis sordas? Vengo dando voces por toda la casa.

- No te habíamos oído Julia, ¿A dónde vas por aquí a estas horas?

- Le he dicho a mi señorita que tenía que hacer uno mandados y he venido a veros. ¿Sabéis algo de Antonio?

- No, todavía no sabemos nada.

La respuesta de Joaquina fue acompañada de un guiño cómplice a su prima, cosa que esta entendió y trato de cambiar de conversación con el fin de que Pura no se diera cuenta que su hija guardaba en secreto algo relacionado con su hermano.

- Tita Pura, menudos ajos estas enristrando, esos seguro que son del huerto de aquí.

- Si hija, los he cogido hace unos días, pero si quieres que te diga la verdad, no tengo ganas de nada, este hijo mío me va a quitar la vida, Virgen Santísima de Guaditoca, en qué hora...

- Vamos tita no se preocupe ya verá como lo sueltan pronto.

- Y qué si lo sueltan, por eso no les va a devolver la vida a esas pobres criaturas, y no sé muchas veces que pensar, por un lado quisiera que lo soltaran, pero cuando veo lo que hizo quisiera que lo ajusticiaran y yo irme con él.

Joaquina para poder hablar más claramente con su prima, invitó a ésta a que le ayudara a llevar unas sabanas al tendedero que hay un poco más adentro, en

el pequeño huerto familiar.

Sentadas a la sombra de una parra que invade una gran extensión en torno a una pequeña alberca, en la que el agua fluye lentamente por un pequeño caño, hecho con una teja, las dos primas aprovechan el frescor de la sombra y del agua y disfrutan sin darse cuenta de la tranquilidad del momento. Es Joaquina la que empieza a hablar, poniendo en antecedentes a Julia, de la situación de aquellas dos mujeres, a las que les ha tocado vivir tan triste episodio.

- Julia, no sabes lo que estamos pasando, esto se va a llevar a mi madre por delante. Lo de mi hermano ha sido tremendo y lo peor de todo, es que hay gente que nos lo está restregando por las narices como si nosotras tuviéramos la culpa. Si vieras las cosas que nos dicen las *Cachotas* detrás de esa pared, lo hacen a propósito para que mi madre las pueda oír.

- ¿Pero, qué es lo que dicen?

- Pues que van a matar a mi hermano, que es normal que lo maten, porque eso es lo que se hace con los criminales y lo que es peor, comentan entre ellas que la culpa es de mi madre por no haber educado a su hijo como es debido.

- Y qué tendrán ellas que decir de nadie, si son de las más alcahuetas que ha habido en el pueblo.

- Ya, pero esas mujeres son malas y a mi madre le hacen mucho daño.

- ¿Sabes algo de Antonio?, cómo antes me guiñaste el ojo.

- Sí, vino antes de ayer el Secretario del Ayuntamiento, mi madre no estaba aquí y no se enteró de nada, tampoco quiero que se entere. Me trajo muy malas noticias, por lo visto el fiscal pide la pena de muerte y sólo hay un abogado en Sevilla, que se hace cargo de su defensa. También me dijo que tendremos que ir o mi madre o yo a Cazalla si queremos verlo.

- No te preocupes si es necesario yo iré contigo, habrá que llevarle ropa pues cuándo llegue el invierno la necesitará.

- Bastante faena tienes tú con los tuyos, como para venir conmigo a Cazalla. ¿Oye Julia? ¿Tú crees que condenaran a mi hermano a muerte?, me da pánico el pensarlo.

- Quien sabe mujer, esas cosas son muy difíciles de saber, me figuro yo que dependerá de lo que digan los jueces y luego a lo mejor, hasta el Rey tiene que intervenir, no se le puede quitar la vida a la gente así como así. Lo mejor es esperar a ver que pasa. Y ahora me voy, que tengo que darle el pecho a la niña que se ha quedado con mi hermana.

- Debe de estar criándose bien ¿verdad Julia?

- Parece que no va mal. Bueno ya me voy que se me hecha la hora encima.

Julia se encaminó a su casa, cruzó el arroyo que a la altura de la casa de Pura atravesaba la calle de Santa Ana. Al girar para del altozano, se encontró con María Josefa que venía de la fuente de Berrocal Chico de coger un cántaro de agua fresca. Julia al verla dudó si saludarla o no, pero tras un momento de vacilación se acercó a la madre de Carolina. Estaba aquella pobre mujer muy demacrada y en su rostro se podía leer toda la tristeza que albergaba en su interior, sin embargo una tenue sonrisa se dibujó en sus labios al ver a la prima del Rabazo, quien no dudó en acercársele para abrazarla.

- ¿Como estas, María Josefa?

- Como quieres que esté hija, la tristeza que tengo es insoportable.

- Lo comprendo.

La cara de María Josefa se iluminó ante la presencia de Julia, quien por un momento pensó que iba a romper en un sollozo, pero no fue así. La agarró suavemente del brazo y le pidió que entrara en el zaguán de su casa.

- Pasa hija, que quiero hablar contigo.

- Usted me dirá.

- ¿Cómo está Pura?, no la he visto en todo este tiempo y a Joaquina tampoco.

- Muy mal seña María Josefa, esto que ha pasado ha sido muy duro, yo le puedo asegurar que está sufriendo ella más por Carolina, que por su propio hijo, y no se lo digo por cumplir, ella misma me lo ha confesado hace un rato, me temo que esto se la va a llevar para adelante.

- Pobre Pura, me imagino lo que estará pasando, porque yo sufro por la perdida de los míos, pero ella sufre no solo por el hijo que va a perder, sino por lo que éste ha hecho, dile cuando la veas que no le guardo ningún rencor, ella no tiene la culpa de lo que ha pasado.

- No se preocupe *señá* María Josefa, que se lo diré, de verdad. Sé que es muy duro para ella venir a verla pero es normal, yo le explicaré lo que usted me ha dicho y seguro que vendrá a consolarla y eso les vendrá bien a las dos, de todas formas, no hay nada más que cruzar la calle.

A Julia ya se le hizo tarde para pasarse por la casa de su suegra, así que en vez de tirar por la calle Granillos se bajó hasta la calle de Valencia, pasó por la puerta de su primo, que estaba entornada y desde fuera se podía ver el arco del zaguán y la silla que había a la entrada en dónde el *Rabazo* se sentaba cuando tomaba el fresco en el verano. Le dieron ganas de entrar para estar un rato con Beatriz pero ya era la hora de darle el pecho a la pequeña Cándida, así que se

encaminó por la calle de La Sánchez, luego por los Mesones y desde la Plaza, bajó a la calle Luenga.

Durante este camino, Julia no dejaba de darle vueltas a lo vivido aquella mañana. Su gran admiración por María Josefa, que estaba preocupada por el dolor de la madre del asesino de su hija y de sus nietas y por otro lado, como su tía Pura lamentaba más el hecho cometido por su hijo, que la condena que le pudiera caer; le parecía imposible que entre tanto dolor hubiera tanta humanidad entre las madres de los protagonistas de tan bárbara historia.

Mientras le daba el pecho a la pequeña Cándida, Julia le comentaba el tema a su hermana Alegría, quien como siempre, se lamentaba tristemente de todo. Esta vez no iba a ser menos y mientras la nodriza contaba lo vivido, su hermana suspiraba profundamente hasta llegar al sollozo entrecortado. La niña por su parte seguía aferrada al pecho de su madre, sin que ésta se permitiera respiro alguno.

En el *anafe*, el puchero hervía y de su interior se fugaba un sabroso olor que despertaba el apetito. Las dos hermanas se pusieron a la faena de preparar la comida y pronto los niños acudieron a la llamada que se les hizo, sentándose a la mesa.

Tanto Manolito como Narciso, que andaban regando en el huerto, acudieron rápidamente y pronto todos gozaban del plato de garbanzos que se puso en la mesa de la cocina y del que se deleitaron todos, además de una buena hogaza de pan, que no todos los días se podía saborear tan blando, pues aquella mañana antes de ir a la casa del señorito, Julia se encargo de hornear la masa que desde casa llevó preparada al horno de la puerta del Jurado.

La pequeña Cándida se quedó dormida y los dos muchachos así como la otra hermana de la recién nacida volvieron a sus quehaceres. Los dos chicos, uno a terminar las faenas en el huerto y el mayor a *chuponar* unos olivos que la familia tenía en la Sierra del Agua. Purita más pequeña que sus dos hermanos, al taller que la tía Rafaela tenía en la calle de la Dehesa. Allí Purita aprendía a hilvanar los trajes de muchos señoritos del pueblo, así como vestidos de muy elegantes señoras que se lucirían allá por septiembre cuando llegara la feria.

XVIII

En el municipio de Cazalla de la Sierra, partido judicial de la comarca, el caso de *El Rabazo,* había levantado una expectación poco corriente. A su estación de ferrocarril llegaban cada día forasteros que no hacían nada más que preguntas relacionada con el crimen producido cerca de dicha estación un mes antes. En su mayoría eran periodistas de los distintos medios escritos, no solo de la provincia sevillana, sino de otras, además de los de la capital de España.

Del tren que llegaba a la una desde Sevilla se bajó aquella mañana mucha gente. Mujeres con cestas en la mano que venían de El Pedroso o de Villanueva, de vender productos de la sierra. Viajantes con grandes muestrarios en la mano, militares de permiso y un señor muy elegante que se dirigió a la cantina.

En el interior del establecimiento solo estaba su dueño, que con un blanco mandil y una tiza en la oreja, trataba de colocar unas sillas que los viajeros que salieron para Mérida dejaron desordenadas. Al ver entrar al recién llegado levantó la cabeza y sin contestar a su saludo se colocó detrás del mostrador.

- Buenas tardes tenga usted, ¿Qué va a ser?

- Pórgame usted una copita de crema de guindas y un vaso de agua fresca.

- Hace calorcillo, ¿verdad señor?

- Estamos en época de ello, pero aquí en la sierra están ustedes en la gloria. Para calor la que hace en Sevilla, usted no se puede ni imaginar.

- Claro que me lo imagino señor, yo he estado muchas veces en la capital y en este

tiempo aquello parece un infierno.

Durante largo rato los dos hombres permanecieron en silencio, pero al mismo tiempo, ambos se observaban tratando cada uno de adivinar la personalidad del otro. Al recién llegado le llamaba la atención el aspecto de aquel tabernero con un gran delantal blanco, la tiza en la oreja y unas alpargatas de esparto que le ponían al descubierto unos grandes juanetes.

También le chocaba la decoración del local, en donde se podía ver un gran espejo con la marca de un anís escrita en letras de color rojo, al lado de un retrato de la Virgen del Monte, patrona de la localidad y al otro un retrato de Alfonso XIII vestido de militar y con un cigarrillo en la mano.

También al tabernero le atraía el aspecto del recién llegado. Aunque aparentemente era un señorito, no era como los que se veían por el pueblo, pues éste además de un elegante traje con chaqueta cruzada y un sombrero de paja muy distinto a los que estaba acostumbrado a ver. Lucía unos zapatos de color blanco, con unos cordones negros, además de una pajarita del mismo color, que parecía estrangularle el cuello.

Pero cuando el tabernero se quedó perplejo, es cuando el visitante se quitó la chaqueta. No llevaba tirantes y los pantalones se los sujetaba con un cinturón que al tabernero le parecía muy raro, pero no más raro que la camisa de rayas y de manga corta que dejó ver, cuando se quitó la chaqueta. También le llamó la atención la gran cartera de piel que llevaba en la mano, como único equipaje.

- Con esa indumentaria que lleva usted debe de pasarlo mal en Sevilla en esta época.

- No, ya estoy acostumbrado.

El tabernero inició nuevamente la conversación entre los dos y dio paso al viajero a hacer una serie de preguntas, que sin dejar de hacer su trabajo, contestaba monótonamente y sin mirarle a la cara, aunque se adivinaba en sus respuestas una cierta desconfianza hacia el preguntador, debido quizás al cansancio que le provocaban tantas preguntas como le llevaban hechas, desde que sucedió lo de la casilla numero 91.

- ¿Conocía usted a la mujer que mataron el mes pasado en la casilla?

- Ya lo creo que la conocía, pobre mujer, menudo canalla el que le quitó la vida, si lo pillara yo con mis manos se iba a enterar ese hijo de su madre.

- Bueno ya sabrá la justicia lo que tiene que hacer con él ¿no le parece?

- A mi lo que me parece es que "*Quien a hierro mata a hierro muere*" eso es lo que a mi me parece, póngalo usted en su periódico.

- No, yo no soy periodista soy abogado.

- ¿Abogado? ¿No vendrá usted a defender a ese canalla?

- Pues así es, amigo mío, yo soy el abogado que defenderá a ese *canalla* como usted dice.

- Yo no soy amigo de los que defienden a los criminales. Así que págueme los dos reales que me debe de la copa y váyase con viento fresco.

- Entiendo su postura, pero las cosas de la justicia son así aunque usted no lo comprenda, si no le importa me podía decir como puedo llegar al pueblo, me han dicho que está muy retirado de la estación. ¿Hay algún carro o alguna forma de llegar antes de que cierren el juzgado?

- Mire ahí esta el *Chalequillo*, se puede ir con él en el carro del correo.

- Muchas gracias amigo Ahí le dejo los dos reales y perdone si le he ofendido en algo.

El camino hasta el pueblo desde la estación es largo y tortuoso. La terregosa carretera hace que el viajero tenga que sacudirse el polvo a cada momento con el sombrero. De vez en cuando, también tiene que limpiarse el sudor con un pañuelo que antes era blanco y ahora reflejaba en sus pliegues la suciedad del camino.

El canto insistente de las cigarras, se mezcla con los pasos de la mula y los insultos a ésta de parte del carretero, quien sin quitarse la colilla del cigarrillo de la comisura de los labios, no deja de pronunciar improperios al animal que tira de la pesada carga, por las cuestas que llevan hasta la localidad del aguardiente por excelencia.

- ¡Me cago en la *mare* que parió a esta puta mula! andas menos que un crío de tres meses con las piernas cortas. ¡¡Arre mula!! ¡Maldita sea tu estampa!

Cada vez que el carretero lanzaba uno de los muchos improperios al animal, el viajero esbozaba una sonrisa y disimuladamente miraba hacia otro lado, para que no se diera cuenta. Luego trataba de concentrarse en el paisaje que le rodeaba, más ahora que a mitad de camino la carretera transcurría por entre alcornoques y robles, que daban una extraordinaria sombra y una gran sensación de alivio.

- ¿Queda mucho para llegar al pueblo?

- No una legua más o menos, ¿qué viene a hacer usted a Cazalla?

- Soy el abogado de Antonio Martínez *El Rabazo.*

- Ah, sí, vaya la que ese *hijoputa* ha liado. Tenían que cortarle los cojones.

El viajero prefirió no contradecir al carretero, pues la viperina lengua que tenía no era la más adecuada para llevar una conversación como es debido, así que optó por dejar que sus insultos fueran nuevamente para la mula, quien a fin de cuentas, parecía no darse cuenta de lo que su amo decía, pues solo respondía el animal a los palos que éste le daba desde su asiento en el tiro del carro.

Tras una pronunciada curva el municipio de Cazalla de la Sierra emergió para alivio del abogado, quien estaba deseando de llegar no solo por lo incomodo del camino, sino por la compañía del carretero, que apenas si cerró la boca en todo el tiempo que duró el viaje desde la estación de ferrocarril al pueblo.

- Bueno *pos* ya *tamos* en *er* pueblo...

- ¿Por dónde está el Juzgado?

- Échese usted a andar por esa calle y cuando llegue a una fuente, a la *revuelta* lo encontrará.

- Pues dígame lo que le debo por el viaje.

- Nada hombre conque mande usted al infierno a ese criminal del *Rabazo*, ya me doy por bien *pagao,* menudo hijo de....

- Vale hombre, vale, que hay chiquillos por aquí, no siga con los insultos.

- Si es que uno no se puede estar callado.

- Ya lo veo ya, que tenga usted buen día y gracias. Tenga para que se tome un vaso de vino.

El viajero le entregó una moneda de un real y dos de perra gorda y se despidió del blasfemo carretero. Subió por la calle que le había indicado y justo al torcer la esquina en donde había una fuente, se encontró con el basto edificio de los juzgados, cuya construcción no supo definir, pues era una mezcla de estilos arquitectónicos, que hacían pensar en las distintas rehabilitaciones que la fachada había sufrido a lo largo del tiempo.

Un conserje sentado en una mesa, se levantó para recibirlo, al mismo tiempo que se colocaba una desgastada gorra de plato en la cabeza.

- ¿Qué es lo que usted quería?

- Mi nombre es Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras y soy el abogado de Antonio Martínez Hernández, alias el *Rabazo*, quisiera hablar con el señor juez si es posible.

- Espere usted aquí un momento.

Adolfo Rodríguez Jurado, era natural de la ciudad de Sevilla, hijo también de prestigioso abogado. Se interesó por el tema relacionado con *El Rabazo,*

aunque su padre le aconsejó que no era un caso importante, ya que según tenía entendido, las posibilidades de ganarlo eran muy remotas. Sin embargo él insistió y eso le llevó a Cazalla, para ponerse al frente de la defensa de aquel desgraciado.

Adolfo Rodríguez es un hombre joven, de unos treinta años, alto y muy bien parecido. Su elegancia llama la atención, pues no sólo se manifiesta en el vestir, también es un hombre elegante en la forma de comportarse. Una tremenda educación al hablar con los demás, aparte de no aparentar en nada superioridad alguna con relación a los que culturalmente son inferiores a él. Su forma de hablar en un perfecto castellano, aunque no ocultaba su acento sevillano, era exquisita al pronunciar las palabras exactas sin comerse las terminaciones como es habitual en Andalucía.

A todo el mundo trataba de usted y cuando discrepaba con alguien siempre añadía la frase *"usted perdone*", cosa que en muchas ocasiones, creaba en algunos de sus interlocutores una cierta incomodidad, sobre todo en aquellos que de alguna forma estaban acostumbrados a la prepotencia del cargo que tuvieran.

También era una persona tremendamente culta, no en vano sus conocimientos de derecho los adquirió en la universidad de Salamanca, siendo posteriormente pasante de un importante abogado madrileño, muy vinculado al partido liberal. Gran admirador de Unamuno, Valle Inclán y otros literatos a los que conoció cuando acompañaba a su jefe a las tertulias del café Gijón, o a las exposiciones que se realizaban en el museo del Prado madrileño.

- El juez le recibirá en cuanto termine con otros abogados con los que está reunido. Si quiere puede sentarse en esa silla mientras su señoría concluye.

- No, no se preocupe, prefiero estar de pié.

- ¿Le importaría a usted indicarme alguna posada en la que pueda alojar durante el tiempo que esté en Cazalla?

- Sin ningún problema señor, mire, no tiene usted nada más que mirar ahí en frente, esa es la posada de *El Aceituno*, es modesta, pero muy limpia y la posadera cocina a las mil maravillas. Dígale a Aurora que es la dueña, que va de mi parte.

- Muy bien lo haré y muchas gracias por todo.

Transcurridos más de cuarenta minutos, el juez encargado del caso *Rabazo* hizo entrar al abogado en su despacho, decorado tradicionalmente, en donde destacaban muebles de estilo isabelino y en cuyas estanterías lucían volúmenes con la jurisprudencia, así como otros legajos pulcramente ordenados. Encima de la oscura mesa, un plumero con sus tinteros, un almanaque de sobremesa y una estatuilla que era una mujer con los ojos tapados con una venda y una balanza, cuyos platos estaban, igualados como símbolo de la imparcialidad de la justicia.

Detrás del sillón que presidía la mesa del magistrado, estaba desplegada la bandera española y sobre ella, un gran retrato del Rey, vestido con toga.

- Con la venia de su señoría, ¿Da usted su permiso?

- Pase, pase abogado. Ya me han dicho que es usted el defensor de Antonio Martínez Hernández.

- Así es señoría.

- Muy bien señor Rodríguez. Mi deber es ponerle en conocimiento de los hechos ocurridos con respecto a este sumario que estamos instruyendo. Como comprenderá, están bajo secreto judicial, pero al que como es natural, usted tendrá acceso.

- Así lo espero señoría.

- Muy bien abogado. El secretario le hará entrega de todo el sumario, además de los permisos que usted necesite, por si quiere tomar declaración al acusado y a los testigos que usted crea pertinente.

- Muchas gracias señoría, agradezco su desvelo y su colaboración.

- Dígame una cosa, señor Rodríguez, ¿es usted por casualidad hijo del eminente abogado y ex diputado a Cortes señor Rodríguez Jurado?

- Así es señoría, yo soy su hijo.

- Gran hombre su padre, hace mucho tiempo que le conozco, somos de la misma promoción. ¿Qué tal le va a ese sabueso y picapleitos? hace tiempo que no le veo.

- Bien señoría, con achaques, pero siempre tirando adelante.

- Déle usted muchos recuerdos míos.

- Descuide su señoría, se los daré, estoy seguro que se alegrará.

El abogado se despidió y cuando se disponía a salir del despacho, volvió a oír la voz del juez que nuevamente lo llamaba.

- Espere un momento señor Jurado, siéntese por favor.

El secretario adivinando la intención del juez tomó la decisión de abandonar el despacho, pues sabía que el magistrado quería hablar con el abogado en privado.

- Con el permiso de su señoría he de preparar la documentación para el señor abogado. Luego la puede usted retirar si quiere.

Ya solos en el despacho, juez y letrado se sentaron uno frente al otro. Entre media una gran mesa de estilo isabelino y sobre ella además de la estatua que

representaba la justicia, un retrato de la esposa del magistrado. Éste pone cara de circunstancias y al mismo tiempo que mueve nerviosamente un lapicero, se dirige al abogado en tono amable y cordial.

- Quiero hablarle como colega y no como juez, amigo Adolfo. ¿Sabe usted en qué caso se está metiendo?

- No sé, a que se refiere su señoría.

- Le voy a ser franco. Creo que se está usted metiendo en un caso perdido por naturaleza. El acusado se ha declarado culpable de todos los delitos que se le imputan. La verdad, no creo que esto sea bueno para su carrera profesional.

Jurado miró directamente al juez, quien esperaba con impaciencia su respuesta, pero éste no respondió, solo sus ojos eran la clara evidencia de cual sería su contestación. El juez se sintió incomodo y lamentó haberle hecho los comentarios anteriores. Aquel joven abogado no era de aquellos que se dejaban llevar solo por los casos fáciles, que a fin de cuentas eran los que dejaban dinero. El juez pensó: “es igual que su padre”, pero se decidió en apremiarle en la esperada respuesta.

- Y bien, señor Jurado.

- Perdóneme su señoría. En mi opinión la justicia debe de ser igual para todos y sólo un tribunal después de haber celebrado una vista, es quien ha de decidir, si el caso lo pierde un abogado o no.

- Me temo que no me ha entendido usted, sólo quería prevenirle de cómo están las cosas. Aprecio mucho a su padre y no quisiera ver como su hijo pierde un caso, que seguro lleva implícita la condena a garrote vil.

Jurado sin dejar de mirar al juez, se levantó de su silla, cogió su sombrero que había dejado en una pequeña mesita y se dirigió desafiante al juez, pero al mismo tiempo haciendo auténtica gala de su educada elegancia.

- Con el permiso de su señoría, doy por terminada esta conversación, ahora más que nunca me creo en el deber de defender a ese desagraciado, lo va a necesitar y mucho. Si su final es el cadalso, yo no podré hacer nada para evitarlo, pero antes que esto ocurra, me creo en la obligación y en el deber de asistirlo jurídicamente.

El juez ni se movió de su silla para despedirle. Al llegar este a la puerta y antes de abrirla le dirigió una mirada y tras ella una frase que dejó al abogado más orgulloso que contento.

- Jurado, es usted igual que su puñetero padre, en el fondo les admiro a los dos. Va a ser verdad eso que de tal palo tal astilla. Que tenga suerte.

En la oficina contigua le esperaba el secretario para darle la

documentación que el juez había autorizado. Un gran dossier que ya tenía también en su poder el fiscal del caso señor Quirós.

XIX

Adolfo Rodríguez Jurado salió a la calle. En una mano llevaba el ligero equipaje que había dejado al cuidado del conserje del juzgado y en la otra la cartera en la que había metido la documentación que el secretario le había entregado. Entró en la posada y tras presentarse, la dueña le acompañó hasta la habitación en el piso superior. El palanganero tenía una jarra grande con agua que le sirvió para refrescarse, ordenó algo su ropa en un viejo armario y bajó al comedor.

En una de las mesas había dos arrieros que venían de Azuaga e iban para El Pedroso, en otra un viajante que vendía botellas para el aguardiente y en una tercera mesa, un maestro de escuela que ejercía su labor en la localidad.

Jurado se sentó con los dos arrieros, ante la sorpresa de la posadera que no comprendía como un hombre de tan buen porte, se sentara a comer con aquellos dos, que no tenían la misma categoría.

- Puede usted sentarse en otra mesa si lo desea.

- Que más da una mesa que otra, estos hombres viajan mucho y seguro que siempre se puede aprender de ellos.

- Como usted quiera, ahora mismo le traigo la comida.

De una olla de barro la posadera sirvió un exquisito cocido, no muy adecuado a la temperatura que hacía, pero éste despedía un apetecible olor; tanto es así que los arrieros lo devoraban con ansia. El abogado los observaba con extrañeza y admiración, al ver a aquellos hombres comer con tan buen apetito. Al

mismo tiempo trataba de digerir los garbanzos con fideos, la morcilla, el tocino y la carne de venado, acompañándolo todo de una gran media telera de pan, vino traído del pueblo extremeño de Maguilla y como postre, un par de manzanas reineta.

La forma de comer de los arrieros también le invitaba a él a hacer lo mismo, pero no le era posible seguirles. Aquellos dos hombres parecía como si no hubieran comido nunca.

- Veo que tienen ustedes buen apetito.

- Ya lo creo que lo tenemos, salimos esta mañana a las cinco de Llerena y desde entonces no hemos probado bocado alguno. Tenemos que estar antes de que anochezca en El Pedroso, pero ya era imposible aguantar más con el estómago vació, ni nosotros ni las mulas que hemos dejado en la cuadra comiendo.

- Usted no es de por aquí ¿verdad señorito?

- No, soy de Sevilla, he venido para ser el abogado defensor de *El Rabazo.*

Todos los comensales quedaron perplejos al oír las palabras del abogado. Ninguno de los presentes se podía imaginar que alguien se atreviera a defender a un criminal de esa clase. El maestro de escuela comprobó que todos los presentes censuraban al abogado con su mirada, más aun los arrieros, que se sentían incómodos, teniendo en su mesa a una persona que estaba dispuesta a que no se ajusticiara al criminal, que estaba en boca de todos los habitantes de los pueblos del entorno.

- No sé como se puede defender a ese asesino, que según cuentan, ha matado a una mujer y a sus dos hijas. Si ese mal nacido cayera en mis manos, no tendría piedad de él.

- Pues ya ve usted, hasta ese mal nacido tiene derecho a que alguien lo defienda...

Un tenso silencio se hizo en el comedor, que el abogado entendió como que su presencia allí estaba de más. Cortó un trozo de manzana con el cuchillo, se lo metió en la boca como para pasar el mal trago y ya con la boca vacía, se levantó de su mesa y con la extraordinaria elegancia de la que siempre hacía gala, se despidió de sus compañeros de mesa, así como de los demás comensales.

- Con el permiso de ustedes me retiro a mi habitación, tengo cosas que hacer, les deseo buen viaje y que lleguen ustedes con buen fin a El Pedroso. Señores, que les aproveche y buenas tardes.

Inmerso en los papeles del sumario, tomando notas y tratando de encontrar una salida a aquel embrollo, que de alguna manera pudiera contradecir las opiniones del fiscal, Adolfo no se dio cuenta que era la hora de la cena y tuvo que

ser la posadera la que llamara a la puerta de su habitación para avisarle.

- Perdone que le moleste don Adolfo, es la hora de la cena.

- Ah, no me había dado cuenta, voy enseguida y muchas gracias por avisarme.

En el comedor ya no estaban los dos arrieros, ni el viajante, quien se había marchado en el tren de las cinco en dirección a Zafra, en dónde tenía unos negocios pendientes. Solo estaban sentados en distintas mesas esperando a que le sirvieran la cena, el maestro y un nuevo cliente que llegó por la tarde.

El abogado tras dar las buenas noches, se sentó en una mesa que daba a un gran patio en el que había un limonero, entre cuyas ramas se colaban los últimos rayos de sol, de aquella calurosa tarde, haciendo un bonito cuadro la luz, con los frutos del árbol. Una mano se posó sobre su hombro y el abogado se sobresaltó por la sorpresa. Se trataba del maestro.

- Discúlpeme señor, soy Eduardo Márquez, maestro de escuela de esta localidad. Le importaría que compartiera con usted la mesa mientras cenamos.

- Naturalmente que no, faltaría más, siempre es bueno cenar en compañía.

Los dos hombres estuvieron disfrutando de la ligera cena que ambos habían pedido. Tras los postres decidieron darse un paseo por las calles de Cazalla, muy animadas debido a la frescura que venía de la sierra y que hacía que los vecinos salieran a la puerta de sus casas a tomar el fresco.

- Esta tarde, en la comida me di cuenta que no va a tener usted muchos apoyos en el caso que le ocupa, ¿me equivoco?

- No, no se equivoca, la gente no entiende mucho de temas de justicia y mucho menos en el caso que me ocupa a mí.

- Usted amigo Jurado, a mi entender, tiene un concepto muy claro de lo que es la verdadera justicia, porque de eso es de lo que se trata, de verdadera justicia. Si embargo, no es ese el estilo de la gran mayoría.

- Tiene usted razón, creo que en este caso lo voy a tener muy difícil. Si quiere que le diga la verdad, no veo salida alguna para plantear una defensa en condiciones, todo está en contra de ese pobre desgraciado.

- Pero compartirá usted conmigo, que ese hombre debe de tener una defensa digna.

- Naturalmente, el derecho a la defensa de ese hombre es indiscutible, pero lo que no veo claro es cómo voy yo a plantear el caso, si el propio acusado ya se ha declarado culpable.

Los dos hombres continuaron su paseo por la arboleda que discurre por la

carretera de Constantina. Ya era noche bien cerrada y se ven algunos niños jugando al escondite entre los árboles y en la parte más lejana, algunas parejas de novios tratan de pelar la pava, procurando no ser vistos.

- Amigo Adolfo, el problema que usted tiene con el caso que le ocupa, es el problema que España entera tiene. Vivimos en una situación extremadamente delicada. Por un lado esa horrible guerra que está acabando con la juventud, por el otro, la tremenda pobreza, la incultura, y el dominio de los poderes que siempre estuvieron arruinando a los españoles. Ese es el caso del *Rabazo*, y le voy a decir más, son muchos los *Rabazos* que hay en este país, y aunque no todos hacen la barbaridad que éste hizo, todos son proclives a ello ¿Sabe por qué? pues yo se lo voy a decir: esto no es más que el ejemplo de la incultura endémica que reina en nuestra tierra. Es esa incultura la que lleva a hombres como el *Rabazo* a hacer tales barbaridades. Por eso es necesario que gente como usted y como yo, nos pongamos al servicio de un modelo de sociedad que con el tiempo termine con esta España profunda, en la que vivimos. Es nuestra obligación como personas intelectuales, hacer ver a la sociedad actual, cuales son los problemas que nos acucian y buscar el remedio lo antes posible. Naturalmente no es mi idea solucionar esos problemas poniendo bombas en el Liceo de Barcelona, ni matando a Canalejas, ya me entiende usted.

- Creo que usted tiene mucha razón don Eduardo, la verdad me deja usted de piedra, nunca pensé que un maestro de escuela tuviera esas ideas liberales tan claras y al mismo tiempo tan convincentes.

- No le hablo así para convencerle a usted, solo le expongo la verdadera situación en la que estamos. Las ideas de cada cual son eso, ideas, los hechos están ahí y nadie puede rebatir la realidad y la realidad es que hay hambre, enfermedad y muerte en la gran mayoría de los españoles, mientras una ridícula minoría derrocha salud y dinero en lujos y en guerras a la que van gente que no tiene más que miseria en sus casas, éste es el derrotismo y la apatía emanada del 98. No solo perdimos entonces las colonias, también perdimos la dignidad como pueblo, como nación y como españoles.

- Usted es un hombre con las ideas muy claras y me alegro de haberlo conocido. Su forma de ver las cosas me hace sentirme más animado en el empeño que he puesto en la defensa del *Rabazo.*

- Pobre hombre el *Rabazo*. Parece que lo estoy viendo el día que lo trajeron. Las calles de Cazalla estaban atestadas de gente, gritándole y maldiciéndole. Los guardias civiles tuvieron que poner todo el empeño para evitar que lo lincharan. Parecía un autómata, con la mirada fija en el suelo cuando lo bajaron de la mula en que lo traían. Parecía no oír los tremendos insultos, incluso no reaccionaba cuando algún que otro atrevido le escupió a la cara. La verdad es que a pesar de lo

que ese hombre había hecho, me dio pena de él. No sé que pasaría por su cabeza para cometer aquel crimen, nadie en su sano juicio hubiera hecho eso...

- Perdone que le interrumpa don Eduardo, pero usted acaba ahora mismo de darme una idea que no se me había ocurrido hasta ahora.

- ¿A qué se refiere?

- Creo que mi defensa he de plantearla desde el punto de vista psiquiátrico. Usted lo ha dicho: *"nadie en su sano juicio podía cometer un crimen como el que ese hombre cometió"*

- Me alegro que haya encontrado algún hilo para poder desenredar tan embrollada madeja.

- Don Eduardo, mañana voy a visitar a *Rabazo*. ¿A usted no le importaría acompañarme?, siempre ven cuatro ojos más que dos.

- No, no me importa, al contrario, será un placer.

- Gracias, creo que en usted he encontrado algo más que un profesor, he encontrado a un buen amigo, lo presiento.

- Pues entonces celebrémoslo tomándonos una copa en el Casino antes de irnos a dormir. Pero antes dígame ¿A que hora tiene usted previsto visitar al detenido?

- A las doce o doce y media de la mañana, más o menos. Tengo que hacer unos trámites en el juzgado y hablar con el fiscal.

- Lo arreglaré para estar con usted a esa hora.

XX

Los naturales ruidos de la sierra le hicieron despertarse. Miró hacia la ventana y por ella entraba una gran cantidad de luz. Se asomó a ella y en el patio ya estaba la posadera cogiendo cubos de agua del pozo, que había un poco más a la derecha del limonero. La estuvo observando desde su atalaya. Era una mujer alta y muy atractiva, su pelo recogido con un rodete a la altura de la nunca, permitía ver mejor las facciones de su cara, muy morena, pero limpia de arrugas. Aparentaba tener unos treinta o treinta y cinco años y vestía elegantemente, pues le llamó la atención su vestido de corte francés, muy poco corriente en los pueblos y menos en gente que no pertenecía a las clases pudientes que se pudieran permitir esos lujos.

Desde el pozo la mujer le llamó la atención al ver al letrado en la ventana.

- Don Adolfo, es la hora del desayuno, baje para abajo.

- Está bien, muchas gracias, ahora mismo bajo.

Miró el reloj y vio que eran las nueve de la mañana. Se enjuagó un poco la cara, se puso una camisa limpia y remangándose bajó la escalera en dirección al comedor.

A la entrada del juzgado había mucha gente. Al parecer se celebraba una vista en la que se juzgaba unos repartos de tierras baldías que fueron ocupadas por gente que no tenían derecho a ellas, creándose en la calle incidentes, que la fuerza pública tuvo que controlar.

Ya dentro del juzgado Adolfo se entrevisto con el fiscal señor Quirós, quien se sentía algo incomodo por los hechos que se estaban produciendo en la

calle.

- Ya ve usted señor Rodríguez Jurado, la gente está a la que salta, no deja que nadie pueda disponer de lo que es suyo y la emprenden contra el fiscal, ¿Qué culpa tendré yo de eso? ¿No le parece amigo mío?

El abogado se limitó a su trabajo, que en aquel momento era conocer de primera mano si los informes del fiscal serían los definitivos en la causa contra Antonio Martínez Hernández. No quiso pronunciarse con respecto a lo que estaba pasando en la calle, pues el ujier le informó de lo que se trataba y para nada quería comprometerse con el fiscal. Pero algo le estaba rondando la cabeza a aquel joven abogado y no era precisamente la imparcialidad de la justicia. Por la forma de hablar del señor Quirós, Adolfo adivinó que en aquel embrollo del que él no estaba informado, había algo del clásico caciquismo que se desparramaba por todo el territorio nacional.

- No suelo hablar de los casos que llevan mis colegas, señor fiscal y tampoco estoy al corriente de ese sumario, por tanto lamento no darle opinión alguna al respecto. Yo solo venía a que me confirmara usted su posición con respecto a la acusación del señor Antonio Martínez Hernández, pues he leído su escrito y tengo serias discrepancias al respecto. Naturalmente si estas son definitivas.

El fiscal se sintió ofendido y no solo por la discrepancia que mantenía con respecto a la acusación del *Rabazo,* sino la respuesta a su pregunta relacionada con los hechos de la calle y el juicio que en poco se iba a celebrar. Quizás le sentó peor -pues a la vista estaba que el abogado era uno de esos liberales a los que el fiscal detestaba- la respuesta al colega que defendía al criminal de la caseta número 91 del ferrocarril Sevilla-Mérida, fue tajante y en cierto modo amenazante.

- Son definitivas, señor Rodríguez Jurado, Además una cosa le voy a decir, me temo que está usted perdiendo el tiempo. Ese canalla lo confesó todo y debería usted entender que la justicia no va a estar de su parte. Yo le aconsejaría que no pusiera tanto énfasis en una causa perdida.

- Las causas señor fiscal se pierden o se ganan cuando las ha dictaminado un Tribunal, eso es el principio primordial de la justicia. En cuanto al énfasis que yo pueda o no pueda poner en esta causa, es el mismo que siempre me ha llevado a ejercer mi trabajo con la mayor honradez.

- ¿Pretende usted decirme que duda de mi honradez?

- Nada más lejos de mi intención señor fiscal, el grado de honestidad que tiene uno de sí mismo es el que cada cual se otorga, yo solo puedo hablar del mío, nunca del de los demás. Ahora si me lo permite he de ir a la cárcel a visitar a mi

defendido, buenos días.

No salió extrañado el abogado defensor de *El Rabazo* de la postura del fiscal, ya había oído hablar de él y pudo comprobar que sus informaciones al respecto estaban en lo cierto. Por otro lado, no le extrañaba en absoluto que la posición de éste fuera tan radical, pues los hechos no daban demasiadas opciones para pensar en lo contrario y si además su postura era de extrema dureza como ya había comprobado, no disponía de muchas asas para agarrase a aquella olla ardiendo que representaba la defensa de un caso tan evidente, como era el crimen de la casilla del ferrocarril.

Salió a la calle en donde los disturbios relacionados con la vista que en poco tiempo iba a comenzar, habían ya sido sofocados por la Benemérita. Solo unos cuantos en un corrillo hacían comentarios al respecto. Adolfo pudo oírlos hablar, y comprobó que el caso que en el juzgado se iba a fallar, era uno de esos casos en el que el compadreo y la corrupción de los caciques, terminarían triunfando ante la impotencia de una gente que no encontraba otro remedio que el de la resignación.

- No sé para que un juicio, si el marqués va a terminar quedándose con todo.

- Tiene usted toda la razón, pero qué podemos hacer nosotros, si son ellos los que tienen la sartén cogida por el mango.

- Pues nada, solo aguantar y a ver si de una puta vez aquí somos capaces de hacer como en Rusia y acabamos ya con tanta miseria.

El abogado siguió su camino dando un rodeo por detrás de la audiencia, en donde había quedado con Eduardo Márquez para ir a visitar al preso al que el defendía.

Mientras esperaba al maestro a la sombra de un madroñero, podía ver como la gente pasaba ante sus ojos. Cada mujer, cada hombre, cada niño que desfilaba por delante de él, llevaba implícito en su cara o en su indumentaria la España profunda de la que los poetas de la generación del 98 hablaban en los periódicos de corte liberal.

- Como no va a venir la revolución...

- ¿Decía usted algo, don Adolfo?

- Hombre don Eduardo, pensaba que ya no iba a venir usted. Sí, decía cosas. Estaba hablando yo solo, mientras observo el panorama que tengo a mí alrededor.

- ¿Se refiere usted a la gente que va por la calle?

- Me refería a esta gente. Da la sensación de que la pobreza y la miseria es para ellos lo normal y cotidiano.

- Esto es lo que hay amigo mío. Lo único que le puedo asegurar es que no sé cuando va a terminar este contraste, pero mucho me temo que cuando lo haga, más de uno lo vamos a lamentar, ojalá me equivoque, pero lo de Rusia está ya en la mente de muchos.

Los dos hombres se pusieron en camino hacia la prisión que estaba al otro lado del pueblo. El maestro le iba enseñando los distintos monumentos de la localidad, y sin dejar de ejercer su profesión docente explicaba al abogado las cualidades y anécdotas históricas del lugar, así como los estilos arquitectónicos.

Poco después los dos hombres pasaron el vetusto portón de la cárcel custodiado por un guardia civil que les cedió el paso, al serle presentada la documentación pertinente. Esperaron un momento a que una gran verja de hierro se abriera ante ellos. Tras cruzarla, un funcionario les condujo hasta un despacho situado al otro lado del corredor principal, en donde algunos presos se esmeraban en sacar brillo a los suelos con grandes aljofifas bajo la estrecha vigilancia de otros dos funcionarios armados con máuser.

- Esperen aquí un momento por favor, ahora mismo les atienden.

Al poco rato de estar esperando en aquel pequeño despacho en el que había una mesa repleta de papeles en un tremendo desorden y en cuyas paredes colgaba solo el retrato del monarca y un gran tablero en el que clavado con alfileres había una gran cantidad de notas manuscritas, totalmente ilegibles para los recién llegados.

- Buenos días ¿En qué puedo servirles señores?

- Buenos días, soy Adolfo Rodrigues Jurado, abogado defensor de Antonio Martínez Hernández, éste es mi amigo y colaborador, Eduardo Márquez. Deseábamos hablar con el reo.

- Naturalmente, no hay ningún problema, mi ayudante les acompañará al locutorio.

Siguieron al ayudante que portaba en su cintura un gran número de llaves por una serie de pasillos, hasta llegar a un gran patio en donde los presos tomaban el sol, mientras se fumaban un cigarro. Al verlos pasar, las miradas penetrantes de los internos se clavaban como espadas en los ojos de los recién llegados. En ninguno de ellos se podía apreciar nada más que el odio que conlleva la privación de libertad y los más descarados hacían muecas de burla al pasar ante ellos los tres hombres.

Entraron en una pequeña sala en la que el único mobiliario eran una mesa y cuatro sillas, una de ellas a cierta distancia de la mesa, que era ocupada por el guardián de turno. Esperaron durante un cuarto de hora y atónitos pudieron ver

tras la puerta que se abría ante ellos, a Antonio Martines Hernández. Llevaba las manos atadas con una cuerda de esparto y era conducido por un funcionario gordinflón. Al ver a los dos hombres se quedó mirándoles en silencio, mientras el funcionario lo obligaba a sentarse en una de las sillas frente a los dos visitantes.

La cara del *Rabazo* parecía un poema, estaba muy demacrado, la barba era de al menos cuatro días y la camisa de color blanco que llevaba puesta, estaba llena de manchas por todos los sitios. Despedía un nauseabundo olor a sudor añejo y su mirada siempre perdida en el infinito, dejaba ver unos ojos lagañosos y demacrados.

- Antonio, yo soy su abogado defensor, no tiene usted nada que temer.

El *Rabazo* no contesto, siguió con la mirada perdida como si la cosa no fuera con él. El abogado miró a su compañero y luego pidió al funcionario que le liberara de las ligaduras de sus manos, este no tuvo ningún inconveniente y el *Rabazo* miró sus manos como si descubriera algo en ellas. El abogado volvió a insistir, pero no obtuvo respuesta alguna.

Viendo entonces que de su boca no salía ningún tipo de reconocimiento hacia él, decidió pasar a la acción y preguntarle directamente sobre el tema que le ocupaba, aunque con un tono amable y cordial, como él había visto a su padre interrogar a presos en las mismas circunstancias.

- Dígame Antonio. ¿Por qué lo hizo?

El abogado solo obtuvo el silencio por respuesta. Volvió a repetir la misma pregunta y lo mismo. Insistió nuevamente y esta vez le sorprendió la mirada de aquel hombre, parecía que le estaba implorando algo. Su mirada se quedó fija en el abogado, como si quisiera apuñalarle con sus ojos, luego abrió la boca y exclamó con un hilo de voz apenas perceptible.

- ¿Por qué hice qué?

- Que va a ser, matar a Carolina Merchán Cortés.

- Ya se lo dije a los guardias civiles.

- Pero yo quiero que me lo diga usted a mí.

- ¿Y por qué tengo yo que decirle nada a usted, si usted no es guardia?

- Porque yo soy su abogado defensor y necesito saber cómo pasaron las cosas.

El *Rabazo* volvió a dejar la vista perdida, retirándola solo de la mesa para mirarse las palmas de las manos. Un profundo silencio reinaba en aquella lúgubre habitación que hacía de locutorio. El abogado insistió por segunda vez en que le contara todo lo que había pasado, mientras el maestro asistía a aquella escena atónito ante la desastrosa personalidad del interrogado. Volvió a levantar la

vista y miró hacia el maestro con aquellos ojos lagañosos, luego le preguntó.

- ¿Tiene usted un cigarro?

Eduardo sacó su petaca y su librito de papel, se lo entregó al *Rabazo* y este comenzó a liar un cigarrillo con gran parsimonia, mientras los dos hombres observaban en silencio. Cuando terminó dirigió nuevamente la mirada al maestro para que este le diera fuego. Una cerilla ilumino su abatido rostro y tras una profunda calada exhaló gran cantidad de humo que invadió por completo todo el ambiente.

Parecía como si al *Rabazo* se le iluminara la cara después del placer de tan buen tabaco como el que usaba el maestro. Pero no se sabe si por el efecto de la nicotina o del calor del humo el rabazo comenzó a hablar ante el estupor de los allí presente. Tanto es así que hasta el funcionario que parecía estar al margen de lo que estaba pasando se levantó para poder oír mejor como por la boca del *Rabazo* salía tan tremenda narración.

- Yo venía de echar unas *peonás* en lo del corcho, y pasé la noche en la *majá* del *Pelao*. Luego por la mañana, fui a ver a mi paisana la Carolina a la casilla del paso a nivel del tren. Fue entonces cuando me arrebaté. Nos sé que me pasó por la *cogotera* señor *abogao*, yo no quería matarla, tuvo que ser el demonio que se me metió en el cuerpo. Le juro a usted por mis muertos que no quería matarla, pero no sé, no sé. La cogí y se me escapó, pero la alcancé y le di una *puñalá* en el pescuezo, luego otra y otra, y después con un peñasco le machaqué la cabeza. *Aluego* me fui *pa* donde las niñas y también me las cargué a las *probes* criaturas y por si *juera* poco, las eché a los cochinos *pa* que se las comieran. Yo no tengo perdón de Dios señor *abogao*. A mí si que me tenían que cortar el pescuezo. A ver si acaban pronto, esto es un sin vivir.

- Vamos hombre tranquilícese usted.

- Como coño me voy a tranquilizar.

El *Rabazo* rompió en un sollozo al mismo tiempo que se ocultaba la cara con las manos, en cuyas uñas se podía ver la mugre que albergaba debido a la poca higiene que en el centro penitenciario había.

Tanto el abogado como el maestro comprendieron con solo mirarse, que aquel hombre lo tenía muy difícil. Solo un indulto del Rey o un milagro, podrían salvarlo de la pena capital. En los dos se había despertado una cierta piedad hacia aquel desgraciado, que verdaderamente sufría más por lo que hizo, que por lo que le esperaba.

- Antonio, como su abogado que soy, quiero que sepa que estaré pendiente de usted en lo que haga falta. Ahora me gustaría hacerle unas preguntas. Tenga,

quiere otro cigarro, mira estos ya están liados y son mejores que los de don Eduardo pues vienen de América, los he comprado en el puerto de Sevilla.

- Lo que usted diga señor *abogao*, pero la conciencia no la tengo tranquila, sé lo que he hecho y sé lo que merezco.

Adolfo Rodríguez, comprendía que después del tiempo transcurrido desde el día en que se produjeron los hechos, al *Rabazo* le había dado tiempo a meditar todo cuanto acaeció el pasado uno de junio y no había la menor duda. Él era autor del nefasto crimen y además estaba seguro de lo que había hecho. Sus palabras eran calcadas a la declaración que había hecho a la Guardia Civil en Guadalcanal y la misma que días después hizo ante el fiscal y ante el juez de Cazalla, por lo que entendía que no había más remedio que plantear la defensa por la vía de lo demencial, así que sus preguntas fueron dirigidas con el fin de sacar en conclusión la deficiencia del acusado y presentarle al juez esta opción.

- Dígame usted Antonio, ¿le duele de vez en cuando la cabeza?

- A mí nunca me duele la cabeza nada más que cuando bebo aguardiente.

- ¿Bebió usted algo aquella mañana?

- Sólo un poco de vino en la *majá* del *Pelao* cuando almorzamos las migas.

- ¿Qué tal es su mujer, Antonio?

- Es una santa, señor abogado. Lo que tiene que estar sufriendo la *probe*.

No había manera de encontrar un resquicio de idiotez en la personalidad de aquel hombre, se expresaba con toda lucidez. Ningún psiquiatra podría diagnosticar una deficiencia mental, así que optó por no seguir con el interrogatorio y buscar en otras fuentes algún resquicio para hacer frente a la tremenda condena que se le venía encima. Estrechó con sus manos las sucias del preso con el fin de darle ánimos, pero éste parecía no sentir consuelo alguno. Aparentemente parecía que aquel hombre lo único que quería era desaparecer de este mundo como fuera. Su mirada fija y triste siempre caída y su aspecto desaliñado no daban otra impresión.

El maestro sentado al otro lado de la mesa, veía como reo y defensor no se intercambiaban miradas, porque la del *Rabazo* siempre permanecía fija en un punto imaginario de la mesa, mientras la del letrado trataba de buscar alguna respuesta que le diera esperanza para poder salvar a alguien que ya se veía sentenciado y que esperaba impaciente su condena.

- Bueno Antonio, nosotros nos tenemos que ir ¿necesita usted algo?, ¿quiere que hable con su mujer, para decirle como está?

- No. A Beatriz no le diga nada de mí, lo tiene que estar pasando muy mal y ella

no se merece lo que ha hecho su *marío*. Lo que estoy es mal de tabaco, si no le importa dejarme uno de esos cigarrillos que usted tiene.

La cajetilla entera le dejó Adolfo y el maestro todo el tabaco que llevaba en la petaca, además del librito "Indio Rosa" que tenía casi entero. Luego los dos hombres se levantaron y se despidieron de *El Rabazo* sin que éste levantara la cabeza para decirles adiós y salieron, mientras el funcionario se acercaba para llevarlo a su celda.

Ya en la calle y camino de la posada, los dos hombres apenas si hablaron del tema. Entraron en una taberna a tomar un vino y en ella pudieron ver cual era la repercusión que el crimen de la caseta de la vía había tomado.

Unos tertulianos sentados en torno a un velador con piedra de mármol hablaban del *Rabazo* de una manera despectiva, al mismo tiempo que proferían insultos contra él, de una manera gratuita, así como contra los miembros de la justicia por no haberlo matado ya.

El abogado hizo ademán de meterse en la conversación, pero la mano del maestro lo sujetó y con una mirada inquisitiva, -pero consejera- le hizo ver que lo mejor era quedarse callado ante opiniones que estaban hechas desde la más completa ignorancia.

- Mi querido amigo. Es mejor que usted no intervenga en esa tertulia, los ánimos no están para escuchar las explicaciones de nadie, y mucho menos de gente que no sabe ni lo que dice, ni lo que hace. Ande, bebámonos este vino y volvamos a la Posada para ver que tiene hoy para comer Ana, nuestra gentil posadera.

XXI

El verano va tocando a su fin y el mes de Septiembre de aquel año de 1920 da pié a que los habitantes de Guadalcanal tengan un pequeño descanso, después del atormentado estío y antes de empezar con las faenas en los olivares que pintan buenas trazas, gracias a las tormentas del verano pasado.

En el ejido de *El Coso*, ya se están preparando las casetas de feria, en donde los niños pueden disfrutar en los *güitomas* y los mayores dejar de un lado los pesares del año y tener unos días de asueto. También se puede aprovechar para comprar o vender algún animal que o bien sobra o esta haciendo falta para las labores diarias. Otros por el contrario, buscan la forma de acomodarse con nuevos señores. Menuda suerte la de estar acomodado por todo el año.

Con este fin, mucha gente de la raza calé se concentran en los alrededores del ferial y ponen sus campamentos en el denominado *Huerto de los Gitanos*, muy bien vigilados por la Guardia Civil que trata de que todo esté en perfecto orden.

Por la calles se ven a las gitanas ataviadas con sus coloridos vestidos, pasear por la población con los churumbeles al cuadril, tratando de vender alguna chuminada, o de leerle a alguna mocita en la palma de su mano, la buena ventura. Naturalmente, a cambio de unas monedas. Cuando la propuesta de éstas es rechazada, salen por su boca toda clase de improperios amenazantes que van desde el clásico "mal rayo te parta paya" hasta augurarle malos presagios.

Aquel jueves cuatro de septiembre mucha gente joven se aprestaba para acudir a los primeros actos de la fiesta principal de la villa. Desde el corral de su casa en donde Pura y su hija Joaquina tomaban algo de fresco, se podían oír los

acordes de la Banda de Música que estaba tocando en la Plaza. También los cohetes que animaban al vecindario a acudir a los hechos festivos. Pero nada había que celebrar en aquella casa. Pura a pesar de su tremendo dolor, comprendía y sabía la situación de su hija teniendo que hacer de tripas corazón al verla tan deprimida, no solo por lo de su hermano, sino también por el hecho de que de alguna forma también ella tenía que fraguarse su futuro.

- ¿Es que no piensas de ir a la feria hija?

- Como quiere usted que vaya madre, ¿que va a pensar la gente?

Joaquina quedó confusa ante la pregunta de su madre. Parecía como si por un momento el corazón se le hubiera endurecido. No era aquella la mujer dolorida por el sufrimiento de los tres últimos meses.

- Hija no vas a estar encerrada en tu casa toda la vida. Tu no tienes la culpa de la canallada que tu hermano ha cometido y tampoco tienes de qué avergonzarte, por lo que hizo. Es él, quien tiene que rendir cuentas a la justicia y a Dios cuando le llegue el momento.

- Pero madre, como puede usted hablar así de mi hermano...

- Hija tengo hecho un callo en el corazón y aunque siento que mi hijo esté en la cárcel a punto de que lo manden al cadalso, no puedo olvidarme de lo que hizo y me pongo en el lugar de la pobre María Josefa, cuando se encontró con lo que tu hermano hizo.

- Nunca la había oído hablar de esa manera.

La señora Pura se levanto de la silla de enea en la que estaba sentada, se dirigió al pozo y sacó un poco de agua con el cubillo. Mientras se refrescaba la cara, contó a su hija el encuentro que había tenido con la madre de la pobre Carolina.

Era la hora de la misa matutina y subiendo los escalones de la cuesta me encontré con María Josefa que me estaba esperando en la puerta de la Iglesia, mientras que el párroco, aún sin revestir para la ceremonia, se encontraba cerca de la capilla de la Ánimas. Me acerqué a ella y como si nada hubiera pasado la saludé, no sin apreciar un cierto temor en su rostro que por un momento me hizo temer un cierto rechazo. A Pura creo que le pasó lo mismo, pero pronto el hielo se rompió y las palabras consoladoras para ambas, nos hizo revivir de la tremenda tristeza que nos atenazaba. Más o menos, esto es lo que hablamos.

- Buenos días nos de Dios, Pura. ¿Sabes algo de tu hijo?

- No, no sé nada, pero lo más seguro es que pronto lo ajusticien, al menos eso es lo que dicen los papeles que leen en el Casino.

- Pobre Pura, lo que estarás pasando hija mía.

- No creo que sea más que lo que tú y tu yerno estéis sufriendo. A fin de cuentas, mi hijo está vivo y si sufre en la cárcel, es por lo que ha hecho con vosotros.

- Pero tú y yo no tenemos nada que ver, nosotras seguimos siendo las mismas y el dolor que a las dos nos embarga es igual.

- No María Josefa, no es el mismo, tú sufres por la perdida de tu hija y de tus nietas, pero mi cruz es la de sufrir por mi hijo, por las personas que mató mi hijo y además, por la vergüenza de haber tenido que parir a un criminal. Cada noche sueño con tu hija y con esas pobres criaturas a las que mi hijo arrebató la vida...

Pura rompió a llorar en los brazos de María Josefa, y el párroco acudió apresurado a prestarles ayuda moral.

- Vamos hijas, calmaros Dios es infinitamente poderoso y su justicia es la única que nos debe de confortar. Ahora pasar para adentro y rezar por el alma de los vuestros, eso os hará bien.

El cura las acompañó hasta la primera fila de bancos que había al lado del altar de San Marcos, a cuya Hermandad pertenecía Antonio Martínez. Las dos mujeres permanecieron en silencio hasta que dio comienzo la ceremonia, no sin ser observadas por el resto de asistentes que se extrañaban de ver juntas a las madre de las víctimas y de el asesino. Lógicamente no faltaron los comentarios al respecto y hasta los oídos de las dos mujeres llegaban los cuchicheos.

El párroco apareció por la puerta de la sacristía acompañado de dos monaguillos a los que el roquete les quedaba un poco grande. Uno de ellos era José Hernández Veloso el hijo de la amiga de ambas.

El muchacho miraba de reojo a las dos mujeres mientras trajinaba con las vinajeras o la epístola de un lado para el otro del altar. Él mismo había presenciado la detención del *Rabazo* mientras jugaba en los riscos que dan a los escalones de la calle Pósito. Así como también había oído a su madre comentar el tema con las vecinas de la calle.

Terminada la lectura del evangelio, el párroco subió al púlpito para pronunciar el acostumbrado sermón. Esta vez no estaría basado en la lectura de la epístola leída anteriormente. La escena vivida momentos antes de que empezara la misa le había hecho reflexionar y no dudó lo más mínimo en ponerse a la faena predicadora y hacer participes a todos sus feligreses de la importancia de aquel hecho, poniendo de manifiesto el ejemplo de aquellas dos sufridas madres.

Carraspeó un poco para que sus palabras fueran bien entendidas, esperó unos momentos a que el murmullo de la gente al sentarse se apaciguara y con voz

entrecortada por la emoción que le embargaba, comenzó su homilía.

- Queridos hijos, hoy he presenciado en la puerta de este templo uno de los momentos más entrañables de mi vida como sacerdote. He visto ante mí al mismísimo Dios, encarnado en las personas de Pura y María Josefa. Dos hermanas nuestras que han sufrido la tremenda desgracia que todos conocemos y que no es necesario sacar a relucir ahora. Ver como esas madres que con el gran dolor que les embarga se abrazaban, me ha hecho pensar en la tremenda piedad de Dios nuestro señor. El dolor de cada una de ellas -aunque es de distinta índole- es el mismo, porque en el corazón de cada una de ellas se alberga la tristeza que nos embarga, cuando una desgracia como la que ambas están padeciendo, se entrecruza en nuestras vidas. Yo quiero pedir por estas dos mujeres que se han visto obligadas a sufrir por los hechos que todos conocemos, pero que han sabido entender la cruz que Dios les ha mandado a cada una. Somos ahora nosotros los que tenemos que ayudarles a llevar esta cruz y no prejuzgar por nuestra cuenta...

Las palabras del predicador fueron muy bien entendidas por los feligreses que se miraban unos a otros haciendo en muchas ocasiones asentimientos con la cabeza al comprender que los cuchicheos producidos al ver a las madres de *El Rabazo* y Carolina juntas, habían sido excesivos. ¿Qué culpa tenían aquellas dos mujeres de lo ocurrido?

A la salida de la Iglesia muchas mujeres se acercaron tanto a Pura como a María Josefa para animarles en su pesar. Aunque también hubo excepciones que pusieron de manifiesto su intransigencia, haciendo alusiones a la culpabilidad que supuestamente tenía la pobre Pura del canallesco acto de su hijo.

- No les hagas caso a estas dos amargadas Pura, ya sabes que estas son de mala calaña, lo sabe todo el mundo en la calle Santa Ana.

- Lo sé Francisca, pero esta vez tienen razón.

- No, no tienen razón. Tu hijo habrá hecho lo que sea, pero de eso no tienes la culpa.

- Gracias Francisca, que guapo estaba tu Joseito de monaguillo.

- Ya vez este *joioporculo* por ganarse unas perras es capaz de hacer lo que sea.

La narración de los hechos de Pura dejó pensativa a su hija. Esto le hizo comprender que su madre había soltado un gran lastre que desde hace tres meses llevaba encima. Sabía que el dolor de tener a un hijo en la cárcel que posiblemente sería ajusticiado no se lo podía quitar nadie, pero era justo que comprendiera que los hechos que habían llevado a su hijo a esa situación estaban más que justificados.

Pura rompió nuevamente el silencio de su hija, pero ésta al mirarla

comprobó que sus ojos estaban llenos de lagrimas, lagrimas de dolor que emanaban de unos ojos que al mismo tiempo desprendían ansias por salir de aquel atolladero y que la única mano a la que se podía agarrar era a la suya.

- Anda hija arréglate y vete a buscar a tu marido que estará en la feria. No quiero que tú tengas que llevar encima la desgracia que nos ha caído a tu hermano y a mí. Ve con la cabeza alta porque tu no tienes de qué arrepentirte Joaquina, hija mía.

- Está bien madre, le haré caso.

En el pequeño tocador de su alcoba, Joaquina se sentó ante el espejo con el fin de poner en orden aquel demacrado rostro que a pesar de lo sufrido en los últimos tiempos, desprendía vivacidad y frescura. Se peinó cuidadosamente el pelo y se hizo un rodete que recogió a la altura de la nunca, se empolvó la cara y tras ponerse el vestido de los domingos, salió al lugar en donde se encontraba su madre, quien al verla exclamo entre un profundo suspiro.

- Que guapa estás hija.

Ya casi a punto de caer la tarde, Joaquina junto con algunas amigas se dirigieron al Coso por la calle Olleros, algunas personas la reconocieron y murmuraban:

- Es la hermana del Rabazo, hay que ver que poco le ha afectado lo de su hermano.

- Y que culpa tendrá la mocita, de lo que haya hecho el otro.

- Ya pero ir a la feria, así por la buenas.

Tanto Joaquina como sus amigas se daban cuenta de los murmullos de la gente, pero optaron por hacer caso omiso de la palabrería. Por la calle Olleros ya a la altura de la Morería los puestos de los turroneros de Castuera daban la señal de que el recinto ferial estaba cerca. El ruido de las atracciones, se mezclaba con el de los pianillos de las distintas casetas o con el de las notas de la banda de música que tocaba alegres pasodobles en el tablado situado en el centro del real.

Las gitanas vendiendo toda clase de quincallas, los niños correteando de un lado para el otro, las parejas bailando en las casetas o en el suelo polvoriento, los señoritos ataviados con elegantes trajes y tocados con chistera o bombín, acompañados por deslumbrantes damas que vestían a la moda parisina, muy distintas al resto de la gente, que a pesar de lucir sus mejores galas, se diferenciaban bastante de los que se lucían como aristócratas, en la caseta del Casino.

Los güitomas, las barcas, los sube y baja y el *carrousel,* eran el deleite de muchos niños y mayores, así como las casetas de tiro para los más mayores o la

tómbola que repartía premios a diestro y siniestro, pregonados por un animador, que se desgañitaba queriendo vender papeletas.

Puestos de jeringos y chocolate, casetas hechas con techos de ramas de castaños, por las que el vino corría a raudales, mientras se cerraban tratos hechos en el rodeo justo al lado del pilar grande.

En este entramado Joaquina trata de animarse y sus amigas hacen lo que pueden para que sea una realidad, pero la hermana de un asesino no es bien vista y tiene que hacer de tripas corazón, evitando ciertas miradas inquisitorias.

Nada más entrar en el recinto de la feria, Joaquina vio a su esposo, José Antonio Heredia, con el que lleva casada desde el 22 de diciembre de 1913. No olvida la ceremonia que se celebró en la Iglesia de Santa Ana, donde los casó el párroco Rafael Ordóñez.

En ese momento, le viene a la memoria como se declaró su marido *El Cabezón,* aquella otra feria de hace diez años. Igual que hoy, iba para la feria acompañada de varias amigas y una de ellas le dijo:

- ¿A que no sabes a quién acabo de ver Joaquina?

- No, ¿A quién?

- Al Cabezón y me parece que viene para acá.

A Joaquina comenzaron a hacerle los ojos chiribitas, pues sabía que aquel muchacho andaba detrás de ella. No tardó en comprender que el Cabezón, como todo el mundo le decía en el pueblo, tenía intención de acercarse a ella y así lo hizo. Con una leve sonrisa en la cara, bien curtida por el sol del verano que contrastaba con el deslumbrante blanco de su camisa, el muchacho se acercó hasta el grupo en el que disimuladamente Joaquina trataba de pasar desapercibida. Pero éste se dirigió a ella no si poner en evidencia un cierto sonrojo que llamó la atención de las demás muchachas.

- Joaquina ¿quieres montarte conmigo en el carrousel?, te convido.

- Bueno.

La sencilla respuesta dio paso a aquel hombre para que todas las ilusiones que había puesto en la muchacha se vieran cumplidas. El encargado de le atracción tocó un silbato y el aparato se detuvo, ambos subieron a lomos de unos caballos enjaezados a la andaluza, que al mismo tiempo que giraban, subían y bajaban, gracias a unos resortes helicoidales, en donde los imaginarios jumentos estaban montados.

José Antonio Heredia Torrado, el Cabezón no tardó en poner en antecedentes de lo que estaba buscando, al invitar a Joaquina a montar en el

carrousel.

- Mira Joaquina yo quisiera hablar contigo a solas si a ti no te importa.

- ¿Y que es lo que tú quieres hablar conmigo?

- Luego cuando vuelvas a tu casa te lo diré.

La noche de feria seguía su curso y Antonio no se apartaba de Joaquina para nada, parecía una lapa a su lado. Estuvieron bailando al son de un pianillo que se había instalado en una caseta de techo de madera de castaño. Luego tomaron unos jeringos con chocolate y ya de camino a casa, en uno de los puestos de los turroneros de Castuera, Antonio convidó a Joaquina a una porción de turrón de las que costaban dos perras gordas.

Por la calle de San Bartolomé varios borrachos cantaban desafinadamente, mientras otros algo menos bebidos, trataban de convencerlos de que se fueran a dormir. En la puerta del cuartel de la Guardia Civil uno de sus miembros trataba de averiguar qué es lo que pasaba, preguntándole al Cabezón que por aquel escándalo.

- Nada señor guardia, son unos cuantos que vienen calientes de la feria.

- Pues si no saben mearlo que no lo beban ¡coño!

- Ya sabe usted, son días de fiesta y eso es lo más normal.

Las amigas de Joaquina se despidieron de ésta en la misma puerta del cuartel. Una de ellas tiró para la Cañada y la otra se quedó en la calle de las Minas. Fue entonces cuando Antonio, mientras subían por la calle Carretas, se lanzó ha hacerle la proposición que tanto tiempo llevaba esperando.

- Mira Joaquina, yo tengo mucho interés en ti. De siempre me has gustado mucho y no me importaría que me permitieras ser tu novio, creo que podíamos llegar a ser una buena pareja.

- No se, no sé, Antonio. Me lo tendría que pensar.

- Te puedo asegurar Joaquina que es lo que más deseo, y que nosotros, si todo va bien, podamos casarnos el día de mañana.

- Muy rápido vas tu, todavía no te he dicho yo ni si, ni no.

La conversación entre la pareja seguía. Según esta iba avanzando los dos se estaban convenciendo de que aquello era ya un hecho, aunque ninguno de los dos se atreviera a reconocerlo directamente. A la altura de la botica, el Cabezón dio rienda suelta a sus sentimientos y sin pensárselo dos veces besó a Joaquina en la mejilla. Ésta ni corta ni perezosa, le soltó un guantazo en la cara que hubiera sido oído, de no ser por el rumor del arroyo que pasaba cerca de ellos.

- *Pero ¿tú que te has creído?*

- *Nada mujer, es que no lo he podido remediar...*

- *Pues a ver si tenemos más cuidado que yo no soy como la Carmela*

- *No mujer, claro que no eres como esa, perdona si te he molestado...*

Joaquina volvió al presente y se despidiéndose de sus amigas, se acercó a dónde estaba su marido, que la recibió con una sonrisa.

- ¡Vaya!, que mujer tan guapa tengo…

- ¡Anda adulador! A que no sabes de que me venía acordando cuando te he visto…

XXII

Los días de feria transcurren con gran rapidez, sobre todo para la gente joven que disfruta de lo lindo. Pero también los tratantes de ganado ponen a prueba sus dotes de buenos vendedores y en torno a los abrevaderos de enfrente del recinto, se cierran tratos con un apretón de manos o una copa de vino.

Caballos, mulas, burros, ovejas, cerdos y algunos otros animales, pasan de unas manos a otras, mientras compradores y vendedores regatean precios acompañados por testigos que dan su opinión sabia, pero que nada tienen que perder ni ganar en el negocio.

También son los días en que se cierran los contratos de trabajo anuales. Aperadores, gañanes, manigeros, caseros, mayorales y pastores, cierran el acomodo del año con los distintos propietarios. Estos ven garantizados el mantenimiento de sus haciendas, y los acomodados la seguridad de un salario hasta la próxima feria. Como es natural, estos tratos al cerrarse suelen regarse con el vino de la tierra y es muy corriente ver a hombres contentos por la calle Olleros, que se tambalean de un lado a otro, mientras cantan coplillas carnavaleras:

Un cabrón cayó en un pozo
y otro buey lo fue a sacar
y con los cuernos de uno y otro
rompieron el brocal

En la caseta de los señores del Casino, dan rienda suelta a su alegría y mientras los más jóvenes cantan y bailan sevillanas al mas clásico estilo de la capital, los señores como Luís Castellano, José Castelló y muchos otros, saborean

buenas lonchas de jamón serrano, regado con manzanilla de Sanlúcar, mientras hablan y hablan de sus cosas en un tono cordial y distendido.

Mientras, en las afueras de la caseta la gente se para a admirar los elegantes vestidos que lucen las señoras, así como la delicadeza con que las hijas de éstas, bailan al compás de una orquestina que entona cuplés o pasodobles.

Todo *El Coso* es un hervidero de gente que disfruta cuanto puede. Pero si de estos días de asueto son buenos, hay uno en especial, es el tercero de ellos, cuando los guadalcanalenses se echan a la calle.

Son la siete de la tarde y las campanas de la torre de Santa María, tocan como si de sus troneras, éstas parece que fueran a desprenderse. Los campanillos dan vueltas si cesar lanzando al viento su fino sonido.

Mientras, las dos campanas grandes son repicadas sabiamente por el campanero mayor, que hace que todo el pueblo se inunde de las alegres notas que emiten su bronce.

El sonido que proviene de la torre mudéjar, deja paso al de la Banda de Música que entona los acordes de la *Marcha Real,* al mismo tiempo que por la puerta de la Iglesia sale a hombros de los costaleros la imagen de la Virgen de Guaditoca, que es aclamada fervorosamente por los presentes. Es llevada en procesión hasta el Real de la feria, en donde es recibida con fuegos artificiales. Todos lucen sus mejores galas, desde la señorita más altanera, hasta la más humilde de las criadas, cada una con lo que puede, porque es el día en que Guadalcanal entera se vuelca con su Patrona y hay que ir lo mejor apañado posible. Detrás del paso de la Virgen y como representante de la autoridad municipal van el Alcalde José Castelló, Rogelio Vázquez, Luís Castellano, el Comandante de puesto de la Guardia Civil y los párrocos de Santa María y Santa Ana, Pedro Carballo y Rafael Ordóñez.

Detrás una larga fila de fieles entre las que figura Joaquina, que va acompañada por su tía Julia, ambas con sendas velas en la mano.

El párroco de Santa Ana que no iba muy lejos de ellas, pudo oír a una persona entre el publico que intimidaba a Joaquina.

- Reza por tu hermano, que seguro que lo va a necesitar ese canalla.

Rafael Ordóñez abandona el lugar que ocupaba en el cortejo y sujetando con las dos manos los bordes de su capa pluvial, se dirigió con un gesto de desagrado a la persona que aludió al *Rabazo*.

- Lo que tenga que pasarle al hermano de esta mujer, será la justicia quien lo diga. Ella no tiene culpa de nada y tú no tienes por qué hacer juicios sobre nadie. ¿Me

has entendido?

- Si don Rafael pero...

- No hay peros que valgan, compórtate como una verdadera cristiana y no como una alimaña de la sierra.

El autoritario comportamiento del cura de Santa Ana dejo atónitos a cuantos estaban presenciando la procesión en aquel momento. Nadie se esperaba que se dirigiera a aquella mujer de la manera que lo hizo. El mismo don Pedro, que también iba revestido con capa, miró hacia su compañero con cierta extrañeza, lo mismo que el Alcalde. Todos pensaron lo mismo, pero nadie se atrevió a secundar al cura en defensa de la persona que en plena procesión fue insultada de tal forma. Julia apretó el brazo de su sobrina y las dos continuaron el camino procesional por la fila en cuyo orden habían sido colocadas. El llamador del capataz se pudo escuchar en medio de aquel tenso silencio y tras el segundo golpe, la imagen de la Patrona fue alzada mientras la Banda Municipal entonaba una nueva marcha.

Un colosal castillo de fuegos artificiales recibió a la Virgen de Guaditoca en el Real de la feria. Todos los feriantes guardaron un respetuoso silencio al paso de la Patrona. Los güitomas se detuvieron por un momento, lo mismo que los sube y baja y las barquillas. La pregonera de la tómbola dejo de animar a los asistentes a que probaran su suerte pues en su establecimiento siempre toca. Los turroneros de Castuera cuyos puestos alineados a lo largo de la calle Olleros, observaban el paso de la Virgen mientras perfumaban el aire con el olor de sus dulces manjares, mezclándose con el del incienso que los monaguillos expandían a lo largo de toda la procesión.

Terminada la manifestación religiosa, la juventud de Guadalcanal volvió nuevamente a la jarana después de haber cenado. Pronto las casetas volvieron a estar de bote en bote, la música de los organillos hacía las delicias de grandes y pequeños, las gitanas no paraban de enredar por entre medias de los que trataban de divertirse y en la caseta de los señoritos la expectación era tremenda. Desde fuera el resto del pueblo podía ver como la alta sociedad se divertía.

Pero llegó la madrugada y con ella el final de los festejos. Un año más para los que habían tenido la suerte de acomodarse y uno menos para los que habían conseguido superar las dificultades, que no eran pocas, en aquellos tiempos.

XXIII

Las tormentas del verano suelen ser muy buenas para la aceituna y bien entrado el mes de septiembre comienza el verdeo. Es una ocasión para poder ganar el jornal y los hombres de Guadalcanal, así como muchas mujeres, se echan a los caminos con el *macaco* al costado.

La brisa de la mañana no es muy fría, pero hay que abrigarse algo, pues los relentes mañaneros suelen ser muy traicioneros. Así que las mujeres se enfundan en sus mantones y los hombres con las *jaquetas* de lona.

Aunque a media mañana haya que desprenderse de estas prendas, pues el calor suele ser fuerte ya pasadas las doce del medio día y estorba todo menos el *macaco,* que hay que llenar cuanto antes, pues cuantos más kilos de manzanilla se recolecten, más reales se ganan para al menos poder comer a diario y si es posible guardar algo para cuando lleguen las largas temporadas de paro, que en el campo andaluz no solo son un hecho, sino que más bien parecen una enfermedad colectiva que afecta a la gran mayoría.

Mientras en las grandes fincas como *La Dehesilla*, la *Dehesa Boyar*, la *Jayona*, el *Molinillo* o en los parajes de *Las Lapas*, *Pelotero, la Zarza, el Valle del Espino* o la *Sierra del Agua,* los aceituneros se prestan a la ardua labor del verdeo, en el casino, muchos de los dueños de esas tierras debaten -como de costumbre- sobre los problemas que atañen a aquella desvencijada España, que no consigue salir del tremendo atolladero en el que se encuentra, desde que hace ya muchos años el imperio se derrumbó como por arte de magia.

Uno de los presentes en el salón llamó la atención de los asistentes, al

mismo tiempo que esgrimía un ejemplar de *El Liberal* de Sevilla.

Todos callaron al oír como aquel hombre leía una noticia que figuraba en las páginas interiores del diario hispalense.

- Atiendan ustedes un momento a lo que les voy a leer, según dice aquí, el *Rabazo* ha sido puesto a disposición de la Audiencia Provincial de Sevilla y será trasladado en breve a la capital, ya que el Juzgado de Primera Instancia de Cazalla, se inhibe dada la gravedad de los crímenes...

- No me extraña que eso ocurra, ese desgraciado lo único que se merece es la pena de muerte y no tardará en que ésta le sea aplicada.

Nadie se atrevió a responder a las palabras de quien hizo aquel comentario. No en vano, quien las pronunció era una de las personas que más sintonizaba con la idea de que Antonio Martínez Hernández fuera al cadalso. Se trataba de Luis Castellano y viendo como la cara se le transformaba al hablar de aquello, nadie quiso seguir con la conversación.

Las noticias que el periódico daba eran ciertas. En pocos días el *Rabazo* iba a ser trasladado a Sevilla. El Secretario del Ayuntamiento salió apresuradamente del Casino para dirigirse a la calle de Santa Ana, para dar debida cuenta a su madre, de lo que iba a ocurrir.

Subiendo por la calle San Bartolomé, Ricardo Marín se encontró con Joaquina que venía del mercado espuerta en mano. No había llegado ésta aún a la esquina del cuartel, cuando le llamó la atención. Fue el guardia de puerta quien le advirtió de que el Secretario del Ayuntamiento la estaba llamando.

- Me parece que don Ricardo te llama la atención, Joaquina.

- Pues no lo había oído, usted perdone don Ricardo, pero es que con el jadeo de la cuesta, ni me he enterado. ¿Dígame usted?

- Quiero hablar contigo, anda pasa aquí al cuartel y así estaremos más cómodos y nadie oirá lo que te voy a decir.

En la cara de Joaquina se reflejó una cierta intranquilidad que tanto el Secretario como el guardia de puerta pudieron advertir, pero Ricardo Marín muy cortésmente le acercó una silla y la tranquilizó. Sabía que por la mente de aquella delicada pero sufrida joven, corría la idea de que no traía buenas noticias. Quizás tan malas como la de que su hermano iba a ser ajusticiado en breve. Pero no era aquella la noticia que recibió, quedándose más tranquila al oír por boca del Secretario, que su hermano no había sido juzgado todavía.

- A tu hermano lo van a trasladar a Sevilla Joaquina y yo he venido para decírtelo por si te interesa ir a verlo antes de que se lo lleven.

- ¿Por qué se lo llevan a Sevilla don Ricardo?

- Mira hija yo no lo sé, pero lo más seguro es que sea para juzgarlo allí. Yo no quiero engañarte pero ponte en lo peor, lo que hizo tu hermano es muy grave.

- ¿Usted cree que lo ajusticiarán?

- No lo sé Joaquina, pero tengo la esperanza de que si lo llegaran a condenar a muerte, el Rey lo indultaría, lo ha hecho con otros que han cometido delitos más graves.

- Muchas gracias por avisarme don Ricardo. ¿No sabrá usted cuando se lo llevan? Quisiera verlo antes de que eso ocurra; ir a Sevilla es más difícil para mi.

- No lo sé Joaquina, pero me voy a enterar muy pronto. Mañana mandaré una carta a mi colega de Cazalla con el cosario y por la tarde seguro que lo sabremos. Ahora me voy para el Ayuntamiento que tengo cosas que hacer. Adiós Joaquina.

- Vaya usted con Dios don Ricardo, y muchas gracias.

El Secretario sombrero en mano emprendió su camino, pero esta vez lo hizo por la calle Valencia, con el fin de que las cotillas que asomadas a los balcones de su casa no le agobiaran con sus impertinentes preguntas, al verlo con la hermana del *Rabazo*.

Más de una se quedó decepcionada al no poder saber de qué se trataba lo que el Secretario del Ayuntamiento y Joaquina habían hablado, aunque no faltaron las especulaciones y los comentarios inoportunos e imaginarios, de aquellas que daban rienda suelta a su imaginación.

- *Pa* mi que el Secretario haya venido a hablar con Joaquina, es que algo le van a hacer al hermano.

- Y que le pueden hacer, *na* más que ajusticiarlo. Lo que ha hecho no es para menos.

Un viejo sentado en el umbral de su casa, mientras lía un cigarrillo con su temblorosa mano, escucha la conversación de las dos comadres que no dejan de hacer especulaciones. El olor de la mecha de su chisquero llega hasta ellas, sin que éstas aprecien el aroma a quemado que produce y siguen enfrascadas en el tema que les ocupa, hasta que el anciano les hace volver la cabeza hacia el y sin levantar la vista de la punta de la mecha, en donde enciende su pitillo, las pone en evidencia ante los que por allí pasan.

- Más valiera que estuvierais atizando el *anafe* y preparando el puchero y no estar todo el día de *escusandeo* por ahí.

- Nosotras no estamos de *escuseando* como usted dice señor Isidoro, y tenemos

atizado el *anafe* y puesto el puchero, aunque usted no lo crea.

- Pues no lo creo no, y eso mismo piensa mucha gente. Desde luego sois las únicas que no están ni haciendo la comida, ni en los mandados, ni lavando en la fuente *Juan Blanco*. Ahora eso sí, para estar de *escusás* por todos los sitios, si que estáis listas.

Las dos mujeres se sintieron avergonzadas y sin replicar al anciano se metieron cada una en su casa, mientras el abuelo esbozaba una leve sonrisa. Luego se le oyó murmurar entre dietes algo relacionado con la persona de la que las dos mujeres hablaban.

- Este desgraciado se ha arruinado la vida él y se la ha arruinado a toda su familia

En la puerta de Pura Hernández, suenan dos aldabonazos y ésta sale a abrir. Al otro lado del umbral, Saturnino el cabo de los municipales, la saluda sin quitarse la gorra de plato. A Pura se le cae el alma a los pies al ver al oficial, se pone en lo peor, pero éste comprendiendo los temores de aquella mujer, trata de tranquilizarla.

- Tranquila Pura que no pasa nada, vengo de parte del Secretario para decirte que en tres días trasladan a tu hijo a Sevilla a la cárcel del Pópulo. Joaquina que estaba en el corral salió a la puerta y al ver al municipal comprendió que la noticia que estaba esperando había llegado ya. Sin llegar al quicio de la puerta y mientras se secaba las manos en el delantal, interrogó al oficial del ayuntamiento, primero con la mirada, luego impaciente con sus palabras.

- ¿Cuándo se llevan a mi hermano Saturnino?

- Según me ha dicho el Secretario que te diga, en tres días a partir de hoy. Eso es lo que a mi me ha dicho que les diga. Queden ustedes con Dios.

Madre e hija se quedaron paradas en la puerta, mientras Saturnino el municipal torcía la esquina en dirección al Ayuntamiento.

- Madre, mañana me voy a Cazalla, quiero ver a mi hermano.

- Y por que no vas a decírselo a Beatriz, a lo mejor ella quiere verlo.

- No sé madre, pero me llegaré ahora mismo.

No era mucho el trayecto que Joaquina tenía que hacer para llegar a la casa de su cuñada en la calle Valencia, así que se puso la toquilla y por la calle Minas llegó hasta la casa en la que su hermano vivía con su esposa.

Desde que pasó lo que pasó con Antonio, las dos cuñadas no se veían mucho y cuando la esposa del *Rabazo* salió al zaguán, Joaquina quedó tremendamente sorprendida al ver a su cuñada. El estado en que se encontraba era muy lamentable, había perdido mucho peso, su cara era blanca como la cal

y las profundas ojeras le inundaban de tal forma el rostro, que apenas se le apreciaban aquellos ojos que en tantas ocasiones cautivaron a muchos hombres del pueblo, pero que solo Antonio pudo disfrutar.

- ¿Qué es lo que querías Joaquina?

- Vengo por lo de mi hermano, se lo llevan a Sevilla y yo quisiera verlo antes de que se lo lleven, mi madre dice que por qué no me acompañas.

- No sé, me da miedo ver como estará allí metido y encerrado como un perro.

- A mi también me pasa lo mismo, pero tal vez no volvamos a verlo más Beatriz, tenemos que ponernos en lo peor.

Las dos cuñadas se fundieron en un abrazo y dieron rienda suelta a su tremendo pesar, inmersas ambas en un mar de lágrimas que desde la calle una vecina pudo ver, acudiendo a consolarlas, al mismo tiempo que cerraba la puerta de la calle para que aquello no se convirtiera en el espectáculo que mucha gente estaba esperando ocurriera en Guadalcanal, pues corría el bulo de que el *Rabazo* iba a ser ajusticiado muy pronto.

Quedaron en hacer el viaje hasta Cazalla y tras consultarlo con el Secretario, éste les proporcionó una carta para las autoridades penitenciarias. Prepararon la partida que sería al día siguiente.

Eran casi las seis de la mañana cuando Joaquina ya estaba preparada para salir de viaje. Unas tostadas con aceite y un poco de café de malta, le serviría como alimento para afrontar el aciago día que se le avecinaba. Estaba más que convencida de que iba a ser la ultima vez que viera a su hermano, pues aunque Ricardo Marín decía estar convencido de que el Rey lo indultaría, ella no lo veía tan claro.

Unos suaves golpes sonaron en la puerta. Era Beatriz.

- Buenos días nos de Dios.

- ¿Has comido algo?

- No, no tengo hambre.

- Espera voy a coger el mantón y a decirle a mi madre que nos marchamos.

Desde el interior de la casa se pudo oír la voz de Pura que llamaba a su nuera desde su cuarto. Ésta acudió a su llamada, mientras su hija recogía las pertenecías propias del viaje.

- Hija siento mucho que tengas que pasar por lo que estas pasando, este hijo mío nos va a quitar la vida a las tres...

- Qué le vamos a hacer *seña* Pura, nos ha mandado Dios esta desgracia y

tendremos que sobrellevarla como sea. Nos vamos, que el camino es muy largo.

- Iros con Dios hijas y que la Virgen de Guaditoca os acompañe.

En la puerta de la calle, Joaquina cargaba unas alforjas en el borrico que un buen vecino le prestó para que pudieran hacer el viaje. En ella iban alimentos para el camino y algunas cosas que a Antonio le vendrían bien en su encierro, sobre todo comida y tabaco que era lo único que según les dijo el Secretario podían llevarle.

La mañana está fría, no en vano a mediados del mes de octubre los aires serranos suelen ser muy traicioneros y aunque aún lo hielos no han hecho acto de presencia, las dos mujeres se arropan con sus pañuelos y se tapan la cara cubriéndosela con el mantón. Joaquina camina delante llevando el ramal del borrico, mientras Beatriz lo hace a su lado. Se bajan por el callejón de la Cava hasta llegar al Jurado, en donde unos gañanes cargan sus arados en las mulas y los dos mozos se extrañan al ver a dos mujeres con un burro cargado con unas alforjas como si se fueran de *domia*.

- Buenos días.

- Buenos días nos de Dios.

Ninguno de los dos hombres reconoció a las misteriosas mujeres y ambos por su cuenta sacaron sus propias conclusiones.

- Deben de ser de esa gente de los *Baldíos* de Fuente del Arco, a estas horas son las únicas mujeres que salen al campo para llegar cuanto antes.

- Ya, pero este no es camino para ir a los *Baldíos*.

- Pues ellas sabrán, anda ayúdame a echar esta vertedera en la mula, que yo solo no puedo.

Mientras los dos hombres cargaban sus aperos de labranza, Beatriz y Joaquina desaparecían por la calle de las Huertas hasta llegar al callejón del Barro. Las campanas de Santa María llamaban a la oración. Era la señal de que habían dado las siete.

El sol comenzaba a despuntar y una frágil neblina emergía por el puente de la Serenita, luego, pasada la cuesta de los Molinos, el cerro Monforte se dejaba ver airoso y sobresaliendo de un mar de nubes bajas que inundaban toda la vega de la Dehesilla. A ambos lados del camino, el murmullo del agua rebotando en las piedras de los muchos molinos, se entremezclaba con los cantos de las aves y el sonido de los cencerros de los rebaños de ovejas que se desperezaban al oír las voces y silbidos de sus pastores y los ladridos de los perros que les acompañaban.

El sol luce ya con algo más de fuerza y los chopos ya casi desnudos a

ambas orillas de la *Rivera*, hacen pensar que el otoño no tardará en dar paso a las fuertes heladas de un invierno que como casi todos, suele ser muy duro.

Beatriz se siente algo cansada y sube a lomos del jumento, mientras Joaquina lo lleva del ramal y comienzan a subir las cuestas de *El Gallo*, que aunque no son muy pronunciadas, si son bastante largas. Las dos caminan en silencio; sólo el ruido de los cascos de animal en el tosco suelo de la carretera y el jadeo de la que va caminando, rompen el monótono silencio. Sin embargo, en la mente de ambas mujeres está fijo el mismo pensamiento y aunque las dos están deseando de llegar a la cárcel de Cazalla, le inunda el temor de lo que van a encontrar.

En el cruce de camino que viene de *El Inquisidor*, una reata de mulos y borricos cargados con serones y angarillas, llaman la atención de las dos mujeres; se trata de un arriero que les saluda atentamente, sin quitarse ni la boina ni el cigarro que lleva en la comisura de los labios.

- A la paz de Dios señoras ¿qué les trae por estos *andurriales*?

- Vamos a Cazalla a ver un familiar.

- Qué, son ustedes de algún cortijo o majada de por aquí, ¿Verdad?

- No, venimos de Guadalcanal.

El arriero no respondió puso la mula en la que iba montado a la altura de las dos mujeres y continuaron durante largo rato caminado en la misma dirección. El arriero sacó su petaca para echar un nuevo cigarro que liaba con parsimonia *esparrancado* a lomos de la mula. De pronto se dio cuenta de que Joaquina tenía aspecto de cansada y la invitó a que subiera a lomos de una pequeña borrica, que nada más llevaba los avíos de la comida.

- Suba usted en esa burra, que todavía queda un largo trecho para llegar a Cazalla.

Joaquina no vio más cielo abierto y aprovechando una gran piedra que había a la orilla del camino, subió en el animal sentándose de lado. El arriero continuaba liando plácidamente el cigarro y tras sacar el chisquero y encenderlo, exhaló una gran bocanada de humo que llegó a la cara de las dos mujeres, luego comenzó a hablar sin saber lo que se esperaba.

- Ya me enteré de lo que pasó esta primavera en el pueblo de ustedes, anda que menuda la armó el tal *Rabazo*, valiente criminal tiene que estar hecho ese mal nacido. Ustedes lo conocerían claro.

Beatriz no pudo callarse y aunque Joaquina intentó por señas hacer que no se identificara ésta respondió secamente:

- Claro que lo conocemos, es mi marido y el hermano de ésta.

Al arriero si le dan un corte en la venas, seguro que no echa ni gota de sangre. El cigarro se le desprendió de la boca cayéndole la ceniza caliente en la entrepierna, quemándole los pantalones sin que se diera cuenta hasta pasados unos segundos, que se sacudió con violencia. Estuvo largo tiempo callado para reponerse de la impresión. No se esperaba que fuera a encontrase con dos familiares tan directos del asesino del que se hablaba en todos los pueblos de la comarca y la verdad es que no sabía como salir de aquel trance. Tuvo que ser nuevamente Beatriz quien hablara para sacar a aquel hombre del apuro en el que se había metido, al hablar tan despectivamente de *El Rabazo*.

- Parece que se ha quedado usted mudo, no se preocupe, que aunque sea mi marido, yo entiendo su posición, es lo que cualquiera puede decir de quien ha cometido tal infamia.

- La vedad es que no esperaba que ustedes fueran familia de ese hombre y lamento haber dicho lo que he dicho. Me supongo que ustedes estarán pasando lo suyo con lo que ha ocurrido.

- Figúrese, precisamente vamos a verle a la cárcel y cualquiera sabe lo que nos espera al llegar.

El arriero se sintió aliviado y volvió a sacar la petaca para liar un nuevo cigarro. Mientras hacía este cometido, comprendió que tenía que poner en preaviso a aquellas dos mujeres, pues en los distintos pueblos que habían estado, había oído cosas terribles dichas por exaltados y temía que aquellas dos mujeres fueran víctimas de la cólera de algunos desalmados que buscaran venganza por su cuenta.

- Una cosa les voy a decir señoras, si me lo permiten: no insinúen que son ustedes familia de ese hombre, hay mucho loco por ahí que pueden hacerles daño...

- A nosotras, ¿Por qué?

- Pues porque la gente está muy violentada y cualquier excusa es buena para desahogarse de los muchos problemas que cada uno tiene en su casa.

Han llegado a las puertas del pueblo, en el cruce con la carretera de Alanís el arriero se despide de las dos mujeres y éstas se encaminan a la prisión en cuya puerta principal las recibe un guardia civil bigotudo.

- A ver, ¿qué se os ha perdido a vosotras por aquí?

- Traemos esta carta de parte del señor Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal.

El guardia cogió el documento y miró descaradamente a la cara a Joaquina que se sintió aturdida por la forma en que la miraba. Luego se dio media vuelta y

entró en una especie de garita en donde había otros miembros de la Benemérita. Al poco rato uno de ellos salio poniéndose el tricornio y se dirigió a las recién llegadas, con mejor educación que el anterior. En su bocamanga lucían los galones de sargento.

- Hagan ustedes el favor de acompañarme señoras.

Las dos mujeres caminaron detrás del sargento, quien a cada paso por las distintas puertas era saludado por los correspondientes funcionarios que en ellas hacían guardia. Según caminaban, aquellas recias puertas se cerraban tras ellas y las dos sintieron una extraña sensación al notar a sus espaldas el seco chasquido que éstas daban. Parecía como si aquellos que las manipulaban tuvieran la intención de cerrarlas, para que nunca más se abrieran. La claustrofobia que aquellos oscuros pasillos producían en Beatriz y Joaquina, era cada vez más intensa y en la cara de las dos se podía adivinar un cierto miedo.

Una gran cancela les volvía a impedir el paso, hasta que al otro lado de la verja un funcionario con gorra de plato haciendo uso de una gran llave les flanqueó la entrada.

- Buenos días mi sargento.

- Buenos días, queremos ver al director.

- Pasen ustedes está en su despacho.

El guardia civil y las dos mujeres atravesaron un ancho patio en donde algunos reclusos estaban barriendo con escobas de ramas. Desde los altos muros que lo circundaban varios miembros de la Benemérita vigilaban al personal que hacía este trabajo, además de los que entraban en dirección a una gran galería hecha con piedra de mampostería, haciendo juego con los altos muros. Tras lo soportales, había tres grandes verjas que conducían a distintas secciones. Una de ellas se abrió y tras una gran puerta un funcionario con traje gris y cuello duro los recibió con un cierto gesto de desprecio.

- Fernández, estas dos mujeres quieren hablar con el director, traen una carta de recomendación del Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal.

- Esperen aquí un momento, voy a avisarle.

El funcionario de pajarita y cuello duro cogió la carta que el sargento le entregó y desapareció tras una puerta con vidriera opaca. Joaquina y Beatriz se sentaron en unas sillas y el guardia se despidió de ellas quitándose el tricornio en señal de respeto. Las dos estuvieron durante largo rato solas en aquella estancia, en la que solo estaba la mesa de trabajo del funcionario y un cuadro de la Virgen del Monte hecho en azulejos y escoltado por dos farolillos adornando unos arcos interiores, que posiblemente hace años había sido la celda de algún fraile, ya que

todo el edificio daba la sensación de que hubiera sido un convento, como tantos de aquellos que fueron expropiados en los tiempos de Mendizábal.

El funcionario regresó e invitó a las mujeres a que lo acompañasen. Las dos salieron al patio y nuevamente varias puertas volvieron a abrirse y a cerrase a sus espaldas. Llegaron a una estancia en donde había una gran mesa dividida por una verja de considerable altura. El funcionario les indicó unos taburetes y les hizo una serie de recomendaciones.

- Esperen ustedes aquí que no tardaran en traer al preso. Si le traen alguna cosa tienen que dársela ante al guardia que venga acompañándole, no está permitido que la reciban los internos hasta que sea verificada por nosotros y cuando les digan que la visita ha terminado, es que ha terminado, ¿estamos? luego salgan por esa puerta, que un compañero mío las acompañará hasta la salida.

Nuevamente unos momentos de espera, pero pronto el ruido de una llave en su cerradura llamó la atención de las dos visitantes. Un guardia uniformado apareció tras la puerta y posteriormente dos más escoltando al *Rabazo*.

Tanto la esposa como la hermana del preso, quedaron tremendamente impresionadas al verle. No se podían creer que estuviera en tal estado.

Su tremenda delgadez, contrastaba con la pálida tez de su cara poblada por una densa y descuidada barba canosa y lacia. El pelo grasiento y sucio, lo mismo que sus manos, unidas por los grilletes y en las que se distinguía el color amarillo entre los dedos, debido al excesivo consumo de los cigarros. La *chambra* y la camisa carcomidas por la roña, la boina descolorida y tan deteriorada que ni siquiera tenía pezón. Pero lo que más impresionó a las visitantes fue aquella carita de pena, parecía mismamente el Señor Sentado en la Peña que el Jueves Santo hacía estación de penitencia por las calles del pueblo.

Se sentó frente a ellas y con la mirada perdida como si su mujer y su hermana fueran unas extrañas, habló despacio. Como si tuviera miedo de que los guardias, que a cierta distancia lo vigilaban pudieran oírle.

- ¿A qué habéis venido aquí?

- A verte hermano, tu mujer y yo te hemos traído algunas cosas que te vendrán bien.

- A mi lo que me vendría bien es que esto acabara de una vez y que se dejen de tanta monserga, si me tienen que ajusticiar que acaben de una puta vez.

- ¿No me preguntas por madre, Antonio?

- Para qué, ya me figuro lo que estará pasando.

Los tres quedaron envueltos en un tenso silencio. Parecía como si algo les

impidiera seguir hablando. Verdaderamente aquel Antonio no era el mismo que Joaquina y Beatriz habían conocido de toda la vida. Su mirada perdida, le daba un aspecto de idiotez insolente y las pocas palabras que había dicho apenas si se le pudieron entender. Su mujer lo miraba como si tuviera delante a un ser extraño y en el fondo sentía miedo, un miedo que hubiera sido más intenso, si entre ambos no hubiera habido una reja. Pero la esposa de aquel desgraciado ardía en deseos de saber el por qué de lo que estaba pasando. Rompió aquel tenso silencio con voz alta y autoritaria y el *Rabazo* fue entonces cuando fijó sus hundidos ojos en los de su esposa, mientras ésta insistía en la misma pregunta que a él le martilleaba en la cabeza diariamente.

- ¿Por qué lo hiciste Antonio? ¿Por qué lo hiciste?, dímelo Antonio, por lo que más quieras dímelo.

Los ojos del *El Rabazo* parecían haberse clavado en los de su esposa, su mirada impenetrable trataba de hacer traspasar los sentimientos que se albergaban en su mente y los ojos llorosos de su esposa, seguían insistiendo en recibir una respuesta a todo aquel conglomerado de preguntas, que durante casi cinco meses, Beatriz se había hecho.

De pronto aquel hombre desvalido, sucio y aparentemente idiotizado, comenzó a hablar con una voz fuerte y clara. Tanto es así, que hasta el mismo guardia que se encontraba a cierta distancia se acercó pensando en que su alto tono de voz, poco habitual, pudiera ser debido a un brote agresivo que los presos sufren en algunas ocasiones. Tras comprobar que no era ese el problema, el funcionario volvió a su puesto, pero sin perder el hilo de lo que el preso decía.

- No sé porqué lo hice, pero lo hice y hecho está. Beatriz, no tengo perdón de Dios, no puedo apartar de mi mente las caras de aquellas criaturas, ni de la de su madre. Las maté con estas manos que solo han servido para manejar la azada y coger aceitunas. Quiero que los jueces acaben ya con esto y terminen conmigo. Soy un criminal y no tengo derecho a ninguna vida. De nada sirve mi arrepentimiento, si no puedo devolverles la vida a esas criaturas. Quiero que me maten ya, si no lo voy a tener que hacer yo mismo.

Tanto a Beatriz como a Joaquina, se les cayó el alma al suelo. Aquel hombre que tenían delante era consciente de lo que había hecho, su remordimiento rayaba lo insólito y las dos comprendieron que aquello solo tenía un final. Un final que las dos sabían cual era, pero que ninguna se atrevía a expresar. El guardia se acercó al preso y poniendo su mano en el hombro le dijo:

- Martínez, se ha agotado su tiempo, vaya terminando.

Joaquina imploró al vigilante algo más de tiempo, pero éste fue tajante en su decisión.

- Por lo que más quiera, déjenos un poco más de tiempo.

- Lo siento mucho, pero las normas son las normas y hay que cumplirlas.

- Al menos procure que se coma lo que le hemos traído.

- Yo se lo daré estése usted tranquila. Vamos Martínez.

El Rabazo se levanto de la silla y sin retirar la mirada de su mujer y hermana comenzó a andar, a reculas hasta que el guardia le obligó a darse le vuelta, pero antes, las dos mujeres pudieron oír su voz por última vez.

- Joaquina, dile a madre que estoy bien aunque sea mentira, no quiero que la *probe* sufra por mi destino y dile también que la quiero mucho. También decidle a don Rafael que rece por mí para que esto acabe cuanto antes.

Por la puerta que un rato antes había entrado, Antonio salía maniatado. El seco chasquido de la gruesa hoja de metal dio fin a aquella visita, que a esposa y hermana del reo, habían dejado en un tremendo desasosiego.

En silencio salieron al pequeño patio. Otro funcionario las acompañó hasta la salida, en donde las esperaba el sargento de la Guardia Civil, quien terminó de tomarle los datos, haciendo que las dos marcaran su huella con tinta en un documento escrito con una perfecta caligrafía.

Luego, un número las llevó hasta el lugar en donde habían dejado el borrico que les había traído del pueblo y que nuevamente las llevaría de regreso.

Eran ya más de las dos de la tarde cuando Joaquina y Beatriz emprendían el viaje de regreso. En las alforjas había media telera, un poco de tocino, un corcho con aceitunas y un barril de agua. A ninguna de las dos les apeteció tomar nada, solo el agua parecía pasarles por la garganta, pues el trago que habían tenido que pasar, había sido demasiado grande como para ingerir algo de comida.

El camino hasta Guadalcanal era largo y había que hacerlo antes de que cayera la noche.

Las campanas de San Sebastián tocaban a Ánimas, cuando las dos mujeres, una con el borrico del ramal y la otra envuelta en su mantón, subían por la calle Luenga, parándose a mitad de calle para que Joaquina contara a su prima Julia, todo lo acontecido aquel día.

- Así están las cosas prima, no te puedo decir nada más.

- Que se le va a hacer hija, que sea lo que la Virgen Santísima de Guaditoca quiera, pero no se lo cuentes a tu madre, bastante está pasando la pobre. Anda iros para arriba que es tarde.

- Con Dios, prima.

XXIV

Cae la noche en la prisión de Cazalla y tras el último recuento los internos entran en sus celdas. Una siniestra sinfonía de cerrojos se deja oír a lo largo del gran pasillo y las escasas luces que iluminaban la galería se apagan dejándolo todo bajo una siniestra oscuridad.

Las noches de otoño en la parte de la sierra ya empiezan a ser frías y mucho más en aquel edificio de gruesas paredes de piedra y enrejadas ventanas, sin puerta alguna, por las que el relente de la noche entra despiadadamente, sintiéndose tanto frío como si se estuviera en la calle.

Antonio abrió el atillo que su hermana y su mujer le habían entregado al funcionario y descubrió con gran sorpresa la pelliza que él usaba en los fríos domingos de invierno, para ir a tomar café a la Puntilla, así como una gruesa manta. También algunos alimentos, como un queso de cabra, tocino y pan.

Con las luces apagadas *El Rabazo* se sentó en un rincón de su celda, desenvolvió el papel de estraza que protegía el tocino y a bocado limpio, comió con ansia aprovechando la oscuridad de la noche, pues de esa forma ningún otro preso le pediría hacerle partícipe de los manjares que ahora poseía.

Tras el atracón, bebió abundante agua del barril que tenía asignado y pronto se quedó dormido al calor de la gruesa manta, que su hermana y su mujer le habían traído.

Pero como siempre, su descanso se ve alterado por la misma pesadilla: La desencajada cara de Carolina al recibir el tremendo impacto de una gran piedra que él mismo estampaba en su cabeza. Las caras inocentes de aquellas dos

niñas, sobre todo la de Antonia, a quien ve en sus sueños con una sonrisa inocente, esperando que quien se acerca a su cuna la coja para estrecharla en sus brazos.

Los guardias civiles tomándole declaración y agobiándolo a preguntas. Los manifestantes en las calles de Guadalcanal y de Cazalla vociferando y amenazándolo de muerte.

Arrugado y encogido en su camastro las mismas imágenes de aquel día de primavera pasan por la cabeza de *El Rabazo* de una manera vertiginosa, la voz de Carolina resuena en su mente pidiendo compasión y piedad, mientras la sangre emana de su cráneo, manchando la blanca camisa que tiene que lavar en un cercano arroyo.

Luego, una voz femenina que resulta ser la de la víctima, emerge como de las catacumbas y martillea acusadoramente como si Carolina hubiera vuelto para hacer justicia.

- *¿Qué has hecho asesino, como has podido quitarle la vida a mis hijas y a mi? tu crimen no tiene perdón ninguno, te pudrirás en los infiernos. Antonio Martínez Hernández, la loza que te has echado encima pesará sobre ti siempre...*

Un sudor frío recorre el cuerpo de aquel que en sueños rememora la terrible acción que él provocara el uno de junio de aquel año.

Se despierta sobresaltado y observa que ha dormido algunas horas, aunque siempre acompañado por los remordimientos que desde ese día lo atenazan.

Aún no ha conseguido recuperarse de aquella pesadilla de cada noche, cuando un funcionario acompañado por dos guardias civiles, se presenta ante él y le ponen en antecedentes.

- *Rabazo,* coge tus cosas, que te vas de viaje con estos dos señores.

- ¿A dónde?

- A donde va a ser, a Sevilla. Sólo te puedes llevar la manta y la pelliza. La comida la dejas aquí para tus compañeros. En el pozo del patio te puedes dar un lavado y luego que te afeite el barbero, no quiero que digan en la capital que somos unos asquerosos.

El Rabazo se alegró de haberse comido gran cantidad de lo que su hermana y su esposa le trajeran el día anterior. Luego salió con la manta y la pelliza en un atillo y siempre vigilado por los dos guardias se lavó en el cubo del pozo, no sin sentir la tentación de arrojarse al interior, pero era consciente de que los guardias no se lo iban a permitir.

Poco después el barbero le rasuró la espesa barba haciéndole daño y algún

que otro corte, que éste remediaba con papel tafetán. Luego un mendrugo de pan y en pocos minutos, cuatro guardias a caballo escoltaban al preso, que subía a un carro acompañado de otros dos números más de la Benemérita, que serían los que lo custodiarán hasta la capital hispalense.

En el andén de la estación, la gente esperaba a que llegara el tren procedente de Mérida. Los guardias y el reo lo hacían en el despacho del jefe de estación, con el fin de que el personal no tuviera conocimiento de la presencia de *El Rabazo,* por miedo a que se pudieran producir disturbios.

El silbido de la locomotora hizo que los viajeros se pusieran en movimiento, pues el convoy estaba a menos de cuatro kilómetros y pronto llegaría a la estación. Uno de los guardias preguntó sobre el lugar en donde se había producido el pitido del tren, a lo que el jefe de estación respondió con cierta ironía, mientras miraba al preso.

- Ahora viene el tren por la casilla número 91. Seguro que éste la conoce bien.

Todos comprendieron la indirecta del ferroviario y al mismo tiempo miraron al aludido. *El Rabazo* agachó la cabeza, cogiendo su frente con las manos unidas por los grilletes.

Poco después, el traqueteo del tren en el cambio de agujas, avisó de su llegada a los pasajeros que esperaban y el andén se cubrió del vapor de agua, que la locomotora soltaba al liberar gases en el frenado.

La gente fue poco a poco subiendo, mientras el jefe de estación se dirigía a la cabecera para comprobar que todo estaba en orden y que nadie se quedara sin subir. Hizo una señal y el reo salió al andén acompañado de los dos guardias que le conducían, sin que los demás lo perdieran de vista. Ya en el estribo la pareja de escolta que hacia su servicio en el tren ayudó al reo a subir y se puso al servicio de sus dos compañeros. El jefe de estación se colocó en la cabeza su gorra y tras emitir con su silbato la orden de salida, se despidió del maquinista que ya abría las válvulas para que la locomotora fuera cogiendo fuerza.

- Buen viaje y ten cuidado que hoy llevas al *Rabazo* de pasajero.

El tren se puso en camino en medio de una gran nube de humo que lo inundaba todo. El *Rabazo* iba junto a dos guardias en el incomodo asiento en sentido contrario de la marcha, mientras los dos componentes de la pareja de escolta lo hacían de frente, haciendo imposible que el preso pudiera moverse, más aún, con los grilletes en las muñecas que ya no le hacían daño, pero que sus guardianes no se arriesgaron a quitárselos.

Los viajeros miraban con cierta pena aquella escena de un preso entre cuatro fusiles que los guardias portaban disciplinadamente, causando un cierto

respeto los tricornios cogidos con sus barbuquejos, pero casi nadie conocía la identidad del detenido.

De pronto alguien desde la parte posterior del vagón se dio cuenta de que el presidiario que viajaba con ellos era Antonio Martínez Hernández, produciéndose un gran revuelo.

- Ese es *El Rabazo*

Una lluvia de insultos y maldiciones se apoderó de los presentes, las amenazas verbales estaban a punto de llegar a las físicas, la gente se levantaba de sus asientos e increpaba al preso, alguien llegó a tirarle un mendrugo de pan a la cabeza que se estampó en uno de los cristales de la ventanilla. El Cabo que ejercía la autoridad ante los guardias, se puso de pié y con el fusil en prevengan ejerció su autoridad, pues temía que pudiera haber un linchamiento.

- ¡¡Silencio todo el mundo!! Manténganse cada uno en su sitio o mando parar el tren y los bajo a todos. Este preso es conducido a la prisión de Sevilla y serán los jueces los que tengan que tomar las decisiones que tengan que tomar ¿entendido?

Nadie se atrevió a contestar al guardia y la tranquilidad volvió al tren que había ya sobrepasado la estación de Villanueva de Río y Minas. Luego el puente de hierro de Alcolea y las vías se hacían más suaves por las llanuras de la vega del Guadalquivir, inundada de campos fértiles que esperaban ser sembrados o que ya lo habían sido.

Una larga parada en la estación de Los Rosales, ya que el tren de Mérida tenía que dar paso al que venía de Madrid. Aprovechando la detención, los miembros de la pareja de escolta del tren, cambiaron su turno y fueron sustituidos por dos nuevos guardias.

- Buen servicio compañeros y a sus órdenes mi Cabo, ahora les diré a los que nos relevan que vengan a este vagón.

Pasado ya el rápido de Madrid el tren se puso penosamente en marcha camino de la ciudad. Las estaciones de Brenes, Cantillana, La Rinconada y finalmente San Jerónimo permitieron que el convoy entrara en la moderna estación de Plaza de Armas, a la que todo el mundo decía la estación de *Córdoba*.

El *Rabazo* quedó fascinado ante el extraordinario movimiento que se vivía en aquellos andenes. Nunca había estado en Sevilla y sus ojos trataban de descubrir de alguna manera aquel fascínate lugar en el que se entremezclaban el ir y venir de gente de un lado para otro. Los ferroviarios con sus grandes blusones azules y sus gorras de plato. Los mozos de estación ofreciéndose a los viajeros para llevar baúles y maletas. Pero lo que más llamó la atención eran las coloridas vidrieras laterales. Uno de los guardias de la pareja de escolta se percató de la

fascinación del preso.

- Qué ¿te gusta lo que estas viendo? pues aprovéchate que seguramente no puedas disfrutar de muchas más ocasiones.

El *Rabazo* miró al guardia con desprecio, pero no dijo nada, de hecho no solía hablar mucho con nadie y menos con los que le escoltaban. Siempre se había comportado de la misma forma y muchos de los que desde que ocurrió el crimen lo conocían, pensaban que no estaba bueno de la cabeza.

Cuando todo el mundo bajó del tren, el Cabo y sus compañeros obligaron al reo a levantarse de su asiento para bajar al andén, en donde ya esperaba una patrulla de guardias que había sido avisada para recibirlos, al mando de un sargento.

- A la orden de usted, mi sargento, se presenta el cabo Sebastián Benítez que escolta al preso Antonio Martines Hernández, según órdenes del juez instructor de la Audiencia Provincial de Sevilla. Aquí tiene usted la documentación correspondiente.

- Muchas gracias Cabo, descanse.

Pronto el sargento lo dispuso todo para el traslado del preso a la cárcel del Pópulo, no muy lejos de allí. El preso caminaba en medio de la patrulla de los miembros de la Benemérita, pero esta vez no lo hacía con la cabeza baja, su curiosidad era más fuerte que la humillación que le embargaba y sentía ganas de disfrutar al menos, de lo que se ponía ante sus ojos.

La gran vidriera central de la estación con aquel enorme reloj, le dejó tan alucinado, que un guardia tuvo que empujarle con la culata de su fusil para que siguiera caminado. Luego fuera, todo era para él diferente. La calle Marqués de Paradas era un hervidero de gente que iba o venía de un sitio para otro. Hombres y mujeres por las aceras, se quedaban atónitos al ver el espectáculo que representaba un grupo de guardias civiles escoltando a un preso con gorra negra y las manos unidas por detrás con unos gruesos grilletes.

Algún viandante preguntaba a los guardias que quién era ese al que llevaban preso, pero ninguno daba contestación alguna. Otros comentaban entre sí sobre lo que estaban presenciando y no faltó quien decía aquello de:

- Si va preso es porque algo habrá hecho.

La comitiva llegó hasta el final de la calle, torció en la esquina con Reyes Católicos en dirección a Triana, pero antes de llegar al puente, se encaminó hacia el barrio del Arenal en donde estaba el penal. Al fondo y antes de dejar aquella gran calle por la que circulaba el tranvía, el *Rabazo* pudo ver las barandillas del puente de Isabel II y el horizonte trianero enmarcado en la plaza del Altozano.

Nuevamente la culata de un fusil le hizo salir de su embobada situación y enseguida estuvieron ante los enormes muros de la cárcel del Pópulo.

Una gran puerta de madera se abrió ante él, y poco después el reo era entregado a los funcionarios de la prisión. Tras el papeleo correspondiente, fue conducido a una pequeña estancia, en donde se le practicó un reconocimiento médico, practicado por un médico militar, que no tuvo el más mínimo escrúpulo en introducirle sus gruesos dedos por el ano, con el fin de verificar si tenía o no hemorroides. Luego le miró la boca, los ojos y los oídos.

- Está en perfectas condiciones, ya se lo pueden ustedes llevar.

El *Rabazo* fue conducido hasta su celda a través de lo que llamaban el *Patio Chico*, en donde unos cuantos de presos mataban el tiempo fumando o tomando el poco sol que podía sobrepasar los muros.

Algunos miraban al recién llegado con cierta curiosidad, no parecía un delincuente habitual y tampoco uno de esos a los que metían en la cárcel por ser terrorista o anarquista. Tampoco su atuendo era el clásico de la gente de los bajos fondos de Sevilla. Naturalmente las especulaciones sobre el recién llegado no se hicieron esperar.

En poco tiempo, tras cruzar por los largos pasillos de la galería, uno de los funcionarios se detuvo ante una puerta, abrió el cerrojo e indicó al preso que entrara, tras quitarle los grilletes de las manos, la puerta se cerró a su espalda y el *Rabazo* quedó solo entre las cuatro paredes que conformaban su celda y en la que sólo había como mobiliario, un camastro con un jergón de paja y un cubo metálico, que le serviría para depositar en él sus deposiciones. Como luz, la que entraba en aquella estancia a través de un diminuto y alto ventanuco cruzado por gruesos barrotes de hierro y al que no se podía acceder, si no era con la ayuda de una escalera.

Por la ventanilla que había en la puerta, el funcionario puso en antecedentes de cómo habría de comportarse a partir de aquel momento.

- Escúchame preso, cuando sientas el cerrojo saldrás a la puerta y te quedarás en ella hasta que se te den las órdenes oportunas de lo que has de ir haciendo. Te advierto que si tu comportamiento no es como es debido, sufrirás en la celda de castigo, así que te aconsejo que no la tengas que probar, ¿Me has entendido?

- Sí...

- ¡¡Sí señor!! Así es como tienes que dirigirte a nosotros o, ¿es qué en Cazalla no te han enseñado como tienes que comportarte?

El *Rabazo* no respondió a la pregunta descarada del funcionario, que cerró bruscamente la portezuela de la trampilla, mientras él se tumbaba pesaroso en el

duro camastro. Estaba muy cansado, las piernas le dolían de tanto tiempo estar sentado en los duros asientos del tren. También las muñecas le escocían por el continuo roce de los grilletes. En el costado aún tenía una gran molestia debido a los culatazos que uno de los guardias que le escoltaba desde la estación le propinó. Se tumbó en el camastro y se quedó profundamente dormido.

XXV

Los ruidos de la cárcel comenzaron a ir aumentando a medida que se iban abriendo las rejas de los presos. El *Rabazo* seguía profundamente dormido. Tanto es así, que no se enteró de que el cerrojo de la puerta de su celda se había abierto. Tuvo que ser un funcionario quien le despertó dándole una patada en el costado.

- ¿Qué pasa, que no te has enterado de que tienes que cenar, o es que el señor quiere que le traigamos la comida a su habitación? ¡Vamos sal para fuera, si no quieres que te saque a hostias!

Antonio no contestó, salió a la puerta de su celda y desde ella pudo ver como todos los presos estaban cada uno en su sitio, esperando a cumplir las órdenes de aquellos carceleros que parecían en muchas ocasiones más amargados que los propios presos. Comprendió que lo que tenía que hacer era dejarse llevar y así lo hizo. No era difícil aprender la disciplina de la prisión, así que se limitó a hacer lo que los demás hacían.

Minutos más tarde, ya estaba en la cola para recoger el rancho. Alguien le dio una vasija en forma de plato y una cuchara de palo. Algunos presos lo miraban con desconfianza, otros con ironía y sólo uno de ellos se acercó para darle la bienvenida a su nuevo destino. Era un hombre alto y fuerte con una abundante cabellera negra. Sus ojos desprendían una extraordinaria lucidez y de sus labios una suave sonrisa, que proporcionaban una cierta serenidad.

- ¿Eres nuevo aquí, verdad amigo?

- Sí, me han traído esta mañana desde Cazalla.

- Ven, te diré el mejor sitio para sentarse tranquilamente a comer, si es que a esto se le puede llamar comida, pero es lo que hay.

Sentados en unos bancos de piedra los dos hombres comenzaron a comer aquel sucedáneo de sopa que disimulaban, dándole fuertes bocados a un mendrugo de pan. No muy lejos de ellos, dos compañeros discutían por el sitio en donde sentarse, otros dos hablaban obscenidades de lo que le harían a sus mujeres cuando fueran puestos en libertad. En un oscuro rincón un joven interno de raza gitana lloraba a lágrima viva su desgracia, mientras Antonio y su nuevo compañero permanecían en silencio.

- Ya ves, este es el panorama que tenemos aquí todos los días, pero no es esto lo malo, lo malo es cuando nos metamos cada uno en nuestro camastro, ahí es donde empieza la pena que tenemos que cumplir. Cada uno llevamos nuestra procesión por dentro y como es natural, cada uno de nosotros nos sentimos inocentes de lo que hayamos hecho.

- Yo no soy inocente de nada, yo he matado a una mujer y a sus dos hijas y lo que quiero es que esto acabe ya de una vez.

El sorprendido compañero del preso recién llegado quedó estupefacto ante las palabras de Antonio. Por un momento pensó que aquel hombre que tenía delante estaba loco, pero luego comprendió la realidad. A su mente vinieron algunas de las noticias que a través de los periódicos que con escasez llegaban a la cárcel había leído. Aquel hombre venía de Cazalla, se confesaba culpable de la muerte de una mujer y de sus dos hijas y su aspecto de campesino coincidía con las narraciones de la prensa. No se podía creer que aquel hombre pudiera haber hecho tal cosa de la que hablaban los papeles y sin disimular su extrañeza preguntó con cierta incredulidad.

- ¿No serás tu ese al que llaman *Rabazo*?

- Sí, yo soy, y si no se lo cree usted pregúntele a los funcionarios.

No hubo más palabras por parte de aquel hombre con respecto al tema que había llevado a la cárcel a Antonio Martines Fernández. Terminaron ambos de comer la bazofia que les dieron para cenar y antes de formar para el recuento se puso a su entera disposición como compañero.

- Sé que esto es muy difícil, pero aquí lo mejor es que todos nos llevemos bien por la cuenta que nos tiene. Puedes contar conmigo para lo que haga falta, me llamo Anselmo y soy de Carmona.

- Se lo agradezco a usted. Mi nombre es Antonio y mi pueblo se llama

Guadalcanal, está por la sierra, no se si habrá oído hablar de él.

- Sí que he oído hablar de tu pueblo, se va a él desde el mío por la carretera de Lora del Río.

Las voces de los funcionarios cortaron todas las conversaciones, pues había llegado la hora del recuento y tras éste, para más seguridad, se pasaba lista uno a uno. Fueron desfilando a sus distintas celdas al compás de la monótona armonía de los cerrojos que se cerraban detrás de cada preso, que se quedaba a solas en la lúgubre oscuridad de la noche, solo rota por la tenue luz del pasillo, que se apagaría una vez que cada preso quedara a buen recaudo en su covacha.

El silencio de la galería era roto de vez en cuando por los distintos aspavientos de los sentimientos de cada uno. Los había para topos los gustos, desde los tristes sollozos provocados por la impotencia, hasta los insultos a quien de una manera u otra había sido culpable de la pena, que quien los emitía hubiera recibido. Hondos suspiros, y maldiciones se mezclaban con desagradables bromas verbales hacia otros presos, haciendo alarde de los más despreciables comentarios deshonestos.

Más de una vez el funcionario de turno tenía que intervenir para que el orden volviera a reinar en la galería, teniendo en muchas ocasiones que hacer funcionar la amenaza de la celda de castigo.

Poco a poco la calma se hacía y el silencio invadía todo el entorno. Mientras unos dormían, otros daban rienda suelta a su imaginación. Unos se concentraban en los recuerdos más amables de sus vidas y soñaban con ver a sus madres, hijos o hermanos. Otros se remueven en su camastro llenos de amargura y los más jóvenes, ponían en práctica la única forma de recibir el placer sexual, que una persona sola puede administrarse.

Así eran las noches en aquella cárcel situada en el centro de la ciudad hispalense, que se movía al ritmo trepidante de los acontecimientos que la ocupaban a diario en los distintos quehaceres de sus dirigentes y vecinos.

XXVI

Los días que transcurren por la desvencijada España no son buenos para nadie. El rebrote de la guerra en África hace que la atención de los ciudadanos se centre en los acontecimientos que llegan desde Maruecos en donde Abd-el Krim se lo está poniendo muy difícil al general Berenguer

No es solo el problema africano; es la pesadilla de los muchos españoles que de una forma u otra deambulan por la incertidumbre. Las continuas huelgas en las zonas industriales se van ampliando a los ámbitos rurales de Andalucía, Extremadura y La Mancha. El movimiento obrero unas veces con razón y otras sin ella, pone en jaque al gobierno de Eduardo Dato que trata por todos los medios de poner orden en el tremendo desaguisado en el que se está metiendo un país que no levanta cabeza, desde que terminó la gran guerra.

Por si esto fuera poco, los movimientos independentistas de Cataluña no hacen más que empeorar las cosas y la sociedad se deteriora de tal manera, que en cualquier ciudad o en cualquier pueblo, los temas políticos son llevados al extremo más absoluto. Vengan de donde vengan las noticias.

En el colegio de abogados de Sevilla, el joven letrado, Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, que está acompañado de su padre también eminente jurista, tratan de ordenar unos papeles sentados en un cómodo sofá, que hay en el salón de actos. Su misión se hace difícil, ya que cerca de ellos tres colegas discuten sobre la forma de llevar a cabo unas gestiones que según ellos, deberían de ser rechazadas.

- Mi querido amigo, estás cometiendo un tremendo error defendiendo a esa

alimaña, porque eso es lo que son los anarquistas y los socialistas; unas alimañas, por mucho que Dato quiera legalizarlos.

El joven Adolfo no pudo contenerse al oír como uno de sus colegas increpaba de manera despreciable a otro compañero, alegando que su defendido no tuviera derecho a una defensa. Se levantó del sofá y entregó a su padre los papeles que estaba verificando, se dirigió a los tres compañeros que discutían y con cierto aspaviento, pero con una extraordinaria rectitud, expuso con clarividencia su punto de vista.

- Perdonen ustedes que me entrometa en su discusión, pero sus argumentos mi querido colega con respecto a la defensa de esos obreros de los que habla, no están debidamente fundados, todo el mundo tiene derecho a un juicio justo y como es natural, a una defensa como es debido.

- ¿Usted ve justo que esos malhechores que este compañero defiende -por cierto, gratuitamente- cometan un delito de agravio a la propiedad, además de agredir al dueño y al capataz de la finca en la que trabajaban? ¿Lo ve justo amigo mío? yo no lo veo así y por eso pienso que este colegio de abogados debería de hacer algo para que esos indeseables no tengan derecho a ninguna defensa...

- No somos nosotros los que debemos de juzgar los delitos de la gente. Es el juez quien ha de pronunciarse y nosotros hacer lo posible para que su veredicto sea lo más justo posible.

- Ya veo que usted esta de parte de los más indeseables. Estoy al corriente de la defensa que lleva a cabo con relación al asesino de Cazalla. Ese tal *Rabazo* del que tanto hablan los periódicos últimamente.

- Así es mi querido colega, mi padre y yo nos hemos hecho cargo de la defensa de ese desgraciado, y le puedo asegurar que la sentencia que salga para mi cliente, no va a estar falta de asistencia, aunque la condena sea la menos benevolente. Ahora les ruego me disculpen por haberme metido en su conversación, pero quiero que sepan que como miembro de este colegio, creo que nuestro deber es hacer que la justicia sea lo más imparcial posible. Lamento haberles interrumpido, buenas tardes.

Los tres contertulios no respondieron al joven abogado que volvió al lado de su padre, quien observaba con expectación como su hijo hacia alarde de su oratoria, dejando muy claro los principios liberales que desde niño su progenitor le había inculcado.

- Creo hijo que no te tenías que haber puesto así, ese hombre es un jurista de la vieja escuela y más que un conservador, yo diría que está detrás de los

involucionistas que desde hace tiempo andan a la que salta, para hacer que las cosas cambien de una manera radical. Ándate con cuidado con él, es muy amigo de los del Somatén.

- Ya lo sé papá, pero creo que si cada uno nos ponemos en nuestro sitio, estos sabrán a que atenerse.

- Bueno creo que esto ya está ordenado, ahora tenemos que preparar los informes para el juez en relación al caso de Antonio Martínez Hernández. Mi opinión es que visto el comportamiento de este hombre, lo mejor que podemos hacer es plantear la enajenación mental, eso nos hará ganar tiempo y también cabe la posibilidad de que los peritos en la materia nos puedan dar la razón. Un hombre así no puede hacer algo parecido, si su cabeza funciona como es debido.

Padre e hijo salieron del colegio de abogados y se internaron en el barrio de San Esteban, camino de su casa en la calle de San Vicente. Allí en el despacho familiar, los dos letrados se pusieron a la faena, mientras la esposa y madre de estos, daba las órdenes oportunas al servicio para que preparasen la cena.

Eran casi las nueve de la noche cuando en el comedor, la dueña de la casa se felicitaba por tener a cenar a su hijo. Siempre ocurría así cuando los dos hombres de su casa tenían cosas importantes que hacer.

- Veo hijo que estáis muy ocupados, ¿Hay problemas en el juzgado?

- No mamá, es un informe que tenemos que tener redactado para mañana.

Eran las ocho de la mañana cuando Adolfo Rodríguez Jurado salió de su casa para dirigirse a la Audiencia. Al llegar a la Campana, se desayunó un chocolate con tostadas, en un cafetín cerca de la calle de Sierpes. Luego en la Plaza de San Francisco hizo unas gestiones en el Ayuntamiento y finalmente se dirigió al juzgado.

El secretario judicial le mandó pasar y pronto estuvo ante la presencia de su señoría, quien no contestó ni siquiera al saludo del letrado. Estaba inmerso en la lectura del sumario que desde los juzgados de Cazalla le había sido remitido. En el cenicero de la mesa un cigarrillo se consumía a la espera de que alguien le diera una calada. Detrás de la silla que el juez ocupaba, una gran foto del Rey y al lado derecho, una bandera de España, como era normal en los despachos de todos los jueces.

El secretario judicial le hizo una señal para que se sentara en una silla situada frente al lado derecho de la mesa. El juez no parecía darse por enterado de que el abogado estaba ante él y seguía leyendo la letra redondilla escrita con pluma y con una extraordinaria caligrafía. De pronto soltó el legajo de papeles que estaba leyendo, se echó hacia atrás en el respaldo de su sillón, cogió con los dedos

el resto del cigarrillo que le quedaba en el cenicero y tras exhalar una profunda calada hizo un comentario que en nada tenía que ver con el caso que estaba estudiando, aunque si con el que había escrito aquello.

- Verdaderamente los funcionarios de justicia de los pueblos tienen mejor letra que los de las capitales, ¿Qué opina usted?

- Tal vez señoría sea porque tienen menos casos que resolver que en esta Audiencia y al tener más tiempo lo pueden dedicar a perfeccionar su caligrafía.

- Tal vez tenga razón. Y ahora vamos a lo nuestro. He leído con detenimiento la instrucción hecha por el juez de Cazalla y no veo ningún atenuante para que este hombre no sea condenado por un delito de asesinato triple en primer grado; él mismo en sus declaraciones se confiesa culpable de todo lo que hizo.

- Así es señoría, pero la defensa está convencida de que su perturbación mental esta más que demostrada. A ningún ser humano que esté en perfecto estado de consciencia se le hubiera ocurrido tal desaguisado, más aún tratándose de una mujer que era amiga y vecina suya de toda la vida. Así lo expone la defensa ante su señoría en el informe que ha entregado al secretario judicial.

- Entonces tendrá que examinarlo el psiquiatra forense y que sea él quien determine si el tal Antonio Martínez Hernández está o no esta psíquicamente saludable. Señor secretario, curse la orden para que lo vea el psiquiatra...

- Perdón señoría, la defensa también solicita un examen independiente que confirme el diagnostico del forense.

- Por mi parte no hay ningún inconveniente. Que el secretario le de los permisos correspondientes para que el psiquiatra que usted elija, vaya a examinar al reo a la cárcel. Ahora señor abogado si no le importa quiero leer su informe al completo. Ya tendrá noticias de este juzgado. Por cierto déle recuerdos a su padre.

El abogado del *El Rabazo* salió satisfecho de la Audiencia. No se esperaba la reacción del juez instructor, pues no puso ninguna pega para que la defensa pusiera todos los medios necesarios para impedir en lo posible lo que a aquel cliente suyo se le venía encima.

Por el patio principal de la Audiencia se encontró con un viejo compañero que le animó a seguir adelante con aquel difícil caso, tanto es así, que los dos letrados decidieron ir a comer después de que éste asistiera a un juicio de faltas.

- ¿Que tal ha salido la cosa?

- Nada importante Adolfo unos vecinos de Benacazón que se pelearon por una herencia y tuvo que intervenir la Guardia Civil. Pero no ha llegado la sangre al río. Nos vamos a Triana a comer *pescaito* frito.

Los dos colegas se encaminaron en dirección al barrio del otro lado del río. Tras pasar por los jardines de Catalina Ribera, marcharon por la Pasarela en dirección al Costurero de la Reina, pero torcieron por detrás de la fábrica de tabacos, hasta llegar al palacio de San Telmo. Luego en la Maestranza observaron con simpatía a unos harapientos niños que jugaban a ser toreros y les causó gracia como uno decía que quería parecerse a el *Gallo* y el otro a *Sánchez Mejías.*

- ¿Quién sabe? dijeron los dos al unísono.

Cruzaron el gran paseo por el que circulaban bastantes carros de mulas con material de construcción, posiblemente para las obras que se estaba haciendo con motivo de la Exposición Iberoamericana y ya en el puente, pudieron divisar a la derecha, la Cartuja, convertida en fábrica de cerámica. Parecía insólito ver emerger tan altas chimeneas de los tejados del monasterio de Santa María de las Nieves, soltando por sus fauces, una gran nube de humo gris.

Ya en el Altozano una gitana con su *churumbel* en el costado y los pechos casi al aire, se acerca a los dos hombres para pedirles una limosna por el amor de Dios, a lo que accede Adolfo dándole una moneda de 25 céntimos. La mujer se desvive en parabienes hacia tan noble persona, haciéndole toda clase de buenaventuras.

- ¡Ay señorito! que el Cristo del Cachorro lo proteja muchos años y que tenga usted una buena novia que le dé churumbeles cuando se case, porque la mujer que se case con usted señorito, tiene que ser una reina...

- Anda, anda zalamera, vete a comprar algo de comer para esa criatura.

En una taberna de la calle de San Jacinto, el camarero con largo delantal blanco soltaba la retahíla de productos gastronómicos relacionados con el pescado que en aquella casa se servia. En la mesa de al lado, un señor gordo y muy trajeado que lucía un clavel en la solapa de su chaqueta, discutía con otro también elegantemente vestido los pormenores de un contrato en el que se hacía hincapié de la calidad de uno de los toreros que al parecer el del clavel en el pecho apoderaba. Toda la taberna estaba decorada con elementos taurinos: cabezas de toros disecadas, fotos de ilustres diestros como la de Cagancho que lucía en la parte más visible del salón encuadrada entre azulejos de cerámica mudéjar y muchos carteles de corridas celebradas en la cercana Real Maestranza sevillana. También dos grandes retratos de la Esperanza trianera y del Cristo del Cachorro, que lucían coronados a ambos lados del escudo hispalense y como fondo, una bandera roja y gualda.

- A mi me vas a poner cazón en adobo y de beber manzanilla de Sanlúcar.

- Yo tomaré lo mismo.

La conversación de los dos abogados se fue prolongando al mismo tiempo que el cazón en adobo era sustituido por pescada o por langostinos de Huelva. Lo mismo pasaba con las medias botellas de manzanilla que tuvo el camarero que sustituir en dos ocasiones.

Ya los dos taurinos habían llegado a un acuerdo con respecto a la cuadrilla apoderada por uno de ellos y mientras tanto, otros clientes ocupaban los veladores de mesas de hierro forjado y encimera de mármol.

- Me dijeron que te habías quedado con un caso muy peliagudo ¿es cierto Adolfo?

- Sí, es bastante delicado, la verdad es que ese hombre lo tiene muy difícil, vamos a ver si por lo mental sacamos algo.

- Hombre los jueces suelen ser algo benevolentes con lo informes de los psiquiatras.

- Ya, pero hay jueces y jueces.

- Yo te puedo poner en contacto con el doctor Miraflores, es una eminencia en psiquiatría y me da la sensación de que no tendrá ningún inconveniente en hacerle un reconocimiento a tu cliente.

- Te lo agradezco mucho, dame una carta de recomendación, para pedirle una entrevista.

- No hará falta es muy amigo de mi padre y se visitan con mucha frecuencia. Yo hablaré con él, pero, dime una cosa Adolfo, ¿no crees que te has metido en un caso muy delicado y sin mucho futuro?

- Precisamente eso es lo que me dijo el juez instructor de Cazalla y ¿sabes lo que le respondí? que la justicia ha de ser igual para todos y nadie es culpable, mientras un tribunal no lo diga.

- Siempre serás fiel a tus ideas Adolfo, te admiro por ello, y aunque no las comparto, tengo que reconocer que siento envidia de tu tenacidad. Si todos tuviéramos el amor propio que tú demuestras tener, tal vez las cosas serían más fáciles.

- Quizás tengas razón amigo mío, pero por eso hay que tirarse al ruedo y torear el toro como venga.

Los dos abogados dieron por terminada la conversación y tras abonar al camarero sus consumiciones salieron de nuevo para internarse en el corazón de la ciudad.

XXVII

Al llegar al barrio del Arenal, Adolfo sitió la necesidad de entrar en la cárcel del Pópulo e invitó a su amigo para que pudiera ver con sus propios ojos, el por qué asumir la defensa de aquel hombre, era algo más que una mera apuesta profesional. Adolfo estaba convencido de que *Rabazo* era el vivo retrato de la España actual. Una España en la que dominaba la incultura personalizada más si cabe, en los pueblos de una Andalucía profunda, en los que el dominio caciquil de los terratenientes y el poder de la Iglesia, fecundaban personajes como el Rabazo. Personajes tan inmersos en la ignorancia, que en muchas ocasiones no valoraban el verdadero orden de la vida, llegando a hacer auténticas barbaridades como era el caso que ahora le ocupaba.

Ante los dos abogados la descomunal mole de lo que fuera el convento de Santa María del Pópulo. Una extraordinaria obra arquitectónica que allá por el año 1625 viera la luz gracias al solar que cedió Antón de la Cerda, junto a la margen derecha del Guadalquivir, con el fin de albergar a monjes agustinos recoletos procedentes de Portugal y Granada, en el que residieron hasta la desamortización de Mendizábal, allá por el año 1835, que se convirtió en cárcel.

Entraron por la puerta principal y ninguno de los dos se fijó en la bella decoración de los arcos de medio punto repujados con capiteles y demás ornamentos arquitectónicos de la época. No era tampoco aquel un edificio para encerrar en su interior toda clase de malhechores y revolucionarios anarquistas y comunistas, que afloraban últimamente de una forma imparable.

En la puerta, dos guardias civiles le flanquearon la entrada y los dos

amigos se presentaron como abogados de uno de los presos. Un Cabo comprobó la documentación y éste los acompañó hasta el interior de la cárcel. Caminaron por largos pasillos hasta llegar a lo que fuera antiguamente el claustro del convento. En una de las estancias que había al final de un pasillo fueron recibidos por un funcionario.

- Buenas tardes señores, no les parece a ustedes que estas no son horas de visita.

- Discúlpeme señor... no me ha dicho usted su nombre.

- Mi nombre señor abogado es Alberto de la Encina, director adjunto de este centro penitenciario. Ustedes, ya veo que son abogados y por lo visto vienen a ver al interno Antonio Martines Hernández ¿Me equivoco?

- No, no se equivoca usted don Alberto. Mi nombre es Adolfo Rodríguez y este es mi colega José Jiménez Candau. Y sí venimos a estas horas, es porque nuestros menesteres no nos han permitido hacerlo antes.

Los dos abogados se miraron con una cierta complicidad reconociendo con sorna que los menesteres de los que habló Adolfo al funcionario no eran otros que los de haber estado tomando unas copas de vino con el exquisito pescado frito que se servía. Pero no era razón que aquel carcelero supiera nada, así que Adolfo insistió en sus deseos de ver al *Rabazo*.

- Dígame usted ¿Cuándo podremos ver a mi cliente?

- En seguida les acompañaran al locutorio.

Minutos después entraba en el despacho un funcionario con uniforme gris y un manojo de llaves en la mano. Tras hacerle una señal para que les acompañara, los tres se dirigieron nuevamente por el gran corredor del claustro en el que aun quedaban resquicios de su antigua función monástica. Tanto es así, que en algunas paredes lucían aún azulejos con imágenes de Cristos y Vírgenes. Adolfo llegó a distinguir en uno de esos azulejos, la del Cristo de los Gitanos, pues aquel convento fue durante muchos años sede de la cofradía.

Entraron en lo que en su tiempo fuera el refectorio de los monjes agustinos. Aún estaba el púlpito donde mientras todos comían, uno de ellos se dedicaba a leer pasajes de las sagradas escrituras. Al fondo, una puerta que sería antaño la que daba a las cocinas y otra por la que ellos entraron que se cerró a sus espaldas, dejando solos a los dos abogados, quienes aprovecharon el tiempo hasta que les trajeran al preso para hacer volar su imaginación entre aquellas paredes.

- No me imagino que este lugar tan sagrado, ahora esté dedicado para tener personas encerradas.

- Siempre hubo personas encerradas aquí. Ahora son criminales y antes eran

ignorantes o simplemente creyentes engañados por las altas jerarquías de la Iglesia.

- Mi querido Adolfo, tú siempre estas a la que salta, no puedes dejar un momento sin comparar lo que ves con esos principios revolucionarios que tienes.

- Es que es imposible mi querido amigo. Creo que ese loco de Mendizábal hizo bien en arrebatar a la jerarquía eclesiástica muchos de sus bienes, aunque tengo que reconocer que estos bienes no fueron a parar a donde verdaderamente deberían de haber ido...

El cerrojo de la puerta por la que entraron se dejó oír y tras abrirse, los dos abogados quedaron estupefactos, al ver el cadáver viviente que caminaba hacia ellos, con las manos por delante unidas por los grilletes. Su pálido rostro contrastaba con la abundante barba que no se había afeitado desde la mañana en que saliera de Cazalla. Su delgadez era más acuciada que la última vez que Adolfo lo viera en la cárcel de la villa serrana. Lo que conservaba era su mirada siempre perdida en el infinito, como si estuviera observando cualquier acontecimiento ajeno a las personas que tenía delante.

El funcionario le indicó un taburete de madera que había detrás de una mesa y éste se sentó en silencio, luego con la mirada perdida -como siempre- se limitó estar sentado sin decir una sola palabra. Los dos abogados lo observaban también en silencio, mientras el funcionario le quitaba los grilletes.

- Antonio ¿sabe usted quien soy yo?

El *Rabazo* se limitó a responder afirmativamente con la cabeza, sin dirigir en absoluto la mirada a su interlocutor, quien sacó un paquete de cigarrillos americanos, ofreciéndole uno con el ánimo de poder romper el hielo dialéctico, que aquel hombre imponía con su depresivo silencio.

- Tome un cigarro de éste Antonio, son muy buenos ya lo verá, vienen de América.

Antonio se encogió de hombros haciendo ademán de que le daba lo mismo que los cigarrillos vinieran de América o de Australia, a fin de cuentas, cigarrillos eran y por eso no lo despreció. Lo encendió y exhaló una gran bocanada de humo que invadió el ambiente cercano con ese extraño olor que suelen dejar los cigarrillos rubios, tan distinto al fuerte aroma del tabaco picado que él siempre había fumado.

- Don Adolfo, esto sabe a colonia.

- No hombre, es que es un tabaco diferente, ¿es qué no le gusta?

Al fin, aquel hombre había roto su silencio ¿Quizás el cigarrillo? quien

sabe, pero lo importante es que el hielo se había roto y tal vez cliente y letrado podrían entablar una conversación que pudiera servir para la defensa, que con tanto ímpetu llevaba el joven abogado.

Adolfo acercó su silla a la del preso para que éste sintiera de alguna forma más cercano su afecto y poco a poco fue engendrando una confianza tal, que *El* R*abazo* contestaba sin ningún complejo, cuantas preguntas le hacía su abogado. Eso sí, con la mirada puesta en el suelo, como si no quisiera ver en los ojos de sus dos visitantes, la sorpresa que sus respuestas producían en estos, sobre todo en el acompañante de Adolfo, que no podía creer lo que estaba escuchando de la boca de aquel hombre.

- ¿Que tal se encuentra usted aquí en Sevilla, Antonio?

- Lo mismo que en Cazalla, que más da.

- Ya hombre, pero lo tratan mejor o peor que en el otro sitio.

- A mi ya me da lo mismo, yo lo que quiero es que esto se acabe ya de una puta vez, *pa* lo que sirvo.

- Antonio, va a venir a visitarle un médico muy importante de aquí, de Sevilla; ya verá como él demuestra que usted, cuando hizo lo que hizo, no estaba en sus cabales...

- ¿Qué no estaba en mis cabales?, bien que sabía yo lo que hacía, la pena es que no pudiera hacer yo ahora lo mismo conmigo. ¡Maldita sea mi estampa!

- No hombre, no, ya verá como el doctor que va a venir a verle dice que eso lo hizo usted fuera de sí, que fue un ataque de locura.

- ¿Y qué sabrá el matasanos ese como estaba yo ese día?, si él no estaba allí *pa* verlo; el único que puede decir lo que pasó soy yo, y se lo voy a decir a ustedes para que lo sepan de una *joia* vez.

El Rabazo con la vista fija en el infinito, comenzó a hablar de una manera monótona pero con una voz clara. Sus dos oyentes no salían de su asombro, más aún, el compañero de Adolfo, quien al contrario que su amigo, no conocía a aquel personaje tan peculiar. Pero tampoco el abogado defensor salía de su estupefacción, pues pensaba que el tiempo transcurrido desde que lo visitara en la cárcel de Cazalla, le hubiera servido para que reflexionara con respecto a su defensa.

- La Carolina y yo nos criamos juntos en Santa Ana y tengo que decirles que en la vida le puse una mano encima. Siempre andábamos por la cuesta del Espíritu Santo jugando cuando éramos chicos y luego de más mayores, fuimos a la *asituna* juntos. Recuerdo aquella vez que estuvimos de *domia* en el *Porrillo*; menudas

juergas teníamos por la noche todos los mocitos. Y no les digo nada cuando llegaba el remate. Aquél año me acuerdo que se me fue la mano con la botella del aguardiente y ella fue la que me lavó las *gomitauras* en un *panelón* que había en la puerta del cortijo. Ya les digo, nos criamos como hermanos. Parece que la estoy viendo con aquellas trenzas negras, cuando merendábamos en la *Cuesta la Horca* o cuando nos montábamos en los güitomas de la feria. El día que se casó, yo me alegré mucho, porque se casaba con un buen hombre. Porque José es muy buen hombre, se lo digo yo don Adolfo. Anda que menuda boda tuvimos, no faltó el vino, ni el chorizo de la *orza* y menudo *lebrillo* de gañotes nos puso la María Josefa. Cómo los hacía de buenos. Y aguardiente *Flor de la Sierra* anda que no está bueno ni *na* ese puto aguardiente, menudas melopeas se agarraba uno. Pero la vida da muchas vueltas don Adolfo, y ese maldito día que aparecí yo por la casilla, fue mi perdición. La vi de espaldas y de buenas a primera, sentí como si el demonio me dijera que la matara, y así lo hice, saqué mi navaja y le *rebaneé* el cuello como si estuviera degollando un borrego. Todavía tengo aquí, dentro de mi cabeza esos ojos *desorbitaos* que me miraban como miran los borregos *degollaos*, no pude aguantar esa mirada y con una piedra rematé mi faena. Estaba loco Don Adolfo. Luego aquellas criaturitas, aquella niña chica en su cuna...

Los dos abogados espantados ante la narración, no fueron capaces de hablar para no romper el silencio que aquel hombre había dejado flotando en el ambiente. *El Rabazo* seguía con la vista perdida en el infinito y por entre las arrugas de su deteriorado rostro, corrían dos densas lágrimas que se deslizaban suavemente hasta llegar a la comisura de los labios. Se las limpió con la manga de su *chambra* y siguió su alocución sin mover ni un músculo de su cara.

- En aquel momento me sentía como una alimaña, si hubiera *aparesio* alguien más por allí le aseguro que también me lo hubiera *cargao*... Luego ya en *Guarcana* me empecé a dar cuenta de lo que había hecho y con el dinero que le quité a la *probe* Carolina me fui *an ca* la *Carmela,* para que una de las mujeres que tenía allí me quitara los remordimientos, pero qué remordimientos me iba a quitar una mujer que no le llegaba a Carolina ni a la altura de la suela del zapato...

Un gran silencio volvió nuevamente a inundarlo todo. Las lágrimas volvieron a asomar a los ojos de aquel hombre arrepentido de lo que había hecho. En su cara se reflejaba la verdad de sus sentimientos, que eran de un gran remordimiento e impotencia, al no poder devolver las vidas que había quitado. Estaba claro que aquel hombre era consciente de lo que había hecho y su defensor dejaba caer la vista en los ojos de su compañero, como si le implorase ayuda para intentar sacar adelante un caso seguro de cadalso, pues con aquellas declaraciones el futuro no era muy halagüeño.

José Jiménez se arriesgó a romper aquel silencio, aún a costa de fracasar

en el intento de sacar de su intervención algo positivo, para que aquel desgraciado no llegara al cadalso.

- ¿Me permite usted Antonio que le haga unas preguntas?

- Las que usted quiera señor.

- Dígame Antonio ¿Ha sentido usted dolores de cabeza antes de que ocurriera lo de la casilla?

- No señor, mire usted nunca he *estao* malo, ni siquiera he *tenío* un puñetero *refriao.* Yo cuando iba a la *asituna* no llevaba ni jaqueta.

- ¿Cuénteme cosas de su pueblo Antonio? ¿Quién es esa *Carmela* de la que habla?

- Es la alcahueta de una casa de trato que hay detrás de la Iglesia de Santa Ana, a donde van los señoritos a hacer lo que no le hacen a sus mujeres.

- ¿Sólo los señoritos van a ese burdel?

- Bueno también van los *probes* pero menos. La *joiaporculo* cobra muy caro.

- ¿Usted iba a casa de la *Carmela* con frecuencia?

- Solo una vez de soltero y *aluego* el día que me pillaron los civiles.

- ¿Tiene usted pesadillas por la noche Antonio?

- Sueño con esas criaturas, hasta cuando estoy despierto.

- ¿Por qué cree usted Antonio que hizo esa locura, por el dinero que le robó o porque aquella mujer estaba de buen ver y usted no podía gozarla?

- Yo no lo sé señor abogado...

El interrogatorio tuvo que ser suspendido, pues *El Rabazo* rompió en un penoso sollozo que a Adolfo le llegó al corazón, teniéndole que poner una mano en el hombro para que se tranquilizara.

- Vamos Antonio, tranquilícese, tenga otro cigarro de estos míos aunque sepan a colonia.

- Si no me puedo tranquilizar don Adolfo, esta reconcomía que tengo aquí dentro hace que me hierva la sangre. Lo que quiero es quitarme de en medio. A mí lo que me tienen que hacer es arrebatarme la vida por lo que hice, don Adolfo, yo soy un criminal de lo peor del mundo.

- Antonio, usted ha cometido un crimen, es cierto, pero estoy convencido de que no lo hizo conscientemente. Va a venir un médico de los de la cabeza, a reconocerle y ya verá cómo demuestra que en el momento en que usted cometió el asesinato no estaba en sus cabales.

- Y si eso fuera verdad ¿le devolvería la vida a la Carolina y a sus niñas?

Adolfo no pudo seguir hablando, aquel hombre estaba convencido de su culpabilidad y eso le hacía vulnerable ante cualquier intento de defensa que su abogado pudiera poner en práctica. Antonio Martínez Hernández era consciente de su delito y no solo era consciente sino que los remordimientos que sentía por lo que hizo, le estaban llevando a la más oscuras de las latitudes humanas. El temor de su abogada era que aquel hombre llegara a poner fin a su vida, dadas las circunstancias. Su deterioro físico, esa mirada perdida, la reacción nula ante cualquier estimulo, su tremenda delgadez, hacían pensar que *El Rabazo* estaba hundido en la más completa de las depresiones.

Había que tomar decisiones al respecto ya, pues el suicidio lo veía tan cercano que optó por dar por finalizada la visita y ponerse a la faena lo antes posible, para que aquel hombre fuera juzgado a la mayor brevedad y si la providencia tenía a bien salvarle la vida, hacer lo posible para su regeneración.

No había duda de que aquel hombre cometió un tremendo crimen, quizás llevado por no se sabe qué trastorno mental. Pero viendo la forma en que sufre por los hechos, el arrepentimiento y el remordimiento de conciencia que le acosan, el abogado está seguro de que si aquel hombre hubiera estado en sus cabales, nunca se le hubiera ocurrido cometer tan sangriento delito. Por eso estaba convencido de que un buen psiquiatra le daría la razón ante los jueces. Dio la visita por terminada, no sin antes hacer unas ciertas recomendaciones a su defendido.

- Antonio, le rogaría que no preste declaración a nadie si no estoy yo presente. ¿Me ha entendido? Si alguien se lo propusiera, dígale que yo tengo que estar presente. También quiero decirle que vendrá un médico conmigo para verlo. Y dígame usted si necesita algo: comida ropa o tabaco, no tendré ningún inconveniente en hacérselo llegar.

- No se preocupe usted por mí, si no merece la pena, al fin y al cabo la *comía* no es mala, la gente *probe* como yo estamos *acostumbraos* a que nos den cualquier cosa, aunque sea una basura.

- De todas formas quédese con mi tabaco, aunque le sepa a colonia, mejor será que nada.

- Tenga –dijo Candau- yo fumo picadura, quizás le venga mejor este tabaco que ese americano que fuma Adolfo, también quédese con el librito de papel apenas si lo he empezado.

El Rabazo esbozó una sonrisa de agradecimiento, a la que el acompañante de su abogado le respondió de la misma forma. Pero descubrió también que en la cara de aquel desesperado asesino, se reflejaba un punto de imbecilidad que no se podía explicar de ninguna manera, pero que era evidente, pues la sonrisa

aniñada de aquel hombre lo decía todo. Miró a su compañero y éste entendió que se estaba convenciendo de que existía una posibilidad de que la mente de aquel hombre estuviera de alguna manera dañada por la imbecilidad.

Llegó la hora de la despedida y los dos abogados vieron como el funcionario se llevaba a aquel hombre que parecía más un mendigo callejero, que el asesino de una mujer y dos niñas. Atravesaron el patio en el que algunos presos trataban de estirar las piernas y ya en el corredor del claustro se volvieron a encontrar con el director adjunto de la prisión.

- Veo que ya han terminado ustedes con su cliente.

- Así es, pero de momento, pues en unos días tendré que venir para que un psiquiatra le haga un reconocimiento, además del que ha de hacerle el forense, claro está.

- Si eso es lo peor –dijo el director en funciones- cuando alguien mata a alguien lo primero que se alega es que no está bueno de la cabeza. Así son las cosas de la justicia…

La frase inacabada del funcionario de prisiones fue la última que de los labios de éste saliera, tremendamente contrariado por la respuesta de Adolfo. Dio media vuelta y se metió en su despacho.

Los dos amigos se miraron y sin decir nada esbozaron una sonrisa, que el mismo centinela de la puerta que da al corredor que lleva a la de salida, notó como sarcástica, al ver la reacción de su jefe.

Se despidieron, no si antes concertar una cita para cuando el amigo del abogado del *Rabazo,* tuviera preparada la entrevista con el doctor Miraflores, con el fin de que éste emitiera un diagnostico que pudiera servir de base a la defensa.

XXVIII

La noche sevillana se había echado encima y Adolfo optó por coger el tranvía en la parada de la Plaza Nueva, pues aunque la noche era buena y apetecía dar un paseo, no lo creyó oportuno, ya que los delicados momentos que España estaba atravesando, daban pié a que los elementos violentos de las distintas facciones, usaran la noche para poner en practica cualquier tipo de terror. En Sevilla era muy grave esta violencia, después de los tremendos enfrentamientos entre los anarquistas y los representantes de los pistoleros del sindicato de empresarios. Más aún si cabe, después de lo de la Casa de Cornelio.

El chirrío de las ruedas en los raíles del tranvía, no impidió que el abogado escuchara los comentarios de unos obreros que viajaban en la parte delantera del vehículo. Eran hombres curtidos por el sol, aparentemente albañiles. Algunos llevaban gorra de visera, otras boinas y en sus caras se podía ver la huella del cansancio de la larga jornada llevada a cabo en la obra. Uno de ellos se fijó en Adolfo y tras examinarlo con la mirada de arriba abajo, se dirigió a sus compañeros haciendo que al abogado le temblaran las piernas, al escuchar las palabras que aquel hombre decía de él.

- Compañeros, mirad lo que tenemos aquí, un señorito de los de bombín y cuello duro.

Adolfo pensó en lo peor, aquellos sindicalistas que seguramente se dirigían a una de esas asambleas que se organizaban por el barrio de la Macarena podrían agredirle, sobre todo uno con cara reseca por el sol y en la boca un cigarro apagado. Pero uno de los compañeros que llevaba en la mano una cartera

con documentos se apresuró a parar al posible agresor.

- Tranquilo compañero, no demos ejemplo de cobardía, bastante cobardes son esos del sindicato patronal, nosotros no sabemos quien es este hombre y no somos nadie para juzgarlo porque vaya vestido como un señorito. ¿A que te dedicas amigo?

- Soy abogado y en mi clientela tengo a muchos de tus compañeros de la UGT.

- Entonces, no hablemos más amigo, perdona si te hemos molestado, pero es que la tensión en la que vivimos está a flor de piel. Espero que te hagas cargo compañero, la mayor parte de esta gente han sido despedidos de su trabajo y en cuanto ven a alguien vestido de esa guisa, se piensan que son sus enemigos.

- Lo comprendo, no pasa nada y gracias por salir en mi defensa.

En la soledad de su despacho el abogado daba vueltas a los hechos acaecidos en el día. Por más que trataba de encontrar una salida a la defensa del preso que había estado visitando en el convento de El Pópulo, no veía solución alguna. La triste realidad de aquel desgraciado hombre, era tan concreta, que ningún argumento aparte del psiquiátrico le serviría para poder llevar una defensa con términos lógicos y que pudiera resistir a las presiones del fiscal.

Tenía que haber algún argumento jurídico para evitar que *El Rabazo* fuera al patíbulo. Se puso manos a la obra y recurrió a los archivos que su padre había reunido durante tantos años. Sentencias de cárcel, penas de muerte, posibles indultos, cualquier cosa le valía para sacar una conclusión que argumentara alguna lógica, para la defensa que tenía que llevar a cabo.

Nada pudo encontrar Adolfo entre tantos papeles, solo un atenuante le encajaba en aquel embrollo en el que estaba metido, pues la acusación lo tenía todo a su favor. En ese todo iba implícito la confesión del asesinato por parte del acusado.

De pronto una idea se le vino a la cabeza. No sólo el diagnostico psiquiátrico del doctor Miraflores podía ser un atenuante, también el reconocimiento del delito por parte del acusado podría influir en la benevolencia del tribunal.

Si los dos argumentos se apoyaran uno en el otro, la posibilidad de evitar lo peor sería más fácil, pues la benevolencia del tribunal podría ser positiva al entender que el arrepentimiento del asesino era verdadero.

Aunque pensándolo bien ¿Qué condena sería peor? El garrote, o tener que estar toda la vida en la cárcel encerrado con el recuerdo de aquellas tres criaturas degolladas.

El letrado que había cogido unos folios y su pluma estilográfica Montblanc para preparar el escrito que debería unir al sumario, decidió tras su ultima reflexión, dejarlo por el momento, pues era ya muy tarde y las ideas no estaban muy claras a esas horas. Además, sería conveniente tener en cuenta la opinión del doctor Miraflores y la del otro forense. También los consejos que emanarían de la experiencia de su padre.

XXIX

El último recuento en la prisión del Pópulo dio lugar a que todos los internos regresaran a sus celdas y tras ser cerradas, el toque de silencio se hizo extensivo a todo el penal. Un silencio roto esporádicamente de distintas maneras: por los pasos de los vigilantes por los pasillos, suspiros intensos que anhelaban la esperada libertad, sollozos entrecortados o gritos de desesperados que esperaban piedad y perdón o los de aquellos que ya veían cumplida su condena y que en poco tiempo estarían en la calle libres como el viento.

Ninguno de estos silencios rotos, hacía huella en Antonio Martínez Hernández, que cayó fatigado en su camastro, pues le invadía el sueño del que no gozaba en muchos días. Poco a poco los párpados se le fueron cerrando y en pocos minutos quedó inerte sobre el jergón de paja en el que descansaba.

De pronto sonó un grito y el guardia de la prisión se asomó y preguntó a *Rabazo.*

- ¿Te pasa algo?

- No señor, nada, era un sueño.

- Menudos sueños tienes que tener tú.

Se mantuvo largo rato sentado en el borde de su camastro y luego intentó volver a dormir. Resultó inútil. El toque de diana llegó como todas las mañanas y la apertura de las celdas no se hizo esperar.

Luego todos los reclusos en formación acudieron al patio, donde tras realizarse el primer recuento del día, había que tratar de tragar aquella

mezcla de cebada tostada, a la que llamaban café y un duro mendrugo de pan como desayuno; luego a matar el tiempo como fuera.

Al poco rato de estar sentado en un rincón del patio, Antonio vio acercarse a Anselmo, el único preso que hasta ahora le había dirigido la palabra, pues tampoco él había tratado de hacer amistades, ya que andaba como sonámbulo por los sitios en los que se le permitía estar.

- Veo que no tienes buena cara hoy, amigo Antonio. ¿Es qué no has dormido bien?

- Llevo sin dormir bien, mucho tiempo.

- Lo entiendo, pero las cosas son así y no las podemos solucionar ya, lo único que nos queda es aguantar la pena que nos corresponda.

Antonio no respondió, siguió mordisqueando su mendrugo de pan, mientras Anselmo le observaba con una cierta lástima, pero también con respeto, hacia las personas que aquel desgraciado había asesinado.

Anselmo lleva tres meses en la cárcel del Pópulo por un crimen. Pero no cómo el que cometiera *El Rabazo.* Su caso no fue ni tan cruel, ni sangriento. Él solo tuvo la mala fortuna de cruzarse con un engreído y borracho señorito, que tras intentar abusar de su mujer, no tuvo más remedio que en defensa de su honor, asestarle un mal golpe en la cabeza, que lo mandó al otro mundo.

Pero un conocido sindicalista y anarquista por más señas, no podía esperar ningún favor de la justicia y mucho menos en las condiciones en que se estaban llevando las cosas en la actualidad, dados los continuos enfrentamientos sociales que se estaban produciendo en toda España.

Sin embargo, la esperanza de que todo se solucionara tarde o temprano estaba siempre presente en el ánimo de aquel hombre. Por eso, en muchas ocasiones tuvo el apoyo de los que luchaban con él por la misma causa, además de su nivel cultural que superaba con creces a muchas de las personas de su estatus social y en muchas ocasiones, a los terratenientes miembros de la burguesía de su pueblo.

Anselmo se sentó junto al *Rabazo*. Sacó su petaca de cuero repujado de Ubrique, luego el librito de papel y le ofreció liar un cigarro. Una leve sonrisa afloró en lo labios de Antonio, que su compañero recibió con agrado, devolviéndole el mismo gesto, cosa que le animó a seguir hablando.

- Mira Antonio, yo entiendo por lo que tú estas pasando, porque yo también estoy aquí por matar a una persona. El hombre comete muchas equivocaciones a lo largo de su vida y nos vemos obligados a pagarlas aquí, pero hay que superarlo de

alguna manera porque si no...

Antonio no dejó que Anselmo siguiera hablando, se levantó bruscamente derramando parte de liquido que aún le quedaba en la lata y mirándolo comenzó a hablar dando gritos incongruentes que llamaron la atención de los demás reclusos, que no comprendían lo más mínimo a lo que se estaba refiriendo.

- Usted que se piensa que lo mío es una *canujia* normal. *Pos* no, yo he *matao* a dos niñas y a su madre y lo que quiero es irme con ellas, a ver si me da una puta *alferecía.* No puedo soportar más esta *joia* vida, no se por qué las maté, pero esto es como una candela que me hierve en la cabeza y voy a terminar *achinotao. ¡Coile!* Con lo *arriscás* que eran aquellas niñas...

El Rabazo no pudo terminar de hablar, las lágrimas acudieron a sus ojos ante el asombro de Anselmo y la estupefacción de los demás presos que le miraban. Alguno de ellos hizo un comentario haciéndole saber a los demás de quien se trataba, pasando por la mente de muchos lo que eso supondría para él.

Anselmo fue tras él, pues estaba convencido de que aquel hombre necesitaba ayuda y se propuso dársela porque seguramente sus días estaban contados.

- Vamos Antonio, tranquilízate hombre, sólo trato de animarte en lo posible, me gustaría ser tu amigo y estar a tu lado cuando lo necesites, a fin de cuenta, tengo una admiración por la gente de tu pueblo, pues yo conocí al doctor Vallina ¿sabes quién es?

- He oído hablar de ese hombre pero no sé quien es.

- Pues es un gran hombre que está en la lucha con los más pobres y por la libertad. Él me contó que en tu pueblo hay mucha miseria y que mucha gente pasa hambre, mientras los señoritos se lo pasan bien en el casino

- ¡Y a mi que *coiles* me importa eso! Las cosas son como son y lo que yo hice no tiene nada que ver con los señoritos y con vosotros los anarquistas.

- Quizás, si nos parásemos a pensarlo, tal vez esté ahí la raíz de lo que tú hiciste.

El Rabazo se encogió de hombros, no entendía nada de lo que aquel hombre estaba hablando, se parecía a los curas que no hacían más que soltar sermones desde el púlpito, sin que los que estaban abajo se enteraran de nada.

Sin embargo las palabras de Anselmo, aunque no las entendía en gran parte, fueron creando una cierta confianza en aquel hombre que se comportaba de una forma distinta a los presos que allí había. Su forma amable y campechana, la bondad que desprendían sus ojos y la paciencia con que le escuchaba el mismo relato una y otra vez, crearon en Antonio un soporte para de alguna manera salir

del infierno que estaba viviendo.

Tanto es así, que en muchos casos se olvidaba de por qué estaba en la cárcel del Pópulo y hablaba con Anselmo de cosas insignificantes o anécdotas de su pueblo, pero tarde o temprano terminarían en la persona de Carolina Merchán. Pero la generosidad de Anselmo actuaba de soporte y la vida para Antonio era más llevadera.

También Anselmo se sentía atraído por Antonio, pues sentía verdadera pena por aquel hombre que si Dios no lo remediaba, iría derechito al cadalso. Había escuchado tantas veces su relato, que estaba convencido de que no era culpable de lo que había hecho. Estaba seguro de que en aquel momento su mente no regía. Y solo fueron las circunstancias lo que le llevaría a cometer aquel desaguisado.

XXX

Una soleada mañana de invierno cuando en Sevilla el frío húmedo que llega del Guadalquivir hace que la gente busque la solanera. Anselmo pasea por el *Patio Grande* como solía hacer cada día. Luego se sienta al lado de Antonio y parece como que todo se vuelve algo más alegre para él. La confianza entre los dos presos es bastante grande, tanto es así que *El Rabazo* hace una pregunta a su amigo que éste no se esperaba.

- Dime una cosa Anselmo, siempre hablamos de mis cosas, de mi vida, de cómo nos criamos la gente de Guadalcanal, pero nunca me cuentas cosas de la tuya.

Anselmo comprendió que su interlocutor tenía razón. Siempre era él quien contaba su vida; una vida poco importante hasta que pasó lo que pasó, pero en aquella narrativa llena de palabras extrañas para él y con ese deje que tanto identifica a los habitantes de aquella villa serrana, había una historia llena de agravios, desesperanza e incultura, muy propia del subdesarrollo dominante en todo el país. Agachó la cabeza y haciendo dibujos en la tierra del patio comenzó a hablar ante los atónitos ojos de Antonio.

- Pues veras Antonio, te voy a contar mi vida en pocas palabras porque creo que tienes derecho a conocerla como yo conozco la tuya. Como ya sabes, yo soy de Carmona y como tú, hijo de un jornalero y una ama de cría que tenía que parir cuando la señorita se quedaba preñada. Desde muy pequeño he estado trabajando la tierra. Luego mi madre no pudo pagar las mil quinientas pesetas de la soldada y me tuve que ir a África. Allí conocí a un compañero que me enseñó a leer y a escribir. A partir de entonces fue cuando empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando en España. Los hijos de los pobres nos teníamos que matar en África, para que los ricos tuvieran sus minas y sus dineros, a costa de aquellos

desgraciados. Luego vino lo de la Semana de Barcelona, pues me pilló allá, y fue cuando me hice anarquista. Regresé a Carmona y encabecé todos los movimientos de toma de tierra por los trabajadores. Cuando lo de la *Casa de Cornelio* fue cuando conocí a tu paisano Pedro Vallina. Por aquel entonces me casé con una muchacha de Lora, Setefilla se llama, y mira por donde, uno de los señoritos más despreciables de Carmona se encaprichó de ella. El muy asqueroso no la dejaba en paz, a cada momento le estaba ofreciendo los dineros para irse con ella a la cama. Mi mujer no me decía nada, pero yo me enteré y fui al casino a buscarle. El muy cobarde sacó una pistola para intimidarme y le propiné un puñetazo, con tan mala suerte, que cayó al suelo dándose con el hastial de la puerta. Allí se quedó el hijo de puta y yo aquí, pagando las consecuencias. Cuando el juez me preguntó que por qué lo había hecho, le dije el motivo y sabes cual fue la acusación: delito de terrorismo porque lo había hecho un anarquista que en más de una ocasión había sido detenido por la Guardia Civil. Eso es lo que me dijo el juez. Lo que no fue capaz de decirme el señor de la toga, es el por qué me comparaba con Mateo Morral. Yo no maté a ese canalla por política sino por honor y cuando le dije ¿Usted que haría en mi caso? ¿Sabes lo que hizo su señoría? Dar órdenes a la Guardia Civil para que me retiraran de la sala. Esta es mi vida Antonio, yo también he matado y ahora lo tengo que pagar...

- Si pero tu has tenido un motivo para hacerlo, yo por el contrario...

- Quizás tú también tengas un motivo. Yo estoy convencido de que esa cabeza tuya no estaba en sus cabales en aquel momento. Ya verás como el médico que te vea lo entiende también así.

- Si pero de cualquier forma, este remordimiento que me corroe por dentro nadie me la puede quitar.

- Lo entiendo amigo. Yo también siento remordimientos por lo que hice, pero no arrepentimiento.

Las sucesivas conversaciones que Antonio y Anselmo fueron teniendo en el transcurso de los días, fueron creando una confianza entre ellos que al *Rabazo* le servía de estímulo en algunas ocasiones y le hacían olvidar todo lo que le martirizaba.

Desde que ambos amigos se sinceraron uno con el otro, ya no volvieron a hablar del tema por el que estaban en la cárcel. Anselmo siempre trataba de evitar esa conversación y sus temas eran de lo más variopinto, adornados con un toque de simpatía, que era lo único que le quedaba a un preso después de perder toda la dignidad humana, cuando entra en la cárcel.

Así van pasando los días. Días interminables y monótonos que solo son alterados cuando entre los reclusos surge algún conflicto que no tarda en ser

apagado por los guardias. También la llegada de nuevos presos siempre llama la atención, sobre todo de los que vienen por motivos de orden público que cada vez son más numerosos.

Anselmo habla con ellos y estos le informan del estado de la situación social, que no es muy halagüeña que digamos. Casi todos los que caen en la cárcel del Pópulo son agitadores políticos, bien de ideología anarquista o socialista. Aunque son los primeros los más numerosos. Como aquél que al ver a Anselmo corrió hacia él para abrazarlo ante la sorpresa de Antonio.

- ¡Compañero que alegría de verte!

- En estas condiciones no creo que sea de mucha alegría. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Por qué te han hecho preso?

- Entramos los del sindicato en el cortijo de *Los Marciales* y nos estaba esperando el Marqués con la Guardia Civil armada hasta los dientes. A algunos los han soltado, pero a mi me acusaron de traición a la patria y ya me ves, aquí estoy.

El caso de este preso no era el único, pues los ocupamientos de tierras, las manifestaciones en las calles y los continuos desórdenes, eran cada vez más frecuentes dadas las circunstancias. También había que unir los problemas en África, que cada vez eran más numerosos. El ejército no terminaba de dar carpetazo al conflicto y las cabilas de Abd-de- Krim se hacían cada vez más fuertes causando muchas bajas en los jóvenes españoles que por no tener mil quinientas pesetas se dejaban la vida por España en los campos de batalla del Marruecos español.

XXXI

Parece que a pesar de todo, este año no ha sido malo para la aceituna y la gente de Guadalcanal se toma un pequeño respiro en la vida efímera y cuotidiana que la gente lleva a trancas y barrancas.

Manuel y Julia han marchado de *domia* con sus tres hijos a la finca del Gallo, en donde forman parte de una cuadrilla de aceituneros. También les acompaña José Antonio el marido de Joaquina, que han tenido que dejar a su madre en casa, pero no le faltará la compañía de su amiga Pepa La Polinaria que la anima en todo momento y le hace más llevadera la cruz con la que carga desde que su hijo cometiera tal atropello.

Subida en la burra y con la pequeña Candida en los brazos, Julia trata de abrigase del penetrante frío que resopla por la cuesta de los molinos. Ya en el puente de la Serenita, la pequeña se ha quedado dormida, mientras su marido y sus dos hijos caminan detrás del animal al igual que José Antonio y Joaquina, que en otro burro, tratan de que el frío no les llegue al interior del cuerpo. Narciso y Manolito parecen no conocer las bajas temperaturas, pues corretean de un lado al otro haciendo caso omiso a lo que su padre les dice.

- No correteéis tanto que queda mucho camino y luego estaréis cansados y los dos querréis subiros a la burra.

El camino hasta llegar a la sierra de lo Cazalla no es muy penoso pues casi todo es cuesta abajo y hasta llegar a la rivera que comienzan las cuestas del "El Gallo" no hay problema. Ese mismo camino lo hizo Joaquina con Beatriz unos meses antes, cuando fue a Cazalla a ver a su hermano. A su mente acudió la cara

de Antonio tan demacrada y tan depresiva, ¿Cómo estaría ahora en Sevilla? ¿Como lo estarán tratando?

El recuerdo de la última vez que lo vio le causaba una gran tristeza. Pero más tristeza le producía el saber como estaba ahora, no tenía noticias del desde aquel día en que fueron a verlo su cuñada y ella.

El sol fue dominando al frío y poco a poco la blanca escarcha fue desapareciendo, dejando entre los olivos un color ocre salpicado por las negras aceitunas que estaba a la espera de ser recolectadas.

Llegaron a medio día al cortijo. Allí les esperaba el manigero y pronto el casero les dio alojamiento: una gran sala completamente vacía en donde Julia extendió dos jergones que rellenaron de paja. Uno para los dos niños y el más grande para su marido y ella, la pequeña Cándida dormiría entre medias de los dos. En otra habitación más pequeña, dormirían en otro jergón, Joaquina y su marido El Cabezón.

Como la faena no empezaría hasta el día siguiente Manuel dejó que los dos zagales se expandieran a sus anchas por los alrededores del cortijo en compañía del hijo de casero que no tardó en hacerse amigos de ellos.

Mientras, Julia y Joaquina trasteaban en la candela con la casera que no pudo resistir hacer la pregunta obligada a Joaquina.

- ¿Cómo está tu madre?, lo que estará pasando la pobrecita.

- Pus cómo va a estar, la pobre no hace más que decir que por qué y por qué. Esta muy triste y muy disgustada y algunas veces se le va la cabeza.

- Y de tu hermano ¿sabéis algo?

- Desde que fui a Cazalla a verlo nada, estaba muy mal figúrate.

Julia tuvo que intervenir en la conversación, con el fin de que la casera no siguiera preguntando, pues a Joaquina los acontecimientos que estaba viviendo con el tema de su hermano le causaban gran disgusto y no estaba esta dispuesta a que su prima sufriera más de lo que estaba sufriendo.

- Me figuro que el pozo no estará muy lejos de aquí. Anda Joaquina vamos a por un poco de agua para hacer esta noche el gazpacho.

La casera se quedó con las ganas de saber más del Rabazo mientras veía como las dos primas se encaminaban al pozo.

Mientras tanto en la explanada del cortijo y mientras tomaban el sol los hombres trataban con el manigero los puntos de vista de como habría de llevarse a cavo el trabajo y no tardaron en ponerse de acuerdo pues aquel manigero no era

como otros que eran capaces de cualquier cosa para que su señorito no saliera perjudicado.

- Esta bien Manuel, como la faena va a ser a destajo, vosotros lo echáis todo a un mismo zurrón y luego os lo repartís como mejor queráis a mi me da lo mismo

Todos quedaron conformes con el representante del dueño y también entre ellos pues acordaron dividir las ganancias a partes iguales entre hombres y mujeres dejando un parte para cada dos niños pues tanto Manolito como Narciso ya daban buen resultado.

En el pueblo la gente se comportaba de distinta manera en esta época en que los olivos dan su fruto y urge recogerlo para llevarlo a la almazara.

Mulas cargadas hasta los topes de sacos, son guiadas por hombres ataviados con *jaquetas* que caminan cabizbajos en dirección al molino en donde les será pesada la mercancía. Muchos de los dueños de estas aceitunas abandonan su poltrona en el casino para ver llegar a sus muleros con el preciado cargamento y recoger el vele que el pesador les da para cuando llegue el día de canjearlo por aceite o por pesetas.

Las mujeres que no estaban de *domia*, van llegando al pueblo envueltas en sus gruesos mantones que ocultan las largas enaguas y el delantal de *limpio* que se ponen cuando han terminado la faena. Los pañuelos de las mayores y las pañoletas de las más jóvenes cubren sus cabezas. En sus andares se refleja el cansancio acumulado durante el día además del dolor en las rodillas al estar todo el tiempo tiradas en el suelo, pero no termina hay el día al llegar a casa. Tras hacer la cena, fregar el *dornillo* y preparar el mendrugo de pan y chorizo o lo que haya para la merienda del día siguiente, habrá que hacer los dediles. Con el fin de que la cáscara de las bellotas, alivien el roce de los dedos en el suelo y las uñas no sufran el tremendo desgaste que ello representa, debido al contacto de estas en el helado suelo de la sierra del Agua o en la del Viento.

Según va entrando la tarde el frío va calando los huesos de los que regresan más tarde por la lejanía del paraje en el que está trabajando, aunque algunos hacen hueco para entrar en alguna de las tabernas.

Mientras en el Casino, las conversaciones se traca mundean en el concurrido salón. Unos hablan de lo mal que está la aceituna en lo suyo, pues al parecer le ha dicho su manigero que este año no va a ser como el anterior, otros se quejan de los aceituneros que parecen no estar de acuerdo con el sueldo de una peseta que les da. José Castelló mientras tanto lee el periódico al mismo tiempo que escucha la charla de los demás, pero hace caso omiso a ellas pues ninguna le interesa. Federico va y viene enfundado en su blanca chaqueta con la bandeja en la mano sirviendo en las distintas mesas lo que le piden, el botones del casino

viene con unos palos para alimentar la gran estufa de hierro fundido que hay en el rincón más apartado del salón en donde los socios más viejos se reúnen para hablar de sus cosas. Luis Castellano acaba de llegar, se quita el abrigo con cuello de piel y su sombrero de fieltro y se dirige al lugar de reunión. Como de costumbre se sienta al lado de José Castelló, que sin levantar la vista de diario saluda al recién llegado al mismo tiempo que hace un comentario sobre lo que está leyendo.

- Buena noches don Luís, ya esta otra vez liada en Barcelona, al parecer los anarquistas han matado a uno de los del sindicato y estos a su vez se han cargado a unos cuentos de los de la CNT.

- Y que quiere usted que le diga, al paso que vamos no van a dejar títere con cabeza, estos canallas de anarquistas por un lado, los del Pablo Iglesias ese, por otro y el inútil de Dato que a pesar de ser conservador no sabe por donde meter la cabeza. Porque no me dirá usted que lo de África no tiene su miga.

- Lo de la guerra va para largo. Ni Berenguer ni Silvestre son los adecuados para hacer frente a esos puñeteros moros, se lo digo yo.

- Por lo visto creo que la Legión esa que ha fundado Millán Astray, comienza a dar sus resultados pues han llegado a tomar Xauen y eso a los moros les tiene que doler un rato.

- O encolerizarlos más, quien sabe. Yo lo que se es que vamos cuesta a bajo y como a esto no se le ponga remedio con mano dura nos vemos como en los tiempos de Salmerón y de Pi y Margal.

- ¿Otra república? Vamos no diga usted eso ni en broma.

Los ojos de Eusebio Márquez que hablaba con Rogelio Vázquez sobre un nuevo medicamento que le había llegado, se quedaron clavados en el lugar de donde había salido la palabra república. Castellano se percató de que su conversación estaba siendo oída por los dos facultativos sanitarios y no pudo impedir dirigirles una mira inquisitiva pues sabia del pie que ambos cojeaban. Una irónica sonrisa se dibujó en sus labios y dirigiéndose al médico en particular lo invitó a sentarse en la mesa de la ventana que da a la Almona.

- Don Eusebio, siéntese con nosotros a tomar algo, si es que no está tratando con don Rogelio de temas médicos de los que yo no puedo competir con ustedes. Así nos pone usted al corriente de esa república de la que tanto se habla.

- Esa república, don Luis vendrá cuando tenga que venir. De momento lo que hace falta es que cuando llegue las cosas estén en su sitio Pero ni el médico ni el boticario se sentaron en la mesa de la ventana que da a la Almona. Ambos se disculparon con el pretexto de que estaban estudiando sobre el nuevo

medicamento muy positivo para el tratamiento del carbunco. Enfermedad muy común en la gente que trabaja con el ganado.

En el piso superior los aficionados al juego van organizando sus partidas y el conserje reparte las barajas y las fichas para después convertirlas en moneda de curso legal o quien sabe si en otros elementos de apuesta más valiosos.

Alguien en el salón con un número de *El Liberal* de Sevilla llama la atención de los presentes al descubrir en las páginas interiores una noticia que se refiere al paisano más actual de Guadalcanal y del que más se habla últimamente.

- ¡Escuchen ustedes un momento por favor! Esta es una noticia sobre el *Rabazo*: *Según fuentes bien informadas de la audiencia provincial de Sevilla. El juez instructor ha citado a declarar a Antonio Martínez Hernández que se encuentra detenido en la prisión sevillana del Pópulo, el próximo día cinco de febrero en calidad de acusado por los crímenes cometidos en la casilla numero 91 de la línea de ferrocarril Sevilla a Mérida ocurrido el día uno de junio del año de 1920...*

Algunos de los presentes se acercaron a donde estaba el lector del periódico con el fin de conocer más información al respecto, pero resultó inútil, solo se trataba de una pequeña cuña informativa ya que según explicaba el autor de la noticia no había más información debido a que se había decretado secreto del sumario.

No faltaron comentarios al respecto. Unos en contra y otros a favor del aquel hijo de la villa que había llevado al pueblo a las portadas de todos los periódicos incluso de tiradas nacionales.

Rogelio Vázquez y Eusebio Márquez, se intercambiaron cómplices miradas pues los dos pensaban que el caso del *Rabazo* era un tema muy delicado para tratarlo alegremente en una tertulia que nacía desprovista de argumentos contundentes para juzgar a la ligera los terribles hechos cometidos por él.

Varios de los presentes se comportaron como si de un gran jurado se tratara y todas las miradas se dirigieron a la mesa de la ventana que da la Almona para que los allí sentados dictaran una sentencia condenatoria.

Fue José Castelló quien se dejó oír ante la expectante concurrencia de señoritos de cuello duro y palomita, que elegantemente saboreaban los caldos más selectos de la campiña de Maguilla.

- Creo señores que lo de *El Rabazo* no tiene vuelta de hoja. Su execrable crimen será debidamente juzgado y como es natural la justicia sabrá condenarlo con la pena máxima que yo espero sea el garrote vil.

Nadie contradijo las palabras del Alcalde, de hecho nunca nadie se había

atrevido a contradecirlas salvo los que diplomáticamente abandonaron el salón con el fin de seguir comentando el tema del nuevo medicamento que curaría el mal del carbunco.

Los dos amantes de la medicina salieron a la plaza y a pesar del frío reinante decidieron dar un paseo por los mesones en donde se encontraron con Ricardo Marín camino del Casino. Su extrañeza al ver a los dos facultativos le hizo pensar que alguien estaba enfermo y su pregunta fue directa.

- ¿Qué pasa señores quién esta enfermo, que van los dos juntos?

- Pues nadie amigo Ricardo. Don Rogelio y yo hemos querido zafarnos de una tertulia que de ningún modo estábamos dispuestos a compartir y con el pretexto de un nuevo medicamento hemos decidido dar un paseo.

- Ya comprendo. Don José, don Luis y todos los demás escuchando sin atreverse a llevarles la contraria en los temas políticos que nos atañen.

- No, esta vez no eran políticos, era más cercano a nosotros. Se trata de *El Rabazo* que por lo visto ha sido acusado por el juez instructor. Así que hemos decidido quitarnos de enmedio para no tener que contradecir a las abiertas mentes.

- Entonces no voy para allá, si me lo permiten ustedes les acompaño en su paseo aunque no está la noche para muchas florituras.

- En mi rebotica se está calentito pues hay una buena chimenea que seguro que Anita *la Patarra* la tendrá bien alimentada de palos. Además, no solo tengo yo en mi botica *bibitrajos,* también guardo en un armario un buen anís *Flor de la Sierra* que nos va a sentar muy bien, mientras hablamos de nuestras cosas.

- Pues no digas más don Rogelio, probemos ese aguardiente.

Por las calles aun se veían algunos hombres que venían de las tabernas. Mocitos que regresaban después de pelar la pava con sus novias tras la reja de su casa y algunos manigeros que venían de arreglar cuentas con sus patronos o de informarles del estado en que iba la recogida de la cosecha de aceitunas.

Al poco rato los tres amigos entraban por la puerta principal de la casa, en donde Anita los recibía al mismo tiempo que se limpiaba las manos con el delantal, pues acababa de terminar de fregar los cacharros de la cena. Cruzaron el enorme patio en el que un naranjo animaba a comer su fruta abundante, que colgaba provocadoramente de sus ramas.

La rebotica de Rogelio Vázquez es un gran salón en donde los utensilios de su profesión están dispuestos en un perfecto orden. Grandes frascos en los que se podía leer en letra griega los distintos aditivos que cada uno contenía. Jalea real, ácido nítrico, nitrato de cinc, y muchos más que se extendían a lo largo y lo

ancho de las tres paredes principales, en estanterías de madera.

Aquel museo farmacológico como solía llamarle Eusebio Márquez, era el paraíso en el que Rogelio Vázquez no solo se concentraba en su trabajo, sino que también solía usar para mantener reuniones con las personas de su confianza, sin ser vigilado por miradas y oídos impertinentes como solía pasar en los salones del casino.

Eusebio Márquez y Ricardo Marín, se sentaron en un diván que había cerca de la mesa que se usaba como encimera de los experimentos de laboratorio, mientras sacaba de un armario una botella de anís *Flor de la Sierra* que guardaba oculta entre botes de alcohol y yodo.

- Guardo aquí esta botella porque no me fío de mi mancebo. Ya saben ustedes, los jóvenes no respetan nada y mucho menos un anís como este.

Los tres amigos rieron mientras sus copas se iban llenando. El olor del licor invadió la estancia anteponiéndose al de la mezcla de los muchos productos químicos que se albergaban en aquella estancia.

Rogelio Vázquez alzó su copa a modo de brindis y comenzó a hablar como si estuviera pronunciando una conferencia.

- Salud señores, me alegro mucho de compartir con ustedes este momento, y me gustaría hacerles un comentario a modo de exposición de mi criterio con respecto a la persona de *El Rabazo*. Creo que al contrario de lo que la mayoría de la gente piensa, este hombre es un desgraciado al que su demencia le ha llevado a cometer tan despreciable crimen. Entiendo que es horrible lo que hizo, pero estoy convencido de que no es un criminal que haya que ajusticiar, sino que habrá que ayudarlo, no solo por su bien, sino por el de su esposa y madre, que seguro estarán padeciendo lo suyo. Y no solo por la tristeza de lo ocurrido, sino por el "que dirán" de la gente. En los pueblos eso marca para toda la vida y puede dar lugar a conflictos futuros.

Tanto Eusebio Márquez como Ricardo Marín, se mantenían en silencio ante la delicada oratoria de Rogelio Vázquez. Parecía auténticamente un profesor de universidad. Su perfecta fonética, adornada con ese deje mezcla de extremeño y andaluz y esa forma tan peculiar de dirigirse a sus interlocutores mirándoles directamente a los ojos, hacia que estos se sintieran atraídos por aquel hombre de cuerpo diminuto y regordete, calva muy pronunciada, que de cuando en cuando se atusaba un bigote que conservaba desde que fue capitán de farmacia en la guerra de Cuba.

Encendió un buen puro, -costumbre que adquirió en la perdida colonia española- y tras exhalar una bocanada de humo siguió con su plática ante la

admiración y el respeto de sus invitados.

- Creo amigos míos, que deberíamos mover los hilos para que a este hombre lo pueda ver un psiquiatra. Estoy convencido de su idiotez y si el diagnostico de éste fuera positivo, podríamos salvarle del garrote. Es una manera muy horrible de morir se lo puedo yo asegurar a ustedes. Por desgracia tuve que presenciar una ejecución de ese tipo hace algunos años en Madrid.

- Estoy de acuerdo con usted, don Rogelio pero la gente del pueblo está convencida y conforme, de que este hombre sea ajusticiado. Si supiera usted las cosas tan horribles que dice la gente.

- Lo sé mi querido Eusebio, y también sé que podemos buscarnos muchas enemistades por prestar ayuda a este hombre. Pero ni usted ni don Ricardo, ni yo, somos gente defensora de la pena de muerte, es más, en el caso de nosotros, nuestra misión es la de salvar vidas. Por otro lado, nadie tiene por qué enterarse de lo que nosotros hagamos a favor de este hombre, es nuestra conciencia de liberales la que nos tiene que importar y no la de aquellos que viven aún pensando en el ojo por ojo, diente por diente.

Un reflexivo silencio sirvió para que el boticario volviera a llenar las copas. La estancia ya estaba inundada de humo y aquello parecía más una taberna que una rebotica. Ricardo Marín lía uno de sus cigarros con parsimonia y tras accionar el chisquero suelta una gruesa bocanada, haciendo más densa la nube que inunda la estancia. Fija su mirada en el microscopio que hay sobre la encimera del laboratorio y expone su intención.

- Yo tengo que ir a Sevilla en el transcurso de este mes para hacer unas gestiones del Ayuntamiento, me quedaré un par de días y puedo ponerme en contacto con su abogado, lo conozco y sé donde vive. Es un hombre de talante liberal y está vinculado en la defensa de muchos sindicalistas. Además vive cerca de la casa de mi hermana, en donde yo me hospedaré.

No hubo inconveniente por parte del médico y el boticario, quienes no tardaron en hacer un informe de la situación para que el letrado lo llevara a un buen facultativo que pudiera exponer ante el tribunal la demencia que *el Rabazo* padecía.

Naturalmente aquella misión que los tres hombres se habían propuesto llevar a cabo estaría enmarcada en la máxima confidencialidad, por lo que quedaron en volver a reunirse en la rebotica nuevamente, cuando el Secretario del Ayuntamiento, regresara de la capital.

Volvió nuevamente el boticario a llenar las copas de sus amigos, pero esta vez las hizo acompañar con unos dulces de hojaldre, que tras dar la

correspondiente orden a Anita, ésta trajo en un gran plato de cerámica de La Cartuja.

- Ya verán ustedes que ricos están estos pastelillos, son de Écija y le dicen *cortaillos*

El médico, goloso empedernido, hizo grandes elogios del dulce y las risas de Rogelio Vázquez, se dejaron oír en toda la rebotica, pues esperaba su reacción.

- Don Rogelio, esto está exquisito. Se ve que esta hecho por manos artesanas.

- Pero ¿Es que hay algún dulce que a usted no le guste mi querido amigo?

- Pues la verdad es que no. Es un vicio que tengo desde niño y que desarrollé en la facultad, cuando teníamos que diseccionar un cadáver. Me tiraba días sin comer carne y la mejor solución eran los dulces y la fritanga.

Las risas volvieron a apoderarse de los tres amigos. Rogelio Vázquez tornó su sonrisa en una mueca de disgusto mientras removía unos papeles que tenía encima de la mesa y que aquella tarde había dejado pendientes. Se trataba de la lista de clientes que tenían retrasados el pago y que su mancebo le había presentado aquella misma tarde.

Muchos de los nombres que en ella figuraban iban acompañados de cantidades muy elevadas de dinero y al margen de éstas, las compras hechas.

- La verdad señores es que no solo *el Rabazo* lo está pasando mal, aquí tengo una lista que me da miedo mirar. No se pueden ustedes imaginar la cantidad de personas necesitadas que hay en nuestro pueblo. En esta lista que ustedes ven aquí, hay familias que me deben una fortuna en medicamentos y la verdad es que no tengo esperanza en que vaya a cobrarse todo esto, los pobres no tienen donde caerse muertos.

- Lo entiendo, ayer mismo acudí a atender a un niño con fiebres maltas en el Pozo Berrueco y su pobre madre no tenía donde acostar a la criatura, mucho menos dinero para pagarme a mí. Le dejé unos medicamentos, pero mucho me temo que si la criatura no tiene una alimentación como es debido, pronto morirá.

- Es una pena, pero así están las cosas. En lo que a mi respecta el Ayuntamiento podría hacer algo, pero los dirigentes municipales no están por la labor y si alguien hace alguna propuesta a favor de los más débiles, ya se puede despedir de la corporación.

La reunión de aquellos tres hombres se prolongaba con el paso de la noche y no fueron pocos los temas que en ella se plantearon. Las coincidencias entre ellos eran positivas y en el entorno de aquella estancia con olor a formol, alcohol y a otros productos farmacéuticos, estaba naciendo el embrión de una plataforma,

que en el futuro pudiera coger las riendas de aquel pueblo inmerso en la decadencia de la mayoría, frente al derroche de una minoría intransigente, parapetada en los muros del casino en donde se tomaban más decisiones que en el salón de plenos del Ayuntamiento.

Era ya de madrugada cuando Eusebio Márquez y Ricardo Marín salieron de la casa del boticario. El sabor dulzón del *Flor de la Sierra* hacia que la lengua se les pegara en el cielo de la boca. Los dos subieron por la calle de La Sánchez en cuya esquina se encontraron con el sereno que se extrañó al verlos. Luego en los Cantillos el médico comentó con convencimiento al Secretario cual era su idea con respecto a lo que los tres habían estado hablando anteriormente.

- Creo don Ricardo que debemos plantearnos una oposición con la ayuda de los sindicatos, que ya se están consolidando en el pueblo.

- Dejemos esa conversación que las paredes oyen. Ya habrá tiempo de estudiar algo, pero con la máxima sensatez. La mano de los poderosos es muy alargada.

La noche se había apoderado por completo de las calles de Guadalcanal, los serenos dejaban oír sus chuzos en el empedrado y la patrulla de la Guardia Civil vigilaba que los amigos de lo ajeno no hicieran de las suyas. Eusebio Márquez ya se había despedido de su amigo Ricardo en la esquina de la calle Granillos, y en vez de dirigirse a su casa y sin importarle el intenso frío que hacía, decidió dar un paseo por la calle de los Milagros y los Mesones hasta llegar a la capilla de San Vicente, en donde el sereno de la Plaza daba la hora.

- ¡¡Las doce y sereno!!

Aquel hombre, chuzo en la mano y cubierto con una gorra de plato, se arropaba con el tabardo y se extrañó al ver al médico a esas horas. No era normal que un señorito anduviera por la calle a no ser que viniera de casa de la *Carmela* de echar una canita al aire. Al ver que se trataba del médico su impresión fue distinta.

- ¿Es que hay alguien malo don Eusebio?

- No, tranquilo, solo estoy tratando de despejarme de las copas que me he metido de aguardiente en casa de don Rogelio, hemos estado de tertulia y se nos ha ido la mano con la botella.

- Pues tenga usted cuidado que eso es muy malo, porque el aguardiente da mucho frío y con la rasca que hace le puede dar una alferecía. Bueno, que le voy a decir yo a usted siendo médico como es.

- No te preocupes que no me va a pasar nada hombre. ¿Para dónde vas?, te acompaño un rato así se te hará más llevadera la noche.

- Se agradece la compañía, vamos por aquí.

En la oscuridad los dos hombres comenzaron su andadura hasta llegar a la confluencia de la calle Olleros, en donde se encontraron con el sereno de El Coso. Echaron un cigarro e intercambiaron pareceres ante las preguntas del facultativo, quien tampoco tuvo inconveniente alguno en aconsejarles tratamientos para combatir la gripe, que dos años antes había dejado siniestra huella en toda Europa.

Pero para el médico, la conversación con los dos serenos le sirvió también para conocer los problemas que afectaban a la gente humilde, y como en casi todas las conversaciones que mantenía con ellos, estos siempre llegaban a la misma conclusión: la tremenda pobreza en la que vivía la mayoría de la gente, llevaba a la falta de salud de niños: La explotación de jornaleros era tan extrema que la violencia estaba a flor de piel, teniendo en muchas ocasiones sus mujeres que pagar los platos rotos. La incultura llegaba a tal extremo, que el único remedio para salir de aquel atolladero era el refugio en los templos, en donde la palabra de Dios se interpretaba a gusto del predicador. Pero era el único consuelo y tras el velo, las mujeres de Guadalcanal ocultaban su triste destino, en muchas ocasiones escondido por los acontecimientos diarios.

Eran ya más de las dos de la madrugada cuando Eusebio Márquez se decidió a volver a su casa. Subieron por la calle Santa Clara y en la misma puerta de San Sebastián se encontraron a un mendigo dormido al abrigo del portal del templo. No quisieron despertarle pues observaron que estaba bien abrigado. El sereno se despidió del médico pero no se fue éste sin que sus palabras le hicieran recapacitar sobre todo lo que estaba ocurriendo.

- Usted y alguna gente como usted don Eusebio, son buenas personas y han tenido la oportunidad de aprender mucho. Solo ustedes pueden hacer que esto cambie. Los que desde chiquillos hemos estados atados al yugo, nunca conseguiremos nada porque lo único que sabemos hacer es trabajar como mulos y pensar como burros, y así no se llega a ningún sitio don Eusebio, es la gente que sabe, la que tiene que coger las riendas de nuestro futuro.

Aquel hombre le había enseñado lo necesitada que estaba la gente humilde de personas intelectualmente preparadas, para que la violencia que ya se estaba despertando también en Guadalcanal, no culminara en las catástrofes que se estaban produciendo en las ciudades y en los pueblos próximos.

Había que hacer algo, pero qué. Quizás ¿buscar el dialogo con los poderosos? Viendo los acaloramientos que se producen en las tertulias del Casino, le parecía imposible.

Seguramente si algunos que tienen claras las ideas se pusieran de su parte, algo se podría lograr. Pero la poderosa mano de los grandes terratenientes, abarca

demasiado y nadie sería capaz de poner en peligro las influencias de las que cada cual goza, gracias al beneplácito de los que directa o indirectamente ejercen la tradicional hegemonía reinante en el pueblo.

Hay que hacer algo. Hay que hacer algo. Esta frase le martillea fuertemente en la cabeza a aquel médico llegado de la capital hispalense, en donde en los años tremendos de la gripe, aprendió del guadalcanalense doctor Vallina no solo los conocimientos científicos que este divulgaba, sino los éticos y sociales por los que a lo largo de su vida luchó, demostrando que había una gran clase social que necesitaba y exigía justicia.

Tumbado en la cama que su patrona le tenía colocada al lado de la pared que da a la candela, no hacia más que darle vuelta a las palabras del sereno. Un hombre que dentro de lo malo tenía que dar gracias, pues todas las noches cobraba sus dos pesetas para mantener a su familia que constaba de mujer y cinco hijos, además de su suegra enferma en la cama con tuberculosis. Como no iban a pasar cosas. La gente tenía que vivir de alguna manera. El desprecio a las normas era absoluto, si se respetaban era por miedo a los del tricornio. La incultura era tal que no se sabía diferenciar el bien del mal y cuando el hambre aprieta se pueden hacer autenticas barbaridades. A su mente vinieron los hechos del *Rabazo* ¿no sería eso también culpa de la incultura y la ignorancia en la que el pueblo estaba inmerso? Quien sabe, lo cierto y verdad es que había que hacer algo pero ¿el qué?

El sueño pudo más que la mente y el médico quedó inerte sobre el colchón de lana bien mullido. Serían más de las ocho cuando unos golpes en la puerta le despertaron, respondió a la llamada y torpemente se levanto. Notó como la cabeza se le iba y luego un tremendo dolor hizo que se cogiera las sienes con las manos. Se arrimó a la candela donde aun estaban calientes los rescoldos y buscó un traje en su armario, lo colocó sobre la trasera de la cama y tras lavarse la cara con agua bastante fría que había en la *palangana*, buscó en su maletín una aspirina, y tras llenar del cántaro un vaso de agua, se la tomó de un solo trago y salió al comedor.

- Solo déme un poco de café, Encarna, tengo mucha prisa.

XXXII

Aunque en el mes de febrero los días son ya más largos, el frío penetrante que llega desde la cercana sierra del Viento, cala hasta los huesos de los aceituneros, que ya van rematando la temporada. Algunos inclusos ya comienzan a merodear por las tabernas del pueblo, ociosos por la falta de trabajo, pues la campaña toca a su fin.

La actividad en las almazaras es grande, pues las inmensas montañas de aceitunas aún están por convertirse en aceite. Todo el pueblo desprende un fuerte olor a alpechín. Eusebio Márquez se dirige a su consulta situada en la calle Tentudía, en donde ya le están esperando varios enfermos deseosos de que les sean calmados sus dolores. Algunas mujeres portan grandes cestos de mimbre en dónde guardan viandas para pagar de alguna forma la minuta, por los servicios prestados por el facultativo.

- Tenga usted don Eusebio, le he traído una docenita de huevos, porque no tengo dinero para pagarle por lo que hizo usted por mi Joseillo, cuando estuvo con lo de la gripe esa tan mala. Dinero no le puedo dar, pues hasta que no cobre lo de la aceituna, ya me dirá usted.

Esa era la forma que tenían los humildes de pagar los servicios del médico y éste lo aceptaba con agrado, aunque en muchas ocasiones: huevos, aceitunas aliñadas, tomates o cualquier tipo de viandas, se las daba al párroco de Santa Ana, para que atendiera a las necesidades de la parroquia, que era la que más feligreses necesitados tenía.

Su compañero de tertulia de la noche anterior, también estaba un poco

aturdido en su trabajo. Algunos de los escribientes del Ayuntamiento notaron su demacrado rostro y preocupados le preguntaron por su salud.

Él se limitó a decir que estaba algo acatarrado y había pasado mala noche. Sin embargo, el sabor del aguardiente aún se le venía a la boca. Optó por encerrarse en su despacho y dar las órdenes oportunas al alguacil, además de advertirle que si no era urgente, nadie le molestara, pues tenía que hacer cosas importantes. Así que se encerró con su dolor de cabeza y no salió hasta la hora de la comida.

Al salir se dio un paseo por la Plaza y entró en el Casino, en donde Federico también notó el mal estado en que se encontraba.

- ¿Se encuentra usted bien don Ricardo? parece que tiene mala cara.

- Sí, es solo un resfriado.

Al fondo del salón, Rogelio Vázquez sentado junto a una pequeña mesita del bar, observaba al Secretario con una irónica sonrisa. Le hizo una señal para que se sentara a su lado y cuando lo tuvo cerca, amplió aún más los rasgos de su boca, casi a punto de soltar una carcajada.

- ¿Una copita de *Flor de la Sierra,* don Ricardo?

- Calle hombre, calle, vaya nochecita he pasado.

- Ustedes los jóvenes no están acostumbrados a los buenos sabores de la sierra. Ese aguardiente es de lo mejor que se hace por aquí.

- Sí, pero lo normal es que lo hubiéramos bebido con moderación.

- Ya, pero se nos calentó la boca y la quisimos enfriar con el aguardiente.

- Y cambiando del tema, he mandado una carta al abogado de *El Rabazo,* con un amigo que ha salido para Sevilla en el correo de la una. Posiblemente la contestación de éste, sea al acuse de recibo.

Solo dos días habían pasado cuando la persona que el Secretario mandó con una carta para Adolfo Rodríguez Jurado, se personó en el despacho oficial del Ayuntamiento, en donde se encontraba el Secretario, embelesado entre sus papeles.

- Buenos días señor Secretario.

- Hombre, pronto has regresado, esperaba que estuvieras más tiempo en la capital.

- Sólo tenía que resolver unos asuntillos de poca monta. Estuve en el despacho de ese abogado y ayer por la tarde me estaba esperando en la estación de *Córdoba* para darme esta carta, pues le dije que me vendría al día siguiente.

Ricardo Marín cogió el abultado sobre de color amarillo, cerrado y lacrado, mientras el mensajero le contaba los pormenores del viaje que según él, fue muy agitado, pues en el vagón que ocupaba, viajaban unos soldados que regresaban de África y que pronto serían licenciados, por lo que era evidente la alegría que desbordaban, más aún, con la ayuda de una bota de vino que no paraba de pasar de mano en mano.

- Bueno don Ricardo yo me voy, que tengo cosas que hacer, espero que lo de ese sobre sean buenas noticias.

- Muchas gracias por todo, le debo un favor.

- Nada hombre, para eso estamos.

Nada más salir el mensajero y tras cerrar la puerta del despacho, Ricardo Marín abrió el sobre, se colocó su monóculo y comenzó a leer la carta que el abogado le había mandado.

Una carta en la que Adolfo Rodríguez Jurado exponía su criterio con respecto al que él llamaba presunto homicida y en la que le hacía ver su coincidencia con respecto a la idiotez de *El Rabazo,* compartiendo también su opinión sobre el diagnostico de un médico profesional en la materia, haciéndole saber que ya había tomado la iniciativa, para que el prestigioso psiquiatra doctor Miraflores, diera un diagnóstico favorable y así evitar la máxima pena de aquel desgraciado. Por otra parte, el abogado ponía en conocimiento del Secretario del Ayuntamiento, que estaba haciendo las gestiones oportunas para que en el caso de que la pena fuera la máxima, tratar de conseguir un posible indulto por parte de las más altas instancias de la nación. Por lo que había contactado con colegas de Madrid y de otras provincias, que desempeñaban cargos en las distintas administraciones judiciales y políticas.

Ricardo Marín se tranquilizó con la carta del abogado. Estaba claro que aquel hombre se había tomado el llamado caso *Rabazo* con extraordinaria profesionalidad. Se puso el sombrero y con la carta en la mano, bajó corriendo las escaleras de la casa consistorial y se fue a la botica para contárselo a Rogelio Vázquez.

En la rebotica en donde días antes estuvieron reunidos, Rogelio Vázquez leyó con atención la carta llegada de Sevilla y el Secretario lo observaba con curiosidad, al ver como el Boticario movía la cabeza, mientras leía el papel que tenía en sus manos.

- Al menos este desgraciado puede tener una oportunidad en la vida. Es una pena que la pobre Carolina no la haya tenido, pero no somos nosotros los que debemos de juzgar a quien la mató. Hasta el *Rabazo* tiene derecho a la vida, aunque hiciera

lo que hizo.

XXXIII

Eran las siete de la mañana del día 8 de Marzo, cuando Ricardo Marín se puso en camino hacia la estación, en donde tendría que tomar el ómnibus que le llevaría a la capital para hacer las gestiones oportunas en el Gobierno Civil, según los encargos hechos por el Alcalde. El carro de *Berlanguita* le sirvió como medio de locomoción hasta llegar a la estación, en donde algunas personas se agolpaban en el pequeño vestíbulo, en torno a la estufa que había al lado de la puerta que da al andén, pues el relente de la mañana era más que fresco, muy frío.

Sonó la campana para avisar que el convoy había salido de Fuente del Arco y al poco tiempo un fuerte pitido que provenía de la *Cuesta de la Horca,* hizo que todo el mundo saliera al andén. Pronto el jaleo de maletas, cestos, baúles y demás enseres de viaje, pasaban de unas manos a otras, intentando de colocarlos en el estribo. Ricardo se aferró a su pequeña maleta de madera y a la cartera de material en la que guardaba los documentos que tenía que presentar en la capital y esperó a que las prisas de los viajeros se calmaran. Subió al vagón de primera y se sentó al lado de un joven apuesto y elegante y frente a un militar con las estrellas de comandante, en la bocamanga de su guerrera.

- Buenos días tengan ustedes.

Los dos viajeros saludaron educadamente, mientras a través de la ventanilla distinguieron la roja gorra del jefe de estación que con su banderola en

la mano, daba la salida del tren haciendo sonar su silbato.

Perezosamente el convoy va cogiendo velocidad y tras cruzar el puente de la carretera de Malcocinado, los olivos de la *Enana* dan la sensación de viajar en sentido contrario.

Poco antes de llegar a Cazalla un gran túnel deja en la más completa oscuridad a los viajeros, haciendo que al salir de éste, los ojos se entrecierren al recibir el fuerte contraste de la luz que bruscamente entra en los vagones. Ricardo Marín se fija en la casilla numero 91 y se le viene a la mente todo lo que meses antes había ocurrido en ella.

El revisor con su gorra de plato le sacó de su ensimismamiento y se buscó en el bolsillo superior de su chaleco, el billete de duro cartón que el empleado picó, devolviéndoselo amablemente.

- Muchas gracias y que tengan ustedes buen viaje.

El militar que desde que Ricardo Marín subió al tren no había apartado los ojos de un ejemplar de *El Correo de Badajoz*, hizo un breve comentario sobre lo que estaba leyendo, por aquello de sacar algún tema de conversación.

- Parece que por el momento la cosa está tranquila en África. ¿No les parece a ustedes señores?

El joven no contestó, pero Ricardo que es un gran aficionado a la tertulia, no vio más cielo abierto para entablar conversación y así hacer más ameno el tiempo hasta llegar a Sevilla.

- Sí, parece que la cosa no está revuelta, aunque yo creo que ese Ab-del-krim no se va a estar quieto. A mi no me extrañaría que esté tramando algo. Aunque qué le voy yo a decir a usted, mejor lo sabrá que yo.

Poco a poco la tertulia se fue haciendo cada vez más amena y tanto Ricardo Marín como el militar se enfrascaron en una animada conversación, en la que el joven también se animó a participar, pero siempre guardando las distancias, con los otros dos compañeros de viaje.

- Perdóneme usted don Ricardo. Le voy a hacer una pregunta si no es indiscreción. Cuénteme, ¿qué es lo que ha pasado en su pueblo?, he leído que se produjo un horrible crimen en la pasada primavera.

- Así es amigo mío, hace un rato pasamos justo por el lugar de los hechos. Recuerda usted el túnel que había antes de llegar a la estación de Cazalla, pues justo en la caseta que hay a la salida de éste, se produjeron los hechos.

Ricardo Marín contó con todo detalle los acontecimientos producidos en la caseta, así como los hechos acaecidos después, cuando el *Rabazo* fue detenido y

puesto a disposición de la justicia.

Los dos compañeros de viaje escuchaban ensimismados la narración del Secretario, que en ningún momento pronunció el nombre del asesino, así como tampoco hizo ademán de exclamar un insulto hacia él. Solo hizo hincapié en el gran sufrimiento de los familiares de la víctima. Se quedó más tranquilo al oír la exclamación del militar que fue aprobada por el joven, con un movimiento de cabeza.

- Ese hombre no puede estar en sus cabales. Esos crímenes se producen por pasión o por política, pero de esa manera, solo se puede pensar que fue un ataque de locura.

- Eso es lo que yo creo, porque es muy difícil entender la forma de proceder de este hombre.

Pasada la estación de San Jerónimo el tren se va abriendo camino por las proximidades de la Macarena hasta marchar paralelo por la calle Torneo. Poco después entra en la estación, atestada de gente y envuelta en un extraño olor, mezcla de vapor de agua, carbón y alquitrán.

Chamarileros, mozos y empleados ferroviarios, se mezclan con los viajeros, que casi al mismo tiempo llegan, no solo del tren que viene de Mérida, sino también del expreso que muchas horas antes saliera de la madrileña estación de Atocha. En los soportales mudéjares que dan a la calle Marqués de Paradas, los tres viajeros se despiden y cada uno se encamina por distintas calles a otros lugares de la ciudad.

Ricardo Marín, buen conocedor de la capital hispalense, continúa por la calle Marqués de Parada, calle Pastor y Landero y a unos 200 metros, tuerce a la derecha por la calle Almansa, donde se da de bruces con el antiguo convento de Santa María de Pópulo, ahora cárcel, en cuya puerta se encuentra un guardia civil armado con correaje y fusil.

- Buenos días, vengo a ver a un preso.

El centinela del tricornio se limita a hacer un gesto afirmativo con la cabeza. Luego da media vuelta, se dirige el centro de la puerta y emite un fuerte grito.

- ¡¡Cabo de guardia!!

Un empavonado cabo de la Benemérita hace su presencia y se dirige al centinela, que lo saluda militarmente, llevando su mano derecha a la altura del hombro izquierdo, mientras el Máuser con el que está armado, permanece suspendido de su mano izquierda. El Cabo responde al saludo de su subordinado,

quien le advierte de la presencia de Ricardo Marín, al que mira de arriba a bajo.

Lo saluda militarmente, haciendo alarde de una ridícula elegancia, envuelto en aquel verde uniforme con guerrera de oficial y galones de cabo primero, que al mismo tiempo hace juego con el correaje de color amarillo, que diferencia a la Guardia Civil del resto de los miembros del ejército.

Ricardo Marín espera derecho, envuelto en su traje gris con palomita al cuello y con una elegante mascota de fieltro en la mano.

- Usted me dirá.

- Soy Ricardo Marín Fernández, Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal y vengo a ver a un preso.

- Haga usted el favor de acompañarme.

Ricardo Marín fue conducido ante el funcionario encargado, que se encontraba sentado tras una mesa, tratando de poner en orden algunos papeles. No levantó la vista de su tarea hasta que no tuvo debidamente ordenadas todas sus cosas. Luego arrellanándose perezosamente en su silla indicó al recién llegado con un gesto, que se sentara.

- ¿Qué *carayo* de *presiño* viene usted a ver?

Al Secretario le llamó poderosamente la atención el acento gallego de aquel funcionario. Resultaba pintoresco como en una ciudad con una forma de hablar tan peculiar como era Sevilla, se pudiera encontrar a un individuo venido de tan lejos.

- Quisiera ver a Antonio Martínez Hernández.

- Un *momentito,* voy a ver de quien se trata.

El funcionario abrió un cajón y extrajo una lista en la que figuraban todos los nombres de los internos, buscó y señaló con el dedo a mitad de lista.

- Ah, ya sé quien es, ese es al que llaman *El Rabazo.*

- Sí ese es, ¿no habrá ningún inconveniente en que pueda verlo?

- No, pero solo unos *minutiños*, las visitas no son hasta por la tarde, si quiere usted verlo un momento, estará en el *Patio Chico*, ahora es cuando los dejamos salir a tomar el fresco.

En el llamado *Patio Chico,* un grupo de reclusos charla, mientras toman el escaso sol que entra por entre las ramas de los pocos y desnudos árboles, que ya pintan brotes verdes en sus ramas, anunciando la llegada de la primavera. Sentado en un banco de piedra, Ricardo puede distinguir la demacrada figura de Antonio, que como si nada de lo que hay a su alrededor fuera con él, se mantiene

quieto con la mirada fija en una hornacina que en otro tiempo albergara la imagen de algún santo. El Secretario se acerca y poco a poco va descubriendo el deterioro que se aprecia en aquel hombre, que desde hacía algunos años conocía, pues en Guadalcanal todo el mundo se conoce.

- Antonio, ¿No me conoces?

Como un autómata el *Rabazo* se queda mirando a aquel recién llegado y a través de sus hundidos ojos trata de reconocer a aquel individuo envuelto en un elegante traje y que luce una perilla canosa. Mueve negativamente la cabeza y vuelve su mirada a la hornacina como si en ella quisiera descubrir la imagen de Dios sabe qué cosa.

- Soy Ricardo Marín, el Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal ¿es qué no me conoces hombre?

El Rabazo vuelve nuevamente la mirada hacia el visitante y esta vez una leve sonrisa aflora a sus labios, provocando una cierta satisfacción en el Secretario, quien se acerca a él ya con la petaca en la mano.

- Traigo noticias de los tuyos Antonio.

- Usted dirá don Ricardo. ¿Cómo está mi madre? ¿Y mi mujer? ¿Y mi hermana?

- Todas están bien, no tienes porque preocuparte. Esta tarde vendré a verte más detenidamente, dime que necesitas y yo me encargaré de traértelo.

- Aquí lo único que se puede uno permitir es el tabaco, ya ve usted.

- No te preocupes que te traeré un cuarterón o dos. ¿Cómo te encuentras Antonio?

La mano del preso se posó fuertemente en el brazo del Secretario y éste adivinó en su cara la tremenda tristeza que le embargaba.

- No estoy mal. Pero dígame usted ¿Qué se piensa en el pueblo de mí, dígamelo?

- Nada hombre, que se va a pensar...

- Pues que quiere usted que piensen, pues nada más que soy un criminal...

- Vamos Antonio, no hay por qué ponerse así, eso lo tendrá que decir el juez.

- El juez puede decir misa, pero lo que hice, sólo lo sé yo.

Dos gruesas lágrimas afloraron en los ojos del *Rabazo* que se deslizaron suavemente por su demacrada mejilla. Aquella situación deprimió profundamente a Ricardo quien apretándole cariñosamente los brazos con sus manos se despidió, ante las miradas inquisitivas de los compañeros de presidio.

Salió al exterior y en medio del bullicio callejero se dirigió hasta la Plaza de la Virgen de los Reyes, en dónde tenía que resolver unos asuntos

concernientes al Ayuntamiento en el Palacio de la Diputación. Poco después se encontraría en el despacho de Adolfo Rodríguez Jurado, quien se alegró mucho de que al fin alguien de Guadalcanal le prestara ayuda, para poder llevar a cabo la difícil tarea de la defensa de *El Rabazo*.

- Mi querido amigo don Ricardo, es una ardua tarea conseguir clemencia para este hombre, él se siente culpable de los hechos y eso no le beneficia en nada. Según tengo entendido, no era antes una persona conflictiva, pero sólo son especulaciones mías y me gustaría saber más de su vida, para poder demostrarle al Tribunal que los hechos fueron causa de una enajenación mental.

- He conseguido reunir algunos datos y le puedo asegurar que Antonio ha sido siempre una persona muy respetada en el pueblo. Mire, aquí le traigo un informe en la que explico que Antonio Martínez Hernández es una persona muy trabajadora, de hecho, el día de autos venía de ganarse unos jornales en una finca en la que estuvo descorchando alcornoques. El párroco de Santa Ana, la Iglesia a la que pertenece el barrio en donde nació y se crió, al igual que la víctima, nunca vio en este hombre instintos criminales y tampoco en los informes de la municipalidad, se ha podido constatar ninguna perversión en él. Tampoco se le ha relacionado con tendencias políticas o revolucionarias. Sólo un defecto se le puede atribuir según he constatado, pero le aseguro mi querido amigo Adolfo, que ese defecto es común en la mayor parte de los hombres de Guadalcanal y es su afición al la bebida. Pero dígame. ¿Qué obrero de hoy en día no le da al codo? con lo que supone la tremenda ansiedad de cada día, al verse en el tremendo desamparo en el que se ven. Solo el vino y el aguardiente, le sirven de consuelo para ahogar la impotencia de no poder hacer nada por el futuro.

- Tiene usted toda la razón y creo que sus argumentos son extraordinariamente interesantes, pues me pueden servir de mucho en su defensa. Por otro lado, quiero hacerle saber que he conseguido que el doctor Miraflores visite al preso en unos días y pueda dar un diagnóstico que pueda ser favorable y nos pueda servir para argumentar de alguna manera más contundente, mis teorías.

Los dos hombres se despidieron y Ricardo Marín aprovechó para ir a casa de su hermana que vive en el barrio de San Esteban y además de saludarla, aprovechar para que le haga uno de esos cocidos tan ricos que su hermana mayor sabía preparar. El tema de la conversación que tuvo con su hermana fue como era de esperar de temas familiares, pero a los postres la dueña de la casa preguntó a su hermano por el motivo de su presencia en Sevilla.

Naturalmente no solo eran los motivos oficiales con respecto al Ayuntamiento del pueblo, los que sólo le habían llevado a la capital hispalense, también el encargo por parte de sus amigos con respecto a *Rabazo*, a lo que la anfitriona se mostró muy interesada.

Ricardo Marín puso en antecedentes a su hermana de los hechos acaecidos meses antes. Aquella mujer que había oído hablar del tema, se sintió muy afectada por los hechos, pues la información que ella tenía al respecto era la que daban los periódicos. Pero nunca pudo imaginar la magnitud de aquella locura. A pesar del horror que le dominaba y la gran pena por las víctimas, aquella mujer sintió una gran lástima por aquel hombre. La situación en la que se encontraba era muy penosa y su bondad cristiana la animó a preocuparse por aquel hombre, que seguramente necesitaría una gran ayuda, aunque los motivos que le llevaron al presidio no tuvieran perdón alguno.

- Si no te importa, quisiera echar una mano a ese hombre. Conozco a un Hermano de la Paz y la Caridad, quizás ellos puedan hacer algo por él. También el coadjutor de San Vicente y el párroco de la Magdalena son muy amigos míos...

- No te molestes hermana, las cosas de la justicia no admiten muchas recomendaciones en casos como el que nos ocupa, más aún, teniendo en cuenta que el acusado ya se ha declarado culpable por si mismo.

- Sí, pero eso puede tener algo de perdón.

- No lo creas, ya todo el mundo, incluso en su pueblo, lo ha sentenciado. No creo que ningún tribunal se atreva a salvarlo.

- Al menos déjame intentarlo, por lo menos si se le pudiera evitar el garrote vil.

- Qué quieres que te diga hermana mía, sé que tu bondad no tiene límites y estoy seguro de que lo intentarás. Eres una buena cristiana y eso ni yo ni nadie te lo puede impedir, ojalá consigas al menos salvarle la vida a ese hombre, aunque no sé que será peor para él, si morir en el cadalso o vivir todo el resto de sus días con la tremenda losa de su crimen sobre sus hombros, en una cárcel. Ahora si me permites me voy a verlo pues le prometí que le llevaría algunas cosas.

- Espera que yo te prepararé algo, no deben de comer muy bien en esos sitios.

Minutos después Ricardo emprendía la marcha cubriendo la distancia que hay entre San Esteban y el Arenal. En una mano llevaba su portafolios en el que se podía distinguir el escudo oficial del Ayuntamientos de Guadalcanal, con sus dos dagas y un canal en medio del blasón y en la otra una espuerta de enea, en la que su hermana había colocado algunas viandas para el preso, a la que el agregó un par de cuarterones de tabaco y unos libritos de *Indio rosa* que compró al pasar por un estanco de la Plaza Nueva.

A su llegada al centro penitenciario, el *Rabazo* lo estaba esperando en el claustro principal que servia para recibir a las visitas.

No estaba solo. Junto a él, un hombre que a pesar de llevar largo tiempo encerrado en aquel penal, mantenía vivo su orgullo y su cuidada presencia, daba la

sensación de no ser un preso.

- Dios guarde a usted don Ricardo. Mire, éste es el mejor amigo que tengo en la cárcel, se llama Anselmo.

- Mucho gusto en conocerlo don Anselmo, veo que es usted muy buen amigo de Antonio.

- Bueno, creo que Antonio necesita ahora más que nunca amigos y yo solo soy uno de ellos. Ya me ha dicho que es usted el Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal, espero que sepan echarle una mano a este hombre.

- En eso estamos solo unos cuantos, pero me temo que hay muchos otros que no están por la labor, usted ya me entiende.

Tanto Anselmo como Ricardo sintieron la necesidad de establecer un dialogo abierto con respecto al *Rabazo* y no tuvo Anselmo mejor idea, que buscar un pretexto para que éste no estuviera presente.

- Antonio, creo que esto que te trae tu paisano corre aquí mucho peligro, ya sabes, que hay mucho pillo por aquí suelto. Por qué no lo dejas en la celda, así estará a buen recaudo, yo me quedaré con don Ricardo.

Pronto los dos entablaron un amplio dialogo en el que Ricardo quedó enterado del comportamiento de Antonio en la cárcel, así como de la gran depresión que tenía, pues según su compañero, aquel crimen le tenía absorbida la mente a todas horas.

Todo ello podría ser un motivo para salvarle la vida y aunque el juicio aún no estaba próximo, los pasos a seguir eran muchos y había que empezar a darlos lo antes posible. Ricardo pidió a Anselmo que lo cuidara y que le informara de todo a su abogado. Aquel preso que al *El Rabazo* le tocó como compañero, era una buena persona y su testimonio en algunas ocasiones podría ser bueno para él.

- Don Ricardo, puede usted estar tranquilo, Antonio no es mala persona, pero su mente no rige como la de los demás. Aquello que hizo le está comiendo la vida y estoy seguro que nunca se atrevería a hacer lo que hizo. Se lo digo con toda franqueza, llevo muchos meses a su lado viviendo en un pequeño habitáculo y le puedo asegurar que su grado de idiotez la puede diagnosticar cualquiera, aunque no sea médico.

- Gracias amigo, algún día alguien sabrá agradecérselo.

- Soy yo quien está agradecido a la buena gente de su pueblo, uno de sus paisanos, el doctor Vallina, me salvó la vida cuando lo de la gripe.

- ¿Conoce usted al doctor Vallina?

- Sí, no solo fui su paciente, también somos compañeros en la lucha que llevamos los trabajadores.

- ¿Es usted anarquista?

- Era anarquista, ahora soy un despojo, según dicen los jueces.

Llegó Antonio con una sonrisa en los labios que no podía disimular, parecía un niño cuando la mañana del seis de enero se encuentra con el regalo de los Magos de Oriente.

- Vaya canasto que me ha traído usted don Ricardo, qué de cosas. Un chorizo, queso, sardina arenques, con lo que me gustan y tabaco, no sabe usted cuanto se lo agradezco.

Ricardo Marín sintió un gran alivio al ver la sonrisa en la desencajada cara de aquel hombre. Parecía como si todo el mal que le afectaba, lo hubiera resuelto aquel canasto de viandas, que solo le servirían unos días. Luego tendría que volver a la bazofia de las cocinas de la cárcel, pero por un momento, su alegría era infinita.

Con qué poca cosa se conformaba aquel hombre. Su comportamiento ante tan triste situación, le hacia ver aquel gesto de su paisano, como algo sublime. Nunca nadie se había preocupado de él. Siempre formó parte de la sociedad de su pueblo, pero nadie le prestó nunca atención alguna. ¿Es que hay que matar a alguien para que la gente se apiade de un criminal?

La alegría de Antonio solo fue momentánea, sobre todo cuando Ricardo tuvo que tomar la decisión de marcharse. Entonces la cara del *Rabazo* volvió a su estado natural de tristeza y sus ojillos hundidos por las muchas lágrimas derramadas, perdieron por completo la alegría que demostrara momentos antes.

Estrechó la mano del Secretario y las lágrimas afloraron en sus ojos.

Anselmo observa la escena y mira a Ricardo como si con sus ojos quisiera ratificar definitivamente la opinión que ambos tenían sobre la idiotez de Antonio.

- Don Ricardo, dígale a mi madre que estoy bien y que la quiero mucho y a mi mujer haga el favor de decirle que me perdone, lo que hice no tiene perdón de Dios.

- Se lo diré Antonio, no tienes porque preocuparte...

- ¡Ah! y dígale a la *seña* María Josefa y a José que entiendo el odio que me tendrán, yo quisiera que esto no hubiera *pasao* pero pasó y ya no tiene remedio. El día que me ajusticien sentirán un gran alivio. Si pudiera ser posible devolverles la vida a esas criaturas, pediría que me mataran ahora mismo.

- Vamos, vamos, Antonio, no te martirices, lo que tenga que pasar ya

pasará y lo que ha pasado ya pasó. Me voy que si no perderé el tren. Adiós Antonio, me alegro haberle conocido Anselmo.

En el camino de regreso, el tren va casi vació, quedándose aún más, al llegar a la estación de Villanueva del Río y Minas, en donde varios mineros del turno de noche han bajado para realizar su trabajo.

En el vagón solo viajan un soldado dormitando, una pareja que aparentan estar recién casados, por los arrumacos que se hacen y la guardia de escolta, bajo cuyos tricornios se puede adivinar la cara de cansancio de todo un día de servicio.

Ricardo Marín apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla y ante sus ojos el fértil valle del Guadalquivir, va dejando paso al paisaje de la sierra. Pero no es lo que ante sus ojos va pasando lo que ocupa la mente del Secretario. Sus pensamientos están en aquella cárcel del Pópulo en donde quedó Antonio *El Rabazo* abatido por la pena y el remordimiento. No puede imaginarse como la mente de un ser humano puede llegar a desarrollar tanta infamia y se pregunta el por qué de aquella decisión tan sanguinaria.

Buscando un motivo que pudiera justificar tal hecho; rememora los acontecimientos criminales de los que tiene conocimiento y en la mayoría de ellos tampoco encuentra justificación alguna. Solo hay para él un culpable en el comportamiento de estos criminales sin causa: La incultura. Una lacra que elimina por completo a cualquier hombre, cuyo cerebro no está preparado para los problemas que hay que afrontar en la vida y que ven en la muerte un desahogo.

En una sociedad en la que las diferencias son tan enormes, la decadencia de los humildes roza el primitivismo y la prepotencia de los poderosos el despotismo, cualquier mente baja en defensas celulares, puede llegar a pensar en alguno momento que arrebatar una vida humana es algo natural.

Cada día en los periódicos surgen noticias de este tipo, los sucesos de la *Semana Trágica de Barcelona,* los continuos atentados por parte de miembros de sindicatos, pistoleros a sueldo de la jerarquía o miembros de organizaciones sindicales, así como los acontecimientos de África, llevan la muerte a sus páginas y se convive con ella de la forma más normal.

Al compás del traqueteo del convoy, se va dando cuenta de que *El Rabazo* sólo es un mero ejecutor de aquel despreciable crimen, detrás de todo eso, está aquella España profunda en la que la insolidaridad, el desprecio y la aberración llevan a los hombres a convertirse en lobos hambrientos, cuyas débiles mentes, los empujan a cometer los más despreciables crímenes, que un ser medianamente desarrollado, fuera capaz de hacer.

El tren entra en el túnel de San Benito, ya es de noche y desde el estribo puede distinguir en el andén la presencia de su amigo Rogelio, que ha subido

a buscarle con su berlina tirada por ese caballo blanco que tantas veces había querido comprarle.

- ¿Qué tal el viaje amigo Ricardo?

- Bien don Rogelio, los temas de Ayuntamiento como siempre, los otros, ya le contaré cuando subamos a su coche tirado por tan hermoso corcel.

- No se le han ido las ganas de quedarse con mi caballo.

- Para que le voy a decir lo contrario, es un animal del que me he encaprichado.

- Pues lo siento amigo mío, el jerezano es como de la familia y lamento no poder hacerle participe de su parentesco con él.

Tanto Ricardo, como Rogelio, rieron a mandíbula abierta, mientras el jerezano tiraba elegante de la berlina y tomaba la curva de la carretera de Malcocinado, con dirección al pueblo.

Ya a la altura de la fábrica de orujo, el boticario se interesó por la secreta misión que el Secretario había llevado a cabo en Sevilla, con respecto al *Rabazo*.

- Como ha visto usted el tema.

- Ese hombre verdaderamente no está en sus cabales. El remordimiento que siente por lo que hizo no se despega de su mente, aunque en otros momentos actúa como un niño de cinco años. Si usted lo hubiera visto cuando le entregué algunas cosas que me dio mi hermana para él. Parecía un chiquillo al que se le regalan unos polvorones. Se comporta de una forma extraña, lo mismo se ríe por una tontería, que se queda anonadado al paso de una mosca, pero eso sí, siempre sale a relucir lo que le tiene en la cárcel, no hace más que decir que lo ajusticien. Estuve un largo rato hablando con su compañero de celda y me confirmó todo lo que le estoy diciendo. Este compañero es un buen hombre que llegó a la cárcel por culpa de sus ideas anarquistas, que le llevaron a cometer un delito del que no me dio muchas explicaciones, pero conoce bien al *Rabazo* y está convencido como nosotros, de que su demencia es cierta.

- ¿Y el abogado...?

- Ya está en contacto con el doctor Miraflores, un eminente psiquiatra sevillano. Además me ha confirmado que también se entrevistará con otros colegas. Por otro lado, mi hermana también intercederá ante las autoridades eclesiásticas. Es muy amiga del párroco de la Magdalena y del coadjutor de San Vicente, ya le he dicho lo vinculada que está mi hermana con las cosas de la Iglesia.

- Ese pobre desgraciado, va a necesitar la ayuda de mucha gente.

Son casi las once de la noche cuando la berlina de Rogelio Vázquez pasa por la puerta del Casino, deciden entrar a tomar café y Federico se lo

sirve en una mesa del salón pequeño, donde los dos se sientan para seguir hablando del tema con toda discreción. Poco después se incorpora Eusebio Márquez, quien los vio llegar desde el salón grande.

- Federico cierre usted la puerta y que no nos moleste nadie.

- Como usted diga, don Rogelio.

XXXIV

En el Casino de Guadalcanal, los tertulianos de siempre se reunían en torno a sus respectivas mesas, unos charlando de cómo estaba el campo, otros de vaguedades absurdas y los de la mesa de Luis Castellano, como siempre, politiqueando y discutiendo acaloradamente.

El conserje se acercó a la mesa y habló al nuevo Alcalde Enrique Castelló en el oído, este se disculpó ante sus compañeros de tertulia y salió al exterior en donde lo esperaban el sargento y dos números armados con Máuser y el barboquejo del tricornio bien ajustado.

- ¿Qué sucede Sargento?

- A sus órdenes señor Alcalde, ya se que son casi las doce de la noche, pero lo que vengo a decirle es muy importante.

- Sí que debe de serlo...

- Señor Alcalde, han matado al presidente del Gobierno.

- ¿A Dato? ¿Pero cómo es posible? ¿Cuándo se han enterado ustedes?

- Acabamos de recibir un telegrama enviado desde el Gobierno Civil. Por lo que en él dice, ha sido a las ocho de la noche, cuando se dirigía a su casa después de una reunión en el Senado.

- Me imagino que tendrán ustedes instrucciones precisas para velar por la

seguridad.

- Sí, ya hemos recibido órdenes de la comandancia, se cree que pueda ser obra de los anarquistas y quizás pueda haber revueltas.

- No creo que en este pueblo esos desalmados se atrevan a hacer nada, de todas formas pondré en alerta a los municipales.

- Si no ordena usted nada más, señor Alcalde…

- Nada sargento, que tengan buen servicio.

Todos los asistentes en el salón del Casino, pudieron ver la cara de circunstancia de Enrique Castelló. Algunos que ya se habían colocado el sombrero para marcharse, se mantuvieron a la expectativa, porque en el ánimo de todos estaba que el alcalde no traía buenas noticias. Y así era.

Con las manos en jarra como si quisiera con su postura evitar la rabia que le albergaba y que parecía salírsele por las pupilas de los ojos, se dirigió a los presentes.

- Señores, tengo que darles una muy mala, pero que muy mala noticia. Hace algo más de tres horas han asesinado a don Eduardo Dato.

Todos los presentes quedaron perplejos. Un profundo silencio se apoderó de todo los que en el gran salón se encontraban. El propio Federico con la bandeja en la mano no sabía que hacer con ella, al escuchar la noticia. Fue Luis Castellano, quien, dando un fuerte golpe en la mesa haciendo saltar las copas y cayendo una al suelo, rompió violentamente el silencio.

- ¡¡ Maldita sea!! -bramó Luis Castellano- ¡¡eso no lo ha podido hacer nada más que los putos anarquistas, el ejército tiene que tomar cartas en el asunto o van a terminar por aniquilarnos a todos!!

Nadie se atrevió a contradecirlo y todos los presentes se pusieron sus sombreros y con tranquilidad abandonaron el Casino para refugiarse en sus casas, después de que el Alcalde les hiciera saber que la Guardia Civil estaba en alerta, por miedo a que aquello pudiera ser un levantamiento en toda regla.

Ricardo Marín, se acercó al Alcalde para ponerse a sus órdenes, pues era lo normal que en estos casos el Secretario se encargara de movilizar a todos los miembros del Ayuntamiento. Así lo hicieron y ambos atravesaron la Plaza, llamaron a Antonio el alguacil, quien se encargó de movilizar a los municipales, así como anunciar a los serenos de que en caso de que detectaran alguna anomalía, lo pusieran inmediatamente en conocimiento de las autoridades.

Eran más de las tres de la mañana cuando tanto el Alcalde como el Secretario decidieron retirarse a sus domicilios, ya que no se veía que hubiera

indicios de levantamiento alguno, por parte de los grupúsculos libertarios que se escondían en Guadalcanal. Al pasar por la botica de Rogelio Vázquez, Ricardo observó que en el despacho del boticario había luz, dio unos golpecitos en la ventana y apareció éste tras de la reja.

- Entre usted don Ricardo, hágame el favor.

Ya en el despacho el boticario quiso saber más de lo ocurrido, pero pocas eran las noticias que desde Madrid podían llegar a esas horas. No había más remedio que esperar a que los periódicos trajeran nuevas misivas. Sin embargo para aquellos dos liberales, el asesinato del jefe de los conservadores no era nada bueno, ni para ellos, ni para los del partido de don Eduardo. El fantasma de un nuevo golpe militar estaba a la vuelta de la esquina, si el rey no lo remediaba.

Muchas especulaciones estuvieron haciendo el Boticario y el Secretario en aquel atestado despacho, en el que después de tantos cigarros, apenas si se divisaban los objetos que reposaban en los muebles. Cuando Anita la *Patarra* abrió la puerta para hacer la limpieza habitual de por las mañanas, no pudo por menos que hacer una exclamación al ver allí a los dos hombres sentados cada uno con su cigarro y delante de una copa de anís.

- ¡Parece esto una pocilga, don Rogelio!, no sé como pueden ustedes aguantar aquí dentro.

- Anda Anita vete a preparar el desayuno que hoy tengo a don Ricardo de invitado.

XXXV

En la calle ya se empezaba a oír el ajetreo matutino. Los cascos de las mulas de los gañanes, rebotaban en el empedrado, al igual que los de las borricas de los lecheros que horas antes se habían tenido que levantar para venir de los distintos cortijos y dejar el blanco alimento en la casa de sus señoritos. Los taladores, piqueta al cinto y hacha *tronconera* al hombro se encaminan a los olivares, con el fin de hacer el pesado trabajo, mientras los zagales que han de recoger y quemar el ramón, tratan de hacerse los remolones, pero la autoridad de los manigeros se lo impide.

Mujeres con costales de ropa se dirigen a los lavaderos y los sirvientes que no duermen en casa de sus señoritas, acuden a hacer su servicio.

Julia, la prima de *El Rabazo,* como cada mañana hace acto de presencia en casa de José Castelló, en donde es avisada por la señorita de que no entre en su alcoba, pues éste vino muy tarde y necesitaba dormir.

Se encogió de hombros y se puso a su faena, primero a barrer el postigo, luego a hacer las camas de los hijos del señorito, teniendo que mullir los gruesos colchones de lana en donde descansarían más tarde. Después, espuerta en mano, marchar a la plaza para hacer la compra que la cocinera le había encargado.

Tanto en Santa Ana, como en San Sebastián, como en Santa María, las mujeres de las distintas cofradías de Semana Santa se esmeran en los preparativos de la festividad más importante de la localidad, se repasan los mantos de las Vírgenes, las túnicas de los Cristos, se limpia la mucha plata que abunda en los tesoros cofrades, se ordenan todo lo relativo a cómo ha de llevase a cabo las

distintas estaciones de penitencia, en común acuerdo con Pedro Carballo y Rafael Ordóñez, párrocos de Santa María y Santa Ana.

Por otro lado, los vecinos de la villa se van incorporando a las tareas diarias. A lo lejos el yunque de la fragua se deja oír insistentemente, mientras el xilófono de un afilador anuncia su presencia para que acudan amas de casa con sus domésticas herramientas y los zapateros hermanos de San Crispín afilen sus *chavetas* y otras herramientas.

Algunos niños harapientos danzan alrededor de los puestos del mercado, con la intención de pillar algo que les pueda servir de desayuno, mientras flacos perro devoran los despojos que ha despreciado el carnicero, que está más pendiente de su romana, que de los sabuesos, que esperan nuevos deshechos.

Como todas las mañanas, aquélla transcurre con normalidad, hasta que una corneta hace que todo el mundo ponga atención por un momento al pregonero, que desde lo alto de un carro, ve como el público se acerca. Espera a que la concurrencia sea la más posible y con voz fuerte y ronca lanza al aire las noticias que trae:

- ¡Por orden de Señor Alcalde, se hace saber: *Que dados los acontecimientos ocurridos anoche en la ciudad de Madrid, en donde el presidente del Gobierno don Eduardo Dato Daladier, fue vilmente asesinado, este municipio se suma al gran dolor que representa tan triste pérdida y declara tres días de luto. Por tanto, quedan prohibidos todo tipo de festejos públicos y privados y se invita a todos los vecinos a las honras fúnebres que en las parroquias de este municipio han de celebrase por el alma de tan destacada persona. Dado en Guadalcanal a tres de marzo del año de 1921. El Alcalde don Enrique Castelló!*

Un murmullo se dejo oír y corrió por todo el recinto del mercado. En poco tiempo la noticia ya no era una novedad en ningún sitio del pueblo, pues ésta corrió como la pólvora, llegando a todos los rincones.

En la fuente de Juan Blanco las lavanderas hacían comentarios, en muchas ocasiones sin saber qué personaje era aquél que había sido asesinado en Madrid. En las tabernas, los izquierdistas más exaltados, no podían disimular su alegría y su admiración por el autor de aquel execrable crimen.

Sin embargo en el Casino, los corrillos se hacían cada vez más numerosos y los socios trataban de encontrar noticias al respecto. Misión imposible, ya que los primeros periódicos no llegarían hasta más tarde.

En el Ayuntamiento pasaba lo mismo, pues tanto el Alcalde como los concejales, estaban reunidos esperando nuevas noticias que habrían de venir desde el Gobierno Civil, pero que no llegaban. Y las autoridades municipales lo único

que podían hacer, es guardar la calma y hacer que también la guardaran todos los vecinos.

Pocas fueron las noticias que ese día llegaron, pues los periódicos ya habían casi terminado las primeras ediciones cuando acontecieron los hechos. Sólo se pudo saber que el nuevo presidente del consejo de ministros era don Manuel Allendesalazar y Muñoz de Salazar y que al parecer, las cosas iban a seguir como antes.

Naturalmente en la mesa que estaba junto a la ventana, los ánimos estaban algo más apaciguados, pues aunque se discutía de política, los tertulianos trataban de no dar rienda suelta a sus emociones. Sólo Luís Castellano seguía en sus treces, de que eran los militares los que tenían que coger el toro por los cuernos.

Pasaron tres días y por fin llegaron noticias concluyentes en el tema del asesinato de Eduardo Dato. Como todos en el Casino estaban ansiosos de noticias fue Ricardo Marín quien leyó en voz alta el artículo que publicaba el diario *La Unión*.

- Señores esto es lo que dice el periódico escuchen ustedes por favor: *Un testigo presencial, llamado Junquera, que viajaba en un tranvía en la misma dirección que el automóvil del presidente, declaró que la moto desde la que se efectuaron los disparos venía siguiendo a aquél. Era una Indian con sidecar, en la que viajaban tres individuos. Se adelantó para que sus ocupantes pudieran asegurarse del lugar exacto en que viajaba la víctima. El que guiaba era un hombre corpulento que llevaba una pelliza gris oscuro, boina y gafas. En el soporte iba un individuo que no llevaba nada en la cabeza. Era alto, rubio, delgado, con nariz aguileña. Al ocupante del sidecar no pudo verlo bien, por estar al lado contrario del tranvía. El 10 de marzo, dos días después del atentado, con los ecos de la grandiosa manifestación que se había desarrollado en Madrid, y mientras aleteaba la gran conmoción nacional que había provocado el crimen, la policía estaba en el punto de mira de todas las críticas. Se le acusaba tanto de no haber prevenido el golpe de los asesinos, como de encontrarse desorientada en la búsqueda de los mismos. Al tiempo que en toda España se registraban constantes manifestaciones de protesta por el abominable crimen, los periódicos daban una esperada noticia; éste era uno de sus titulares: "El director general de Seguridad dimite al fin".*

El domingo 13 de marzo los inspectores encargados del caso lograron saber que los criminales tenían alquilado un cuarto en el número 164 de la calle Alcalá. Siete policías se encargaron de la tensa espera. A las cuatro de la tarde se presentó un individuo de complexión robusta, de unos 27 años, bajo de estatura, ojos vivos, mirada enérgica: era el anarquista Pedro Matéu. Aunque iba armado con una pistola, no ofreció resistencia en el momento de la detención. Las

investigaciones policiales establecieron que los autores materiales del asesinato fueron Pedro Matéu, Juan Casanellas y Luís Nicolau.

Por un momento el salón grande del Casino quedó en el más absoluto silencio. Las miradas entre los asistente eran como interrogativas, y en la mente de muchos, se había instalado un cierto temor, pues al parecer, el movimiento anarquista iba muy pero que muy en serio.

Fue José Castelló, quien rompió el silencio tratando de quitar hierro al asunto, pues también él temía, que esos actos terroristas tan conocidos en Barcelona y en algunos pueblos de la baja Andalucía, pudieran tener repercusión en Guadalcanal. Pero era consciente de que no había que crear alarma alguna, ya que eso sería ponérselo en bandeja a los que están por la labor revolucionaria.

- Bien señores creo que el tema está zanjado por el momento, tenemos un nuevo presidente y los criminales están entre rejas. Espero que muy pronto mueran en el cadalso, para ejemplo de los demás.

Los días van pasando en aquel Guadalcanal en el que la primavera comienza a mostrarse generosa por los cuatro costados. La flor del olivo hace su aparición. Los verdes campos sembrados de trigo y cebada, ya empiezan a ondear al viento, como si de olas marina se tratara. Los espárragos trigueros son un alivio en muchas casas en las que hace semanas que no entra un jornal. Los cardillos, las collejas y las tagarninas, también sirven para llevar algunas monedas a casa, después de haberlas malvendido en el mercado. Los naranjos en flor de la Plaza, desprenden un encantador aroma y los álamos del Coso, ya muestran elegantes sus hojas verdes. Los muchos niños que no van al colegio, se dedican a buscar nidos y en las puertas de muchas casas las ancianas hacen calcetas con cinco agujas, alegradas por el canto del jilguero que en sus jaulas disfruta del sol primaveral. Los embriagadores olores de la naturaleza se mezclan en los días próximos a la Semana Santa, con el de los gañotes, que en muchas casas se hacen, con el fin de gozarlos en los días en que se celebra la pasión de Cristo.

Tanto en Santa Ana como en Santa María, así como en San Sebastián, los cofrades se afanan en organizar todo lo relativo a sus respectivas Hermandades, que comienzan sus celebraciones el mismo domingo de Ramos, con la procesión que desde Santa Ana sale por todo el pueblo, encabezada por las autoridades civiles y religiosas.

Tanto por la puerta de Pura, como por la de María Josefa, la estación de penitencia del Cristo Orando en el Huerto, hace una parada, no sólo para que los costaleros hagan un descanso, sino también para que aquellas dos madres tan sufridas, encuentren regocijo en la presencia del Redentor. Un Redentor que se representa en el misterio de la oración en el huerto, en dónde Cristo está

arrodillado ante un ángel, que le ofrece un cáliz oculto entre un frondoso olivo.

Pepa *la Polinaria* con su pequeño Juan en brazos, presencia el desfile procesional en la puerta de María Josefa, que desde el interior de su casa ve pasar la comitiva. A pesar del fuerte ruido de los tambores de los alabarderos, ésta puede oír los sollozos de aquella mujer que impotente pide al Cristo que pasa por su puerta, una explicación de el por qué a su hija y a sus nietas, las ha tenido que tratar tan mal la vida.

- Dios mío ¿por qué estas criaturas han tenido que sufrir tanto? ¿Por qué no me has llevado a mí, en vez de a ellas?

Pepa entró en la casa, pues es muy buena amiga de su dueña y mientras con una mano sujetaba al pequeño, con la otra trataba de acariciar a aquella desconsolada mujer que se sentía triste e impotente, tras haber presenciado aquel fatídico hecho, que va a hacer pronto un año, pero que de ninguna manera, ha podido conseguir quitárselo de la cabeza.

- Tranquilízate mujer, hay que tener resignación.

- Pepa yo no puedo tranquilizarme, a todas las horas del día estoy viendo a mi Carolina y a mis nietas destrozadas en un charco de sangre, no sé como Dios puede consentir esto.

Los acordes de la marcha procesional que interpreta la banda de música municipal desfilando tras el palio de la Virgen, ponen punto final a aquel acontecimiento que cada Miércoles Santo se hace realidad en la concurrida calle de Santa Ana. Aún no ha llegado la cruz de guía al carril y Pepa ya está en su casa con el fin de volver a ver la imagen del Cristo. El pequeño Juan, abre asombrado sus ojillos ante el resplandor de las velas, cuya tintineantes luces se reflejan en la gran muralla de la torre. Los nazarenos se aprietan en su fila para no caer por el barranco que hay frente a la casa de Pepa, en cuya puerta se concentran casi todos los vecinos de la *Cañá,* pues es el mejor sitio para ver pasar la cofradía.

Los halagos en torno al pequeño son continuos pues parece un niño muy avispado. Según su tía Manuela, es clavadito a su abuelo. Después de este comentario, interroga a su cuñada pues sabía de donde venía.

- ¿Cómo se ha quedado la María Josefa?

- Pues muy mal Manuela, la pobrecilla se acuerda mucho de su Carolina, ya sabes lo que a ella le gustaba esta procesión.

- Yo he estado esta mañana con Pura y para mí que está perdiendo la cabeza, la pobre no hace nada más que decir tonterías. A mi me da que lo de su hijo la ha trastornado, si no, que *coile* iba ella a decir la cantidad de *pamplinas* que me ha dicho el rato que he estado con ella esta tarde, cuando venía yo de por agua del

Berrocal Chico.

- Bueno Manuela, voy a acostar a esta criatura, tú hermano no tardará en venir de por allá abajo.

Los días de Semana Santa son cada vez más intensos. Pero su culminación llega en la madrugada del Viernes Santo, en donde en cada pueblo, como pasa en Guadalcanal, la gente se echa a la calle para presenciar o participar de alguna manera, en el desfile procesional de nuestro Padre Jesús Nazareno. Se abren las puertas de la Iglesia de San Sebastián y tras la cruz de guía, sale el paso de Jesús con la cruz a cuestas a los acordes de la Marcha Real, que interpreta la banda de tambores y cornetas. Luego sale un pequeño paso con la imagen de la Magdalena y a continuación, el paso de la Virgen de la Amargura, que luce en uno de los varales de su palio, un crespón negro por la muerte del recientemente asesinado Eduardo Dato.

De riguroso morado, la alta sociedad del pueblo, en ordenada formación, vestidos de nazarenos los hombres y con peineta y mantilla las damas, desfilan por las calles del pueblo, cuando aún el sol no ha salido. A ambos lados del recorrido, un gran número de curiosos, trata de adivinar si el que va con el cirio en el cuadril es José Castelló o Luis Castellano, ambos fieles devotos de Nuestro Padre Jesús. Algunas mujeres distinguen a sus señoritas que lucen las mejores galas y compiten entre ellas en elegancia, predominando en su tocado, ricas mantillas y peinas de nácar, así como en sus cuellos collares de perlas y medallas del titular de la cofradía.

XXXVI

En la ciudad de Sevilla "la madrugá" es más expectante si cabe. Por las calles del centro hispalense, las distintas cofradías hacen estación de penitencia hasta la Catedral, pero hay una que dejará buen regusto en los presos de la cárcel del Pópulo: se trata de la Esperanza de Triana, que de regreso a su Iglesia, hace un alto en el camino cuando pasa por el Arenal ante la ventanas del locutorio de lo que fuera convento del Pópulo. Allí los presos cantan a la Virgen trianera y despierta en estos una cierta emoción.

El Rabazo, que acompañado por varios compañeros, ha conseguido situarse en un lugar privilegiado para ver de cerca a la madre de Dios, escucha con emoción las saetas que lanzan al aire los presos, sobre todo los gitanos, que derrochan auténtico arte en el martinete.

Nunca había presenciado un acontecimiento como aquel. Las procesiones de su pueblo eran muy vistosas, pero nunca tanto como aquella Esperanza trianera a la que los presos le dedicaban sus cantes por segurillas y soleares, haciendo estremecer a los que desde la calle escuchaban aquellos ruegos en forma de piropo.

Una inmensa muchedumbre se agolpaba a lo largo de las calles del barrio del Arenal, para presenciar aquel acontecimiento. Un preso se acercó a Antonio para invitarle a que participara en la ceremonia, pero él reconocía que nunca fue buen *cantaor* y aunque el flamenco siempre le gustó, no se atrevió a lanzar a la Esperanza una saeta. Pero de pronto, y ante el asombro de todos, Antonio agarrado a los barrotes de la reja que le separaba del resto del pueblo de Sevilla

allí presente, dejó oír su voz en forma de clemencia a la Reina de Triana, que hizo estremecerse hasta al más déspota de los presos allí presente.

- *¡¡Virgen de la Esperanza, con todo mi corazón te pido, que cuides de aquellas a las que les quité la vida. Soy un criminal y no te pido nada para mí, pero protege a esas criaturitas a las que yo arrebaté de este mundo. No merezco tu perdón pero haz que ellas estén en la gloria...!!*

Un sollozo interrumpió aquella súplica y aquel silencio sepulcral se convirtió en un gran aplauso que llenó de emoción a todos los que oyeron su desesperada petición, de uno de los internos más conocidos del penal. Por las mejillas de *El Rabazo* resbalaban gruesas lagrimas, como si por sus ojos hubiera salido por un momento todo el dolor que le atormentaba, un dolor parecido al de la Madre de Dios, que alzada con gracia por los costaleros, emprendía el regreso a su Iglesia en el barrio de Triana, a los acordes de la marcha procesional *Pasan los campanilleros* y de el ardor del pueblo de Sevilla, que sin cesar aplaudía al paso de tan suntuoso palio.

Una mano se apoyó en el hombro de Antonio y éste comprendió al momento que se trataba de su buen amigo Anselmo. Sintió un gran alivio al tenerlo a su lado, pues la noche anterior le dijo que él no iría al locutorio para ver a la Virgen, pues las cosas de la Iglesia no estaban entre sus preferencias.

- Vamos Antonio, en el comedor hoy nos han puesto torrijas, con ese caldibache al que llaman café, ya sabes.

Los dos compañeros cruzaron el patio y en efecto, al lado en las grandes perolas en donde se servía el café, un preso distribuía con una espumadera una torrija y un pestiño para cada uno.

Mientras los dos amigos comían, otro preso se acercó al *Rabazo* para ofrecerle su ración, pues aquel dulce no le gustaba. Éste se limitó a asentir con la cabeza en señal de agradecimiento y durante un lago rato, los tres permanecieron sentados en los poyos de piedra que había en el *Patio Grande*.

- A mí es que esto me parece muy empalagoso –dijo Anselmo.

- Pues está muy buena, mi madre también las hace para la Semana Santa.

- ¿Cómo es la Semana Santa de tu pueblo?

- Pues como todas, con muchos curas, muchos santos y muchos nazarenos. Por la puerta de mi casa pasan dos procesiones, una la de el Señor Orando en el Huerto y otra la de el Amarrado. Luego el Viernes Santo, salen varias, pero no tantas como aquí en Sevilla.

Todavía se podía oír el bullicio de las calles atestadas de gente

participando de las estaciones de penitencia. El murmullo lejano se mezclaba con el sonido de lo tambores y cornetas de la cofradía, que ya se encaminaba para recogerse en su Iglesia.

Nada de ese regocijo llegaba a la prisión del Pópulo. Solo un preso tuvo la suerte de ser puesto en libertad y disfrutar de aquella primavera, que desde detrás de los muros todos imaginaban, pero que sólo uno pudo disfrutar.

La monotonía era la reina de aquellos hombres, que de una u otra forma tenían que llevar como podían su condena. Unos mataban el tiempo jugando a las cartas y otros paseando por los espacios dedicados al desahogo. Anselmo, con sus anteojos escribía y escribía ante la atenta mirada de Antonio, que nunca se preocupó de saber qué era lo que aquel hombre ponía en los papeles, pues tampoco si hubiera querido, lo podía haber leído, ya que era un total analfabeto.

Más de una vez Anselmo le propuso enseñarle los secretos de las letras, pero él siempre se negó, pues decía que para qué quería aprender a leer, si ya su futuro estaba sentenciado. La respuesta de Anselmo era siempre la misma.

- Antonio, nunca hay que rendirse ante las adversidades.

Pero los días pasan y pasan en aquella prisión sin que nadie se preocupe aparentemente del *Rabazo.* Alguna visita que otra de su abogado, o de alguien que desde el pueblo ha venido a la capital y ha sentido la caridad de visitar a aquel desgraciado, como el cura de Santa Ana que acudió en una ocasión, con el fin de llevarle algunas cosas que su madre y su hermana le enviaban desde el pueblo.

- ¿Cómo estás Antonio, hijo mío?

- Pues ya ve usted, aquí esperando a que de una vez acabe esto.

- Debes de tener paciencia, la justicia de Dios es la única que te salvará.

- A mi no me salva ni la caridad don Rafael, yo he hecho una cosa muy mala.

- Lo sé hijo mío, lo sé, pero tu arrepentimiento te salvará en la otra vida.

- ¿Cómo está mi madre, don Rafael?

- Bien, está bien, muy disgustada, como puedes comprender.

- También la voy a matar a ella, la estoy haciendo sufrir mucho.

No solo los días pasan monótonamente. También los meses en aquella cárcel en donde el frío invernal cala hasta los huesos y en verano el calor agobiante del clima sevillano, parece masticarse.

El Rabazo parece haberse adaptado a aquella situación y de alguna manera se ha hecho a la idea de que allí tendrá que estar mucho tiempo, si es que no sale

de aquel viejo convento con los pies por delante.

A pesar de los sufrimientos del penal, Antonio había recuperado algo de salud y también la confianza de muchos de sus compañeros, que lo trataban con cariño, pues no veían en él ese horrible asesino de que hablaban los periódicos. Había algunos que conociendo como conocían al *Rabazo* no pensaban que aquel ser tan embobado e ignorante, pudiera haber cometido tan grave delito.

Muchos de los que en aquel penal se encontraban, eran revolucionarios de ideologías anarquista y socialista y comprendían que aquel hombre que se paseaba por los patios de la cárcel como un autómata y que no hacía más que liar y fumar tabaco sin ser capaz de llevar una conversación, que no fuera hablar del día en que cometió tan fatal delito. Pensaban que no estaba bueno de la cabeza y en muchas ocasiones pusieron en conocimiento tanto de su abogado, como del director de la cárcel, esta idea.

Aprovechando una de las vistas hechas por el abogado defensor, su inseparable compañero Anselmo, le entregó un escrito para que éste pudiera disponer de él, como prueba en el juicio.

- Señor abogado, este escrito lo firmamos varios presos conscientes de que este hombre sufre una completa idiotez, espero que le sirva a usted para que el tribunal lo tenga en cuenta a la hora de dictar sentencia.

- Gracias. Todo lo que se pueda aportar de una manera positiva al sumario será bueno para él.

- Don Adolfo, yo le puedo asegurar que a ese hombre no se le puede condenar a muerte. Su capacidad intelectual es más inferior que la de un niño de cuatro años, se lo puedo asegurar yo, que llevo muchos días conviviendo con él en la misma celda.

- Lo sé Anselmo y nadie mejor que usted puede conocer a Antonio, pero las cosas son como son y estos desgraciados que comenten un delito y no tienen donde caerse muerto, la justicia se ceba con ellos.

Anselmo pudo adivinar en las palabras del abogado, que los distintos raseros que la justicia utilizaba, siempre iban en contra de los más débiles y eso es lo que le pasaba al *Rabazo*. El pobre desgraciado seguro que no tendría los apoyos que otros, cometiendo delitos similares.

XXXVII

La convulsa España sigue su andadura. Ya recuperada del golpe que significó el asesinato de Eduardo Dato, los distintos jefes del gobierno de su majestad tratan de hacer frente al deterioro progresivo de un país que no termina de salir adelante.

En la mesa de la ventana que da a la Almona, las tertulias son cada vez más explosivas. Conservadores y liberales se enfrascan en eternas discusiones, mientras el pueblo de Guadalcanal que ya casi tiene olvidado el tema del *Rabazo*, trata de salir adelante como puede, en medio de una crisis que ha dejado de ser crónica, para llegar a la fatalidad.

Las cosechas son malas, el ganado no se vende y eso conlleva a que la gran cantidad de jornaleros que trabajan en el campo, se vean obligados a la holganza, dando lugar a continuos conflictos debido a la escasez de recursos.

Por todas las calles del pueblo es corriente ver cada vez más niños harapientos, que ya no tienen ni siquiera cagajones para recoger. Las mujeres tratan de hacer cocidos con las verduras que otros desechan o que cogen por los campos a escondidas de los guardas, como cardillo, collejas, tagarninas o espárragos.

Los hombres desesperados, se dan a la bebida, en muchos casos fiadas por lo taberneros y las continuas reyertas hacen que los municipales tengan que intervenir muy a menudo.

En el Cotorrillo y en el Cerrillo, la pobreza se multiplica por doquier y alguna gente caritativa se arriesga a acercarse a esos pequeños núcleos

de pobreza, para consolar de alguna manera a la gente que lo necesita. Don Eusebio no para de firmar certificados de defunción de los vecinos que mueren todos los días, a consecuencia de las necesidades que sufren por la falta de una alimentación mínima.

Con su maletín de color negro entra en la humilde casa de una familia en el Cotorrillo. Ha subido por el camino que va paralelo al arroyo que sigue por la calle de Santa Ana, hasta llegar a la Cava y al entrar en aquella humilde casa, el alma se le cae a los pies. Tras una desvencijada puerta hecha con trozos de madera, se encuentra con un reducido espacio en el que hay tres jergones. En uno de ellos una anciana yace medio desnuda y tosiendo penosamente, al mismo tiempo que esputa sangre, mientras en el jergón de al lado, un niño de unos cuatro años aparenta tener los mismo síntomas, pues también tose y en el sucio babero que lleva atado al cuello se le pueden ver manchas de sangre. En el otro jergón un hombre de mediana edad que aparenta ser el padre del niño, duerme a piernas sueltas, una gran borrachera.

El médico se arrodilla ante el pequeño para reconocerle y desde su posición siente en su olfato el agrio olor a vino que desprende el padre de aquella criatura. Hace una seña a la madre que permanece erguida ante la cama de su hijo y ésta da con el pié a su marido, para que se levante.

Eusebio Márquez puede adivinar en el rostro de aquella mujer el sufrimiento personalizado. Aquella cara demacrada, unas ojeras que le llegaban a la barbilla y una tremenda delgadez, era el vivo retrato de muchas mujeres de Guadalcanal que como ella, eran víctimas de la miseria y el olvido, a la que estaban sometidas.

La España profunda se revelaba en aquella casa de la forma más inverosímil que se podía uno imaginar. Aquello no era bueno para nadie y mucho menos para aquella pobre criatura, que tenía todos los síntomas de una tuberculosis. La fiebre del niño era altísima y las convulsiones que la irritante tos le producía, le hacían escupir cada vez más sangre. Parecía como si se le hubiera reventado algo por dentro.

Había presenciado últimamente muchos casos como ese y el diagnóstico muy a su pesar no podía ser otro que el que había hecho en tantas otras ocasiones. A aquella criatura le quedaban pocas horas de vida. Miró a la mujer que impaciente esperaba una respuesta y solo el movimiento de cabeza del médico le hizo comprender que la vida de su hijo estaba ya en manos de Dios.

Eran más de las siete de la tarde cuando las campanas de Santa Ana doblan a agonía. Al salir de una casa de la calle Carretas, el médico se encontró con el párroco que bajaba por los escalones de la cuesta.

. ¿Quien se ha muerto Don Rafael?

- El hijo de la *Maristela*, por lo visto tenía tuberculosis.

- Hará una par de horas que he estado viéndolo, pero no creía que se fuera a ir tan pronto. La pobre criatura estaba en las últimas, además no me extraña, su abuela está lo mismo.

- ¿Qué es lo que pasa don Eusebio, con tantas enfermedades?

- Que va a pasar padre, que va a pasar, que hay mucha miseria y la gente se muere porque no tiene para lo más imprescindible, ¿No ha visto la casa en la que viven esos pobres desgraciados?

- Que Dios los proteja.

No quiso seguir Eusebio Márquez con la conversación y se excusó con el pretexto de que tenía que ir a ver a otro enfermo, pero no le faltaron ganas de decirle que con las muchas y grandes riquezas que había en las iglesias y en los palacios de los obispos, esa miseria posiblemente no existiera.

En el Casino como de costumbre la gente era la misma. Agotado por el ajetreado día Eusebio Márquez pidió un café bien cargado a Federico. Se sentó en uno de los sillones del salón mientras escuchaba las explicaciones que los contertulios mantenían sobre si iba o no a durar el gobierno de don Antonio Maura.

El Secretario que se dio cuenta de la llegada del médico, se disculpó con sus compañeros y se sentó a su lado. Tenía una noticia que darle, pero no quería que los demás se enteraran.

- Don Eusebio ha llegado al Ayuntamiento una citación judicial para usted, no sé de qué se trata, pero viene de la Audiencia de Sevilla. La tengo en mi bolsillo, pero tal vez quiera usted que no se entere nadie.

- Démela y saldremos de dudas.

El Secretario abrió el sobre con el membrete del Ministerio de Gracia y Justicia y desplegó el documento que venía escrito a mano, pero con una perfecta caligrafía.

- Se trata de Antonio Martínez, me han citado como testigo en el juicio que se celebrará el mes que viene.

- Al fin se hará justicia con ese pobre hombre, no cree usted que se lo deberíamos de decir a su familia.

- Pues no lo sé don Ricardo, su madre no está la mujer para que le den noticias de estas, además, por lo que me han dicho, ha perdido algo la cabeza. Pero a su

esposa y a su hermana creo que debería usted de decírselo.

XXXVIII

En el despacho de Adolfo Rodríguez el trabajo se acumulaba y tanto el titular como su padre, se prestan a preparar en lo posible, una defensa coherente que libre al *Rabazo* de la pena capital, que según los informes del fiscal es lo que se pide.

Los dos abogados están inmersos en aquel sumario, en el que se acumula una extensa documentación que en su mayoría inculpa al *Rabazo*. Pero tanto padre como hijo, tratan en lo posible de descifrar aquel puzzle, que el propio acusado empeora para sí mismo.

Solo una esperanza les mantiene en pié a los dos letrados: Poder demostrar que el acusado no está en perfectas condiciones mentales y para ello aportan documentación de expertos psiquiatras de la universidad hispalense, así como la de otros peritos independientes.

Son los últimos días del mes de noviembre del año 1922. A la puerta de la cárcel del Pópulo se estaciona un vehículo celular de la Guardia Civil.

En el interior del centro penitenciario, aún no se ha empezado el primer recuento de la mañana, pero el director acompañado de dos empleados entra en la celda que junto a su inseparable amigo Anselmo, ocupa Antonio Martínez.

- Antonio es hora de ir a los juzgados, dentro de media hora ha de estar usted listo para presentarse ante la justicia.

Anselmo ayudó a su compañero a arreglarse decentemente con la poca ropa que tenía. Unos pantalones que otro compañero le había prestado, una

chambra que su hermana le mandó con un paisano desde el pueblo y su inseparable boina que Anselmo aconsejó no la llevara, pues según él, daba la impresión de ser un ser inferior ante los magistrados. Bien afeitado y peinado hacia atrás.

- Antonio pareces otro, así tan bien apañado. Un consejo te voy a dar, no hables nada más que cuando tu abogado te lo diga, esa gente se agarra a cualquier cosa. Ya verás como todo sale bien.

Eran las ocho de la mañana cuando *El Rabazo* salía del antiguo convento del Pópulo con sus manos por delante unidas por los grilletes.

Subió al coche ayudado por dos guardias civiles que de mala gana lo auxiliaron a introducirse en el vehículo.

Desde el pequeño ventanuco que le dejaba ver el exterior, Antonio observaba en silencio las calles de Sevilla por la que los viandantes transitaban ajenos a aquel coche en el que nadie podía imaginar fuera un hombre que iba a ser juzgado. A su derecha las casas de Triana que se extendían a lo largo del río, daban un aspecto alegre al reflejarse en sus pintorescas fachadas de cal y albero el sol matutino. Al otro lado la Real Maestranza de Caballería que en las tardes de primavera podía oír desde la cárcel, los olés y los aplausos a las figuras del toreo. La puerta del Príncipe, la distinguió a través del ventanuco que había en el lado contrario, aunque mal, pues la visión de la catedral del toreo la dificultaba el tricornio del guardia que lo custodiaba.

El vehículo se detiene y los dos guardias que escoltan al reo lo hacen bajar. Todavía hace frío. *El Rabazo* se estremece un poco, pero al ver la Giralda se olvida de las inclemencias del tiempo. Es la primera vez que sus ojos descubren la torre que en 1184 mandara construir el sultán de Marruecos Abu Yaqub Yusuf y se queda alucinado ante tan extraordinario monumento. Un empujón con la culata de un fusil lo obliga a apartar la mirada de aquella joya y a trancas y barrancas entra en la Audiencia por una de las puertas traseras, que le conduce a los calabozos en donde tendrá que esperar a ser llamado por el tribunal. Un guardia lo introduce en una de las celdas y le advierte.

- Aquí es donde esperarás a que te llame el juez, que no creo tarde mucho, pero ten cuidado y no des problemas por la cuenta que te tiene. ¿Me has entendido?

- Si señor guardia. Pero por lo que más quiera quíteme estos grilletes, me están haciendo mucho daño.

- ¡Ah coño!, ¿duele? pues a joderse toca.

En la planta superior se estaban ultimando los preparativos para que diera comienzo la vista. Los funcionarios judiciales iban de un lado para otro con gran

cantidad de documentos, mientras en los pasillos los letrados daban sus últimos repasos al sumario, ya con las togas puestas.

Periodistas del *El Sol, ABC, La Unión* y *El Liberal* entre otros, trataban de adelantar acontecimientos en sus crónicas, tratando de sacar declaraciones a los abogados con respecto a como iba a llevarse a cabo la defensa,

Una dominante voz se dejó oír en el pasillo y todos miraron hacia la puerta de la sala de audiencias en donde un secretario judicial anunciaba la apertura del juicio.

- *¡¡Causa 275/1922 contra don Antonio Martínez Hernández, Audiencia Publica*!!

Poco a poco la sala se fue llenando de curiosos y periodistas que querían presenciar uno de los juicios que más se estaba esperando en la ciudad.

El aforo de público fue totalmente ocupado y el tumulto era cada vez más intenso, teniendo el secretario judicial que intentar poner orden.

Mientras tanto, los lugares destinados a los comparecientes eran ocupados. El de la defensa por Adolfo Rodríguez Jurado acompañado de su padre y un pasante. El fiscal señor Quirós también se hace acompañar por un ayudante. A la derecha las sillas que ocupan los componentes del jurado que ha de dictaminar al respecto. La voz del secretario judicial se hace oír más autoritaria si cabe y todos los presentes guardan un sepulcral silencio, al mismo tiempo que se ponen respetuosamente de pie.

- *¡¡El excelentísimo magistrado juez señor Otero, Presidente de la Sección Primera de la Audiencia Provincial de Sevilla!!*

Tras un breve silencio, mientras los magistrados Suárez, Serrano y demás letrados toman asiento, el Presidente da orden de que el reo sea conducido a la sala de audiencias.

Poco después *El Rabazo* escoltado por dos guardias civiles, entra por una de las puertas laterales de la sala, haciendo que entre los asistentes, se levante un leve murmullo.

Con la cabeza baja y las manos por delante unidas por los grilletes, el acusado es conducido hasta el banquillo, en donde ayudado por uno de los guardias se sienta, para ser nuevamente obligado a ponerse en pié, tras la indicación del presidente. Luego éste, da las instrucciones para que de comienzo la vista y un secretario judicial da cuenta de la acusación.

- Causa contra don Antonio Martínez Hernández. Natural de la villa de Guadalcanal, provincia de Sevilla, en donde reside en la calle de Valencia numero veintisiete. Por la que se le acusa de haber dado muerte a doña Carolina Merchán

Cortés, casada con don José Romero Martínez, y a las dos hijas de estos, Antonia y Carmen, en la casilla numero 91 del ferrocarril Sevilla-Mérida a la altura del kilómetro 150 y en el término municipal de Cazalla de la Sierra, perteneciente a esta misma provincia.

El silencio vuelve a adueñarse de la sala de audiencias. Mientras, el *Rabazo* permanece ausente y mantiene la vista perdida en el infinito, como si la cosa no fueran con él. Frente a él, el gran estrado, en donde tras una elegante mesa de ricos y excelentes materiales, se encuentran sentados el Presidente y dos Magistrados a cada lado de éste. Tras ellos, el retrato de su majestad Alfonso XIII rey de España, ataviado también como los jueces, con toga y bonete. Al lado derecho, una gran bandera de España y sobre la mesa, la estatua de una mujer con los ojos tapados con una venda y una balanza en la mano que representa la imparcialidad de la justicia. A su lado, un tomo de lujo del código penal y a la altura de los magistrados, legajos en los que ve impreso el sumario de la causa que se está tratando.

El Presidente hace una señal a su lado derecho, dirigiéndose al ministerio fiscal señor Quirós, para que este exponga las conclusiones provisionales, a las que ha llegado tras la correspondiente investigación.

La expectación es enorme. El señor Quirós con varios folios en la mano se pone de pie y comienza su alocución con tono moderado, pero que poco a poco va alterándose conforme transmite los hechos que expone.

- Con la venia de su señoría. Nos encontramos ante uno de los hechos más despreciables, que el ser humano ha podido cometer desde los tiempos más remotos. El del asesinato. Pero este asesinato si cabe, no solo es despreciable por lo que ello significa, en los hechos que a continuación voy a narrarles y que he tenido la oportunidad de investigar, se han producido unas circunstancias que yo catalogaría de escalofriante horror. Porque señores magistrados, el acusado aquí presente no sólo se ha limitado a ejercer de criminal como lo hiciera Caín. Él ha ido más lejos. El tremendo delito cometido por Antonio Martínez Hernández, supera cualquier barbaridad, para convertirse en una tremenda monstruosidad. No sólo se conformó con arrebatarle la vida de una certera cuchillada a la víctima, Carolina Merchán Cortés, sino que se cebó con su cuerpo ya inerte en el suelo, propinándole fuertes golpes en la cabeza con una gruesa piedra. Luego, llevado por la más despreciable ansia de sangre, como si de un lobo hambriento se tratara, descargó toda la violencia posible sobre una inocente criatura que acudió al oír los gritos de su madre, dándole senda cuchilladas en la garganta a una criatura de cinco años indefensa e inocente. Pero no, no tuvo suficiente este hombre, que sus señorías ven aquí y que parece no haber roto un plato en su vida. Para rematar la horrorosa y siniestra faena, se acercó a la cuna de la segunda hija de Carolina y

también la asesinó impunemente, sin el más mínimo escrúpulo y ya para rematar el despreciable trabajo, no solo tuvo bastante con arrebatarles la vida a aquellas inofensivas criaturas, sino que se apoderó del poco dinero que la víctima guardaba en un arca, después del mucho sacrificio realizado para ahorrarlo. Trescientas cincuenta pesetas, que este hombre despreciable se gastó después en un lujurioso local de Guadalcanal, en donde la fuerza pública lo detuvo a los pocos días. Señoría, señores del jurado, el ministerio fiscal en nombre del pueblo de España, se siente en la obligación de declarar al acusado Antonio Martínez Hernández, culpable de tres delito de asesinato con alevosía y ensañamiento, además del robo con violencia. Los hechos acaecidos el día uno de junio del año 1920 quedarán en los anales de la historia como uno de los peores y más sangrientos crímenes que se hayan producido en la humanidad. Este fiscal ha sido testigo presencial de la tremenda consternación de los habitantes de los pueblos de Cazalla, Alanís, El Pedroso, Constantina San Nicolás del Puerto y en particular Guadalcanal, de donde es original el acusado. En éste último, así como en el de Cazalla, la muchedumbre llena de rabia y de deseos de venganza, estuvo a punto de linchar al acusado. Pero gracias a la eficaz acción de la fuerza pública, esto no fue posible. Sin embargo, el clamor popular obliga a los servidores de la justicia a dar un ejemplo de honestidad, por lo que creo que este hombre que ahí esta sentado, debe de recibir un ejemplar castigo. Para este ministerio fiscal no hay otro que el de la pena de muerte. Señores del jurado, a la hora de dictar ustedes su veredicto, espero que éste sea el de "Culpable". Antonio Martínez Hernández es culpable ante los ojos de cualquiera que tenga dos dedos de frente, pues no hay ni habrá ningún pretexto para alegar la inocencia de este hombre. A ustedes señores del jurado, les hago responsables del veredicto que hayan de pronunciar, pero no olviden en ningún momento, que si éste fuera desfavorable al que solicita este ministerio, ustedes serían tan culpables de este horrendo crimen como lo es el mismo acusado y en sus conciencias pesará la decisión que tomen. Es todo señoría.

Un leve murmullo se dejó oír en la sala, mientras fiscalía y defensa miraban al acusado con el fin de adivinar en su cara una expresión de estupefacción o de disgusto, pero la cara del *Rabazo* seguía impertérrita y sus ojos no se apartaban del crucifijo, que estaba situado al lado contrario de la estatuilla, que representaba la justicia.

Las manos caídas sobre las piernas hacían que las cadenas de los grilletes sonaran al chocar con el entarimado del suelo. Ese era el único ruido que emitía el acusado, las facciones de la cara apenas si cambiaron en el transcurso de la intervención del fiscal. Daba la sensación de que aquello no iba con él. Los guardias que lo custodiaban no apreciaron reacción alguna en él, tampoco los miembros de jurado tras oír las alegaciones del fiscal envueltas en aquella

amenaza, pudieron pensar que la maldad estaba reflejada en su cara. Solo su entrecejo se arrugó al oír al presidente pronunciar el nombre de su abogado defensor.

- La defensa tiene la palabra.

Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, tocado con su toga se levantó de su asiento y pausadamente se dirigió hasta el banquillo del acusado, sin portar en sus manos nada más que un lapicero, con el que señalaba al *Rabazo,* antes de comenzar su interlocución.

- Señoría, señores magistrados, señores del jurado. Mí querido colega señor fiscal de este caso, estoy convencido de que los hechos acaecidos el día 1 de junio de 1920 en la casilla número 91 del ferrocarril Sevilla-Mérida, fueron tremendamente horribles. Nada más lejos de contradecir a usted, la realidad de unos hechos debidamente probados y reconocidos por mi cliente. Pero he de poner en su conocimiento, que estos hechos, no son fruto de la vileza y mucho menos del ensañamiento, auque lo parezca. La naturaleza humana en mucha ocasiones se muestra contraria a los principios establecidos por la sociedad en la que vivimos y en el caso que nos ocupa, estoy convencido de que don Antonio Martínez Hernández ha sido víctima de una tremenda enajenación, que le llevó a cometer unos actos que en un estado mental correcto jamás se hubieran producido. Desde que me hice cargo de su defensa, he venido estudiando la personalidad de este hombre, y créanme sus señorías, nadie hubiera pensado que Antonio Martínez Hernández hubiera sido capaz de cometer tan tremenda atrocidad. Pero es cierto que la cometió. Él mismo lo ha admitido en todos los interrogatorios a los que ha sido sometido. Ahora yo me pregunto, y pregunto a sus señorías: ¿una persona que esté en su pleno juicio sería capaz de cometer tan tremendo atropello? Creo que la respuesta es bien clara. A ninguno de los aquí presentes se nos ocurriría tan vil actuación Lo que pudo pasar por la mente de este hombre en aquel fatídico momento no lo podemos saber, porque la psiquiatría no ha llegado a niveles tan sofisticados, pero sí podemos ver en su cara la huella de unos hechos que se produjeron. Cierto es, pero ¿en qué circunstancias? Solo Dios sabe que pasó por la mente de este hombre aquel día. Aquí tenemos un caso de delirio o de idiotez momentánea. Este hombre, a lo largo de su vida no ha hecho más que trabajar y cumplir con sus obligaciones para con los suyos y para la comunidad. Su amistad con la víctima era ejemplar, se conocían de toda la vida en aquel barrio de Santa Ana de la villa de Guadalcanal, en donde los dos se criaron y en cuyas calles jugaron desde niños. Pero aquel fatal día, a Antonio se le ocurrió ir a ver a su amiga de toda la vida y tras estar con ella amigablemente un corto periodo de tiempo, su mente se nubló y lo llevó a cometer tan despreciable atropello. Creo señoría que estamos ante un caso flagrante de demencia con resultado de muerte, por lo que solicito de esta Audiencia le sea concedido a mí defendido el atenuante

de enajenación mental y sea internado en un centro para su correcta curación. En ninguna cabeza cabe que este hombre hubiera sido capaz de cometer tal atropello estando en sus plenas facultades mentales. Así me lo han corroborado expertos profesionales de la psiquiatría sevillana, a los que he solicitado su opinión al respecto, tras realizar un exhaustivo reconocimiento a mi defendido y que presentaré ante este Tribunal como testigos. En definitiva señoría, considero que mi defendido no es responsable de los hechos acaecidos, aunque bien es cierto, fue él quien los cometió. Estos no se considerarán y se tendrá en cuenta la enajenación mental, que le hace irresponsable de sus actos. Y en la hipótesis de ser responsable, proceder a condenarle por tres homicidios sin circunstancias, a la pena de catorce años, ocho meses y catorce días por cada uno de ellos y a cuatro meses y un día por el delito de hurto. Es todo señoría.

A continuación comparece el acusado, quien a la vista de los presentes aparenta una tranquilidad absoluta, siempre con la mirada fija y perdida. Los dos guardias le obligan a levantarse cuando el presidente del Tribunal lo nombra y le pregunta sobre las acusaciones del fiscal.

La respuesta de *Rabazo* deja a toda la sala atónita, nadie esperaba que aquel hombre que parecía idiotizado ante el tribunal, trajera tan bien aprendido lo que su abogado le había dicho que dijera.

- Yo no hice nada de lo que dice ese hombre de ahí. Me dio mucha pena de la *probe* Carolina con lo buena que era. Yo le dije a los guardias del pueblo que las había matado, pero ese no era yo señor juez. Parecía como si el *joioporculo* del demonio se hubiera metido dentro de mí. No sabia lo que hacia… si yo pudiera haberlo *remediao*. Pero ese no era yo señor juez, aunque fueron mis manos las que las mataron, no fui yo.

- Entonces ¿piensa usted que fue el demonio que se metió en su cuerpo y le obligó a matar a Carolina y a sus hijas?

El Rabazo se encogió de hombros como si con su gesto quisiera decir al Tribunal que eso lo que él creía. Sin embargo el magistrado volvió a insistirle.

- Conteste usted a la pregunta. ¿Cree usted que era el demonio el que se metió en su cuerpo para cometer los asesinatos? Conteste si o no.

- *Po* sí.

Nadie se esperaba que aquel hombre se pronunciara de la forma que lo hizo, parecía como si trajera bien aprendida la lección. Hasta su mismo abogado quedó sorprendido, luego reaccionó y pensó que aquella forma de comportarse no pudo ser más que obra de su buen compañero de celda.

Finalizada la vista, los guardias salieron con *El Rabazo* entre medio de

ambos y Adolfo se acercó hasta él para saludarle y hacerle saber que la cosa no iba por mal camino.

Notó en él un cierto cansancio, pues le habían hecho levantarse muy temprano, pero su aspecto era bueno. El abogado lo agarró del brazo al mismo tiempo que le hacia una señal a sus guardianes para que le dejaran hablar con él. Estos accedieron. Los cuatro hombres se apartaron a un rincón mientras el resto de la sala se despejaba.

- ¿Que tal te encuentras Antonio?

- Bien don Adolfo, muy bien, estos señores guardias no me tratan como lo hicieron los que me trajeron a Sevilla.

- Me alegro, ya veras como todo sale a pedir de boca.

- ¿Y qué es para usted a pedir de boca, don Adolfo?

- Pues que lo que ha dicho el fiscal no va a ser posible.

- Eso ya lo veremos.

Antonio agachó la cabeza e hizo ademán de seguir andando, haciendo que los guardias se pusieran a su altura para escoltarlo. El abogado por su parte se quedó quieto y dubitativo, ante la frialdad de su defendido.

Estaba convencido de su culpabilidad. Lo que el fiscal expuso en sus conclusiones provisionales para él no era nada más que la auténtica verdad. De sobra sabía *El Rabazo* que los hechos narrados por el representante del ministerio público eran los verdaderamente ocurridos.

Su declaración ante el Tribunal volvía a tener el mismo cariz que las anteriores, aunque esta vez el tema del demonio podría servir para que el jurado interpretara de otra forma las teorías de la defensa con respecto a la demencia del acusado. Pero había que convencer a aquellas personas de ello. Cada noche desde que sucedieran lo hechos, estos eran por él revividos, en su oscura celda de la cárcel del Pópulo.

En la calle, la gente esperaba a que saliera en dirección al penal el detenido y los guardias tuvieron que dispersar a algunos incontrolados, que querían agredir al acusado, que no se atrevió siquiera ni a levantar la vista ante los insultos de los presentes.

Una mujer de avanzada edad con un pañuelo atado a la cabeza y un delantal de colores vivos, no hacía nada más que dar gritos insolentes contra el detenido. Al mismo tiempo esgrimía su puño cerrado, como si quisiera pegarle. Otros hombres que posiblemente nada tenían que hacer en aquella Sevilla en la que el fantasma del paro obrero era cada vez más intenso, le increpaban

verbalmente, con insultos obscenos tratándolo de afeminado.

A trancas y barrancas el vehículo se puso en marcha, para volver a la cárcel, en medio de insultos y desprecios, que al acusado le recordaron los producidos en Guadalcanal y en Cazalla cuando fue detenido.

Mientras en el interior de la Audiencia, su abogado defensor trataba de atar todos los cabos sueltos que podían haber quedado en la exposición realizada en el primer periodo de la vista.

Al día siguiente se les tomaría declaración a los diferentes testigos propuestos por la fiscalía, así como algunos de la defensa. Era necesario estudiar cuales y cuantas preguntas se le harían a los comparecientes y como es natural, estar muy al tanto de la estrategia del fiscal que según todos los indicios lo tenía muy pero que muy claro, pues Antonio Martínez nunca se había retractado del crimen que cometió y eso era un agravante para él. Pero la justicia no solo se puede basar en la autoinculpación para dar su veredicto y eso en derecho es incontestable.

Desde uno de los despachos del inmenso pasillo una voz de timbrada pronunció el nombre del abogado. Éste alzó la cabeza y comprobó que venía de la puerta del despacho del Presidente de la Audiencia.

- ¡Señor letrado Rodríguez Jurado!

- Sí, dígame.

- Su señoría desea hablar con usted.

Sentado en su mesa, el magistrado esperaba al abogado defensor, que al entrar en el suntuoso despacho pudo ver que al lado derecho de éste se encontraba el señor fiscal, así como un secretario judicial. No se extrañó de aquella improvisada cita, pues aquel hombre era muy proclive a tratar con las dos partes del pleito que hubiera en cuestión y este no iba a ser menos.

- Con la venia de su señoría. ¿Puedo pasar?

- Pase señor abogado. Haga el favor de sentarse, es necesario que hable con ustedes del caso que hoy nos ocupa.

El secretario judicial acercó una silla al abogado mientras el juez que aún no se había quitado la toga se dirigía al defensor y al ministerio fiscal con cara de circunstancias, entrelazando las manos sobre la mesa, haciendo que su figura sentada en aquel elegante sillón y con la bandera de España a su espalda, pareciera la de un santo en el altar de una iglesia.

- El motivo de que les haya convocado a mi despacho, es para hacerles saber que mi deseo es que esta vista no se prolongue en el tiempo. El caso que nos ocupa es

muy delicado, por lo que en sí conlleva, pues está en juego la vida de un hombre, y la justicia no puede ser benevolente, ni tampoco intransigente. Es por eso, por lo que les ruego a ustedes, que en lo posible sean honrados en su profesionalidad de la cual no dudo, y procuren llevar este caso con auténtico respeto a la justicia. Sé que hay muchos ojos mirándonos. Los de la prensa, los que más me preocupan. Su intervención mediática puede poner a la justicia en entredicho. Hemos de ser extremadamente objetivos. Ustedes en sus argumentos y el tribunal en la sentencia que finalmente tenga que dictar. Creo que estamos ante uno de los peores problemas que cualquier jurista pueda afrontar, pues los hechos producido fueron terribles. Pero también pude ser terrible la sentencia.

Los dos letrados comprendieron perfectamente cuales eran los temores del señor magistrado, pues el caso dejaba mucho que desear y ambos entendían que una condena a muerte no era fácil de digerirse ya que una vez está ejecutada, no habría forma de volver atrás. Pero una condena que no fuera ejemplar, también podría ser perjudicar seriamente los cimientos de una justicia, que se debatía en muchos frentes y que gozaba de detractores de todo tipo.

Fiscal y abogado salieron juntos del despacho, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra hasta estar bien lejos de la presencia del magistrado. En el descansillo de la escalera fue donde el señor Quirós hizo que el abogado Rodríguez Jurado se detuviera en su camino.

- Amigo Adolfo creo que estás en un caso perdido, ese tal *Rabazo* no tiene escapatoria, la justicia caerá sobre él con todo el peso de la ley y mucho me temo que la condena será la más alta que se pueda aplicar.

- Veo Quirós que no vas a cejar en tu empeño de mandar a ese pobre desgraciado al patíbulo. Pero vas a encontrar en mí una gran oposición. Sé que va a ser muy difícil, pero te aseguro que pondré toda la carne en el asador, para que ese pobre desgraciado no corra la misma suerte que sus víctimas.

- Tú lo has dicho Adolfo, "de sus víctimas". Esas víctimas han de ser recompensadas con la muerte de su ejecutor, es la única forma de hacer justicia.

- Dime una cosa querido colega, ¿desde cuándo un ajusticiado ha devuelto la vida a sus víctimas? ¿No será que en nuestro fuero interno también hay un resquicio de criminalidad que no somos capaces de ejecutar por cobardía?

El miembro de la fiscalía quedó boquiabierto ante las palabras del abogado defensor, que continuó su camino escaleras abajo sin esperar la respuesta de éste.

Ya en la calle, Adolfo decidió ir a Triana para comer, en la taberna a la que acostumbraba a ir, cuando quería evadirse de la rutina diaria.

Desde el puente de Isabel II pudo ver al mirar hacia atrás, el cimborio de lo

que fuera altar mayor de la Iglesia del convento de Santa María de Pópulo, hoy cárcel. Pensó: Allí estará ese desgraciado de *Rabazo* al que todos quisieran ver con los hierros al cuello y a manos de un verdugo.

Sentado en una pequeña mesa con encimera de mármol, esperó hasta que el camarero le sirviera el cazón en adobo y la frasca de vino de Sanlúcar, que había pedido. Mientras tanto, ojeaba unos papeles que sacó de su cartera, repasó su contenido y no encontró problema alguno en lo que en ellos habían escrito. Eran las declaraciones hechas con respecto a su defendido, de los doctores solicitados por la defensa y que mañana tendrían que exponer ante el Tribunal.

- Usted perdone pero si no retira esos papeles de la mesa, no podré servirle la comida.

- Disculpe usted amigo, es que estoy enfrascado en la lectura y no me he dado cuenta.

- Lo primero es la comida y luego los puñeteros papeles, que seguro no dirán nada bueno.

El camarero tras servir al abogado, se retiró pero este observó que no le quitaba la vista de encima. Sólo cuando otros clientes le llamaron la atención, apartó la mirada de Adolfo que se dedicó por entero al sabroso pescado que tan bien preparaban en aquella cocina trianera.

Poco después el camarero regresó con un café en la bandeja y el abogado aprovechó la ocasión para interrogar a aquél que tanto interés había puesto en él.

- ¿Usted y yo nos conocemos de algo? He visto que me ha estado mirando con insistencia desde que he comenzado a comer.

- Perdone que haya sido tan impertinente, pero es que he visto su cara en el periódico. ¿Es usted el abogado de ese a quien llaman el *Rabazo*?

- Sí, así es, yo soy el que defiende a ese hombre.

- Es una pena que la gente llegue a cometer estas barbaridades.

- Pues sí, es una pena.

- Yo creo que ese hombre no puede estar bien de la cabeza.

- También lo creo yo, y por eso es por lo que me he hecho cargo de su defensa.

El abogado pagó su cuenta dejando unos céntimos de propina y salió de la taberna sin dar más explicaciones.

De pronto y como por arte de magia, apareció su buen amigo José Jiménez Candau, que se levantó de la mesa en la que estaba sentado con otros colegas y lo invitó a reunirse con ellos. Adolfo se disculpó con el pretexto de que

estaba esperando a su padre, como así era realmente. Sin embargo Jiménez Candau no se pudo resistir y no dudó un momento en preguntarle por el transcurso del juicio.

- ¿Qué tal ha ido la cosa, Adolfo...?

- De momento de los más normal. Tanto el fiscal como yo hemos expuesto las conclusiones provisionales y ya mañana se empezará con los correspondientes testigos. Pero me imagino que tú ya estarás enterado de todo, algunos de esos que hay en la mesa contigo estaban esta mañana en la sala de audiencias.

- Lo sé Adolfo y te puedo asegurar que muchos de los que ves por aquí estarán deseosos de que fracases y no sólo por ese *Rabazo*. Tú tienes otros clientes que a muchos de nuestros colegas no le hace gracia.

- Ya lo sé Pepe, a estos abogados politiqueros lo que les interesa es el fracaso de los que de alguna forma no compartimos sus ideas, pero yo no defiendo al *Rabazo* por dinero, sino por demostrar lo deprimente de la sociedad en que vivimos. El crimen de ese hombre es execrable y no tiene perdón de Dios, pero hay que ahondar en los orígenes de la sociedad en que se ha criado. No dudo ni un momento que el garrote acabe con su vida, pero no va a acabar con la injusticia que pueda provocar éste y otros crímenes.

José Jiménez Candau comprendió que su amigo Adolfo estaba muy convencido de sus ideas. Sabía que la defensa de *El Rabazo* no era un "caso más que había que ganar" para que su prestigio como letrado ascendiera a las altas esferas. Estaba convencido de que aquel caso no había por donde cogerlo, pues todos las pruebas estaban en contra del acusado, pero Adolfo Rodríguez Jurado estaba empeñado en demostrar que el origen de aquello venía dado por el inmenso deterioro social de un pueblo como Guadalcanal, que como tantos otros, se debatía en las profundidades de la pobreza y la incultura de la mayoría de sus habitantes.

XXXIX

Son las nueve en punto de la mañana, cuando el secretario judicial da la voz de "Audiencia Publica" y el personal se agolpa en la puerta de la sala par presenciar la segunda sesión del juicio contra Antonio Martínez Hernández.

Sentados en sus correspondientes lugares letrados, secretarios y miembros del jurado. Luego tras cerrarse las puertas de entrada al público, el acusado es conducido por guardias distintos a los del día anterior hasta el banquillo y como colofón final al inicio de la vista, entran los señores magistrados cuyo presidente da comienzo a la sesión.

Son llamados al estrado los doctores que a petición de la defensa han sido elegidos como forenses para practicar las pruebas periciales oportunas. Primero lo hace el doctor Peñalosa, luego los doctores Lupiañez, González Meneses, Ruiz Monja y Espejo, que no ven al acusado como una persona anormal, sosteniendo que no está falto de sentido moral, por lo cual es responsable de sus actos. Todos consideran que no padece amnesia epiléptica, porque la simula.

Solo el doctor Bernaldez no piensa igual que sus colegas, pues cree que sí padece una cierta anormalidad y perturbación, producida por una amnesia epiléptica.

A continuación se llama a declarar a los testigos que poco a poco van desgranando sus declaraciones, todas ellas en contra de los intereses de la defensa. Explican los hechos acaecidos aquel fatídico día, pero que además alegan que el acusado es una persona dada al juego y a la bebida, además de ser un conocido vago.

Por el contrario otro testigo llamado Miguel Criado Márquez contradice las teorías de los anteriores y manifiesta que *El Rabazo* se había dedicado siempre al jornal y que no le reconoce vicio alguno, de hecho, también revela que trató con él la venta de unos olivos, recibiendo doscientas pesetas a cuenta, días después de los hechos ocurridos en la casilla.

El cabo primero de la Guardia Civil, José Rebollo Montiel citado como testigo de la fiscalía, relata lo sucedido desde que tuvo conocimiento del descubrimiento del delito. Explica todos los pormenores de la investigación, así como las pruebas encontradas en la casilla y en la casa del acusado.

El fiscal insiste en las preguntas para sacar en claro las declaraciones que el acusado hizo en el cuartel, tratando de asegurar su acusación, mientras el *Rabazo* mira ahora con indiferencia al testigo, que viste uniforme de la Benemérita, haciendo mover nerviosamente el tricornio en sus manos.

- Cabo, dígame usted una cosa. ¿Cuándo el Jefe de línea le ordenó llevar a cabo la investigación, por qué supuso que el asesino podía ser de Guadalcanal?

- En primer lugar, porque la víctima era de ese mismo pueblo. Luego nuestras pesquisas siguieron tras encontrar algunos objetos del acusado en el lugar del crimen. Pensamos en otros sospechosos, pero ninguna de las dos personas a las que detuvimos, pudimos encontrarles pruebas contundentes, que nos llevaran a determinar una acusación concreta.

- ¿Puede usted relatar al Tribunal cómo se llevó a cabo la detención del acusado y en qué circunstancias se produjo ésta?

- Tras hacer distintas indagaciones en los alrededores de la casilla, dónde encontramos una petaca, descubrimos en un arroyo cercano una camisa manchada de sangre. Fuimos a una majada cercana en la que estaba un pastor al que le dicen *El Pelao* y nos dijo que la noche de antes del crimen, el acusado había estado pernoctando con él y que le dijo que se marchaba al pueblo, pero que antes se pasaría por la casilla para saludar a su paisana. Se refería a Carolina. También nos dijo el pastor que por la tarde volvió a recoger la borrica que había dejado en la majada, pero que no reparó en él, ya que estaba muy entretenido con las ovejas recién paridas y a las que tenía que atender. Ya de camino a Guadalcanal, nos acordamos que la camisa tenía bordadas unas iniciales en el cuello. Éstas eran, una A y una M, por lo que deduje que esas dos iniciales coincidían con las del acusado.

- ¿Qué averiguaciones hizo usted en Guadalcanal?

- Lo primero que hicimos fue vigilar discretamente a Antonio Martínez, aprovechando que uno de mis hombres, el guardia Juan Piñero Bernabé era pariente del acusado. Éste se presentó en su casa con la petaca que habíamos

encontrado en la casilla, aprovechando que no estaba él en ella. Tras enseñársela a su esposa, ésta la identificó como suya, al igual que la navaja. Ese detalle y las iniciales de la camisa manchada de sangre, nos llevaron a la conclusión final, deteniéndolo en un prostíbulo de la localidad, situado en la parte trasera de la llamada Iglesia de Santa Ana.

- ¿Cómo se desarrolló el primer interrogatorio?

- Este no se produjo hasta que no llegó a Guadalcanal el teniente, pero antes de que esto ocurriera, el acusado se hincó de rodillas en la sala de armas pidiendo perdón por su culpa. Luego tras llegar el teniente dio comienzo el interrogatorio, que se realizó en presencia del señor don José Castelló, Alcalde de Guadalcanal.

El murmullo que en la sala se había levantado daba la razón al defensor de que el fiscal se lo había puesto muy crudo. Trató de encontrar contradicciones en las respuestas del Cabo, pero éste estaba bien seguro de lo que decía. Solo una de las preguntas hizo que Adolfo se sintiera satisfecho con la declaración del guardia civil de Alanís.

- Una última pregunta Cabo: ¿cree usted que este hombre hizo lo que hizo por ensañamiento o por que no puede estar bueno de sus facultades mentales?

- La verdad es que ese crimen no lo hace nadie que esté en sus cabales.

- He terminado señoría.

Prosiguieron los interrogatorios con otros testigos hasta que llegó el turno de José Castelló, el alcalde en aquéllas fechas, quien al dirigirse al estrado lanzó una fría mirada al *Rabazo*, como si con ella quisiera perdonarle la vida, pero éste rehusó su mirada, clavando sus ojos en los grilletes que le unían las manos.

- Señor Castelló, usted presenció el interrogatorio realizado el día de la detención del acusado, ¿No es cierto?

- Sí, así es, fui avisado por un guardia cuando me encontraba en mi domicilio.

- Notó usted algo anormal en el transcurso de dicho interrogatorio, que pudiera llevarnos a pensar que el acusado fue tratado con violencia.

- En absoluto, el teniente se limitó a hacer las preguntas pertinentes y el acusado lo confesó todo, dando toda clase de explicaciones de cómo había llevado a cabo el crimen. Luego no hacia nada más que llorar y repetir que la víctima era muy buena persona y pedía insistentemente perdón.

- Es todo, señoría

- Tiene la palabra la defensa.

El interrogatorio realizado al Alcalde por parte de la defensa, resultó

extremadamente tenso, pues éste había sido informado del comportamiento de José Castelló, por parte de Ricardo Marín, en alguna de las reuniones que mantuvieron en días anteriores. Así que las preguntas iban como dardos hacia el antiguo Alcalde de la villa serrana.

- Dígame don José ¿Los habitantes del municipio que usted preside pensaban antes de que los hechos se produjeran, que el acusado era un asesino?

- Pues no se lo puedo decir. Tampoco yo lo conocía muy bien, aunque sé de la familia que viene.

- Y ¿cómo es la familia de este hombre? si puede saberse.

- Buena. Nunca se han metido en problemas, una prima hermana suya lleva sirviendo en mi casa desde hace muchos años….

- O sea que puede usted asegurar que el acusado nunca dio problemas en el pueblo de ninguna clase, ¿no es así señor Castelló?

- La verdad es que por lo que a mi respecta nunca oí hablar ni mal, ni bien de este hombre.

- ¿Cree usted señor Castelló, que Antonio Martínez Hernández pudo haber cometido el crimen del que se le acusa dominado por algún trastorno psíquico, por ejemplo, un momentáneo ataque de locura?

- Pues la verdad es que no sé que pensar.

- Es todo, señoría.

El Presidente da por terminada la sesión y tanto el abogado defensor, como el fiscal, se aprestan en recoger sus papeles, pues hay que preparar para la siguiente audiencia, las distintas alegaciones finales.

En los pasillos de la Audiencia, José Jiménez Candau estaba esperando a su amigo Adolfo, pues había estado presenciando la vista.

- Tú por aquí Pepe.

- Si, he venido por si quieres que te eche una mano en tus alegaciones finales. Ya sé que tienes la inestimable ayuda de tu padre, pero creo que siempre será buena una segunda opinión. Sabes que en muchos casos no comparto tus ideas, pero eres mi amigo y me creo en la obligación de estar a tu lado.

- Gracias pero no creo que haga falta. De todas formas te lo agradezco y mañana antes de que empiece la vista te daré mi informe, para que le eches un vistazo.

- Nada de eso Adolfo, esta noche me paso por tu casa para leerlo.

- Está bien le diré a mi madre que dé órdenes para que pongan un cubierto más.

- Yo te he dicho que voy a leer tu informe, no a cenar.

La señora de Rodríguez Jurado se sintió muy alagada por la inesperada visita del hijo de su amiga Carmen Candau.

Tras la cena, la señora se retiró y los tres abogados pasaron al despacho del padre del defensor de *El Rabazo* para preparar juntos los detalles definitivos de la defensa. Una defensa muy problemática, pues aquello no había por donde cogerlo y los tres lo sabían. Le dieron vueltas y más vueltas al código penal y a toda la jurisprudencia, hurgando en los archivos particulares, Pero no había forma de encontrar alguna sentencia que pudiera asimilarse a la que ellos deseaban para su cliente, solo una en la que tras ser el reo condenado se pedía al Rey el indulto, por motivos humanitarios.

Eran más de las doce de la noche, cuando el informe quedó redactado de manera que Adolfo pudiera exponerlo ante el Tribunal y decidieron retirarse a descansar.

Ya en su alcoba Adolfo, no hacía más que leer y releer aquel informe. Entre cigarrillo y cigarrillo aquella forma de afrontar su defensa será muy convincente para él, pero ¿lo sería para el Tribunal?, por otra parte, la fiscalía lo tenía todo a su favor y el fiscal que la representaba era un hombre tremendamente convincente, a la vez que duro a la hora de aplicar la ley. Decidió no darle más vueltas al asunto e intentó a duras penas dormirse.

XL

Nuevamente la sala de Audiencias estaba repleta de personas, esta vez eran muchos juristas y periodistas los que la ocupaban, pues había gran expectación por la intervención de los dos letrados más famosos del momento.

El Presidente abrió la sesión y dio la palabra al ministerio fiscal, quien no tardó en lanzar a los cuatro vientos los tremendos crímenes de Antonio Martínez Hernández.

- Señoría, señores del jurado: Tenemos ante nosotros uno de los casos criminales más espantosos que en España se hayan producido. No hay en los anales de la historia, tan enorme atrocidad como la que este hombre ha cometido. Si es cierto, hubo criminales quizás más sangrientos, y también hay que reconocer que muchos de ellos dieron muerte a más personas. Pero lo que don Antonio Martínez Hernández hizo en la casilla numero noventa y uno de la línea férrea Sevilla-Mérida, no tiene comparación en bestialidad, alevosía y despropósito. Porque este hombre que ustedes ven aquí y que parece no haber roto un plato en su vida, no ha matado a una mujer joven cuando tras intentar violarla, se le fuera la mano, no señores, no. Este hombre mató a Carolina Merchán Cortés, por el solo hecho de quitarle la vida, y ¿de qué forma? De la única que lo pueden hacer las alimañas más despreciables de la selva. A puñaladas y con una enorme piedra aplastándole la cabeza. La sed de sangre que le inundaba no era más que la maldad elevada al cubo. Mató a Carolina sin motivo alguno, porque no hay motivos para matar a

nadie, pero sí se pueden dar casos: El robo, la apetencia sexual, odios, rencores, venganza tal vez, pero no, este hombre no sentía ninguno de esos sentimientos que no justifican la muerte de nadie, pero que pudieran ser una atenuante a la hora de fijar una condena. Este hombre mató porque tenía ganas de matar. Y no sólo se conformó con arrebatar la vida de aquella honorable mujer, sino que llevado por la ceguera y las ganas de sangre, también acuchilló a una de sus hijas, la mayor de ella llamada Carmen de cinco años, que murió al instante. Pero no señores, no tuvo bastante este monstruo de la sierra norte sevillana, su maldad le llevaron a seguir matando y como un furtivo de los campos, acabó también con la vida de una pobre criaturita que yacía felizmente en su cuna, ajena a lo que fuera de la casa estaba pasando. Solo tres años tenía aquel angelito que se llamaba Antonia. Si la maldad de este hombre es puesta en duda por alguien, no creo que nadie que se sienta un verdadero ser humano, sea capaz de disculpar lo que ha hecho. Porque el crimen que este hombre que ustedes ven aquí ha cometido, no tiene disculpa alguna. Porque qué perdón puede tener un hombre que tras cometer tal desaguisado, no se queda contento y para tapar su falta trata de deshacerse de los cadáveres de unas pobres criaturas, echándoselas a los cerdos como si de sendos desperdicios se tratara. Esta es señores del jurado la realidad de lo que aquí estamos juzgando. El acusado ha de tener un castigo ejemplar y ha de caerle encima todo el peso de la ley, porque todas las pruebas le inculpan y es más, él mismo lo ha confesado todo. Lo dijo en el cuartel de la Guardia Civil de Guadalcanal y lo ratifico ante el juez instructor de Cazalla de la Sierra. Todas las pruebas periciales nos han dado como resultado, que no es un tarado y todos los testigos nos han confirmado la realidad de los hechos. Quiero destacar aquí la extraordinaria actuación de los miembros de la Guardia Civil que llevaron a cabo la investigación y que a través de sus informes, nos han detallado con pelos y señales, los hechos consumados el día de autos por el señor Martínez Hernández. Señores del jurado, señorías, la justicia no tiene más que un camino y ese camino lo estamos andando ahora para juzgar a este hombre. No hay nadie ni nada que lo pueda exculpar, todas las pruebas están en su contra. Yo también diría que el pueblo está en su contra y lo que es peor para él, no hay ningún argumento que pueda rebatir lo que en este momento el ministerio fiscal esta exponiendo. Este ministerio público pide a este tribunal, que Antonio Martínez Hernández sea declarado culpable de tres crímenes, dos de ellos a menores y que la condena sea de pena de muerte, por cada uno de los crímenes. He terminado señoría.

Las palabras del fiscal quedaron en el aire de la sala, en la que se había producido un profundo silencio.

Todos los ojos miraban al *Rabazo* y éste parecía estar en otro mundo. Sus manos unidas por los grilletes descansaban en sus rodillas y su esquelético cuerpo echado hacia delante, con la vista pegada en el suelo.

Los dos guardias que lo custodiaban lo miraban de reojo, mientras los magistrados cuchicheaban entre ellos la forma de seguir la audiencia.

Luego el presidente dio paso a la defensa.

- Tiene usted la palabra señor abogado defensor.

- Con la venia de su señoría. Se ha hablado aquí de crímenes incomparables como el que nos ocupa. De deseos y de sed de sangre injustificada y de acciones que no se encuentran en los anales de la historia. Pues bien, esa sed de sangre de la que habla mí querido colega, la tenemos en los más ancestrales anales de la historia. Que me dicen ustedes de Caín, luego hemos sabido de crímenes desproporcionados como los de Herodes y muchos más, pero no me voy a referir a aquellos tiempos que quedaron marcados en nuestra religión y en nuestra cultura. Aquí delante de nosotros tenemos a un hombre que según el señor fiscal, ha llegado a cometer una tremenda atrocidad; es cierto y no se puede negar. Pero si nos retraemos al origen de los más ancestrales crímenes, no podemos catalogar a éste de una forma tan inverosímil, como el ministerio fiscal nos ha expuesto en sus conclusiones. Antonio Martínez Hernández es una víctima más de la ignorancia en la que se ve envuelto nuestro país. Su ignorancia y en gran medida su debilidad mental, le podían haber llevado a cometer algo de lo que verdaderamente estaría arrepentido. Los mismos testigos que aquí han declarado, nos han dado fe de mis palabras. Está más que demostrada la enajenación mental de este hombre. El doctor Bernaldez nos lo explicó en este estrado muy claramente. Concretamente, que estimaba una característica de epilepsia, cual es la falta de contracción de las pupilas en presencia de la luz. Sí es cierto, que los otros doctores han declarado contrariamente. Pero ninguno de ellos rebatió los argumentos técnicos del señor Bernáldez. El Doctor Lupiáñez, ha sostenido en todo momento, sin demostrarlo, que el acusado es un loco simulado. Sin embargo, es cierto señoría, que el señor Lupiáñez en conversación mantenida con este abogado defensor, fuera de este acto, me confesó que el acusado sí era un loco moral. No hay más que fijarse en la cara de este hombre. ¿Es qué no ven su mirada perdida y su clara demencia? Lo tienen ustedes ante sus ojos por que no hace falta hacer un estudio pormenorizado del comportamiento de esta persona. En mi opinión personal, señores del jurado, creo que cualquiera que no vea en mi defendido la más profunda idiotez que le atenaza, no quiere ver la realidad de la situación. No podemos llevar al cadalso a un enajenado mental como es Antonio Martínez Hernández. Sería un gran fallo por nuestra parte y un tremendo desprestigio para la justicia. Creo que estamos en la obligación moral de regenerar a este hombre en un centro psiquiátrico y de esa forma no hacer que un día llegue a pesar sobre nuestras conciencias, el haber ejecutado a un hombre, que si es cierto que mató a una mujer y a sus dos hijas, pero que el terrorífico hecho fue producido por un enloquecimiento momentáneo, que le imposibilitó de ser dueño

de sus actos. No es tan difícil el veredicto del jurado, lo tienen ustedes muy, pero que muy claro. ¿El acusado es culpable de los hechos que se le imputan? La respuesta es no. Porque no hay prueba alguna que albergue tal creencia. El acusado es un epiléptico y a consecuencia de esta enfermedad padece amnesia, sí. Además, no está científicamente demostrado que la sangre encontrada en su ropa interior fuera de la víctima, ya que es muy difícil que ésta pueda atravesar un pantalón de pana. Posiblemente esta sangre provenía de una hemorragia nasal producida por el esfuerzo. Lo peor que a este Tribunal se le presenta, es la sentencia que ha de aplicar, teniendo en cuenta los atenuantes expuestos por esta defensa. Quiero insistir, si me lo permite su señoría, en lo anteriormente expuso. La enajenación mental de mi defendido no es solo la causa de un delito que pudo haberse producido, pero que aún no se ha demostrado. También y como he descrito anteriormente, la situación social en la que se ha criado no es la más apropiada. En los pueblos de nuestra provincia el deterioro social es cada vez más degradante y eso hace que estas personas se desenvuelvan en una extraordinaria degradación, provocada por las grandes diferencias, que hace que la incultura se establezca en personas como la que hoy estamos juzgando. No fue solo Antonio Martines Hernández quien pudiera haber cometió el crimen de la casilla número noventa y uno, fueron también las circunstancias. Este hombre que ustedes ven aquí solo podría haber sido la mano ejecutara de aquella desgracia, pero también pudo haberlo hecho otra cualquiera. Quiero citar aquí el caso del crimen del cortijo *El Gallego,* en donde como en este caso, el acusado se confiesa culpable de los hechos. Es juzgado y tras llegar a esta misma Audiencia el sumario, una denuncia de los verdaderos autores del delito tira por tierra las teorías de la acusación. Espero señores del jurado que esto no se repita, porque de lo contrario, el prestigio de la justicia va a quedar muy bajo. En el tiempo transcurrido de los hechos, he tenido la oportunidad de visitar el pueblo de Guadalcanal, así como otros limítrofes y he podido ver la degradación social en la que la mayor parte de sus habitantes está inmersa. Mujeres que trabajan por la comida que a sus señoritos les sobra. Hombres que han tenido la suerte de conseguir un mísero jornal trabajando de sol a sol. Niños que mueren a causa de las más insignificantes enfermedades, mientras sus padres adolecen de lo más insignificante. Y naturalmente señoría, incultura, mucha incultura, que lleva a personas como mi defendido a cometer estos actos como el que estamos hoy juzgando. La benevolencia de este Tribunal y el veredicto que de justicia ha de dar un verdadero ejemplo, en el caso que nos ocupa, para que crímenes como el que hoy estamos juzgando no vuelvan a producirse y que personas inocentes como lo es Antonio Martínez Hernández, no sean víctimas de la injusticia social. Señores del Jurado, Señorías. No pido para mí defendido nada más que lo que en derecho le corresponde: una sentencia favorable, ya que las pruebas expuestas en este juicio no consolidan la culpabilidad del acusado. En algunos casos, estas pruebas ni

siquiera han sido debidamente verificadas, dando la impresión en varias ocasiones, de que su relativa fiabilidad ha sido adulterada. Ruego por tanto a ustedes, consideren a Antonio Martines Hernández, no culpable de los hechos que se le imputan y que debido a su deficiencia mental, sea recluido en un centro psiquiátrico, con el fin de intentar su curación. Muchas gracias señoría. He terminado.

Un leve murmullo corrió por toda la sala. La admiración por la extraordinaria puesta en escena del letrado Rodríguez Jurado, se hizo patente por parte de los muchos juristas que se encontraban presenciando la vista.

No era lo mismo por parte de los que de alguna forma ya habían condenado al *Rabazo,* algunos sin siquiera conocerlo. Tuvo el Presidente que hacer uso de la maza, para que aquel murmullo que iba a más, se detuviera.

- ¡Orden, orden en la sala! Los señores del jurado han de retirarse a deliberar sobre la culpabilidad o no del acusado, por lo que les ruego obren en justicia con arreglo a las leyes, ateniéndose exclusivamente a lo tratado en el sumario.

- Visto para sentencia. Se levanta la sesión.

XLI

El frío de la sierra hace que los vecinos de Guadalcanal tengan que abrigarse. Aun no ha empezado la temporada de la aceituna y los más desocupados tratan de ganarse unas perras haciendo cisco en los baldíos de Fuente del Arco, o en algunas fincas particulares, cuyos dueños conceden el permiso para arrancar las retamas que en el invierno servirán como combustible en los elegantes braseros de las casas de los señoritos y en las humildes *copas* de los menos afortunados**.**

Los *gañanes* de los cortijos ya preparan los barbechos para la sementera, mientras, en el pueblo los quehaceres comunes se repiten cada día, pero con el agravante de que estos son más cortos y la noche se encaja en un abrir y cerrar de ojos.

En la calle de Santa Ana, las mujeres ven llegar el ocaso sentadas en sus sillas de anea, haciendo labores de bordados en sus bastidores las más jóvenes, y remendando *jaquetas* y pantalones, las que ya cuentan con más experiencia y edad.

Es la época del trompo y la billarda y los muchachos que tienen la suerte de no estar sometidos al duro trabajo al que los niños pobres están obligados, juegan con sus mochos tratando de desplazar lo más lejos posible otro palo más corto de puntas afiladas, del redondel que previamente dibujaron en la tierra.

En los soportales de la Iglesia, el cura lee su breviario mientras disfruta de la agradable panorámica del pueblo a sus pies, al mismo tiempo que observa a aquellos muchachos corriendo y discutiendo acaloradamente sobre las reglas de

sus juegos. La mayor parte de ellos caminan descalzos y por entre los dedos de los pies se les puede ver claramente la mugre almacenada a lo largo de la jornada de correteo por la polvorienta calle, en unas ocasiones y embarrada en otras. Uno de ellos se acerca al reverendo y tras besarle respetuosamente la mano, le pone en conocimiento de que un señorito le está esperando en la puerta de la sacristía.

- ¿Quién es ese señorito que quiere verme Joseito?

- No me lo ha dicho, sólo que lo busque y que le diga que lo está esperando…

- Vale, vale, recuerda que esta tarde tienes que venir a ayudarme a la misa, así que a ver si te lavas esos pies.

Con el sombrero en la misma mano en que sostenía su elegante bastón, Ricardo Marín esperaba al cura en los escalones que dan acceso a la puerta norte de la Iglesia. Al mismo tiempo observaba a aquellas mujeres que a pesar de su humildad y pobreza, trataban de dar alegría al momento que estaban viviendo, acompañando a las jóvenes que bordaban con sus cantos tradicionales que aludían a aquel novio que posiblemente llegaría y que sería un buen mozo. O al desastre amoroso del rey Alfonso y María de las Mercedes.

Dónde vas Alfonso doce

dónde vas triste de ti.

Voy en busca de Mercedes

que ayer tarde no la vi….

- ¿Qué le trae por aquí don Ricardo?

- ¿Podíamos hablar en privado Padre?

- Naturalmente, pase usted a mi despacho.

El cura dio órdenes a la *santanera* para que nadie que viniera a verle le molestara. Los dos hombres entraron en la Iglesia y atravesaron la nave por el lado del altar de San Ignacio, entraron en la sacristía y desde allí accedieron al despacho, cuya ventana daba al huerto, pudiendo ver desde ella el pequeño cerro de la *Cuesta de la Horca*.

El párroco se sentó en el sillón de su mesa, al mismo tiempo que señalaba a su invitado una silla de sólida construcción con tapizado de piel, para que hiciera lo mismo. Luego sacó su petaca y el librito de papel, extendiéndoselo con una leve sonrisa, como si adivinara el motivo de la visita del Secretario.

- Me imagino a qué viene usted, mi querido amigo, se trata de *El Rabazo* ¿me

equivoco?

- No se equivoca usted don Rafael. El juicio ha quedado visto para sentencia. Mucho me temo que ese pobre desgraciado va a ser carne de cadalso.

- Que Dios lo proteja. ¿Sabe usted cuándo se dictará sentencia?

- Aun no se sabe nada. Habrá que decírselo a su madre ¿no cree usted?

- Mi opinión amigo Ricardo es que esperemos a ver lo que pasa, que necesidad tiene la pobre Pura de hacerla sufrir más. Está perdiendo la cabeza y esto sería para ella la puntilla.

- No lo sabía.

- Así es. Según me dice su hija, de cuando en cuando desvaría como si creyera que lo que hizo su hijo fuera habladuría de la gente. Por eso le digo, que esa pobre mujer debe de estar perdiendo el juicio.

El silencio de los dos hombres era débilmente alterado por los ruidos que sonaban en el interior de la Iglesia, pues el sacristán con unos monaguillos andaba trasteando preparando la misa de difuntos que en unos minutos se iba a celebrar. El tañir de las campanas dio aviso a los feligreses para que estos acudieran a los rezos por el alma de alguien que hace un año falleciera.

Ricardo, sombrero en mano, salió por la pequeña puerta que daba a la capilla de San Ignacio, en donde se encontró con el sacristán y el monaguillo, encendiendo las velas del altar con una larga caña en cuya punta un pabilo ardía, con el fin de que pudiera llegar a los cirios más altos.

- Usted dispense don Ricardo, le podría hacer un pregunta si no es indiscreción.

- Claro hombre, claro, faltaría más no responderle al mejor sacristán que hay en el pueblo…

- Joseito, anda y ve a por más pabilos a la sacristía…

- Pero si ya hay aquí dos…

- Anda y ve a lo que te he dicho y no discutas.

El monaguillo a regañadientes desapareció por la misma puerta por la que había entrado el Secretario, y el sacristán aprovechó para interrogar a Ricardo.

- Usted dispense mi impertinencia, pero ardo en deseos de saber algo de Antonio. Es primo mío y me duele mucho lo que hizo, pero también me duele lo que le pueda pasar a él. Por los papeles sé que se ha celebrado el juicio, pero la verdad no se nada más.

- De eso he venido a hablar con el párroco, y poca cosa te puedo decir. El juicio

ya ha terminado y estamos a la espera de lo que dictamine el tribunal. Mucho me temo que la sentencia va a ser muy dura, amigo mío.

- ¿Cree usted que lo ajusticiarán?

- No te puedo decir ni que sí, ni que no. Pero mi instinto me dice que el pobre Antonio va a pagar muy caro por lo que hizo. Todo está en su contra y por si fuera poco, él mismo se declara culpable. Solo un indulto de Rey lo puede salvar, o un milagro.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio al ver llegar al monaguillo con los pabilos de cera en la mano, que los miraba con cierta extrañeza, al comprender que aquellas dos personas mayores estaban hablando de algo que él no comprendía y que además no estaban dispuesto a que él se enterara.

- Bueno Félix, tengo que marcharme, espero que de momento esto se quede entre nosotros, no es conveniente que se sepa nada hasta no estar seguro de lo que vaya a pasar.

Mientras el Secretario salía por la puerta de los soportales, la gente entraba en el templo a la llamada del último toque en la torre.

Bajó por la rampa de la Faldriquera, se encaminó por la calle de las Minas hasta la calle de San Bartolomé, no sin antes apreciar el ambiente que siempre había alrededor de la casa de la *Carmela:* hombres merodeando con sigilo y con un cierto disimulo de nos ser reconocidos por los escasos viandante que como Ricardo Marín, pasaban por allí. Aunque el Secretario que sabía de lo que en el interior de aquella casa se cocía, hizo la vista gorda al reconocer a alguno de los clientes que de alguna forma trataban de ocultarse detrás de las alas de sus sombreros. Una tenue y maliciosa sonrisa se dibujó en la cara del Secretario que para sus adentro pensaba aquello de: "*Si te viera tu mujer en este burdel ibas a saber lo que es bueno*".

En la puerta del cuartel de la Guardia Civil, el centinela de puerta lo saludó militarmente. En aquel momento sonó una corneta que avisaba de la bajada de bandera y don Ricardo permaneció erguido con el sombrero en la mano, mientras se arriaba la insignia de la patria. Terminado el pequeño ceremonial, el Comandante de puesto que desde el balcón de su despacho vio al Secretario, le llamó la atención.

- ¿Qué le trae a usted por aquí don Ricardo?

- Pues ya ve usted mi brigada, venía de Santa Ana de hablar con el cura.

- Pase usted y nos tomamos un vino, no todos los días se ve al Secretario del Ayuntamiento por los barrios altos de Guadalcanal.

- Pues no le voy a decir que no.

En el interior del cuartel de la Benemérita había un cierto movimiento, ya que se estaban preparando los servicios nocturnos, al mismo tiempo que llegaban los relevos de aquellos que durante el día estuvieron haciendo lo mismo. En el patio, algunos guardias bregaban con los caballos, al mismo tiempo que los que habían terminado su servicio, dejaban las armas en el cuerpo de guardia.

El Comandante de puesto mandó a uno de sus hombres a que le bajara de su residencia una botella de vino y dos vasos y pronto los dos se sentaron a saborear el delicioso caldo blanco de la vecina localidad de Maguilla.

- Me atrevo a adivinar que su presencia por estos *lares* están relacionados con lo de *El Rabazo,* ¿me equivoco señor Secretario?

- Pues no, no se equivoca usted.

- He leído algo en la prensa, pero aún no ha sido condenado ese hijo de….

- Disculpe usted mi brigada, no somos nosotros los que debemos juzgar a ese hombre y mucho menos hacer comentarios inadecuados como el de calificar a su madre de lo que no es.

- Tiene usted razón don Ricardo, pero es que me llevan los demonios cuando pienso en lo que ese hombre hizo.

- Si, fue un crimen horrendo, pero los que tenemos la responsabilidad de estar al servicio del pueblo, hemos de estar a la altura de las circunstancias y dejar que sean los jueces los que digan la última palabra.

El brigada se arrepintió de la invitación que le había hecho al Secretario y para sus adentros pensó que no debería haber mandado que le trajeran aquella botella de vino.

Había oído hablar de las inclinaciones republicanas del Secretario y su forma de hablar con respecto al acusado le sacaba de su ignorancia. Quiso llevar la conversación por otros derroteros, pero el Secretario, consciente de que el jefe de la Guardia Civil del pueblo era de ideas conservadoras, procuró dejar patente sus ideas libérales, que para él representaba que todos los seres humanos son siempre inocentes, mientras un tribunal no demuestre lo contrario.

La reunión se dio por zanjada con el pretexto de que el brigada tenía que atender sus obligaciones y Ricardo Marín, tras colocarse el sombrero y abrocharse la pelliza, salió nuevamente a la calle de San Bartolomé.

Mientras, desde la ventana de su despacho, el brigada miraba los pasos firmes de su visitante, al mismo tiempo pensaba que habría que controlar a ese hombre, pues sus ideas revolucionarias y demasiado liberales, podrían acarrear

problemas.

En la esquina de la calle de la Encomienda, Ricardo Marín giró a la derecha, luego bajó por la calle La Sánchez, con la intención de hablar con Rogelio Vázquez, que seguramente estaría en su botica. La oscuridad de la noche ya era palpable y el fresco viento de la sierra era cada vez más frío. Los cuellos de piel de su pelliza le protegieron hasta llegar a la agradable estancia de la rebotica de su buen amigo.

- Arrímese a la *copa* don Ricardo, veo que trae usted mucho frío.

- Mi querido amigo, no se si se ha dado cuenta de que estamos en diciembre.

- Ya lo creo que me he dado cuenta. ¿Dígame, que hay de nuevo?

- ¿Si se refiere a lo de *Rabazo*? pues que ha terminado el juicio, y aunque no hay aún sentencia, me temo lo peor.

- Tan negro lo ve usted.

- Sí, al abogado le ha sido imposible llevar una defensa favorable en condiciones. Todas las pruebas estaban en su contra. También los testigos y por si fuera poco, él mismo se ha reconocido culpable. Creo que el Tribunal lo tiene tan claro, como el jurado. El fiscal ha pedido la pena de muerte.

- Me imagino que el Rey será benevolente, en estos casos suele serlo.

- Más le vale a ese pobre desgraciado.

- A mí quien me da pena, es su madre, la pobre de Pura lo estará pasando muy mal.

- Tiene usted razón, don Rogelio, pero de momento sería conveniente que la mujer no se enterara de lo que le espera a su hijo. Por lo que me ha comentado don Rafael, la pobre está perdiendo la cabeza.

XLII

Por las calles de Guadalcanal, la oscuridad se va apoderando de todo el pueblo. Los vecinos en sus casas cerradas a cal y canto todas ellas, con sus buenas trancas en las puertas. Solo el olor a leña quemada, da señales de que en cada una de ellas, hay personas viviendo.

El sereno intercambia saludos con los guardias que hacen patrulla, mientras en las tabernas se pueden oír las desentonadas notas de un fandanguillo, que sale de alguna garganta extenuada por el exceso de vino. Algún juerguista que otro, trata de llegar a la *Faldiquera* con el fin de satisfacer sus deseos en casa de la *Carmela*. A lo lejos, el relincho de un caballo, el ladrido de un perro o el rebuzno de algún jumento cansado del trabajo hecho durante el día, forman la triste melodía de un otoño ya avanzado y que viene tan frío como en años anteriores.

En casa de Pura, el calor de la *copa* ya se ha agotado y lo mejor es meterse en la cama. No para dormir plácidamente, pues hace ya mucho tiempo que el descanso nocturno es imposible. La pesadilla que madre e hija llevan viviendo desde hace dos años, parece no terminar nunca.

Desde su alcoba, Joaquina siente los tristes suspiros de su madre, que como siempre van acompañados por un ruego a su querida Virgen de Guaditoca para que proteja a su hijo en su encierro, al mismo tiempo que su recuerdo se hace extensible a las víctimas de su hijo, para que la Patrona los tenga acogidos en su seno.

Los suspiros de su madre le llegan tan hondo a Joaquina que no puede aguantar ahogarse en un sollozo, teniendo que morder el pico de la almohada para no ser escuchada por ella.

Así una noche y otra. Como una rutina implacable que a la llegada del crepúsculo se hace más intensa y dramática en aquella casa fría y desolada, desde que la trágica noticia del prendimiento de Antonio se produjera.

Pero en la casa de María Josefa tampoco se duerme mucho. Y cuando llega la noche aparece la misma pesadilla en la mente de aquella madre, que tuvo que vivir tan de cerca la tragedia. Una tragedia cada noche repetida, como si se estuviera viviendo en el mismo instante en que ésta se produjo. El cuerpo de su hija degollado en el huerto de la casilla. Los de sus nietas, una en el suelo del hogar y la otra en su cunita de madera. La cara desencajada de su yerno que con los ojos desorbitados no acertaba a entender lo que estaba viendo, como si aquello fuera un mal sueño. Los comentarios indignados de los compañeros de José que acudieron al lugar, sin poder dar crédito a la impresionante escena que ante ellos se estaba representando. Hasta los guardias civiles, que desde el primer momento estuvieron prestos para averiguar la causa y el causante de tal desatino, no pudieron remediar en sus rostros el estupor que aquello les producía.

En el silencio de la noche, el silbido de la locomotora del tren que venía de Sevilla daba la señal de que éste se ponía en marcha con destino a Llerena, tras dejar a algunos viajeros en la estación, así como las mercancías destinadas al consumo habitual del pueblo.

El rugir de la perezosa locomotora llegaba hasta los oídos de dos madres a las que el destino había unido.

Tanto a Pura como a María Josefa, aquel silbato parecía atravesarles el corazón como la espada que la Virgen Dolorosa lleva en el suyo, cuando camina por la calles de Guadalcanal la madrugada del Viernes Santo. Son ambas el mismo retrato de aquella mujer de Judea que tuvo que ver como su hijo era ajusticiado, ante la más espantosa impotencia.

Así una noche y otra, durante algo más de año y medio. Nada ni nadie podría imaginar cuanto dolor podían albergar aquellas dos mujeres, a las que el odio nunca las dominó, porque tanto una como la otra, sólo se refugiaron en su dolor y nada más que en eso.

El propio párroco de Santa Ana, que las conocía bien, estaba admirado de la nobleza de aquellas dos mujeres, que en muchas ocasiones supieron demostrar la extraordinaria dignidad que ambas tenían. Así se lo hizo saber en una de las muchas conversaciones que mantuvo con Rogelio Vázquez.

- Nunca pensé que dos madres tan heridas por la vida, supieran estar a la altura de las circunstancias. Yo he visto, amigo mío, tanto a la una como la otra, que se han preocupado y en alguna ocasión consolado mutuamente.

Pero como todas las mañanas, la rutina vuelve a hacerse dueña de la

convivencia y por momentos hace a la gente olvidarse de los profundos problemas que a cada cual les atañe.

El choque de los cascos de las bestias en el empedrado de las calles, los saludos de los hombres que van a sus faenas cotidianas en el campo, las mujeres que se encaminan al *Piojito* para coger buen sitio en el lavadero. El lechero que desde la *Dehesilla* o *Los Tomillares* arrea a su jumento cargado con cántaras rebosantes, con destino a la casa de su señorito en la cercana calle de Camacho.

En la torre de Santa Ana, las campanas llaman a los feligreses a la misa temprana, a la que acuden algunas mujeres y algún que otro viejo, que no vale ni para subir los escalones.

En la sacristía, el párroco se prepara para revestirse mientras Joseito le ayuda, primero a ponerse el alba que le entra holgadamente por la cabeza, luego el monaguillo le sujeta el cíngulo por detrás mientras el cura se lo anuda a la cintura. Es entonces cuando el muchacho no puede evitar sus ganas de saber, pues ha estado toda la noche dándole vueltas a la conversación que la noche antes habían tenido el cura y el Secretario y que él, escondido detrás de la puerta de la sacristía, estuvo escuchando.

- Es qué se van a cargar al *Rabazo*, don Rafael

El cura que se estaba ajustando el alba, se mantuvo quieto unos instantes dejando que el ornamento le tapara la cara, como si quisiera ocultar la sorpresa que aquel intrépido muchacho le había causado. Luego muy serio y mientras se colocaba la estola, lo miró fijamente a la cara haciendo que el monaguillo se ruborizara.

- A ver, ¿quién te ha dicho a ti eso? ¿No estarías escuchando ayer mientras yo estaba con don Ricardo?

El rubor del muchacho se hizo aún más intenso y el sacerdote comprendió enseguida que estaba en lo cierto, confirmándolo el monaguillo con un leve movimiento de cabeza.

- Tú no sabes Joseito que no se pueden escuchar las conversaciones de nadie.

- Sí, don Rafael, pero no pude evitarlo.

- Y me imagino *mequetrefe,* que se lo habrás contado a tus amigotes.

- No, don Rafael, se lo juro…

- No jures maldita sea, no te doy un pescozón porque estamos a punto de empezar la misa, anda tira para adelante que te voy a dar yo a ti para el pelo.

La ceremonia matutina dio comienzo. En los bancos de la Iglesia un escaso número de personas respondían a las oraciones en un latín monótono.

Tras el evangelio el oficiante subió al púlpito para predicar su homilía sobre el evangelio antes leído.

Desde su privilegiada atalaya pudo ver la cara de cada uno de los feligreses que asistían a la ceremonia y a los que conocía de toda la vida: Pepa la *Polinaria* que tapaba su albino pelo con un enorme pañuelo negro. Su cuñada Manuela, Josefita la madre del monaguillo y otras mujeres mayores. Al lado del altar de las Ánimas, estaba María Josefa enfundada en su riguroso luto que la cubría de la cabeza a los pies. Casi debajo del púlpito y en un reclinatorio al lado de la capilla de San Ignacio, Pura arrodillada con un rosario en la mano y la cara desencajada por la falta de sueño, parecía implorar piedad para aquel hijo que ya daba por perdido.

La mirada del oficiante se dirigió hacia las dos madres, que con resignación llevaban encima la cruz que a cada una le había tocado cargar. Carraspeó un poco llevándose la mano a la boca y comenzó su predicación. Pero su forma de expresarse no era la acostumbrada, en sus palabras se notaba una cierta desazón debido a las noticias que Ricardo Marín le había dado la tarde anterior. Sin embargo, no quiso hacer ver a sus feligreses la pena que le atormentaba, pues tanto el posible condenado, como las víctimas, habían sido para él como sus propios hijos. Le deprimía terriblemente ver a aquellas dos madres ante el altar de Santa Ana, arrastrando el tremendo dolor que sólo una madre puede sentir ante la muerte del fruto de su vientre y aunque los casos de Pura y María Josefa eran antagónicos, estaba seguro que la profundidad de las heridas que aquellas dos mujeres tenían en su corazón, no se diferenciaban en lo más mínimo.

- Queridos hermanos, la presencia de Dios nunca nos abandonará en este valle de lágrimas en el que nos ha tocado vivir. Para mucho de nosotros los acontecimientos venideros pueden llegar a ser muy duros, pero estos no servirán de nada, si no valen para curar las heridas del pasado. Sólo nuestro señor Jesucristo será quien haga justicia. Nosotros por el contrario lo único que podemos hacer, es ponernos en manos de nuestro Padre todo poderoso, para que desde la más sincera humildad sepamos perdonar, como él lo hizo en el calvario.

Desde la parte baja del coro, Rogelio Vázquez que como en algunas otras ocasiones había acudido a Santa Ana a escuchar misa, pues le gustaba más que la de su parroquia de San Sebastián, comprendió ampliamente la oratoria del cura.

Sabía a lo que éste se refería y que como él, estaba convencido de que la ejecución de *El Rabazo* podría ser inminente. El cura no se percató de su presencia hasta la hora de la comunión, cuando éste se arrodilló para recibir el santo sacramento, justo detrás de Pura, cuyo rostro denostaba un profundo deterioro físico...

Ya terminada la misa el boticario abordó a Pura para interesarse por su salud, mientras cerca de ellos, María Josefa pasaba acompañada por otra mujer cruzando una cierta mirada y saludando tímidamente.

- ¿Cómo te encuentras Pura?…

- Como me voy a encontrar don Rogelio, muy mal. Las cosas que han pasado van a acabar con mi vida. Este hijo mío me la va a quitar.

- Tienes que ser fuerte, tú no tienes la culpa de nada y tienes que reponerte, mándame a tu Joaquina a la botica que yo te prepararé algo para que te repongas. Además te veo muy delgada y tienes que comer para restablecerte.

- Yo lo que quiero es morirme don Rogelio. Este sufrimiento es demasiado para mí, a ver si la Virgen de Guaditoca hace un milagro y me lleva con ella.

- Anda, anda mujer, no digas eso. Dile a tu hija que se pase por mi casa y por dinero que no lo haga, que el medicamento que le voy a dar es de balde. Ahora voy, que tengo que hablar con don Rafael

- Vaya usted con Dios, don Rogelio y muchas gracias por todo.

- Adiós Pura, que tengas un buen día y no te olvides de decirle a tu hija que se pase por la botica.

Poco después en la sacristía, el párroco y Rogelio Vázquez hablaban del tema que tanto les preocupaba y que ambos temían fuera negativo en su conjunto.

- Ya he visto en su sermón que está enterado de lo que al pobre Antonio se le avecina, estuvo don Ricardo anoche en mi casa hablando conmigo y me dijo que venía de aquí.

- ¿Y qué opina usted mi querido amigo?

- Y qué voy a opinar, lo peor. Mucho me temo que este desgraciado no pueda salir del atolladero en el que se metió.

El boticario se despidió de su amigo y con el sombrero en la mano salió a la calle por la puerta sur que da a la *Faldiquera,* en donde unos niños jugaban antes de entrar en la escuela. Un poco más abajo, una de las mujeres que trabajaba en la casa de *La Carmela,* se le quedó mirando como si con su mirada quisiera proponerle alguna indecencia. Rogelio Vázquez se limitó a mirar a otro lado como si aquella supuesta proposición no fuera con él y continuó su camino pues ya era hora de abrir la botica.

En la plaza del mercado frente a la Iglesia de San Sebastián, el bullicio matutino de todos los días comenzaba a desarrollarse. Los vendedores de los puestos colocaban sus mercancías en los improvisados mostradores, así como los matanceros afilan sus herramientas para dar buena cuenta de la poca carne

que se vende. Algunas mujeres con sus espuertas regatean el precio de los productos, todo lo contrario que las sirvientas, que tratan de negociar con los vendedores algún que otro descuento para así poder sisar a su señorita. Un hojalatero y un afilador daban cuenta de su presencia al público. El primero pregonando aquello de *Niña el latero* y el segundo haciendo sonar el típico silbato de los afiladores gallegos.

En la esquina de la *Puntilla*, empiezan a concentrarse los muchos jornaleros desocupados a la espera de que a algún manigero requiriera de sus servicios con urgencia. Cosa poco probable, pues la temporada de recolección aún no ha comenzado.

De la Iglesia salen los últimos feligreses mañaneros, en su mayoría mujeres, que se desprenden del velo para unirse a la muchedumbre que deambula por el mercado, de puesto en puesto.

Mientras tanto al Ayuntamiento se van incorporando los funcionarios que un rato antes estuvieron tomando café en el Casino, así como el Alcalde y el Secretario. Todos ya sabedores del final del juicio llevado a cabo en la Audiencia de Sevilla y todos al mismo tiempo comentando el tema leído en la prensa llegada a primera hora de la mañana en el tren.

En el interior del Casino, también se podían oír los mismos comentarios y aunque la tertulia, no eran horas de que estuviera reunida, sí eran varios los socios que hacían sus pronósticos con respecto a la sentencia que no tardaría en llegar.

Federico llenaba las copas de aguardiente sin decir esta boca es mía, pues en su interior reconocía que lo que estaba pasando era tan malo para quien iba a ser condenado, como para las familias de las víctimas. Él conocía a ambas y aún no daba crédito a los acontecimientos ocurridos.

Hubo alguien de los presentes que sabiendo su amistad con las dos familias, quiso poner en evidencia al tabernero.

- Y tú ¿que piensas de todo esto Federico? Tú eras muy amigo de ese canalla y también del marido de Carolina…

- Yo no pienso nada, don Luis. En mi cabeza no cabe la barbaridad que se ha cometido.

- O sea, que estás conmigo en que a ese mal nacido hay que romperle el cuello.

- No sé don Luis, sólo sé que si a ese hombre lo matan, no va a servir de nada. Carolina y sus hijas van a seguir muertas y Pura, su madre, será la que sufra dos veces, la primera por lo que hizo su hijo y la segunda por lo que a él le van a hacer.

- Tú no sabes ni lo que estas diciendo. A éste había que cortarle el cuello ahí mismo en la Plaza, para que todos lo vieran.

- Si usted lo dice don Luis, yo no voy a discutírselo. A mi me ha pedido mi opinión y yo se la he dado.

En la casa de José Castelló, el trajín de la mañana era como de costumbre. Julia que ya ha dejado en su casa todo hecho, se dispone a realizar su trabajo en casa de su señorito.

En la cocina, Carmen anda ya trasteando entre cacerolas y sartenes y desde ella llama a Julia para darle las órdenes oportunas con respecto a las faenas que hay por hacer, pero antes suena la campana de la cancela y ésta acude a ver quien es. Al otro lado de la verja un muchacho de baja estatura y con la cabeza rapada está esperando con un manojo de periódicos como cada mañana para entregar el suyo al señor de la casa.

Julia toma en sus manos el ejemplar del rotativo y mientras el muchacho desaparece por la puerta, ella le echa un ojo a los titulares que lee torpemente.

De pronto se queda atónita ante el titular de primera plana que viene en letras grandes y en negrita:

- El juicio del criminal de Cazalla, Antonio Martínez Hernández, ha quedado visto para sentencia.

En lugar de hacer como todos los días, llevarle el periódico a su señorito mientras éste desayunaba, Julia se fue corriendo a la cocina y la propia Carmen notó en su cara desencajada, que algo malo estaba pasando.

- ¿Qué te pasa Julia?, parece que te has tragado la mula del cementerio.

- Mira lo que pone en el papel.

- Y que voy yo a mirar hija, si no se leer.

Julia, deletreando, pues tampoco su escasa formación y lo nervios le permitían dar más de sí, fue leyendo lo que en una columna de la primera página del ABC ponía: *El juicio contra Antonio Martínez conocido por El Rabazo ha quedado visto para sentencia. Según la acusación del señor Quirós, fiscal del caso, el acusado presenta todo los indicios de ser un asesino convicto y confeso, por lo que pide para él la pena de muerte. Por el contrario, el abogado defensor pide el internamiento psiquiátrico, ya que se aprecia una total idiotez en esta persona, pero según fuentes judiciales consultadas por este periódico, es muy probable que la pena de muerte se aplique a este hombre.*

- Válgame la Macarena lo que le queda que pasar a tu tía Pura.

Julia no pudo contestar al comentario de Carmen, rompió en un sollozo que no tardó en ser consolado por la cocinera.

- Vamos hija, estas cosas son como son y no podemos hacer nada por evitarlas, hay que tener paciencia y que sea lo que Dios quiera. Por quien más lo siento es por tu tía Pura, estoy segura que lo estará pasando tan mal como la pobre de María Josefa. Anda llévale el papel al señorito que ya hace tiempo que está desayunando y lo echará de menos. Sécate esas lágrimas.

Sentado en la mesa del salón, José Castelló desayunaba apaciblemente dos buenas tostadas de pan de telera, con manteca *colorá*, una gran taza de chocolate caliente hacía que su monóculo se empañara. Al extender la mano para coger el periódico, miró a Julia extrañándose al verle la cara enrojecida y con síntomas de haber llorado.

- Qué te pasa Julia. ¿Tienes algún problema?

La mirada de la sirvienta hacía el periódico le extrañó a Castelló, no entendiendo cual era la razón, pero al leer el titular lo comprendió todo.

- ¡Ah!, es por lo de tu primo. Y que querías ¿que se estuviera paseando por el Coso o por los Mesones como si fuera un marqués? Quien a hierro mata a hierro muere, es ley de vida. Métetelo en la cabeza.

- Si tiene usted razón señorito, pero comprenderá usted que esté disgustada.

- Pues por ese canalla no tenías que estar disgustada, sino contenta porque le den garrote. No se merece otra cosa.

- Yo lo siento mayormente por mi tía Pura, la pobre está pasando un calvario.

- Anda, déjate de lloriqueos y treme el sombrero y la pelliza que voy a salir.

- Como usted mande don José.

En la cara de Julia se podía leer la tremenda indignación que el cinismo del señorito le había producido. Tanto es así, que éste se lo notó cuando volvió con las prendas que le había pedido. Ya en la cocina se desahogó abiertamente con la complacencia de Carmen que siempre fue un apoyo para ella.

- No te desesperes Julia estos señoritos tienen el corazón de piedra, ellos no entienden el dolor de tu tía, ni el de nadie, solo piensan es ellos, como si los demás no tuviéramos sentimientos.

Las dos mujeres se fundieron en un abrazo justo cuando el señorito pasaba al lado de la puerta que da a la cocina. Ellas no lo vieron, pero el dueño de la casa se quedó mirando al mismo tiempo que negativamente movía la cabeza, como si con ello quisiera decir algo. Se puso el sombrero y salio a la calle a través del

lujoso patio que había antes de llegar a la puerta.

Ya en la calle se encaminó a la Plaza, pero en vez de dirigirse como cada mañana al Casino, entró antes en el Ayuntamiento en donde su primo el alcalde estaba reunido con el Secretario y algunos concejales en el salón de plenos, que se encontraba con la puerta abierta de par en par, haciendo que algún que otro escribiente, pusiera más atención en lo que allí dentro se decía, que en los papeles que tenían sobre sus mesas.

Los interesados funcionarios disimularon al ver llegar a José Castelló, que solo se limitó a dar los buenos días tras entrar en el salón de plenos, cerrando la puerta tras él violentamente, al mismo tiempo que se encaraba con los ediles y el Secretario.

- ¿Qué pasa? ¿Que me tengo que enterar de lo que ocurre en los juzgados por los papeles?

- No es eso don José, sólo estaba informando al Alcalde del final del juicio, aún no hay sentencia.

- ¿Qué no hay sentencia? Pues por lo que pone aquí y aunque el juez no haya dicho nada, está bien claro.

José Castelló extendió el ejemplar del periódico al Secretario y éste leyó atentamente el articulo que se refería a las actuaciones jurídicas de la Audiencia Provincial de la capital hispalense. Luego devolvió el rotativo a su dueño y trató de convencerle de que aquella opinión periodística no tenía nada que ver con la realidad, ya que aún no se había publicado sentencia alguna.

- Como comprenderá usted, esto no es nada más que la opinión de un periodista. El Tribunal tendrá que dictar sentencia después de haber escuchado la opinión del jurado.

- Esperemos que sea pronto y se acabe esta pesadilla que estamos sufriendo.

El Secretario se disculpó ante los ediles con el pretexto de que tenía mucho trabajo en su despacho. Los concejales también abandonaban el salón de plenos para dirigirse a sus quehaceres diarios. Algunos de ellos tenía a las puertas del Ayuntamiento su carruaje o su caballo para dirigirse a sus haciendas, con el fin de ver el estado en que se encontraban los olivos para dar comienzo a las faenas de recolección y así dar las oportunas órdenes a los manigeros, para que en poco tiempo tuvieran organizadas las correspondientes cuadrillas, que recolectaran el oleico fruto.

Los Tomillares, La Dehesilla, Las Lapas, La Sierra del Agua, El Porrillo, La Zarza, La Utrera, Pelotero, El Molinillo, Las Umbrías, La viña de la Chicharra y tantos y tantos parajes y fincas de Guadalcanal, anunciaban la llegada

de los días de cosecha, pues ya los olivos picudos y manzanillos mostraban su fruto ennegrecido por las lluvias y el cálido sol del otoño.

Al caer la tarde, en la esquina de la *Puntilla*, los manigeros se apresuran a ofrecer trabajo. Muchos de los jornaleros que hacía meses no daban un palo al agua, se arremolinaban entorno a los arrogantes capataces de los patronos, para conseguir un buen destajo que les sacara del agujero en el que estaban inmersos, desde hacía meses.

A todos se les abría un hilo de esperanza cuando algún lugarteniente de los patronos se les acercaba y les proponía el ansiado trabajo, más aún si éste era contratado con toda su familia para la temporada. Eso significaba que al menos en unos meses el pan estaría garantizado.

Manuel se disputa su buen hacer en el campo, con dos de aquellos manigeros que deseaban su presencia en la finca de su amo, pero éste reacio a los escasos sueldos, trata de llevarse el gato al agua, poniendo nobles argumentos, que en muchas ocasiones daban resultados.

- Mira, yo entiendo que tu señorito no quiera pagar más, pero si no me das lo que te pido, te buscas a otro. Yo no voy a ir a coger aceituna con toda mi familia por esa miseria, así que le dices a tu amo que vaya él si quiere.

- Hombre Manuel, no te pongas así, voy a hablar con don Pedro a ver si está de acuerdo con lo que tú pides.

- Pues ya estás andando, porque como me salga otro tajo, te vas a quedar sin aceituneros.

El manigero se encaminó en dirección al Casino, mientras Manuel se quedaba recostado en la pared de la Iglesia de San Sebastián. Unos jornaleros que esperaban también a que alguien los buscara para trabajar se acercaron a él con la intención de saber qué era lo que los señores estaban dispuestos a pagar esta temporada.

- ¿Qué pasa Manuel, no se baja del burro ese *lameculos?*

- Ese *lameculos* como decís vosotros, lo único que hace es lo que le mandan. Somos nosotros los que tenemos que poner las cosas en su sitio y no agachar la cabeza como hacemos cuando nadie nos ve.

- Hombre Manuel las cosas no están para dejarse ir un jornal.

- ¡Pero qué jornal ni que niño muerto!, esto no da ni para que eches en la *capacha* un pedazo de tocino rancio.

Pasado un rato el manigero se acercó al corro en el que estaba Manuel y tras cogerle de un brazo hizo ademán de retirarlo del grupo, pero éste se negó

alzando al mismo tiempo la voz para que los demás fueran testigos de la noticia que el manigero traía.

- Lo que te haya dicho tu señorito, me lo dices aquí delante de todos, para que vean lo que hay.

- Pues lo que hay Manuel, es que don Pedro no tiene ningún inconveniente en pagar lo que pides. Dice que eres un buen trabajador y que prefiere pagar más, antes de dejar la mitad de la aceituna en el suelo.

- ¿Le has dicho que además de mi familia también irá mi sobrina Joaquina y su marido?

- Dice que la gente que tú lleves es cosa tuya, pero que tenéis que hacer *domia* en el cortijo de La Burbana, y que empezaréis pasado mañana.

- Trato hecho, no hay más que hablar.

Manuel dirigió una mirada inquisitoria a los que asombrados observaban como aquel hombre se había salido con la suya, argumentando solo su capacidad para el trabajo. Luego cuando el manigero se fue hizo hincapié en cuales eran las formas de hacer valer los derechos de los trabajadores.

- Compañeros, ya habéis visto lo que hay. Si todos le echáramos un poco de agallas al asunto, quizás nuestra vida sería algo mejor. Lo que no podemos hacer es achantarnos porque de eso se valen.

Manuel se abrochó la *jaqueta* pues hacia frío, se metió las manos en los bolsillos y con una colilla de picadura en la comisura de los labios se encaminó a la calle Luenga para hacerle saber a su familia que se irían de *domia* a *La Burbana*.

Naturalmente en la casa de Manuel aquella noticia era un atisbo de esperanza, pues se abría un nuevo horizonte, ya que las arcas que siempre estuvieron vacías, ahora al menos se podría hacer frente a los desasosiegos de la pobreza, que en tantas casas se respiraba.

Las tormentas del verano vinieron bien para la aceituna y se adivinaba una buena cosecha. Además, la finca de *La Burbana* era un buen sitio para trabajar, pues el cortijo tenía excelentes condiciones para pasar allí el tiempo necesario que durara la recolección, así que Julia y Alegría tomaron las riendas de lo preparativos.

Las enaguas y las *jaquetas*, las mantas para dormir y el aprovisionamiento de bellotas para hacer los dediles, es un ritual en casa de tantas y tantas familias que se preparan para la época más dura del año, pero al mismo tiempo, la que hace que de alguna forma se pueda respirar económicamente.

Como estaba en el trato que Manuel y el manigero habían acordado, el día de la Purísima ya estaba todo listo en el zaguán de la casa y el carro del dueño de la finca se situaba en la puerta, en dónde se fueron cargando lo jergones de paja, las mantas de pellejo y las *sarguinas* con los alimentos indispensables para la *domia*.

Poco después, una extraña caravana se ponía en camino. Delante el carro cargado con todos los utensilios necesarios para pasar la larga temporada de aceituna. Detrás de él, las mujeres enfundadas en sus negros mantones. Julia con la pequeña Cándida en los brazos, Alegría, Joaquina y su marido, caminan juntas, agarradas en la parte trasera del carro, mientras Narciso y Manolito caminan y juegan al mismo tiempo. Manuel con la burra de cabestro fuma copiosamente gruesos cigarros de picadura.

La cuesta de la carretera de Malcocinado sirve de mirador para ver por última vez las casas del pueblo y el paso por el puente sobre la vía férrea, hace que los dos muchachos se asomen curiosos para ver como una locomotora reposta agua en la estación. En el andén maquinista y fogonero se enfrascan en la faena de cargar la caldera con el líquido elemento, que llega hasta el surtidor desde la *Maquinilla.*

Tiene Julia que poner orden ante la travesura de los dos niños, que no paran de deambular de un lado al otro de la carretera. A cada momento tiene que estar llamándoles la atención, pero son las amenazas de Manuel la que surten efecto y Manolito y Narciso cesan por el momento en sus travesuras

- Como yo vaya para allá os voy a dar una *capona* que se os van a quitar las ganas de tanto juego, más valiera que cogierais a la niña que vuestra madre tiene que estar cansada.

Bien entrada la mañana, Manuel y su familia pasan por la portada que hay a la entrada de la finca. Son los perros los que acuden a recibir a la cuadrilla de aceituneros y poco después es el casero del cortijo el que sale, al oír el ladrido de los canes.

- Coño Manuel no esperaba que fueras tú y tu familia los que vinierais este año a coger la aceituna, el manigero no me ha dicho nada.

- Pues ya ves aquí estamos, Qué, ¿tenemos buena cosecha?

- Pues no es mala. Toma las llaves del caserón, mi mujer ya lo ha limpiado y tendréis que organizaros. Leña tienes en el corral la que quieras. Y el pozo ya sabes donde está.

Poco después toda la cuadrilla se puso en marcha. El primer día era para organizar la estancia en la que tendrían que vivir durante todo el tiempo que

durara la recolección. Julia, Alegría y Joaquina se aprestaron a ordenar todos los utensilios de cocina, La mujer del casero les había proporcionado unas *trébedes* y un *anafe*. Luego extender los jergones en una estancia próxima a la gran cocina que en otras ocasiones se utilizaba como comedor de los amigos del señorito, cuando iban al cortijo de caza.

Un pequeño jergón lo puso Julia a su lado para la pequeña Cándida y a continuación otro más grandes para lo dos hijos y Alegría. Joaquina con su marido, dormirían en otro cerca de la puerta que da a la cocina.

Manuel y otro compañero de destajo que se alojaría con su cuadrilla en otra parte del cortijo próxima a la de ellos, salieron para ver las condiciones en las que tendrían que repartirse los muchos olivos a los que tendría que cogerle su fruto.

No hubo ningún problema y decidieron llevar filas alternas pues las dos cuadrillas estaban formadas por la misma cantidad de miembros. Ya en el cortijo se repartieron las chapas que servirían de testigo de los kilos recolectados y que el manigero cada tarde al terminar la jornada contaría y apuntaría cuidadosamente en su libreta para entregar las cuentas al patrón.

La candela chisporrotea en la gran chimenea y las conversaciones de los mayores se mezclan con el griterío de los muchachos, mientras las mujeres preparan la cena arrebatadas por el calor de la lumbre. La paz parece llegar a la estancia y cada cuadrilla por su lado se apresta a devorar la primera de las cenas. Luego un poco de charla y la voz de los patriarcas se deja oír para hacer que lo más pequeños se vayan a la cama.

- Vamos, a acostarse que mañana hay que madrugar.

- Yo no tengo sueño *entodavía* padre.

- Pues si no tienes sueño cuentas ovejas y tú también a la cama Narciso.

Los dos mozos asumieron la autoridad de su padre y lo mismo que los compañeros de la otra cuadrilla, acabaron en el jergón bien arropados por las cariñosas manos de su madre, que antes hizo una cruz en la frente de ambos.

Todo quedó en silencio y la oscuridad era rota suavemente por la tenue luz de la candela que se dejaba ver por debajo de la cortina de sacos viejos, único remedio para salvaguardar la intimidad de la familia.

Manuel dormía placidamente, pero Julia no, pues pensaba en los suyo y también en su prima que yacía a su lado y que no hacía más que dar vueltas en el jergón al mismo tiempo que suspiraba tímidamente.

Poco a poco la noche fue avanzando y el sueño y el cansancio se apoderó

de todos, hasta que el canto del gallo hizo que Manuel y Julia fueran los primeros en levantarse, a los que se unieron Joaquina y José Antonio. Desde la cocina pudieron oír al casero que les llamaba desde la otra parte de patio.

- Manuel aquí tenéis leche recién ordeñada, espero que esto no sirva de comentario, pero a los señoritos les sobra y seguro que a vosotros no, así que mientras se pueda tendréis este cubo a vuestra disposición.

- Gracias amigo.

- No hay por qué darlas, yo solo quiero que esto no se sepa, ya sabes como es el señorito y que te voy a decir del manigero.

- Ya lo sé, pero no quiero ponerte en un compromiso.

- Manuel no hay ningún compromiso, esta leche os hace más falta a vosotros que al señorito y al manigero.

Fue una fiesta para los niños cuando vieron el blanco líquido, pero Manuel tuvo que volver a hacer uso de su autoridad para que los niños no hicieran alarde del disfrute de tan suculento manjar.

- Una cosa os voy a decir, de que el casero nos ha dado esta leche no se le dice a nadie. Si yo me entero de que os vais de la lengua, no volveréis a probarla, ¿estamos?

Los dos muchachos asintieron con la cabeza, pues ambos sabían que cuando su padre decía una cosa había que obedecerla a rajatabla. También los de la otra cuadrilla fueron advertidos. Así que terminado el desayuno dio comienzo el primer día de recolección.

Son casi las ocho de la mañana. El sol intenta de abrirse paso por el horizonte y los aceituneros de *La Burbana* llegan al tajo. Las mujeres se colocan a la cintura los gruesos mandiles que les han de servir para recoger del frío suelo las aceitunas, al igual que las cestas de mimbre que hiciera *Berlanguita*. Las varas comienzan a ser manejadas hábilmente por Manuel y José Antonio y el fruto se desparrama por el helado suelo, que las mujeres recorren arrastrando sus dedos protegidos por los dediles de bellota. Los niños también cooperan y dejan el fruto en las cestas después de coger las *raberas*.

Manzanillo, picudos, zarzaleños, gordales, azulejos. Toda clase de olivos son trabajados penosamente, teniendo que hacer frente a los fríos intensos de la sierra, al agua y al sol que suele ser escaso, pero que es bien recibido cuando hace acto de presencia. Pero no importan las fatigas del trabajo, si se tiene la recompensa de un salario, escaso sí, pero salario al fin y al cabo y eso significa poder comer.

XLIII

Las calles de Sevilla como todas las mañanas de invierno, aparecen con el jaleo de una ciudad viva, como lo es la capital hispalense. Los carros de repartidores del pan de Alcalá, se cruzan con los que llevan el carbón u otras mercancías. Por la calle de la Sierpes algunos vendedores ambulantes tratan de poner sus tenderetes en pie, mientras desocupados señoritos desayunan en los lujosos cafés de la Plaza de San Francisco.

Adolfo Rodríguez Jurado es uno de esos señoritos bien plantados, con su capa corta y sombrero de fieltro, que desayuna café y tostadas con manteca *colorá,* en un local de la Campana, cercano a la Plaza del Duque. Mientras saborea el manjar que tan bien ponen en esa casa, ojea unos papeles. Una voz le hace salir de su letargo, levanta la cabeza y se encuentra a su buen amigo, José Jiménez Candau.

- ¡Hombre Pepe!, ¿cómo tú por aquí?

- Pues ya ves, sé que paras aquí por las mañanas y pensé que necesitarías tener hoy a un amigo cerca.

- ¿Por qué lo dices?

- Porque va a ser Adolfo, ayer vi en los tablones de la Audiencia que hoy se hará pública la sentencia de ese caso que te lleva por la calle de la amargura.

- Sí, tienes razón, te lo agradezco mucho. Anda siéntate y toma algo.

Los dos amigos salieron con destino a la cárcel del Pópulo, en donde el preso ya estaba esperando en el cuerpo de guardia para ser conducido a la Audiencia. Un funcionario condujo a los dos letrados hasta el lugar en donde se

encontraba *El Rabazo*, que con los grilletes puestos, estaba sentado en un banco de madera, escoltado por dos funcionarios que se levantaron al ver llegar a los abogados.

Adolfo comprendió al ver la cara de su defendido, que había pasado la noche en vela, pero su aspecto a pesar de todo no era malo. Estaba recién afeitado y la ropa que llevaba puesta era bastante decente, aunque intuyó que sería escasa, según la mañana tan fría que hacía.

- ¿Cómo andamos Antonio?, ¿no vas a tener frío con esa ropa?, hace una mañana de perros.

- No se preocupe usted don Adolfo, yo estoy acostumbrado al relente, menudo frío hace en mi pueblo.

- ¿Estás nervioso Antonio?

El Rabazo se encogió de hombros como si le diera igual lo que fuera a decir el Tribunal. El abogado comprendió que a aquel hombre todo le daba lo mismo. A saber que habrá estado pensando en toda la noche.

Dos guardias civiles entraron en la estancia y mientras uno firmaba unos papeles que le extendía un funcionario, el otro cogía al reo por un brazo para obligarlo a levantarse. El abogado comprendió que era la hora de ir a la Audiencia.

- Luego nos veremos Antonio.

En la Audiencia Provincial había un cierto revuelo de periodistas y curiosos, pues la noticia del la publicación de la sentencia del asesino de Cazalla, corrió rápida y no dejaba de ser un dato interesante para publicarse en los rotativos.

El ceremonial acostumbrado se puso en marcha y tanto la defensa como la acusación ocuparon sus respectivos sitios. Luego entraron los miembros del jurado y desde la puerta principal de la sala se pudo oír la voz de un funcionario judicial que anunciaba *Audiencia pública*. El murmullo del personal paró radicalmente a abrirse las puertas que dan al estrado, en donde aparecieron los señores magistrados encabezados por el Presidente, señor Otero.

Todo el mundo se puso de pie y tras dar la oportuna orden el Presidente, un secretario judicial subió al estrado para dar cuenta del caso que se ocupaba.

- ¡Caso 25364/1920 contra don Antonio Martínez Hernández!

El Presidente hizo un gesto con la mano para que el representante del jurado se levantara y diera a conocer el veredicto.

- Con la venia señoría. El jurado compuesto por los señores don Anselmo López Mena, don Remigio Castañal Fernández, don Indalecio Corrales Sepúlveda, Don Antonio Casares Álvarez, don Federico Hernández Bonilla y siguientes en la lista, ha estudiado con atención todos los alegatos llevados a cabo en la vista y que tras hacer un exhaustivo estudio de lo que en este caso se ha dicho por las partes y testigos, hemos llegado a la conclusión por unanimidad, de que don Antonio Martínez Hernández, es culpable de los asesinatos de Carolina Merchán Cortés, así como de sus hijas, Carmen y Antonia, además del robo de trescientas cincuenta pesetas a las mismas víctimas. Por lo que solicitamos de este Tribunal sea impuesta la pena que a tal efecto corresponda.

Un profundo silencio dominó toda la sala. Adolfo miró a su defendido, pero éste estaba totalmente aturdido, parecía como si aquello no fuera con él. Sus ojos fijos en las manos unidas por los grilletes como si en ellas quisiera ver la forma de buscar remedio a lo que hizo.

La voz del Presidente se dejó oír alta y clara.

- En función a la autoridad que su Majestad el Rey don Alfonso XIII y las leyes del Reino otorgan a este Tribunal, debemos de condenar y condenamos a don Antonio Martínez Hernández, por el triple crimen cometido en el término municipal de Cazalla, a la pena de muerte.

El silencio se convirtió en un ligero murmullo y el Presidente tuvo que dar un golpe con la maza para poder terminar sus alegaciones.

- Dicha sentencia se llevará a cabo en el momento que este Tribunal lo considere oportuno y si no mediara indulto o alegaciones que pudieran evitarlo. Se levanta la sesión.

Adolfo Rodríguez Jurado permaneció por unos instantes inmóvil en su asiento. Solo al ver que los guardias se disponían a llevárselo reaccionó y se acerco al condenado, cogiéndolo cariñosamente de un brazo.

- Tranquilo Antonio, que vamos a hacer lo posible para que no te pase nada.

- Don Adolfo, usted ha hecho lo que tenía que hacer y yo se lo agradezco, pero la *canujia* que yo tengo encima es para que me pasara lo que me ha pasado. Qué le vamos a hacer.

El Rabazo agachó la cabeza y con sus manos unidas por los grilletes, salió del salón de sesiones escoltado por los dos guardias que estuvieron a su lado durante todo el tiempo que duro la sesión. Poco después subía a la camioneta que lo llevaría de nuevo al antiguo monasterio del Pópulo, en dónde le esperaban los funcionarios de turno, ansiosos por saber cual había sido el veredicto del jurado.

No tuvieron que preguntar los funcionarios. El gesto de uno de los

guardias haciendo una señal con los dedos sobre el cuello de *Rabazo,* les sacó de dudas. Luego, los dos números se echaron el fusil al hombro y salieron a la calle, mientras los vigilantes del que sería ahora el preso más famoso de la prisión, se miraban entre sí con un cierto gesto de lastima hacia aquel desgraciado, que nunca les causo problema alguno.

- Vamos a tu celda *Rabazo* necesitarás descansar un poco, la madrugada ha sido buena y no está el día para estar en el patio, hace mucho frío.

El preso ni contestó, parecía como si estuviera en Babia. Caminaba por el pasillo delante de su vigilante con la cabeza agachada, sin responder a los saludos de muchos de los compañeros que en cierto modo le habían cogido aprecio. Uno de ellos que estaba barriendo se le acercó y cariñosamente le preguntó por la decisión del Tribunal.

- ¿Qué ha pasado *Rabazo*? ¿Cuánto te ha caído?

- Voy a estar poco tiempo en la cárcel. Me espera el *garrote*.

Todos los presos que se encontraban en el pasillo de la galería pudieron oír la voz de Antonio, como si con su tono quisiera desprenderse del tremendo peso que el juez le había echado sobre su espalda. Pero desde todos los rincones pudo oír gritos de ánimo, que en cierto modo aliviaron su enorme desazón.

Entró en su celda y se derrumbó sobre el desvencijado camastro. Escuchó el seco sonido del cerrojo y rompió a llorar desconsoladamente. Sabía lo que se le avecinaba y no lo sentía por él. Su vida le importaba muy poco, pero le aterraba saber cual sería el sufrimiento de su madre y de su esposa, sobre todo la primera, pues estaba seguro de que aquella condena a muerte para él, lo era también para su madre.

Luego y como en tantas otras veces, acudieron a su mente las caras de Carolina y de aquellas dos criaturas degolladas por su afilada navaja. Aquel era el peor martirio que desde que fue detenido podía sufrir. Estaba convencido que solo el garrote vil le libraría de aquel castigo. Espera ya con ahínco que se cumpla la sentencia y así acabe todo de una vez.

Mientras tanto, su abogado estaba ya enfrascado en conseguir el indulto de su defendido. Los compañeros del colegio de abogado no le daban muchas esperanzas, pero ninguno dudó en apoyarlo. Sobre todos los de talante más liberal, sumergidos en un cambio de tendencias basadas en lo social y naturalmente en contra de la pena de muerte.

Aquella misma tarde se encerró en su despacho, en compañía de su padre y de su amigo Pepe, con el fin de apelar la sentencia o en su caso pedir clemencia al Rey.

Los tres abogados estudiaron cuales podrían ser los recursos legales para apelar la sentencia. También los argumentos para tramitar el indulto, basándose sobre todo en la idiotez del condenado, aportando para ello todos los certificados oportunos por parte de médicos cualificados como era el caso del doctor Miraflores. También pensaron en el apoyo de dicha causa por parte del alcalde de Sevilla y de otras personalidades políticas.

Lo tres letrados se repartieron el arduo trabajo para entrevistarse con las personalidades que pudieran aportar algo positivo, para que no llevaran Antonio Martínez Hernández al cadalso.

La noticia de la sentencia, no tardó en extenderse como un reguero de pólvora por la ciudad de Sevilla. En las tabernas, en los cafés, en las peñas flamencas, en los colmaos, en los corrillos de la gente desocupada y en general en todos los ámbitos de la sociedad hispalense, la condena a muerte del *El Rabazo,* era motivo de conversación.

En la esquina de la Campana, un grupo de gente se agolpaba en torno a un muchacho que anunciaba a gritos la noticia, al mismo tiempo que agitaba en su mano un ejemplar del periódico que vendía.

- ¡Noticia, noticia, el asesino de Cazalla condenado a garrote vil. Toda la información en *El Liberal*. Compren *El Liberal* de Sevilla!

Un hombre se acercó hasta el muchacho que vendía la prensa y le pidió un ejemplar. Se apartó del grupo que quería enterarse de los hechos gratuitamente y tras encontrar un lugar tranquilo al lado de una relojería de la calle Sierpes, desdobló el ancho diario y poco a poco fue descubriendo lo que decía la prensa y que él temía.

No lo dudó un momento, se encaminó con destino hacia la cárcel de Pópulo, por la calle Rioja hasta llegar a la esquina de la calle Gravina con la de Zaragoza, luego se encaminó a la puerta principal del centro penitenciario en la calle Almansa, en donde un guardia civil le detuvo en la puerta.

Aquel hombre de aspecto elegante pero sencillo, se dirigió al centinela con una educación perfecta, pero al mismo tiempo desafiante, por lo que el aludido no tuvo más remedio que llamar al cabo de guardia.

- Me llamo Ricardo Marín Fernández y soy Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal, quisiera ver a un preso que se llama Antonio Martínez Hernández.

- ¡¡Cabo de guardia!!

A los pocos minutos un alto representante de la Benemérita hacia acto de presencia en la puerta y tras responder al saludo del guardia de puerta se dirigió al

recién llegado.

- ¿Qué deseaba usted?

- Deseo ver al preso Antonio Martínez Hernández.

- ¿Es usted su abogado?

- No. Soy el Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal, el pueblo del preso.

- Pues si no es usted su abogado, no lo va a poder visitar.

La autoritaria respuesta del guardia no le importunó lo más mínimo a Ricardo. Haciendo un leve saludo con su sombrero se despidió del jefe de la guardia, no sin antes hacer un ligero comentario que hizo cambiar de opinión al Cabo.

- Muchas gracias Cabo, que tenga un buen día, yo ahora me voy a hablar con el Gobernador con el que tengo cosas que tratar y además tengo ganas de saludarlo, es un gran amigo mío desde los tiempos de la universidad.

- Usted disculpe, a lo mejor se puede hacer algo para que pueda ver a ese preso, espere un momento en el cuerpo de guardia, que voy a hablar con el director.

No tardó en regresar el cabo en compañía de un joven funcionario, quien acompañó a Ricardo Marín hasta el locutorio de la prisión en donde no había nadie. Tras cerrarse la puerta sintió un ligero escalofrío ante aquella estancia, en la que se mezclaban los rudos decorados de una prisión y la sobria arquitectura monacal de los monjes que vivieron en aquel edificio, hasta que fueron desalojados tras las normas marcadas por la desamortización de Mendizábal.

El chirriante sonido del cerrojo de otra puerta, hizo salir a Ricardo del ensimismamiento en que estaba inmerso.

Tras la puerta apareció *El Rabazo.* Su cara estaba pálida y desencajada, la mirada perdida en el infinito y una barba de dos días, le hacia parecer más demacrado aún. Caminaba torpemente, pues las alpargatas de esparto que llevaba sin ningún tipo de calcetas, seguramente le estaban haciendo daño, además de que el intenso frío que aquellos días estaba haciendo también le perjudicaría a la hora de andar. Tuvo el funcionario que ayudarle a sentarse en el taburete de madera que había al otro lado de la mesa en la que estaba sentado Ricardo.

- ¿Cómo te encuentras Antonio?

El aludido se encogió de hombres, como si todo aquello le diera igual. Ricardo se dio cuenta de la tremenda depresión en la que se encontraba. Era muy difícil aquella situación. Nunca se había puesto en la tesitura de cómo una persona puede recibir la noticia de que va a ser ejecutado. Sin embargo siguió hablándole con una cierta sonrisa lastimosa, que el reo ni siquiera apreciaba, pues a

pesar de las palabras de su visitante su mirada seguía perdida en el infinito.

- Antonio, he venido a visitarte para decirte que vamos a hacer todo lo posible para que te conmuten la pena. Ya veras como todo sale bien. Esta tarde voy a hablar con tu abogado y quiero decirle al Gobernador que haga algo por ti. Don Rogelio el boticario tiene escrita una carta para mandársela al Rey y también me ha dicho don Rafael que él también la firmará, En cuanto a tu mujer, tu madre y tu hermana, te puedo decir que están bien. Ayer estuve con tu madre y me dijo que Joaquina estaba cogiendo aceituna con tus primas Julia y Alegría en la *Burbana*. Por lo visto están las dos familias. Ya verás hombre como esto se soluciona.

La mirada de *El Rabazo* abandonó el infinito en el que estaba sumido, para clavarse directamente en la de Ricardo, quien sintió como si aquellos dos enrojecidos ojos, fueran a salirse de sus órbitas para clavarse en los suyos. Luego sus palabras fueron altas y claras, como sin con ellas quisiera expresar en tan pocas sílabas lo que estaba deseando.

- Esto la única forma de solucionarlo es con el *garrote*…

- No hombre, eso sería lo último.

- Lo que yo siento aquí dentro, no lo quita nada más que el *garrote* don Ricardo. Yo sé lo que hice y también sé que ya no tiene remedio…

- Pero eso es una cobardía por tu parte Antonio.

-¿Y qué hago para deshacer lo que hice? Dígamelo usted porque yo no lo sé.

El Secretario no supo qué responder, las palabras del condenado eran tan ciertas como la mima luz que por aquel viejo ventanuco estaba entrando en aquel momento. Aquel desaguisado que Antonio cometió en la casilla ya no tenía remedio. Para la familia de las víctimas quedaba la resignación, pero para él estaba el remordimiento que poco a poco le iba arañando las entrañas y que por muchos días que pasaran, no le aliviarían en absoluto, sino todo lo contrario.

Ricardo Marín comprendió que en el corazón de Antonio ya no cabía el arrepentimiento, pues todo el espacio lo ocupaba el remordimiento, un remordimiento que le hacía ver con toda claridad que la muerte era lo único que le salvaría.

- Antonio, ¿quieres que le diga algo a tu madre?

- Dígale usted a mi madre que me perdone, y también dígaselo a la *señá* María Josefa, yo no puedo decir otra cosa porque no tengo ningún perdón.

- Se lo diré Antonio. Toma te he traigo un par de cuarterones de tabaco y unos libritos de papel para que te eches unos cigarros.

- Muy agradecido don Ricardo, es lo único que me hace bien en el cuerpo.

Los dos cuarterones de tabaco quedaron sobre la mesa al igual que los libritos, mientras el Secretario estrechaba las resecas manos del *El Rabazo* unidas por lo grilletes. Luego uno de los funcionarios que le acompañaba, se hizo cargo de la mercancía, no sin advertir la extrañeza del visitante que con su mirada parecía interrogar al empleado público.

- No se preocupe usted por el tabaco, cuando lo dejemos en su celda se lo entregaremos, con las manos unidas por lo grilletes no podrá llevarlo.

- Eso espero, adiós Antonio y ánimo, mucho ánimo.

El preso se encogió de hombros como dándose por enterado y emprendió su camino en medio de los dos funcionarios. Ricardo observaba el triste caminar de aquel hombre con pena, rabia y desánimo. Le era imposible comprender como una persona podía llegar a tanta degradación.

Ricardo Marín salió del centro penitenciario con la moral por los suelos. Tenía aun que resolver unos asuntos en el Gobierno Civil antes de coger el tren de Mérida. También tuvo oportunidad de hablar con Adolfo Rodríguez Jurado en su despacho, quien lo puso al corriente de los pasos que iba a seguir, con el fin de conseguir que la pena impuesta a su defendido fuera conmutada.

Como la hora de la comida se le echó encima, no pasó por la casa de su hermana, como hacía cada vez que iba a la capital. En el mismo barrio del Baratillo, no muy lejos de la prisión, entró en una taberna en donde había un gran alboroto formado por trabajadores de las obras del puente nuevo que se estaba haciendo, con el fin de unir el Costurero de la Reina y la otra orilla en donde está el monasterio de San Telmo.

El tabernero, un hombre gordo con las mangas de la camisa remangadas hasta la mitad del brazo, unas pobladas cejas y una tiza en la oreja, se dirigió al recién llegado con la misma pregunta, que con un exagerado acento sevillano, hacia a sus clientes nada más entrar en su negocio.

- ¿Qué va a ser, mi arma?

- Quisiera comer algo, si es posible.

- Tenemos muchas tapas, pero si lo que usted quiere es comer en condiciones y algo caliente le diré a mi mujer que le prepare alguna cosita. Siéntese en aquella mesa que ahora mismo voy yo *pa* ya.

Mientras, sentado en su mesa Ricardo ojea el periódico que antes de visitar la cárcel compró en la Plaza Nueva. Pero le era imposible concentrarse en la lectura, ya que un grupo de clientes discutía acaloradamente sobre temas

laborales, aunque más que eso, eran temas políticos, pues uno que parecía llevar la voz cantante en el corro, alentaba a los demás a encabezar una lucha contra los patronos, que al parecer no estaban dispuestos a ceder en unas ciertas reivindicaciones económicas que ellos pedían.

- Os digo una cosa compañeros, si no hacemos ya una huelga sin contemplaciones, esos explotadores se saldrán con la suya y la lucha libertaria habrá dado un paso atrás muy pero que muy grande.

Algunos de los presentes asentían con la cabeza, pero otros exponían su criterio contrario al paro, ya que en verdad el problema que para ellos conllevaba una huelga de ese tipo, significaba más hambre para sus hijos. Pero tan nobles razonamientos eran arrollados por completo por parte de aquel orador que imponía tácitamente su criterio a base de dar golpes en la mesa y vociferar con insultos a los que no pensaban como él. La autoritaria forma en que aquel hombre exponía sus ideas, hizo que Ricardo Marín se revelara y su intención de interferir en aquella fue interrumpida por el tabernero que se acercó a su mesa con una frasca de vino de Sanlúcar.

- Le aconsejo a usted que no se meta en el tema, ese hombre es más peligroso que un toro de los que se matan ahí enfrente. Ahora le traeré unos chícharos que están de rechupete, se los come usted como si ese no estuviera.

Aquel hombre seguía con sus arengas. Mientras, los que lo escuchaban devoraban un mendrugo de pan y hacían honores a unas buenas jarras de vino. Pero aquel fanático del movimiento libertario sobrepasaba en exceso las honrosas ideas de Bakunin, sin el más mínimo respeto, ponía en tela de juicio los honrosos principios en los que verdaderamente se basaba el anarquismo, aunque en el fondo no dejara de ser una utopía.

- La lucha de los trabajadores ha de ser constante y si para ello tenemos que sacrificar el pan de cada día habrá que sacrificarlo, porque de ese sacrificio saldremos triunfantes y para eso lo mejor es la lucha a muerte contra los patronos. ¿Es qué no os dais cuenta que ellos tienen eso que llaman el sindicato libre? Son pistoleros al servicio de los patronos y antes de que ellos acaben con nosotros tenemos nosotros que acabar con ellos, si no, ya sabéis como van las cosas en Barcelona ¿es qué no leéis los periódicos? Tenemos que responderles con la misma moneda y si ellos tienen pistoleros y al Somatén, nosotros tenemos que tener cojones para combatirlos, eso es lo que hay.

Entre cucharada y cucharada de chícharos, Ricardo meditaba sobre la arenga de aquel hombre. Si lo viera el doctor Vallina ¿qué pensaría?

Pagó su cuenta y se dirigió a la estación de Plaza de Armas, en donde a media tarde tomó el tren que va a Mérida. Pausadamente la locomotora se fue

abriendo camino siendo su velocidad buena hasta llegar a la estación de Los Rosales, en donde la vía se divide en dos direcciones, una a Madrid y la otra a Mérida.

XLIV

Poco a poco, el convoy entra en la sierra y ya pasadas las diez de la noche el tren se detiene en la estación de Guadalcanal. Ricardo Marín, que solo lleva los documentos que fue a arreglar a Sevilla, se encamina andando hacia el pueblo, se abrocha la pelliza y se encasqueta el sombrero. Detrás de él caminan dos soldados que vienen de permiso y al llegar a Tres Picos estos siguen en dirección al Coso y él se mete por la calle de la Dehesa. No se va directamente a su casa, está deseando llegar a la botica de su amigo Rogelio Vázquez, para contarle las noticias que trae.

El boticario lo recibe extrañado, pues no sabía que el Secretario había estado en la capital y mucho menos la noticia de la condena a muerte de *El Rabazo*, ya que los periódicos del día habían llegado en el mismo tren en que él vino.

- ¿Qué es lo que podemos hacer nosotros, amigo Ricardo?

- Me temo que nada Don Rogelio. Estuve hablando con su abogado y se han puesto a la faena para conseguir que le conmuten la pena, pero según están las cosas, me temo que no va a ser posible.

- Pero matar a un hombre así es una barbaridad, no es humano.

- Sí pero a ver, lo que el abogado se teme es que si eso se produjera, el asesino de Dato también lo pediría, así que imagínese usted la polvareda que eso puede levantar.

La pesadumbre del boticario no era menor que la de Ricardo Marín. Los dos se mantuvieron en silencio un buen rato como si de alguna forma estuvieran

buscando un remedio para aquel pobre hombre.

Ambos estaban convencidos que la pena de muerte no es el camino de hacer justicia, pero no era eso lo que pensaba la mayor parte de la gente y por tanto resulta muy difícil conseguir apoyos para que el indulto llegara.

- ¿Y cómo se lo vamos a decir a esa madre?

- No lo sé don Rogelio, usted conoce a esa familia de toda la vida…

- No se preocupe amigo mío, ya veré yo como me las apaño para decirle a esa madre que su hijo va a ser ejecutado.

A la mañana siguiente en la misa temprana de Santa Ana al párroco se le hizo ver en la fila da bancos de los hombres, al boticario. Nada extraño, porque aunque pertenece a la de San Sebastián, le gustaba acudir a los actos de su Iglesia.

Terminada la ceremonia y ya en la sacristía, mientras el párroco se desvestía de sus ornamentos, sonaron unos golpecitos en la puerta. Era Rogelio Vázquez con su bastón con mango de plata y su sombrero en la mano. Vestía una elegante pelliza con el cuello de piel, abrochada hasta el penúltimo botón y en su mano derecha relucía como siempre, un anillo con el sello del escudo de sus antepasados. Pero la cara del boticario no era la misma que la de otras veces y el cura pudo adivinar que aquella persona no traía buenas noticias.

- ¿Qué se le ofrece a usted don Rogelio? Me alegra ver en mi Iglesia a fieles de otros sitios, ¿es que en la suya no le prestan la debida ayuda espiritual?

- Déjese de monsergas don Rafael. Quiero hablar con usted.

- ¡Anda! Joseito, vete para tu casa, ya recogeré yo el alba y la casulla.

Una vez quedaron solos los dos hombres, el boticario perezosamente se sentó en una silla justo al lado del armario que albergaba una bonita colección de vasos sagrados. Al mismo tiempo movía circularmente su sombrero, mientras sujetaba el bastón con las piernas. Mientras tanto, el cura se despojaba del alba y se abrochaba alguno de los botones de la sotana, se sintió impaciente y preguntó a su visitante.

- Don Rogelio, ¿Qué es lo que pasa, me tiene usted en ascuas?

- *El Rabazo* ha sido condenado a garrote vil.

El cura quedó sorprendido con la mirada fija en el espejo que tenía delante. No podía creerse lo que acababa de oír. Aquello era terrible, una nueva muerte se uniría a las que el mismo condenado había provocado. El dolor de aquellas dos madres a las que él tenía entre sus fieles, volvería a recrudecerse nuevamente.

- Quisiera que usted me acompañara a casa de Pura para decírselo.

- Faltaría más, don Rogelio, yo le acompañaré, aunque creo que esta mujer ya se lo espera. Pero antes vamos a mi casa y tomamos algo de café.

El ama del cura preparó sendas tazas de café con leche y unos *gañotes* que aunque no era Semana Santa, ella siempre hacía, cosa que al boticario le alegró mucho.

- Que buen detalle has tenido hija, ahora es cuando apetecen estos dulces, el Viernes Santo está uno harto de comerlos y se suelen aborrecer.

- Las cosas buenas don Rogelio, están buenas siempre.

- Pues sí que están buenos estos *gañotes*. Te felicito por lo bien que los has hecho.

- A mandar don Rogelio que para eso estamos. Don Rafael, me voy que tengo cosas que hacer, si me necesita estaré en la sacristía limpiando.

Rafael Ordóñez estaba muy afectado por la noticia que acababa de recibir, él mismo bautizó a Antonio, igual que a su víctima. A los dos los conocía desde que nacieron. Los vio de chiquillos jugando en la cuesta y correteando por la terregosa calle de Santa Ana. Les dio catequesis y también en alguna ocasión algún que otro cogotazo, pero lo ocurrido nunca lo hubiera pensado. Cómo es posible que aquel muchacho llegara a cometer tal desaguisado.

- Me pregunto don Rogelio si no me habré equivocado en algo con este hombre. En el fondo me siento responsable de su comportamiento.

- ¿Usted qué responsabilidad va a tener, padre?

- No lo sé, a lo mejor tenía que haberle dedicado más tiempo a la hora de su educación cristiana. Haberlo sabido guiar por el buen camino, no sé…

- Don Rafael, Antonio ha sido siempre una persona intachable, por lo que yo tengo entendido. Habrá tenido sus tropiezos como todo el mundo tenemos, pero instintos criminales no, yo estoy más por que aquellos hechos fueron producidos por que en aquel momento perdió la cabeza. Me dice Don Ricardo, que según su abogado está sufriendo mucho debido a los remordimientos. Eso no lo hace nadie que esté en su sano juicio.

Los dos hombres bajaron la escalinata de la cuesta y se encaminaron calle adelante. Sabían que eran portadores de una mala noticia para Pura, pero los dos estaban dispuestos a dársela antes de que pudieran llegar a sus oídos interpretaciones vengativas por parte de gente que no era consciente del sufrimiento de aquella madre.

Arropada con su mantón y envuelta su cabeza en un pañuelo negro, María Josefa vio a los dos hombres que pasaban por la acera de frente a su casa. A la madre de Carolina le dio un vuelco el corazón y estuvo tentada de preguntar al

cura y al boticario por el motivo de su presencia en la calle de Santa Ana a esas horas de la mañana, pero se contuvo, e hizo como si no los hubiera visto. Con la mirada los siguió hasta que el cura y el boticario se pararon en la puerta de Pura. Entonces comprendió que aquellas dos personas no traían buenas noticias para la madre del asesino de su hija. Esperó hasta que los dos hombres entraron en la casa y ella se cobijó en la suya.

El ruido de la aldaba de la puerta de Pura sonó suavemente y ésta salió a abrir. ¿Quién podía ser a esas horas? Quitó la tranca que cerraba la basta puerta y al abrirla se encontró con la presencia en primer término del párroco que se había quitado el bonete. Detrás el boticario que también tenía el sombrero en la mano.

- Buenos días nos de Dios Pura. ¿Podemos pasar un momento a tu casa, hija mía? Queremos hablar contigo un momento.

- Sí, pasen ustedes.

Pura no podía ocultar su sorpresa, aquellos dos hombres en su humilde casa no era normal y a pesar de que la cabeza ya no le funcionaba en condiciones, los temores se le acumulaban en ella y el peor de los presagios la invadía por completo. Muy nerviosa les ofreció una silla al lado de la candela, cuyas llamas se movían alegremente detrás del anafe en donde una olla de barro emitía un embriagador olor a patatas cocidas.

- Arrímense ustedes que hace mucho frío.

- Pura, don Rogelio y yo hemos venido a darte una información que creemos debes saber. Es muy triste la noticia que te traemos, pero es mejor que lo sepas….

El nerviosismo de Pura se puso al más alto nivel, se confirmaban sus presagios. No dejó al cura terminar de hablar. Sus gritos hicieron pensar a Rogelio Vázquez que podían provocarle un ataque de histeria, pero el cura consiguió calmarla de alguna manera.

- ¡¡¡Ya han matado a mi Antonio, Virgencita de Guaditoca que pena, que tristeza!!!

- No Pura, tranquilízate mujer, no es eso. A tu hijo no lo han matado, pero si lo han condenado a muerte, aunque eso no quiere decir que lo vayan a matar. Su abogado está preparando una carta para que el Rey lo indulte, ya verás como todo sale bien hija mía. Si Dios y la Santísima Virgen quieren, a Antonio lo van a perdonar, ten fe y rézale mucho a nuestra Señora de Guaditoca, eso le vendrá bien a tu hijo. Yo también rezaré para que eso sea verdad.

Con las manos en el rostro, la madre de *Rabazo* trataba de asimilar la noticia que aquellos dos hombres le habían traído, pero no dejaba de sollozar y el farmacéutico haciéndole una señal al cura para que no insistiera en el consuelo, la

miraba fijamente en silencio. Como experto en medicina aunque solo fuera de la rama de farmacia, sabía que lo más adecuado era dejarla llorar para que se desahogase. Después todo iría mejor.

Poco a poco los sollozos de Pura fueron amainando y sus lágrimas fueron secadas por el pañuelo de Rogelio Vázquez, que se lo ofreció amablemente. Ya más calmada, el párroco la puso en antecedentes sobre la condena de su hijo, pero siempre insistiendo en que el indulto era posible.

- La condena impuesta por el juez va a ser recurrida y si ésta fuera desfavorable a tu hijo, se puede volver a recurrir al Tribunal Supremo de Madrid y en caso de que tampoco esto fuera satisfactorio, la clemencia del Rey no fallará. Ya lo verás Pura, estas cosas van muy lentas y pueden tardar años, pero mientras esto suceda, tenemos la esperanza de que todo acabe para bien.

- Don Rafael, yo no se que será lo mejor para este hijo mío. Lo que hizo no tiene perdón de Dios y pase lo que pase, nada será bueno para él.

- Lo sé hija mía, pero tenemos que resignarnos y dejar en manos de Dios lo que tenga que suceder. Ahora nos vamos Pura, debes de estar tranquila de momento, a tu Antonio no le va a pasar nada y por las noticias que tengo, él está sereno, pues aunque sabe lo que se le viene, tiene confianza en su abogado.

- Dios mío cuando se entere mi Joaquina qué disgusto se va a llevar.

Los dos hombres salieron de la casa de Pura y en la esquina de la calle Carretas se despidieron. El cura en dirección al despacho parroquial en donde tenía que efectuar unas gestiones con respecto a su parroquia y Rogelio Vázquez a su botica. Pero al llegar a la puerta falsa del cuartel de la Guardia Civil, en lugar de bajar por la calle de San Bartolomé giro en dirección a la calle de Valencia, en donde una mujer a la puerta de su casa, estaba barriendo la calle. Al momento el boticario adivinó que se trataba de Beatriz, quien escoba en mano se irguió de su trabajo para contestar al saludo de éste.

- Buenos días nos de Dios, don Rogelio.

- Beatriz, quisiera decirte algo importante, anda entremos en el zaguán de tu casa.

Beatriz no podía disimular el asombro que se reflejaba en su cara, cogió la escoba y el recogedor y entró en el interior de la casa. Tras ella lo hizo el boticario, que se quitó educadamente el sombrero, mientras la anfitriona colocaba sus herramientas de trabajo en un rincón y ofrecía una silla al recién llegado. Éste observaba la humilde estancia, del que fuera en aquellos momentos el criminal más importante de los últimos tiempos.

El suelo de baldosas de barro a cada lado de un pasillo empedrado con cantos rodados. Todo muy limpio. Un arco que daba a otra estancia de la casa y

desde el que se podía ver el corral, por donde merodeaban unas gallinas. Sobre dicho arco, una pequeña capillita con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y como único mobiliario, tres sillas y una mesa camilla.

- Usted dirá, don Rogelio.

- Beatriz, te traigo noticias de Antonio.

- Me figuro que noticias son esas. ¿Lo van a matar verdad?

- No exactamente, solo ha sido condenado a muerte, pero la sentencia puede o no puede cumplirse. Ya sabes lo que pasa con las cosas de palacio, que van despacio y ahora solo cabe esperar las apelaciones o el indulto del Rey.

La mujer del *Rabazo* permaneció durante un largo rato inerte y en silencio, sentada en el taburete de corcho frente al boticario. En aquellos momentos su reacción parecía como si la noticia que acababan de darle no fuera más que un bulo de los muchos que suelen correr por los pueblos, pero la mente de Beatriz lo único que estaba haciendo era asimilar la realidad que llevaba esperando.

De sus ojos comenzaron a emanar dos frágiles hilos de lágrimas, pero de ningún modo salieron a relucir los sentimientos que la agobiaban. Habían sido ya muchos días de soledad y de pensar en lo que a su marido podía pasarle. La noticia que hoy le traían no era más que la confirmación de sus presagios. Todo lo que ahora estaba pasando ya lo había previsto la mente de Beatriz y al contrario que su suegra, solo se limitó a reconocer los hechos consumados, produciendo en su interlocutor una sensación de alivio, mezclada con admiración, pues no se esperaba que la reacción de la esposa de un condenado a muerte, asimilara la realidad de esa forma.

- Era lo más normal que a mi marido le podía pasar. Me duele mucho que lo ejecuten, pero yo ya me lo esperaba. Eso será para él un alivio, pues si no es así, tendría que arrastrar la cruz toda su vida.

- Admiro tu valentía Beatriz, sé que es muy duro para ti esta situación de la que no eres culpable y reconozco que comprenderla es algo muy difícil. Ya sabes que tienes mi ayuda para lo que sea necesario y también en dónde puedes encontrarme. Lamento mucho haberte traído esta noticia pero creo que es mi obligación. Adiós hija y que tengas un buen día.

- Vaya usted con Dios, don Rogelio.

La noticia de la condena a muerte de *Rabazo* corrió por la villa de Guadalcanal como un reguero de pólvora. En el mercado, en las puertas de las iglesias, en las tabernas y en algunos tajos en donde los acarreadores que regresaban de las almazaras informaban a los atareados aceituneros.

En el Casino y en el Ayuntamiento, la gente trataba de recopilar más información al respecto, pues los periódicos de la tarde anterior en su mayoría no daban cuenta del hecho y los de la mañana aún no habían llegado, ya que el tren ómnibus vino con retraso.

Un gran revuelo se formó a la hora del aperitivo en el Casino cuando el conserje apareció con un ejemplar de *El Liberal* en la mano. Todos acudieron para recabar información y fue Luis Castellano quien tuvo que leer a viva voz las noticias del rotativo.

- A ver señores por favor, guarden un poco de silencio: *Ayer en la Audiencia Provincial de Sevilla se hizo pública la sentencia contra Antonio Martínez Hernández, alias el Rabazo acusado del triple delito de asesinato, cometido el día 1 de junio del año 1920 en la caseta ferroviaria numero 91 de la línea Sevilla-Mérida sita en el termino municipal de Cazalla de la Sierra. El acusado natural de la vecina villa de Guadalcanal mató a Carolina Merchán Cortés también de su mismo pueblo y a sus dos hijas menores de edad, además de robarle una cierta cantidad de dinero que la víctima guardaba en su casa. La sentencia dictada por el tribunal ha sido la de pena de muerte. El abogado defensor don Adolfo Rodríguez Jurado ha declarado a esta redacción que apelará la sentencia ya que el acusado presenta según él, un visible síndrome de idiotez neurológica, que le llevó a cometer tan despreciable crimen. El acusado se mantuvo tranquilo en todo momento hasta tal punto que una leve sonrisa se desprendía de la comisura de sus labios como si quisiera aparentar que la lectura del magistrado no fuera con él. Parecía tan indiferente que cuando el presidente de la audiencia le preguntó si tenía algo que alegar se limitó simplemente a encogerse de hombros sin pronunciar ni una sola palabra.*

- Bueno señores esto es lo que dice el periódico sobre este desgraciado. Siento verdadera vergüenza que nuestro pueblo se vea reflejado en la prensa por estos hechos, pero nada podemos hacer al respecto. Si se ha de hacer justicia que se haga. Es todo lo que tengo que decir.

Tras las palabras de Luis Castellano los comentarios con respecto a la nueva situación de *El Rabazo* no se hicieron de esperar. La mayor parte de los presentes estaban de acuerdo con la sentencia.

Federico con su delantal blanco iba de un lado para otro sirviendo a los asistentes el aperitivo diario, mientras trataba de asimilar la noticia, pues Antonio era amigo suyo y aunque comprendía que el delito que cometió fue horrible, le daba una cierta lástima de que acabara en el cadalso.

Los habituales contertulios no pudieron encontrar mejor tema de conversación aquella tarde que el de la sentencia de su paisano. Más a esas horas, en que ya todos los periódicos habían sido devorados y particularmente

interpretados según la condición de cada uno de ellos.

A Luis Castellano, se le apreciaba una cierta satisfacción que irritaba profundamente a Eusebio Márquez, que a trancas y barrancas trataba de disimular la decepción que le había causado la condena de Antonio, pues no era defensor en absoluto de la pena de muerte.

- Qué me dice usted mi querido don Eusebio. ¿Sigue pensando que a ese mal nacido no se le dé su merecido? yo creo que ya le ha llegado su San Martín.

- Pues si don Luis, sigo pensando que la pena de muerte es una barbaridad, aunque el culpable haya hecho lo que hizo. No somos quién para quitar a nadie la vida. Ni siquiera un juez debería de tener ese privilegio.

- ¿Y él sí? No diga usted tonterías.

- Él tampoco. Y es por eso mismo por lo que yo no me quiero poner a su altura.

- ¿Pretende usted decir que quien es partidario de que se mate a un asesino es también un criminal?

- Yo no pretendo decir nada don Luis. Sólo que ningún hombre puede matar a otro, sea de la forma que sea…

- Termina usted siempre sacándome de mis casillas. Esas ideas liberales que con tanto énfasis defiende, son las que están acabando con las buenas costumbres de esta España nuestra.

- Las buenas costumbres don Luis, son las de salvar vidas y por eso yo me he dedicado a la medicina, para salvar vidas, no para arrebatársela a nadie.

Como en otras ocasiones, Luis Castellano rompió la baraja del dialogo, cogió su bastón y se puso el sombrero. En su rostro se reflejaba la indignación que le embargaba y con la mirada fija en el médico, se despidió del grupo que formaba parte de la tertulia.

- Espero que a ese canalla le despedace el verdugo vivo. Creo que ya he oído demasiadas barbaridades, buenas tardes señores.

La puerta del salón se cerró tras la salida de Castellano estrepitosamente. Por un momento los presentes permanecieron en silencio y los que desde otras mesas presenciaron la disputa, volvieron a su conversación de antes. Federico se limitó a retirar las maquinillas del café y los que aún quedaban en la mesa de la discordia, reprocharon con cierto agrado al médico su comportamiento.

- Creo que a Luis le has dado la tarde, Eusebio.

El médico se encogió de hombros como queriendo aparentar que le daba lo mismo, pero no era así. Muchas veces su amigo Rogelio le había comentado que

su talante liberal era excesivo a la hora de exponer su criterio y mucho más en las circunstancias en las que él lo hacia. Sobre todo, cuando estaba en presencia de personas como Luis Castellano, u otros de un gran arraigo conservador.

Fuera de los ambientes tertulianos del Casino, la noticia de la condena a muerte de *El Rabazo* también era la comidilla del pueblo. Los que llegaron desde los campos cercanos y se reunían en las tabernas, las mujeres que hacían los dediles para el día siguiente, los tenderos de los establecimientos de ultramarinos, las que venían del rosario. En todo el pueblo de Guadalcanal se hablaba de lo mismo.

A la mañana siguiente en los caminos que conducían a los tajos, las cuadrillas se lamentaban de las víctimas causadas por el condenado. Había opiniones para todo: unos decían que sería fusilado, otros que el Rey lo indultaría, los más pesimistas trataban de convencerse de que el condenado ya estaba muerto.

- Pobre madres la de Carolina y la de Antonio, lo que estarán sufriendo.

En la finca de la *Burbana* la mañana se desperezaba con el sonido propio del campo. El canto de la perdiz, los ladridos de los perros y el murmullo del viento en los eucaliptos que rodean el cortijo. Los cascos de las bestias en el empedrado del patio, arreadas por el mulero, el chisporroteo de la candela en el interior y a su calor Julia y su hermana Alegría rebanean las migas que le servirán de desayuno.

Manuel prepara unos sacos al mismo tiempo que a voces llama al resto de su familia, que se revuelve de mala gana en los jergones. Los primeros en salir son Joaquina y José Antonio que tras dar los buenos días a sus tías, salen al exterior para lavarse la cara, apartando el carámbano que cubre la superficie del cubillo del pozo. Luego salen los pequeños Manolito y Narciso así como sus primos, todos renegando y frotándose los ojos, mientras su padre les arrea para que desayunen pronto.

En una jerga pequeña situada en un rincón cercano a la lumbre, Julia acuesta a la pequeña Cándida que acaba de mamar de su madre. Se ha quedado dormida y quedará al cuidado de su hermana Purita.

Pronto la cuadrilla se pone en marcha en dirección al punto en donde quedó el tajo la tarde anterior. Manuel va el primero con la larga vara al hombro, así como los sacos que han de ser llenados de aceitunas. Luego las mujeres con sus grandes delantales y las cestas vacías en el cuadril y a la cintura sendas bolsas de tela llenas de dediles para protegerse las uñas a la hora de arrancar el fruto pegado en el suelo.

La tierra cubierta de hielo hace pensar a todos que hasta que el sol no haya calentado lo suficiente, la mañana va a ser muy dura, pero no faltará calor

con la candela que entre los olivos prepararán Manuel y José Antonio y en la que los pequeños se quedaran despistados teniendo su padre que arrearles a cada momento.

El tibio sol mañanero que asoma por los altos de Malcocinado, representa un gran alivio y las aceitunas pinchadas en el hilo de la noche, son más fáciles de recoger. Los grandes delantales de las mujeres vuelven a ser llenados y volcados posteriormente en las cestas, que luego irán al saco para que el acarreador lo lleve a la almazara. Antes, el manigero dará una chapa al jefe de la cuadrilla para que éste la convierta en dinero el día del remate.

A lo lejos el leve ruido del silbato del tren que va de Mérida a Sevilla se deja oír por los contornos de la Enana. Son más o menos las once de la mañana y a todos le llama la atención la presencia del señorito a esas horas montado en su caballo y envuelto en una robusta pelliza. Cada aceitunero se afana en su tarea y es el manigero quien se acerca a recibirlo.

Manuel Barbancho subido en la cruz de un manzanillo al que está vareando, observa a cierta distancia como manigero y señorito dirigen su mirada hacia él. Se intranquiliza pues a esas horas no es normal que esté allí el patrón. Pronto sale de la duda ya que el capataz hace una señal con la mano al mismo tiempo que le grita:

- ¡Manuel, que don Paco quiere hablar contigo un momento!

Manuel deja la vara apoyada en el tronco del olivo en que trabajaba y se aproxima a donde se encuentran el manigero y el amo, que se ha bajado del caballo y sostiene las riendas del animal con su mano enguantada.

- Usted dirá don Paco.

- Manuel he venido para daros una mala noticia. Se trata del hermano de Carolina. Me creo en la obligación de informarte de que ha sido condenado a muerte. Querrás decírselo tú a ella, yo no sería capaz. Si crees que es necesario que se tenga que ir con su madre, yo no tengo ningún inconveniente, las pobres no tiene culpa de lo que hizo su hermano.

- Descuide usted don Paco yo se lo diré. Esto era de esperar, pero no deja de ser una terrible noticia para la muchacha.

Caballo y caballero desaparecieron por el recodo de la vereda que conducía al cortijo. Mientras tanto Manuel quedó inmóvil ante la asombrada mirada del manigero que no sabia que decir. Luego se colocó la gorra y tras calentarse las manos en los rescoldos de la candela, se dirigió a donde estaban su mujer y los demás miembros de la cuadrilla, que sin parar de coger aceitunas estaban impacientes por saber qué era lo que había venido a hacer el señorito a

esas horas.

Manuel cogió con dos dedos el cigarro que llevaba en la boca y lo tiró al suelo con mal humor, luego se acerco a Joaquina que se estaba cambiando unos dediles y llamó a Juan José.

- Dirigiéndose a Joaquina, le dijo: Don Paco ha venido a traer noticias de tu hermano.

Toda la cuadrilla paró en el acto, la impaciencia por saber qué era lo que había pasado, era cada vez más intensa. Los escasos segundos que tardó Manuel en volver a hablar, a Joaquina se le hicieron horas.

- A tu hermano lo han sentenciado a muerte…

Joaquina rompió en un profundo sollozo y las aceitunas que había recogido en su delantal se esparcieron por la tierra nuevamente. Julia con los ojos llenos de lágrimas abrazó a Joaquina, mientras Alegría con los codos apoyados en el tronco de un olivo parecía una dolorosa.

El manigero no supo que hacer y los niños miraban con curiosidad y asombro la escena que estaban viviendo. Fue Manolito quien dulcemente se acerco a la hermana del condenado para besarla en la frente y darle los mismos ánimos que su madre le estaba dando.

- No llores Joaquina…

- No te preocupes por mí Manolito, ya se me pasará.

Manuel esperó a que Joaquina se tranquilizara, al igual que su mujer y su cuñada y luego de acuerdo con José Antonio y siempre con el beneplácito del manigero, propuso que ésta se fuera al pueblo para que estuviera al lado de su madre, en tan tristes momentos.

- Cuando venga el acarreador te vas con él al pueblo y estás uno o dos días con tu madre, no es bueno que se quede sola, aquí ya nos apañaremos, así que vete para el cortijo y te apañas para irte.

Hora y media más tarde el acarreador con las tres mulas cargadas y una borrica lista para que en ella montara Joaquina, estaba en la puerta del cortijo. Hacía una soleada mañana de invierno pero el frío de la sierra se hacia notar, así que Joaquina se amarró bien el pañuelo y abrigada con el mantón, subió al jumento con la ayuda del encargado del acarreo.

Tras la prolongada curva de la carretera, el pueblo de Guadalcanal aparece ante los llorosos ojos de Joaquina. Las chimeneas de las fábricas de orujo expulsan por sus fauces columnas de un humo negro, que llegan a formar pequeñas nubes. El olor a alpechín inunda todo el aire y por la carretera se ven

gente que sube hacia la estación, pues está a punto de llegar el correo de las dos.

En la almazara de Tres Picos, Joaquina se baja de la borriquilla y se encamina por el callejón del Cotorrillo hasta llegar a la calle de Santa Ana. En la esquina de la Cañá se encuentra con Pepa la *Polinaria* que venía con unos cántaros de agua del pozo del Berrocal Chico, se bajó el que traía en la cadera y se abrazó a la muchacha, que rompió en un sollozo.

También a Pepa le asomaron las lágrimas a sus claros ojos. Aquella mujer de pelo albino y aspecto serio, sabia cual era el sufrimiento de Joaquina, y también el de su madre. Comprendía la situación de ambas y en muchas ocasiones se lo comentó a María Josefa, pues tanto a la madre del condenado, como a la de la víctima, las conocía bien de toda la vida.

- Ya me han dicho lo de tu hermano, hija, que le vamos a hacer habrá que resignarse.

- Ya lo sé Pepa, pero es muy duro y lo peor es lo que diga la gente.

- Y que *coile* te importa a ti lo que diga la gente, tú no tienes culpa de nada, fue tu hermano el que cometió esa locura y el pobrecito mío tendrá que pagarlo. Tú lo que tienes que hacer es ayudar a tu madre, que bastante tiene.

- Tienes razón Pepa, pero esto es muy duro.

- Ya lo sé hija, pero que se le va a hacer. Anda vete con tu madre, yo me voy que he dejado a mi Juan en la cuna.

Antes de llegar a su casa, Joaquina tuvo que soportar la insolencia de algunas vecinas de la misma calle que se alegraban de la desgracia que en su casa había. No se dirigieron a ella directamente, sino que utilizando la demagogia hablaban entre ellas, como si aparentaran no haber detectado su presencia.

- Por lo que dicen los periódicos, al Antonio le van ha hacer pagar caro lo que le hizo a la pobre Carolina.

Joaquina entró tremendamente irritada en su casa, pues no fue capaz de contestarle a aquellas dos arpías que disfrutaban no con la condena a muerte de su hermano, sino con el dolor que tanto a ella como a su madre, esto les producía.

Sentada junto a la candela en su taburete de corcho, Pura apenas si advirtió la presencia de su hija. Estaba con la mirada fija en el rescoldo y las manos sobre su frente como si quisiera arrancarse de la cabeza los terribles pensamientos que la martirizaban.

La voz de Joaquina la hizo reaccionar y madre e hija se fundieron en un abrazo enjugado en un gran mar de lágrimas. Los sollozos eran cada vez más fuertes, por la impotencia de no poder hacer nada para evitar tan tremendo drama

y algunas buenas personas acudieron para dar consuelo a aquellas dos mujeres, cuyo sufrimiento resultaba insoportable.

En toda la calle de Santa Ana, se respiraba una gran desesperanza, todo el mundo sentía una gran pena por aquellas dos madres, que sin comerlo ni beberlo, se vieron envueltas en una tragedia imposible de explicar, pues tal locura daba para pensar mucho y no llegar a ninguna conclusión. Nadie se esperaba que aquel crimen hubiera ocurrido entre su gente. Muchos había que despreciaban al *Rabazo* por lo que hizo y quizás también se alegraban de su condena a muerte, pero también esa misma gente se sentía identificada con el sufrimiento de aquella madre, que esperaba resignada como su hijo iba a ser ejecutado por haber causado tanto dolor.

A nadie a excepción de las arpías de frente de casa de Pura, se le habría ocurrido hacer comentarios con respecto al asesino, delante de su madre o hermana. El párroco de Santa Ana, desde el púlpito y en la calle, se preocupó bastante de hacer que el odio hacia el acusado no se extendiera a los seres queridos, que tanto estaban sufriendo por su actuación.

XLV

El mes de diciembre sigue su curso y con él, la llegada de las fiestas de la Navidad, que en el pueblo de Guadalcanal se viven de muy distinta manera. Por una parte las clases pudientes se regocijan de la llegada del Redentor y todos en familia acuden a la misa del gallo, que los párrocos de Santa María y Santa Ana, concelebran en la Iglesia mayor de Santa María.

Ambos sacerdotes revestidos con las más lujosas vestiduras de ceremonia, oran en el altar mayor mientras, los asistentes cantan villancicos y hacen resonar toda clase de instrumentos musicales propios de la navidad: zambombas, panderetas, guitarras, triángulos y castañuelas, que algunos restriegan en los relieves de alguna botella de aguardiente vacía.

La fiesta se va luego a la calle, en donde los más afortunados se desean toda clase de parabienes en tan señalada fecha. Los niños corretean pidiendo el aguinaldo a abuelos y tíos y los señores de bien se ponen alegres en la barra del Casino, en donde Federico anda como loco sirviendo copas de ojén o de anís.

Por los Cantillos, un grupo de campanilleros anima a la población, parándose en la puerta de algunas casas, en las que no falta una copa o un polvorón, para paliar los fríos de la noche serrana.

Pero hay otra Guadalcanal que se limita a hacer lo que ha venido haciendo todo el año, que no es nada más que tratar de dormir un poco, con el fin de estar descansado para la dura faena del día siguiente.

Aquellos que tienen el tajo en las proximidades del pueblo, oyen los cánticos en la calle, pero se limitan a removerse en sus jergones, los que

ya se han acostado. Por el contrario, en los cortijos, los aceituneros que por la lejanía tienen que pasar la noche en el tajo, se agrupan en torno a la gran lumbre que los caseros han preparado y la juventud procura olvidar los sufrimientos bajo los olivos, cantando y bailando al compás de la música, que ellos mismos hacen con toda clase de artilugios a su alcance.

En la *Dehesilla,* en *El Gallo*, en *Santa Marina*, en *La Jayona*, en *El Porrillo* y como no, en la *Burbana*, la gente se comporta de una forma alegre y distendida. La bota de vino llega incluso al gaznate de algunas mujeres que se olvidan por un momento de los malos ratos pasados. Incluso algunas se las han apañado para hacer unos poquitos de gañotes para celebrar la Navidad.

Ni Julia, ni Alegría ni mucho menos Joaquina, tienen ganas de fiesta y miran con resignación, como los demás se divierten, sentadas en un tronco cerca de la candela. El recuerdo de Antonio esta presente en las tres mujeres.

Pero los días van pasando y el duro invierno es cada vez más llevadero, al igual que las duras jornadas de la recogida de la aceituna, que con el paso del tiempo tiende a su fin y las cuadrillas se disuelven después de haber celebrado el *remate*, con la acostumbrada fiesta que corre a cargo del señorito. Unos con más y otros con menos aportación a la causa, pero siempre con la borrachera de más de un miembro.

Después de la cosecha, el descanso era casi obligado y los jornales ganados servirán a muchos para hacer frente a las trampas en las tiendas de ultramarinos y tejidos. Había que pagar muchas cosas con el escaso dinero conseguido en la recolección.

Las tareas de la tala eran escasas y no todo el mundo era apto para ella, así que los desocupados volvían a estacionarse en las esquinas de las tabernas, para ver si algún manigero se fijaba en ellos.

Muchas de las decisiones que el Ayuntamiento tomaba, emanaban de las tertulias de aquella mesa, pues los hombres influyentes del pueblo, ponían las condiciones que los ediles próximos a ellos, no tenían más remedio que aplicar.

Las opiniones de Luis Castellano contaban y mucho en las decisiones del Alcalde. Su prepotencia y el respeto que todos le tenían, era superior a cualquier razonamiento. Sólo el Secretario y el médico le plantaban cara, cuando en las tertulias, éste se dejaba llevar por su ímpetu y su intransigencia.

Ya terminadas las faenas recolectoras y cerradas las almazaras, la desocupación del personal obrero era cada vez más numerosa. El caldo de cultivo para los líderes sindicales se hacia más espeso y por momentos, la tensión iba creciendo, sin que las autoridades pudieran hacer nada para minimizar la tremenda incertidumbre que en cada casa se sentía, al no llegar a ella un jornal que

al menos pudiera servir para paliar las necesidades más perentorias.

Llegada la primavera, muchos hombres se echaban al campo a buscarse la vida de alguna manera, unos recolectando tagarninas, collejas, espárragos y todo aquello que pudiera servir para que los hijos de aquellos tuvieran algo que llevarse a la boca.

No eran más de las diez de la mañana de un soleado día de marzo, cuando un municipal entró en el despacho del Alcalde, quien se asombró al verlo tan acalorado.

- ¿Qué te pasa Rebollo?, parece que te has tragado la mula del cementerio…

- Señor Alcalde, que los obreros están muy revueltos, dicen que van a ir a las fincas y a los cortijos a ocuparlas para que les den trabajo…

- Corre vete y llama a la Guardia Civil.

El municipal para no encontrarse con la manifestación que se dirigía al Ayuntamiento, dio un rodeo por la calle de las Herrerías, luego subió por la Cava hasta llegar a los Cantillos, para por la calle de San Bartolomé, presentarse en el cuartel, donde ya los guardias que habían sido avisados, estaban preparando los caballos para hacer frente a aquel numeroso grupo de obreros, que estaban dispuestos a hacer lo que fuera para conseguir lo que pedían.

Muchos de los que estaban en el interior del Casino temían que algo malo podía pasar y prestos se apostaron detrás de las ventanas, para no ser vistos desde la calle y para que en el caso de que les atacaran con piedras, no fueran blanco de su puntería.

Luis Castellano montó su pistola star y muchos de los presentes tuvieron la impresión de que aquello se podía convertir en una masacre. Pero fue Eusebio Márquez el único que se acerco hasta él para decirle que guardara el arma.

- Don Luís, no es necesario que saque usted esa pistola, hay que estar sereno y no sacar las cosas de quicio, ¿usted se imagina la que se podía liar si desde este edificio saliera un disparo que acabara con la vida de alguno de esos hombres?

- Y que quiere usted que haga, que me quede aquí como un *pasmarote* mientras esos anímales tratan de avasallarnos a toda la gente de bien.

- Esa gente tiene hambre don Luís, solo quieren un jornal que les permita llevar a su casa el pan para sus hijos.

- Déjese usted de monsergas, yo conozco bien a esos putos anarquistas y le puedo asegurar que son unos asesinos.

Los cascos de los caballos de los guardias se dejaron oír en el empedrado de las calles adyacentes a la Plaza. Tres jinetes se situaron al lado de la

fuente, otros tres en la esquina de la calle Luenga, y el resto de los hombres del Comandante de puesto, entraron por la Almona, para encararse directamente con la cabeza de la manifestación, que ya estaba llegando a las puertas del Ayuntamiento y del Casino.

El ruido de los cascos y la presencia de los miembros de la Benemérita montados en sus caballos con el máuser en prevengan, hicieron que se calmara el alboroto. Algunos más cobardes y que de alguna manera se vieron obligados a asistir a la protesta, aprovecharon la esquina de la sacristía que no estaba cubierta por los guardias, para quitarse del *revoleo.*

El Comandante de puesto a lomos de un blanco alazán y con su pistola reglamentaria en la mano se adelantó hacia el frente de la manifestación. El silencio se hizo tenso y las palabras del sargento resonaron en la plaza de una manera inquisitorial.

- ¿Quién es el cabecilla de este alboroto?

No obtuvo respuesta alguna, y tuvo que volver a hacer la misma pregunta, esta vez con más intensidad de voz.

- ¡¡He dicho que quien es el cabecilla de este alboroto!! ¡¡Qué dé un paso al frente!!

Un hombre de mediana edad con pantalones de pana negra, una chambra remendada y una gorra de visera, se adelantó sobre sus compañeros. El guardia lo reconoció enseguida, se trataba de *El Arpetejas*. Un conocido miembro de la CNT, muy influenciado por el doctor Vallina.

- No podía ser otro…

Las palabras del sargento se quedaron a medias al ver que otro hombre, algo más mayor, también daba un paso al frente. Luego otro y luego muchos a la vez, hasta ponerse todos a la misma altura, dejando al guardia desconcertado hasta tal punto, que el caño de su pistola apuntó a la muchedumbre que permanecía en silencio, pero todos con los ojos puestos en el negro cañón del arma de jefe de los guardias.

- ¡Váyanse cada uno a sus casas o me veré obligado a dispersarles por la fuerza!

El *Arpetejas* con las manos caídas y la chambra abrochada hasta el cuello, alzo su voz en nombre de todos los que tenía detrás.

- Nosotros no hemos venido aquí a pelearnos con la Guardia Civil. Lo que hemos venido a hacer, es a pedir que nos den trabajo, porque desde que se acabó la aceituna, no hemos entrado un jornal en nuestras casas y nuestros hijos se mueren de hambre.

- ¡Eso no es motivo para que estéis aquí alterando el orden público!

- Queremos hablar con los señoritos, ellos tiene tierras y nosotros manos para trabajarlas.

En el interior del Casino, Luís Castellano no pudo aguantarse e hizo un comentario que si hubiera sido oído por los manifestantes, seguro que se hubiera formado una buena algarabía, pero los presentes con su mirada hicieron comprender al militar que no era prudente levantar los ánimos de esa manera.

Volvió a intervenir Eusebio Márquez, he hizo una propuesta que todos aceptaron, incluso Castellano, aunque a regañadientes.

- Si a ustedes no les importa, yo podría ir a hablar con ellos, para intentar llegar a un acuerdo que sea bueno para todos.

- Menudo acuerdo les daba yo a estos mal nacidos. Pero vaya, vaya, a ver qué es lo que quieren. Lo mismo están esperando a que les de yo La Florida.

Al ver abrirse la puerta del Casino, todos los presentes observaron la figura de médico quien con el sombrero en la mano se acerco al sargento, luego al *Arpetejas* que estaba rodeado de otros compañeros sindicalistas.

- Me he ofrecido como intermediario para hablar con vosotros, creo que las cosas hay que solucionarlas por las buenas.

El *Alpetejas* se avino a razones y expuso al médico cuales eran las intenciones que los obreros tenían. Como testigo de la conversación estaba el sargento de la Guardia Civil

- Mire usted don Eusebio, yo comprendo que las cosas se están poniendo cada vez peor, pero estos hombres que tengo a mis espaldas lo están pasando muy mal, los sueldos son escasos y los precios de las cosas cada vez más caras y que por desgracia no nos venga una enfermedad. Nosotros lo que estamos pidiendo es sólo trabajo y un sueldo por hacerlo, para poder vivir.

- Yo entiendo vuestro problema y os puedo asegurar que comparto vuestras reivindicaciones, pero los de ahí enfrente no están por la labor y os advierto que lo vais a tener muy difícil. Algunos patronos como don José y don Luís no están dispuestos a bajarse del burro y tu ya sabes como las gastan. Los demás harán lo que ellos digan y desde luego, la Guardia Civil no va a estar de vuestra parte. Yo creo que si cedéis en algunas cosas tal vez ellos se avengan a razones. Escúchame Francisco, yo soy médico y un hombre de ideas progresistas, no soy ni marxista ni anarquista, pero creo que se podría llegar a acuerdos, que seguramente el doctor Vallina no admitiría, pero que indudablemente estoy seguro de que de alguna forma se mejorarían las cosas.

- El doctor Vallina es un hombre con dos cojones, para hacerle frente a esos mal nacidos...

- Si vamos por ese camino las cosas no podrán arreglarse. Los acontecimientos políticos que se avecinan no son nada halagüeños. La crisis económica y política que nos está castigando, esta haciendo que los militares estén revueltos y mucho me temo que en poco tiempo tendremos ruidos de sables, como en otros tiempos y tú sabes que eso no es bueno ni para los anarquistas, ni para los socialistas, ni para los liberales. Los de uniforme quieren acabar con la sangría de Marruecos y los políticos no encuentran la forma y a los patronos eso les viene bien para hacer de su capa un sayo. Déjame hablar con ellos a ver si de alguna forma podemos solucionar este tema.

- La verdad es que creo que usted tiene razón don Eusebio. Mire a ver que puede sacar, porque si no, yo no sé esta gente lo que puede llegar a hacer. Hay muchas criaturas pasando hambre y eso no es bueno para nadie.

Ante los atónitos ojos del Comandante de puesto, los manifestantes comenzaron a dispersarse. Unos desaparecieron junto a Manuel Barbancho por la calle Luenga, otros por la esquina de San Vicente y poco a poco la Plaza quedó despejada, para tranquilidad de los que en el salón del Casino esperaban a que pasara la tormenta.

El médico entró en el lugar de reunión de la élite guadalcanalense y todos en tropel acudieron a ver qué es lo que les había dicho, para que la concentración se disolviera tan pacífica y rápidamente.

- Tranquilo señores, he estado hablando con el *Alpetejas* y no he visto en él ganas de liar más la cosa. Pero tenemos que tener en cuenta algo muy importante: Los hijos de los que ahí se han manifestado esta noche tienen hambre y eso es muy peligroso para la paz social de este pueblo.

La voz autoritaria de Luís Castellano resonó como una campana amenazante.

- Y a mí que coño me importan esa gente. ¿Qué quiere usted que les de yo de comer? vamos no faltaba más que eso, mis tierras y mi capital son míos y ni usted, ni esa calaña me va a obligar a darles de comer.

- Ellos no piden de comer, solo piden trabajo –le respondió Ricardo Marín.

- Pues que se lo dé ese gobierno que tenemos. Yo desde luego no se lo voy a dar.

El médico era consciente de la intransigencia de Castellano, pero estaba convencido de que el problema se podía arreglar si conseguía de alguna manera hacer que cediera en su constante actitud, lo cogió del brazo y lo apartó del grupo en que estaba, llevándoselo a un apartado que había al otro lado del

salón.

- Don Luís, haga el favor de acompañarme, tengo que decirle algo muy importante.

- Usted dirá, pero le voy yo a hacer una advertencia: no va usted a convencerme con sus teorías liberales y progresistas.

- No, don Luís, no es mi intención llevarle por los caminos de mis ideas, solo quiero ponerle en conocimiento de la situación en la que nos encontramos. Y créame, es muy, pero que muy delicada.

- Explíquese hombre de Dios.

- La gente está muy alterada por la falta de trabajo y los sindicatos están cada vez más dispuestos a organizar acciones que pueden perjudicarnos a todos. Las ocupaciones de fincas son cada vez más frecuente y en muchas ocasiones de forma tremendamente violenta. Yo creo que no es necesario llegar hasta ese punto, si ustedes cedieran un poco y dieran algo de fuelle a las familias que lo están pasando mal, a lo mejor la tensión en la que nos estamos metiendo disminuiría y los conflictos que a diario estamos viviendo en toda España, aquí no serían tan frecuentes.

- ¿Y cuál es la solución? dígamelo usted porque yo no la tengo.

- Sí la tiene don Luís, todos la tenemos y usted sabe cual es. Hay muchos trabajos que se pueden hacer para que los hijos de esos obreros puedan llevarse algo a la boca

- ¿Y usted piensa que si le damos la mano no se van a tomar el pié? Estos *putos* anarquistas y socialistas quieren arruinarnos a todos.

Luís Castellano dio por zanjada la conversación con el médico y mediador en el conflicto, y éste salió de aquella situación con el convencimiento de que la cosa no tenía remedio. Así se lo hizo saber a Rogelio Vázquez que con una mirada inquisitiva le interrogó.

- Me parece que no hemos podido arreglar nada.

- ¿Qué se pensaba usted amigo mío, que don Luís iba a dar su brazo a torcer delante de todos nosotros?, no, él nunca se humillará ante nadie. Aunque tenga en cuenta una cosa, algo hará ya lo verá. Y todos esos que ve usted ahí, le seguirán ciegamente.

- No comprendo como un solo hombre puede arrastrar a los demás.

- Eso mismo es lo que está haciendo el *Alpetejas*, pero en el bando contrario. Lo que usted está viendo hoy es lo que pasa en toda España. A dónde vamos a llegar,

no lo sé, pero mucho me temo que a nada bueno.

Los presagios de Rogelio Vázquez eran como un oscuro túnel en el cual no se veía la luz por ningún sitio. Los acontecimientos que en aquella España revuelta por infinidad de conflictos laborales, crisis económica y la terrible guerra de África, que estaba llevando a la desesperación a muchas familias, estaba creando una total incertidumbre en todos los ámbitos de la sociedad.

- Me cago en la leche puta, y Dios me perdone –dice Luis Castellano. Aquí está haciendo falta la mano de un militar que ponga en su sitio a tanto desatino.

Los más liberales de la tertulia optan por no llevar la contraria a Castellano y con mucho disimulo evitan cualquier enfrentamiento. Saben que el tema es muy delicado y en el fondo todos opinan que el desgobierno es un hecho real, aunque los progresistas no son partidarios de un pronunciamiento militar, reconocen que hay que arreglar las cosas lo antes posible.

En Guadalcanal las cosas parecen estabilizarse de una manera algo normal, ya que los trabajadores en muchos casos han tenido que ceder de alguna manera a las exigencias de los patronos, más por el hambre que les atenaza, que por los derechos legítimos por los que ellos creen luchar.

Llega la época de la siega y como todos los años Manuel tiene que coger la hoz y marcharse a los *Tomillares* o a otros parajes de la población, para arrancar el seco fruto de los rastrojos, por un mísero sueldo que hay que aceptar a la fuerza.

Las largas jornadas parecen no tener fin y en los tajos se habla de que aquello no puede seguir así, pero nadie se atreve a dar el primer paso para dejar sin recoger las mieses, que se extienden a lo largo y ancho de los campos. Pesa más la extrema necesidad de aquel paupérrimo jornal, por mísero que sea, que embarcarse en una huelga, con el fin de conseguir los fines perseguidos.

Mucho se habla de ello en las tabernas y en los corrillos que en éstas se forman. Todos claman lo mismo, pero nadie se atreve a dar el paso definitivo. El *Alpetejas* trata de convencer a Manuel para que anime a sus compañeros a que paren las faenas de siega, pero éste, seguro del drama que cada familia tiene en su casa y él en la suya propia, no ve salida a lo que debería ser una huelga general, que de alguna forma lleve a los jornaleros del campo a conseguir los objetivos deseados.

- ¿Qué quieres, que le diga yo a los compañeros qué paren? ¿Por qué no se lo dices tú?, la gente tiene hambre y con los jornales que les van a dar podrán comer. Ya se que eso es una miseria, pero una huelga lo que haría sería matar a sus hijos de hambre y eso no hay nadie que lo acepte.

El Apetejas es hombre de pocas entendederas a la hora de ponerse en el

lugar de muchos de los jornaleros que claman por un jornal al ver el panorama tan difícil que tienen en su casa.

En Guadalcanal puede más el miedo a las represalias, que los agotadores mítines del *Alpetejas* y sus compañeros de la CNT, sin embargo es Eusebio Márquez quien desde un punto de vista neutral, pero criticado por los dos bandos, el único que trata de apaciguar los ánimos.

Aquella tarde de junio en que el sol aún no se ha puesto por la sierra de lo Cazalla, el médico en lugar de estar en su dispensario haciendo su trabajo, ha acudido a la casa del líder sindical para tratar con él de los temas laborales, que tanto preocupan a obreros y empresarios. Como es natural, a ambos por distintos, aunque parecidos motivos.

El diálogo del que tanto quiere hacer uso Eusebio Márquez, se convierte en titánica discusión y el representante oficioso de los jornaleros no se aviene a razones, alegando que los señoritos tienen a la fuerza que ceder en su peticiones que no bajan en absoluto un ápice de la autogestión de las fincas y del eslogan *el campo para el que lo trabaja.* Es imposible hacerle ver a ese hombre otras posturas menos radicalizadas, que de alguna forma pudieran permitir el alivio económico, moral y sanitario de mucha gente del pueblo, que lo estaba pasando muy pero que muy mal.

En el Casino, en la mesa de la ventana que da a la Almona, la intransigencia por parte de los representantes de los que poseen gran cantidad de tierras del pueblo, no es menos que en la del lado contrario.

Luís Castellano, como siempre, encabezando una lucha contra lo que él llama, *el despropósito de los bolcheviques*, hace que su voz autoritaria y de tono militar, destaque sobre cualquiera que quiera hacer alguna objeción a sus pensamientos, dándole a sus palabras más energía aplicando la teoría del puñetazo en la mesa.

- Yo no estoy dispuesto a darle a esos desalmados, ninguna de sus peticiones. Que se mueran de hambre si así lo desean y si no, que vayan a trabajar como siempre lo han hecho. Pero amenazas a mi ninguna, para eso está la Guardia Civil, para que le pare los pies a esa calaña.

Aquella noche, Eusebio Márquez no tuvo más remedio que darse por vencido. Escuchó el consejo de sus amigos Rogelio y Ricardo y optó por dedicarse en exclusiva a su dispensario y como sus dos amigos decían, que sea lo que Dios quiera, pues nadie daba su brazo a torcer y tanto en los que defendían una u otra postura, se había creado un problema que derivaba de la falta de ese dialogo entre las dos partes.

Así estaban las cosas en el pueblo de Guadalcanal y en tantos otros de

la nación española, los acontecimientos políticos se van deteriorando sensiblemente.

XLVI

Mediaba justo el mes de Septiembre y la ciudad de Sevilla amanecía tan deslumbrante como siempre. Por la Pasarela deambulaban algunos estudiantes que se dirigían a la calle de San Fernando. No muy lejos, en el Costurero de la Reina, los obreros del puente de San Telmo, se aprestaban a llegar al tajo, mientras los vividores de la noche, regresaban de los tugurios del Barrio de Santa Cruz, con las gargantas empapadas en aguardiente de orujo, tras pasar toda la noche en tertulias flamencas, además de alguna que otra orgía por la Alameda de Hércules.

En el Gobierno Civil aquella mañana se respira un cierto desatino y muy pronto el Gobernador ha hecho acto de presencia, pues unos militares le requerían de inmediato.

Pronto corrió por toda la ciudad la noticia de que se había producido un pronunciamiento militar.

Mientras tanto, Ricardo Marín que como en muchas otras ocasiones se había desplazado a la capital hispalense, pasó por la cárcel del Pópulo con el fin de ver que tal se encontraba *El Rabazo,* pero no le dejaron entrar. Solo unas escuetas palabras del centinela le hicieron entender que algo raro estaba pasando. Se dirigió de inmediato a la sede del Gobierno Civil y ante sus ojos pudo ver lo que de alguna forma se temía, y que ya se había producido.

- Soy el Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal, vengo a hablar con el

responsable de Fomento...

- Usted no va a hablar con nadie. Por el momento todos los responsables de este Gobierno Civil han sido cesados por orden Gubernativa.

- ¿Quiere decir qué...?

- Quiero decir que el general don Miguel Primo de Rivera y Urbaneja, es ahora el Presidente del Consejo de Ministros y hasta nueva orden, todos los funcionarios civiles están bajo la tutela del ejército. Así que váyase usted a su pueblo y póngase a las órdenes del Comandante de puesto de la Guardia Civil, él le dirá que es lo que tiene que hacer.

El totalitarismo de aquel capitán del ejército dejó sin palabras a Ricardo Marín, quien viendo que el golpe de estado se había producido, lo único que le quedaba por hacer era volverse a Guadalcanal.

Aún faltaban dos horas para que saliera el tren para Mérida, así que deambuló por las calles viendo como por momentos, éstas eran ocupadas por militares, que aunque no amenazantes, sí hacían presuponer la teoría de que el golpe se había consumado.

Por la Plaza Nueva y calles adyacentes, como Cuna, Sierpes y la Plaza de San Francisco, apenas si se apreciaba la presencia de la gente, pues la noticia del golpe militar había corrido por todo Sevilla, como un reguero de pólvora. Sólo un muchacho vendiendo la prensa, pero sin dar gritos, ante la escasez de público, deambulaba por la Campana. Ricardo se le acercó y le compró un ejemplar de *El Liberal* de Sevilla. Edición especial que había salido hacia pocos momentos.

- Tenga usted señorito es el primer periódico que vendo, no hay nadie por la calle.

- Toma hijo y quédate con las dos gordas de propina.

El diario daba cuenta de la noticia del golpe militar llevado a cabo por el capitán general de Cataluña, apoyado por la mayoría de los generales y bendecido por el Rey, quien recibió aquella mañana al general Primo de Rivera en palacio.

Esas eran las escuetas noticias que la prensa sevillana había podido recopilar de sus corresponsales en la capital del reino. Poco después, se sabría que el general había formado un gobierno compuesto en su totalidad por personal cástrense y que dio en llamar *Directorio Militar*.

Por la calle de Alfonso XII, el Secretario del Ayuntamiento guadalcanalense se dirigió hasta la Plaza del Museo y en un café de la calle de San Vicente, se sentó para hacer tiempo, hasta que llegase la hora de salir para la estación de Plaza de Armas. Extendió sobre el mármol del velador el rotativo para leer más cómodamente y fue el camarero quien le puso al corriente de lo que en

Sevilla se estaba cociendo, al mismo tiempo que le advertía de ciertos temores.

- Perdone que le interrumpa señor, pero le aconsejo que se deshaga de ese periódico, parece que los militares no están muy contentos con él y si le ven con un ejemplar puede tener problemas.

- ¿Y eso por qué?

- Esta mañana han amenazado a un chiquillo de los que lo venden y le han quitado los ejemplares que el muchacho llevaba para ganarse la vida. Eran unos militares del cuerpo de carabineros.

- O sea que la cosa va en serio ¿No?

El camarero miró a su alrededor y disimulando como que limpiaba la mesa se acercó al oído de don Ricardo y dirigiendo la mirada a una mesa ocupada por varias personas elegantemente vestidas, le informó de quien se trataba.

- Esos que están en aquella mesa al lado del espejo son de la Guardia Civil, aunque estén vestidos de paisano. Han llegado esta mañana en el expreso de Madrid y por lo que les he oído hablar, están esperando para ser recibidos en Capitanía, pues al parecer, traen órdenes concretas de la capital. Mientras yo les estaba sirviendo, a uno se le escapó decirle al que está de frente, mi Coronel. Luego uno de ellos se levantó y la tomó con el chiquillo de los periódicos. Menudo sofocón tenía el pobre muchacho, después de lo que le hicieron los carabineros

Ricardo pagó la cuenta y colocando el periódico de forma que no se le viera el titular salió del café. Pero antes de llegar a la puerta una autoritaria voz hizo que se detuviera en seco, volviéndose al mismo tiempo que se quitaba el sombrero que ya se había colocado para salir.

- ¿Se dirige usted a mi caballero?

- Sí, a usted me dirijo, haga el favor de acercarse.

La correcta educación de Ricardo extrañó a los tres miembro de la mesa de al lado del espejo, uno de ellos se levantó de su silla, con no se sabe que intención, pero la mano de otro de los compañeros, le hicieron desistir de lo que éste tuviera previsto hacer.

- Ustedes dirán señores, ¿en qué puedo servirles?

- ¿Quién es usted y a qué se dedica?

- Disculpe, no entiendo su interés por saber de mí.

- Usted no sabe con quién está hablando.

Pues no señor, no lo sé. Y es por eso por lo que no me siento obligado

a contestarle, si usted se identifica como autoridad apropiada, yo tendré mucho gusto en responderle adecuadamente.

- Soy el coronel de la Guardia Civil, Manuel Garrido.

- Siendo así no tengo inconveniente alguno mi coronel. Mi nombre es Ricardo Marín Fernández y soy el Secretario del Ayuntamiento de Guadalcanal, villa de esta provincia, situada a unos cien kilómetros de esta ciudad. Estoy a su entera disposición.

- Y qué hace usted aquí que no está en su pueblo.

- Bueno ahora me dirigía a la estación para coger el tren. Pues vine a despachar con el delegado gubernamental de Fomento pero me ha sido imposible…

- Y usted ve normal que un Secretario de ayuntamiento lea esos pasquines periodísticos que no hacen más que alentar a las masas revolucionarias.

- Mi coronel, este periódico está legalmente autorizado…

- Pues pronto dejará de estarlo.

- Disculpe mi coronel, ha sido un placer hablar con usía. Con su permiso tengo que marcharme a la estación para coger el tren de Mérida. ¿Si no desea nada más?

- Váyase a su pueblo que ya tendrá noticias mías.

- A la orden de usía mi coronel. Señores.

En la misma esquina de la calle de Alfonso XII con la calle de Torneo y Marqués de Paradas, Ricardo pudo divisar el espesor del humo de las locomotoras que transitaban paralelas a la calzada. Anduvo unos metros y en pocos minutos estaba ya en el vestíbulo de aquel edificio de reminiscencias árabes.

Compró su billete en la taquilla en la que un aburrido factor leía un ejemplar del diario *ABC*.

- ¿Dígame usted caballero?

- Déme un billete para Guadalcanal en segunda clase.

Al mismo tiempo que el Secretario se guardaba el duro cartón en el que figuraban los datos del billete en el bolsillo de su chaqueta, pudo ver unos extraños movimientos de personal militar en los andenes. Un sargento de la Guardia Civil acompañado de dos números, inspeccionaba los distintos compartimentos del convoy, que en breves instante iba a emprender su partida con destino a Mérida.

Pronto el silbido de la locomotora hizo que los rezagados viajeros que aún estaban en los andenes subieran apresuradamente al tren. Poco después, el

traqueteo de las ruedas en el cambio de agujas hacía moverse a los ocupantes del vagón, mientras en la parte derecha de éste, se dejaba atrás el barrio de la Macarena.

Era poca la gente que viajaba aquella tarde en el tren y Ricardo se sentó en uno de los asientos cercanos a la puerta. Desplegó su escondido ejemplar de *El Liberal* y se abstrajo en la lectura. No levantó la vista del papel hasta que el tren arrancó nuevamente de la estación de Los Rosales, en donde un viajero recién llegado, le hizo salir de su embelesado oficio de empedernido lector.

- Perdone que le interrumpa caballero, pero creo que ese periódico está menos informado que yo. Las noticias que traigo son más recientes, ya que acabo de llegar en el rápido de Madrid y aquello es un hervidero.

Naturalmente, Ricardo no tuvo ningún inconveniente en poner oídos a lo que aquel hombre traía desde la capital de España. Y viendo en el recién llegado que estaba interesado en contar lo que hubiera visto, cambió de posición y estrechándole la mano se presentó correctamente.

- Me llamo Ricardo Marín Fernández y soy el Secretario de Ayuntamiento de Guadalcanal…

- Mi nombre es Mariano Sepúlveda Carrascosa. Soy funcionario de Correos, con destino a la ciudad de Zafra. Encantado de conocerle.

- Y dígame usted don Mariano como están las cosas por Madrid.

- Pues si quiere que le diga la verdad, no lo veo yo muy claro. El Rey se ha puesto de parte del general Primo de Rivera, que esta mañana ha llegado a Madrid para ser recibido por el monarca y poco antes de salir yo para acá, pude ver desde la estación de Atocha, como los militares se hacían cargo del Ministerio de Agricultura. Luego he sabido por un acompañante que iba a Alcázar de San Juan, que el control del ejército era absoluto, antes de que llegara Primo a Madrid.

Los dos hombres fueron intercambiando opiniones durante todo el viaje, con cuidado de que los demás viajeros no se percataran del contenido de su conversación.

Ya en el Pedroso, Ricardo estaba perfectamente informado de los acontecimientos ocurridos y solo le restaba hacer cábalas con respecto al futuro de un país que no acababa de despegar.

Conforme los días fueron pasando la consolidación del golpe de timón dado por el capitán general de Cataluña y respaldado por Alfonso XIII era ya un hecho.

El llamado *Directorio Militar* compuesto en su totalidad por personal

castrense, se había propuesto acabar con lo que ellos llamaron, el desaguisado de la guerra de África, así como con el tremendo deterioro de las más elementales normas de convivencia, que en España se estaban produciendo.

Muchas eran las esperanzas puestas en los militares por parte de las clases acomodadas de Guadalcanal. Todo lo contrario se pensaba en los ámbitos obreros y sindicales, que veían al directorio como la forma de no avanzar lo más mínimo en la lucha por conseguir los derechos más elementales.

XLVII

En la mesa de la ventana que da a la Almona, los miembros de la tertulia despertaban una tremenda expectación, sobre todo cuando en su acostumbrado sitio Luis Castellano hacia alarde de los éxitos conseguidos en la lucha contra los cabilas de Abd-el-Krim.

- Ya ven ustedes caballeros, solo tres meses lleva en el gobierno don Miguel Primo de Rivera, y España parece otra cosa. Y no lo digo solo por lo de África, los conflictos laborales parecen haber desaparecido y el orden y la justicia vuelven por sus fueros. Esto es lo que la patria estaba necesitando.

Casi todos los presentes asentían con la cabeza, solo unos cuantos se limitaban a mirar a otro lado disimulando su antipatía por el *Directorio Militar,* que rápidamente iba imponiendo una dictadura férrea con los políticos en general y con las clases obreras en particular.

No obstante, Castellano se regocijaba de alegría y hacía hincapié en el discurso pronunciado por el dictador al tomar posesión de su cargo. Sobre todo, si en el salón del casino se encontraban presentes los no adeptos a la dictadura, como eran Eusebio Márquez, el médico, Rogelio Vázquez o el mismo Ricardo Marín, que según algunos, corría el riesgo de ser cesado en su cargo como Secretario del Ayuntamiento. Cosa difícil, pues él era solamente un funcionario, al servicio del poder municipal.

- Como verán ustedes, he dado orden de que sea expuesto el discurso integro de don Miguel Primo de Rivera, en el tablón de anuncios de este Casino, para que todos sepan a qué atenerse. Creo señores que todos sabemos leer, así que les rogaría que tuvieran la delicadeza de prestarle atención.

Clavados en el corcho del tablón de anuncios que había en el vestíbulo del Casino y al lado de algunos requerimientos de su junta directiva, así como otros documentos relativos a cosas particulares de los socios, estaban en tres folios con letra de imprenta y en mayúsculas el mencionado discurso del jefe del *Directorio Militar* al que Luis Castellano se había referido.

El boticario lo leyó atentamente mientras era observado desde su pequeña mesita por Federico el conserje, quién ya lo había leído anteriormente.

Sin hacer comentario alguno, Rogelio Vázquez se encasquetó el sombrero y salió a la Plaza, balanceando pensativamente su bastón. A la altura de la puerta de San Vicente, Ricardo Marín le dio alcance al mismo tiempo que se colocaba a su altura. Subieron en silencio hasta los Cantillos y como un autómata el boticario se paró al ver ante sí a un niño harapiento, que con las manos recogía las heces de una caballería y las guardaba en una espuerta vieja.

- ¿Esto es lo que va a resolver ese Directorio del que habla Castellano?

- Pues no lo sé mi querido amigo, pero mucho me temo que las cosas van a cambiar pero no creo que a mejor.

- No sé, no sé. Desde luego no son estas las formas de salir del agujero en el que estamos metidos, pero por otro lado, pienso que a esto es a lo que nos ha llevado el desorden general que hay en esta desvencijada España.

Durante largo rato los dos amigos caminaron en silencio por las calles del pueblo y sin casi darse cuenta terminaron en una taberna del Berrocal Chico.

Allí unos hombres discutían afanosamente de política como si en ello les fuera la vida, mientras otros jugaban en silencio al dominó. Al entrar boticario y Secretario, se hizo un profundo silencio. Parecía como si por un momento todos se hubieran quedado mudos. Fue Rogelio Vázquez quien rompió el hielo dirigiéndose al tabernero, que con la tiza en la oreja y la colilla en la comisura de los labios, miraba con asombro a los recién llegados.

- Buenas tardes tengan ustedes señores. Por nosotros pueden seguir la conversación que mantenían. Es algo normal en los tiempos que corren y nadie sabe como va a salir la cosa. Pon unos vasos de vino de Maguilla y llénales los suyos a estos amigos.

Los jugadores volvieron a sus fichas en el blanco mármol del velador y los que discutían acaloradamente de los beneficios y prejuicios de la dictadura, no vieron más cielo abierto para sacarles a aquellos dos intelectuales una opinión sobre los acontecimientos políticos que se estaban desarrollando.

Fue Ricardo Marín quien haciendo uso de su extraordinario sentido del liberalismo, trató de hacerles ver a aquellos acalorados discutidores, que la

dictadura solo era un paso atrás en los principios de los que debería ser una democracia. Pero que con el paso del tiempo, las cosas volverían a su cauce y quien sabe si para el mejor vivir de los trabajadores.

Bien es cierto que aquellos hombres no entendían apenas nada de lo que el Secretario les estaba explicando, pero el profundo respeto que en los barrios obreros de Guadalcanal se le tenía tanto a él, como al médico y al boticario, hacían que sus palabras fueran respetadas aunque muchos no entendieran el contenido de las mismas.

Se despidieron de los presentes y los dos amigos se encaminaron a la Iglesia de Santa Ana con el fin de visitar a su párroco, que aun no había terminado la misa de difuntos que estaba celebrando. Esperaron en la puerta al cobijo de los soportales.

Al fondo el pueblo se iba sumergiendo en la oscuridad y el sol de un fuerte color rojizo se ocultaba por la sierra de Cazalla. En la explanada, algunos niños juegan a la billarda y por el carril que desemboca en la calle de las Minas, los hombres que vienen extenuados de la aceituna arrean a las bestias para llegar cuanto antes a casa.

Joseíto el monaguillo, sale a todo correr para unirse a sus amigos que juegan con el mocho en la mano, pero Rogelio Vázquez lo detiene antes de que éste bajara la escalinata de ladrillos que lo separa de sus compinches.

- Oye mocito dile a don Rafael que queremos verle.

- Está en la sacristía, señorito.

- Anda, corre a jugar *joipolarma*.

Aún muchos de los feligreses no habían abandonado la Iglesia. Unos estaban en torno a los familiares del difunto a quien se le había ofrecido el funeral, alguna que otra mujer trataba de proseguir por su cuenta con sus oraciones y en la capilla de la Virgen del Carmen Rogelio Vázquez pudo distinguir la enlutada figura de María Josefa. Se acercó a ella y le puso la mano suavemente en el hombre.

- ¿Cómo te encuentras hija?

- Pues ya ve usted don Rogelio, aquí con mi pena. Que le voy a decir.

- Bueno, bueno, mujer, hay que tener paciencia y resignación, ya no se puede hacer nada.

- Ya lo sé don Rogelio, pero la imagen de mi hija y de mis nietas no se me van de la cabeza, si usted viera las noches que llevo sin pegar ojo…

- Mañana pásate por la botica que te daré algo para que al menos puedas

descansar por la noche. Si yo no estuviera, se lo dejaré al mancebo para que te lo dé y no te preocupes por lo que valga, que no te va a costar nada. Pero ve a por ello que te hará bien. ¿Me lo prometes?

- Si don Rogelio, muchas gracias y que Dios se lo pague.

- Nada, nada, mujer, lo que hace falta es que tu puedas descansar. Adiós hija, hasta mañana.

Poco después, el cura, el Secretario y el boticario se encontraban reunidos en la sacristía, en donde al mismo tiempo que se hablaba, los cigarros se liaban con parsimonia pero sin dejar de poner la atención debida, a lo que el interlocutor de turno decía.

- Mis queridos amigos, este cura de pueblo que ven ustedes aquí, no es de esos que viendo las desgracias que están pasando a su alrededor hacen de su capa un sayo y se envuelve en él como si las miserias de esta vida le importaran un bledo. En esta Iglesia y en ese confesionario que está ahí fuera, uno se entera de todos los problemas de cada uno y bien es cierto que los hay a mansalva. La pobreza, la violencia y la incultura que nos rodea, puede que un día se ponga contra nosotros y no quiero ni pensar cuales pueden ser las consecuencias. Pero eso no lo arreglará Primo, ni García Prieto ni la Iglesia, ni el mismo Dios y que Él me perdone. Por cierto don Ricardo, ¿sabe usted algo de *El Rabazo*?

- No padre, no se sabe nada, ahí sigue en la cárcel, de momento estamos a la espera de que se le conmute la pena o no, aunque me temo lo peor, el *Directorio Militar* es muy duro con esas cosas.

- Pobre hombre, yo rezo por él todos los días y su madre me da una tremenda pena, es normal que esté perdiendo la cabeza.

En toda la Sierra Norte de la provincia de Sevilla, la gente se afana un nuevo año, en las labores de la recolección de la aceituna. Las mujeres ataviadas con viejos mantones de flecos, negros pañuelos a la cabeza y grandes delantales, llenan el paisaje de los campos, mientras en los molinos el runrún constante de los rulos de granito machacan aquel oro verde que fuera recolectado de los olivos, para luego en las prensas y posteriormente en la batidora, terminen separando alpechín, orujo y aceite, dejando los capachos de esparto impregnado en una densa masa de grasa.

Todo tipo de caballería cargada de sacos y cántaros de aceite, circula por las calles de un Guadalcanal, que a pesar de frío reinante, da calor a los que desde hace mucho tiempo solo tuvieron a su alcance el carámbano de la miseria. Por los caminos, las mujeres comentan sus más íntimas cosas entre ellas, mientras los más jóvenes tratan de entablar conversación con el fin de estrechar lazos, que quien sabe si con el paso del tiempo, no terminen en el altar. Los hombres

intercambian petaca y librito para hacer más llevadero el frío del camino.

En el subconsciente de todos, una pregunta se deja caer como si se quisiera con ella desear el fin de un episodio, que a todo el pueblo y sus alrededores impresionó tremendamente.

- ¿Qué se sabe del *El Rabazo*?

Nadie se atreve a pronosticar cuándo será el día de una ejecución esperada. Tampoco faltan los bulos de costumbres. El "yo creo" de muchos y las especulaciones de partidarios de su ejecución o de su perdón.

Todo el pueblo de Guadalcanal vive los días de Navidad expectante, ante la noticia que puede producirse de un momento a otro. Desde la Costanilla a la Puerta del Jurado. Desde Tres Picos al callejón del Barro y desde el Coso a Santa Ana, cada uno se hace la misma pregunta, paro nadie tiene una respuesta sencilla.

Rafael Ordóñez accede por las escalinatas del altar mayor, besa la piedra santa y extiende sus manos representando la crucifixión de Jesús. Revestido de capa pluvial y casulla blanca, da comienzo a la ceremonia de la misa del gallo.

La Iglesia está atestada de gente. En muchas caras se puede adivinar el cansancio por el largo día llevado en le faena de recolección, pero todo el barrio de Santa Ana ha acudido a la celebración de la eucaristía, en memoria del nacimiento del niño Dios, que a un lado del altar, se representa en un Belén que las mocitas decoraron aquella misma tarde, con musgo de los riscos del carril de la Cañá y algunos témpanos de palmeras traídos del convento del Berrocal Grande.

Al subir al púlpito el párroco buscó con la mirada a alguien, pero no encontró lo que buscaba. En cierto modo se alegró de que no estuvieran en la misa del gallo ninguna de las dos madres más doloridas del pueblo.

Ni Pura, ni María Josefa, se debieron sentir con ganas de acudir a aquella misa del gallo que como siempre en Santa Ana se celebraba con gran jolgorio y algarabía, pues los fieles de aquella parroquia siempre fueron muy dados a esta celebración, aunque estuvieran extenuados por el trabajo.

Apoyando sus manos en la barandilla de su tribuna esperó a que todo el mundo se sentara, o al menos los que disponían de bancos o reclinatorios. Luego tras un breve carraspeo comenzó su homilía.

- Queridos hermanos en Cristo Señor nuestro. La celebración de la Pascua es para los cristianos el día de la esperanza en la vida eterna. Una vida que hemos de aceptar como nos viene. Y dentro de la alegría que hoy nos invade por el advenimiento del niño Jesús, nuestro Dios y Señor, hemos de ser conciente que hay hermanos nuestros que no están presentes y que seguramente por motivos que todos sabemos, fueron terribles. Quiero pediros que dirijáis vuestras oraciones por

esas almas, que como nuestra hermana Carolina, víctima de la violencia incomprensible de uno de nuestros vecinos y amigo de muchos de vosotros. La piqueta de la justicia del hombre, será implacable para él, pero la de Dios es la única que quedará perenne en la eternidad. Roguemos también por nuestro hermano Antonio, para que desde los cielos, nuestro Señor Jesucristo lo acoja en su seno y lo libere de la tremenda atrocidad que el demonio inculco en su alma. Que el día en que llegue el trágico momento de lo que todos sabemos, sea solo un trance suave y benigno, sin que el sufrimiento sea excesivo para él, porque no somos nosotros nadie para desearle el mismo dolor que él causara. Ese niño que vemos en el portal de Belén, ahí al lado del altar de San Marcos, a los treinta y tres años fue torturado y martirizado hasta darle la muerte. Pero Él, antes de expirar, supo perdonar a aquéllos que tanto dolor le causaron. Seamos nosotros como Jesús y aprendamos también a perdonar aunque nos duela como nos duele nuestra hermana Carolina. Solo Dios puede juzgar a Antonio. Solo Él….

XLVIII

En la cárcel del Pópulo, su director acompañado de tres funcionarios, dos guardias y el capellán del penal, va de celda en celda felicitando las Navidades a los presos. Algunos se quedan extrañados al verlo, otros aceptan el polvorón que les da sin rechistar y los que están allí por ser anarquistas o de algún otro elemento revolucionario, le hacen ver su desprecio absoluto, llegando incluso a escupirle.

La puerta de la celda de Antonio se abrió y éste sentado en su camastro, ni siquiera levantó la mirada. El capellán se acercó a él y le puso la mano sobre el hombro.

- Que la paz sea contigo hijo mío.

Luego fue el director quien con un polvorón de Estepa se acerco sonriente.

- Rabazo, que tengas felices Pascuas.

Antonio cogió el pastelillo y sin levantar la mirada fija en el suelo, dejó escapar unas palabras que hicieron que cura y funcionarios se miraran con una cierta lástima, por aquel desgraciado.

- *Pa* pascuas estoy yo…

A lo largo de los corredores, el silencio que cada noche reinaba en la prisión parecía haber desaparecido, sobre todo por la forma de celebrar la pascua de los muchos presos gitanos que allí había.

Los cantes por bulerías se pasaban de una celda a la otra y las protestas de otros presos no servían de nada. Tampoco los funcionarios se preocupaban lo más mínimo del desorden imperante, pues también ellos hacían su fiesta y las botellas de anís con pestiños y alfajores deleitaban sus paladares.

Poco a poco la calma se fue apoderando de presos y centinelas y lo que fuera el silencio monacal del convento del Pópulo, volvió por sus fueros, aunque los que ahora lo habitaban no fueran aquellos frailes que pasaban las noches pensando en el viaje que les llevaría a las Indias.

El recuento de la mañana resultó más fatigoso que otras veces. Tras el desayuno vino la obligada misa. Un alma caritativa de la ciudad tuvo la delicadeza de proporcionar a los presos del Pópulo una buena porción de tortas de aceite de Castilleja, que los funcionarios repartieron. Al llegar Antonio al lugar del reparto, uno de ellos se le acercó y con sigilo lo apartó un poco.

- Toma *Rabazo*, dos tortas y un alfajor, cómetelos en este rincón que nadie lo vea. En esta lata tienes un poco de leche de cabra, me lo ha dado mi mujer para ti. Te irá bien para ese puñetero resfriado que tienes.

- Muchas gracias…

- Venga hombre, no hay porque darlas.

El funcionario se alejó del *Rabazo* comentando con un compañero que a su mujer le daba mucha pena de aquel desgraciado, que en poco tiempo iba a ser ejecutado.

Las fiestas de la Navidad proclamaban el alborozo en las calles de Sevilla, sobre todo en el barrio de Triana, a donde le gustaba ir al abogado Adolfo Rodríguez Jurado.

En uno de los veladores de la taberna en la que se encuentra sentado Adolfo con su amigo Jiménez Candau, un niño se acerca cantado un villancico con una mugrienta pandereta. Los dos le dan una perra gorda y permanecen en silencio escuchando a aquella criatura que aunque en sus ojos lleva reflejada la alegría de la fiesta que se celebra, su cara es todo un anuncio de la pobreza en la que vive, no solo por su delgadez, sino por el blanquecino y enfermizo color de su piel.

- Te veo muy decaído Adolfo. ¿No será por lo que me estoy imaginando?

- Si lo que te estas imaginando es por lo de *Rabazo*, estas en lo cierto Pepe. Las peticiones de clemencia parecen que caen en un pozo ciego y como comprenderás, a ningún abogado le gusta que ejecuten a su cliente.

- Tienes razón, pero la justicia es la justicia y según están ahora las cosas…

- Ya lo sé Pepe, ya lo sé. Pero no me resigno a que una persona pueda ir al patíbulo tan fácilmente.

- Ya se que tú no eres partidario de la pena de muerte y en el fondo eso te engrandece, pero esas ideas tuyas no son la de las altas jerarquías del estado, y mucho menos la de quien nos está ahora gobernado.

- Primo de Rivera no es más que un golpista del siglo pasado y un militar resentido que se piensa que las cosas se hacen con la pistola.

- Calla Adolfo, los del *somaten* están por todos los sitios y te puede costar un disgusto.

Los dos amigos guardaron silencio por un rato. De pronto Adolfo se levantó de su silla llamó al tabernero y tras pagarle lo que los dos amigos habían consumido, se enfundó su abrigo, se colocó el sombrero e invitó a su amigo a que lo acompañara.

- Me voy a la cárcel a ver a *Rabazo*, ese hombre necesita compañía, ¿vienes conmigo?

- Cómo no amigo mío, quizás tengas razón, ese hombre no solo necesita compañía, sino mucho alivio porque la cruz que tiene encima es muy, pero que muy grande.

La monótona campana del tranvía que discurre a lo largo del Paseo de Colon, hace que los dos amigos se detengan en la esquina de la calle Arjona, luego cruzan al otro lado y en poco tiempo están en la calle Almansa.

En la puerta del presidio un guardia les interfiere en la entrada. En su cara se refleja el fastidio de quien no está a gusto en su puesto, pues no es el día de Navidad el propicio para estar allí, aunque las ordenanzas digan lo contrario.

Detrás de su ridículo bigote se esconden unos labios que apenas se mueven al hablar. Parece que las palabras no le salen del cuerpo y no se sabe si es por el descontento de estar de guardia en la puerta del penal, o porque su forma de hablar no es la común en la capital hispalense. Los dos amigos se dirigen una cómplice mirada pues ambos se han dado cuenta de que quien les pide la identificación es gallego y su pronunciación no suele ser muy bien entendida en una ciudad como Sevilla.

- Pasen ustedes a ese cuartito hasta que venga el cabo de guardia.

Los dos amigos entraron en la vieja portería del convento, habilitada como sala de espera, desde donde poco después el cabo de guardia los acompañaba hasta el lugar destinado a las visitas de los presos. Un funcionario les abrió la puerta cerrándola tras él durante unos minutos, para volverla a abrir acompañado

de Antonio Martínez, quién como siempre con la mirada perdida y las manos sujetas por delante con lo grilletes, aparentaba una cierta indiferencia ante la presencia de sus visitantes.

- ¿Qué pasa Antonio? ¿Cómo andamos?

El Rabazo se encogió de hombros haciendo alarde de aquella indiferencia que los dos abogados observaron al verlo asomar por la puerta. Pero además, en su cara se notaba un tremendo deterioro, su forma de respirar era forzada debido al enfriamiento que sufría, pues estornudó aparatosamente dos veces antes de sentarse en la silla que el funcionario le acercó. Como pudo se sacó un sucio pañuelo del bolsillo de su chambra, para limpiarse la nariz, mientras un escalofrío le corrió por todo el cuerpo, que su abogado notó. Éste puso su mano sobre la frente del condenado y pudo comprobar que la temperatura de su cuerpo era muy elevada.

- Este hombre tiene mucha fiebre. ¿Le ha visto algún médico?

El carcelero se encogió de hombros antes de contestar al abogado.

- Pus no lo sé, pero con el día que es hoy, el médico de la prisión seguro que no está. Pero tampoco es para tanto, solo es un resfriado, además....

- Además ¿qué?

- No, nada, señor abogado.

Sabía muy bien el abogado, a lo que se refería el funcionario con aquel sarcástico *además*, también su compañero entendió que las palabras que aquel hombre no pronunció eran las justas para decir que, *para lo que le quedaba de vida, de poco le serviría un médico.*

- Este hombre necesita algún medicamento, haga usted el favor de acompañar a mi compañero hasta la puerta para que traiga algo que le pueda remediar su dolencia. Espero que no le importe.

- No señor abogado no hay ningún problema.

Solos en el locutorio, abogado y cliente permanecieron largo rato sin pronunciar palabra alguna. Fue Adolfo quien rompió el silencio apretando con su mano el brazo de su defendido.

- Antonio estamos moviendo muchos hilos para conseguir tu indulto. Hemos pedido hasta una audiencia al Rey y hay mucha gente en Sevilla que nos está ayudando.

- Y que más me da a mí. Al fin y al cabo tengo que pagar lo que hice. Yo lo que quiero es acabar cuanto antes.

- No digas eso hombre…

- ¿Pues qué quiere usted que diga? ¿A dónde voy a ir yo con lo que tengo encima? A mi ya no me quiere nadie don Adolfo. Lo mejor es que me quiten de enmedio cuanto antes, yo aquí no pinto nada.

Las lágrimas de aquel hombre se desbordaron, inundando sus blanquecinas mejillas y la mano de su abogado apretó fuertemente su brazo, tratando de transmitirle la ternura que necesitaba a raudales. Pero ya no había consuelo ni alivio alguno para *El Rabazo*.

Solo pensaba en el día de su ejecución. Un día que no terminaba de llegar y del que nadie sabía darle razones, pues ni su propio abogado sabía cual era la fatídica fecha, dado los recursos interpuestos. La única meta en la vida de aquel hombre era que llegara cuanto antes el fatídico día, en el que por fin pudiera pagar el mal tan grande que había causado.

Era tal la pesadilla, que deseaba encarecidamente que el verdugo actuara lo antes posible. Pero la justicia es lenta para todo y las caras de aquellas tres víctimas a las que él arrebató la vida, estaban presentes en su mente de día y de noche, despierto o dormido. A cualquier hora el recuerdo de Carolina y de sus hijas le martilleaba en la cabeza, como si de alguna forma, la sentencia por su delito ya se estuviera cumpliendo.

El cerrojo de la puerta del locutorio, rompió el silencio que en éste había y tras ella apareció la figura de José Jiménez Candau que traía un paquete en la mano bastante grande, como para que fuera un medicamento, que paliara el tremendo resfriado que sufría el preso.

- ¿Qué clase de medicamento has traído Pepe?

- Medicamento, medicamento solo estos papelillos que me han dado en la botica de la calle Arjona. Me ha dicho el boticario que te tomes uno después de cada comida. Eso te aliviará la tos. Esto otro te lo he comprado yo para que pases el día.

El amigo del abogado desplegó el paquete y dejó a la vista una gran cantidad de alimentos. Un chorizo, medio queso de cabra, algo de tasajo, tiras de bacalao, un cuarterón de tabaco con un librito de papel y un envoltorio de papel de estraza en el que había una buena cantidad de polvorones y alfajores.

Antonio quedó impresionado ante aquellos manjares. Cogiendo un dulce en cada una de sus manos se los ofreció a sus visitantes, haciéndoles participes también a ellos del regalo que había recibido.

- Tengan ustedes señores, yo los convido, aunque no sea yo quien los haya

pagado. Les agradezco mucho su visita.

Mientras los tres hombres saboreaban los dulces de Estepa, nuevamente el cerrojo del locutorio volvió a sonar y tras la puerta se pudo oír la voz del funcionario que apremiaba a la visita, para que ésta fuera acabando.

- La hora de la visita ha terminado señores, si tienen la bondad, hagan el favor de abandonar el locutorio.

Antes de marcharse, el abogado y su amigo ayudaron a Antonio a recoger los alimentos que habían quedado en la mesa.

Éste con el paquete en la mano los observaba cuando se encaminaban hacia la puerta de salida. Sentía la sensación de que ya no los volvería a ver en la vida, pero las palabras de Adolfo que se volvió para hablarle nuevamente le sacaron de su ensimismamiento.

- Antonio, estate tranquilo, que vamos a hacer todo lo posible para conseguir tu indulto, te prometo que lo vamos a lograr. Procura disfrutar de lo que te hemos traído y ten cuidado que hay por ahí muchos aprovechados.

Por otra puerta que da al claustro del *Patio Chico*, la voz del otro funcionario hizo que *El Rabazo* depositara sus regalos en la mesa, para que éste le colocara los grilletes.

- Si te coloco esto no te vas a poder llevar estas cosas que te han traído, no te las voy a poner y espero que no hagas ninguna tontería.

El preso no contestó a su guardián, limitándose simplemente a seguir el camino marcado por el pasillo que conducía su celda.

Tanto en el *Patio Chico* como en el *Patio Grande*, el resto de los reclusos aprovechaban el tenue sol que se colaba por los altos muros. Algunos saludaron al *Rabazo* con cierta ternura, pues en toda la cárcel era sabido lo de su condena. Cuando pasó la puerta que daba a la galería ésta se cerró tras él y pudo ver a su amigo Anselmo que lo estaba esperando como muchos días, para echar unas pláticas, como el anarquista solía decir.

- Veo que alguien se ha acordado de ti en estos días tan señalados.

- Ha sido mi abogado y un amigo suyo, que han venido a traerme estos *avíos*.

- Ves Antonio, como siempre hay gente buena en todos los sitios.

- Pasa a mi celda que te voy a convidar, esto parece que no tiene mala pinta y así nos libramos de la bazofia que nos dan los de la cocina, por lo menos hoy.

Con un chusco de pan y el regalo que trajo la visita, los dos compañeros se sentaron en el camastro para disfrutar de los manjares que hacía mucho tiempo no

habían probado.

La soledad del calabozo volvió a apoderarse de Antonio y el silencio de aquella noche navideña, solo roto por los secos ruidos de las puertas al cerrarse, o de los pasos de los guardianes, le hacían volver nuevamente a la crónica pesadilla de cada día.

IL

Siempre la misma imagen de aquel fatídico día de primavera en la sierra sevillana. Parecía como si de un plumazo, el autor de aquel paraíso hubiera eliminado de golpe, toda la belleza que aquellos parajes albergan.

El encinar y el alcornocal cazallero, los verdes valles de la *Rivera*, las cuestas del *Gallo*, las montañas de la sierra del Viento o del Agua, los cortijos blancos resaltando entre el verdor de los olivos. Los pintorescos sonidos de los animales que pueblan el entorno y que inundan todo el ambiente de alegría. La noble gente de sus majadas, los gañanes fornidos arrancando la corteza de la tierra, mientras de sus gargantas emanan algún fandanguillo de Huelva para animar a las yuntas a que sigan la besana.

Ninguno de los dulces recuerdos de la sierra norte de Sevilla en la que Antonio se crió, sirve para restaurar la herida que él mismo produjo. Una herida que durante muchos años quedaría abierta sin que ninguna medicina pueda curarla.

Bajando por la calle Luenga, Manuel Barbancho se dirige a su casa con una sonrisa en los labios. Ha estado en casa del señorito liquidando las cuentas de la aceituna y lleva entre la faja una cantidad de dinero lo bastante aceptable para poder pasar unos días sin agobios y además, el manigero le ha dicho que cuando empiecen las faenas de la tala le dará algunos jornales.

A la altura de la Caridad un hombre se para a charlar con él. Tiene pinta de señorito y en su rostro se refleja una cierta apariencia de personaje siniestro.

Un sombrero de fieltro le cubre la cabeza y en el bolsillo superior de la americana, luce un pulcro pañuelo blanco. Los zapatos limpios y brillantes como la patena y las manos enfundadas en unos guantes de cuero negro.

- Disculpe amigo, me han dicho que es usted familiar de *El Rabazo*

- No, no soy familiar de ese hombre, es mi mujer y se llama Antonio…

- Soy periodista de *El Correo de la Mañana* de Badajoz. ¿Podría hacerle unas preguntas si no le importa?

- Pues claro que me importa. Mi mujer lo está pasando muy mal con esta *canujía,* así que si quiere saber algo de *El Rabazo*, váyase al Ayuntamiento o al Casino, que ahí le darán razón de todo, a mi no me gusta hablar de esos temas, luego ustedes ponen en los papeles lo que les da la gana.

- No hombre, no es así como usted lo dice, yo solo me limito a escribir lo que la gente me cuenta.

- Pues mire usted, más valiera que contaran en sus periódicos las necesidades que está pasando la gente, y que el mundo se entere del hambre que hay en todos los sitios, en vez de estar dando vueltas con el tema de lo de *El Rabazo*, y ahora déjeme usted tranquilo, que estoy deseando llegar a mi casa. Buenas tardes tenga usted.

- Que carácter, no es para que se ponga usted así.

- Yo me pongo como me da la gana.

Manuel emprendió de nuevo su camino. Poco más abajo en su casa Julia lo esperaba. El dinerito que su marido traía, le iba a venir como agua de mayo. Había muchos agujeros que tapar y si además el trabajo estaba garantizado por unos días más, mejor para todos.

En la cocina sentados a la mesa esperaban a que el cocido, que durante largo tiempo estuvo al fuego en la chimenea, fuera puesto en el centro para que todos a excepción de los niños, metieran la cuchara en la vieja fuente de barro, de la que emanaba un embriagante olor, que hacía despertar el apetito de cualquiera.

El día antes, Julia había traído de la casa de su señorito, un buen trozo de hueso del jamón que éste ya se había comido. También restos de carne que la cocinera le envolvió con sigilo en un trapo, para que no la descubrieran. Así estaba de apetitoso aquel cocido.

Los más pequeños devoraban el trozo de miga de telera al mismo tiempo que torpemente se introducían las cucharadas de garbanzos en la boca. Manolito y Narciso comían con ansia, teniendo su madre que llamarles la atención para que se comportaran correctamente en la mesa.

- Un señorito muy trajeado me ha preguntado, qué era lo que sabía yo de tu primo Antonio.

- ¿Y tú que le has dicho?

- Nada ¿qué le voy a decir?, más sabrán ellos que yo. Esos que escriben en los papeles no van nada más que a enterarse de todo lo que no deben. Lo he mandado al Casino, que seguro allí sabrán más que cualquiera de nosotros.

- Pobre Antonio lo que deberá de estar pasando. A mi tía Pura ya no le quedan lágrimas…

- Y a la María Josefa qué me dices de esa madre, o del pobre José. Ayer mismo lo vi en la esquina de la *Puntilla*, el hombre está *consumiíto* parece que le han echado veinte años encima.

Por la calle de Santa Ana, la chiquillería corretea por la cuesta, mientras el párroco lee su breviario entre sol y sombra, bajo los portales. Las cigüeñas revolotean en lo más alto de la torre, mientras por los agujeros que ésta tiene en el campanario, los pollos de aguiluchos pían escandalosamente, solicitando de sus madres el alimento esperado.

Las mujeres se reúnen en las *recachas* en las que da el sol, para hacer sus labores de costura, mientras hablan de sus cosas. Unas de cómo ha de hacerse el zurcido de unos pantalones, otras de cómo se aliñan los avíos de la matanza y las más indeseables a herir la sensibilidad de otros, ahondando en la herida que tanto ha dañado al pueblo.

Joaquina ha sacado a su madre a que le diera el sol de la tarde a la puerta de su casa. El murmullo del arroyo que transcurre a lo largo de la calle, no le impide oír a las mujeres al otro lado, como se vanaglorian de las noticias que según ellas dice el periódico y que aparentan leer en voz alta, para que la desconsolada Pura pueda oírlas.

- ¡Aquí lo pone bien clarito! Próximamente se llevará a cabo la ejecución de Antonio Martínez Hernández por el crimen perpetrado en la persona de Carolina Merchán Cortés y de sus dos hijas…

A pesar de sus sufrimientos ocasionados por los acontecimientos vividos, Pura se sentía tremendamente dolida por las viperinas palabras de aquellas vecinas que se regocijaban en la desgracia de aquélla desconsolada madre.

Su hija tuvo que salir en defensa de su madre para que aquellas arpías dejaran de hurgar en la tremenda herida que sangraba en su corazón desde hacia tres años.

- Como se puede ser tan malas personas, no os dais cuentas del daño que le estáis

haciendo a mi madre.

Una de aquellas indeseables mujeres que ponía a la vista una descomunal y grasienta barriga, tras un sucio y arrugado delantal, se encaró con Joaquina y con las manos en jarra no dejaba de vociferar insultos y amenazas, no solo a la persona de su hermano, sino de la misma madre que lo trajo al mundo.

- ¡La mala persona es tu madre, que trajo al mundo a una criminal! Pero ya va a pagar pronto lo que hizo y espero que sufra tanto como las pobres criatura que tu hermano mató.

- Vayámonos para adentro madre.

Mientras aquella mujer despiadada no dejaba de emitir insultos y maldiciones, Joaquina con su madre de un brazo y la silla baja en la otra, se metió en la casa cerrando la puerta con la tranca.

A esas mismas horas, los tertulianos de siempre, consumían sus cafés de cada día, además de las correspondientes copas que Federico servia al punto, según los señores iban pidiendo. Pero aquella tarde a la tertulia de siempre se agregaría un recién llegado, que desde el interior del salón fue descubierto por alguno de los presentes, que no tuvieron inconveniente alguno en invitarlo a su mesa, cuando se enteraron de que era un periodista que venía buscando información sobre *Rabazo*.

Naturalmente el interrogatorio preliminar de los contertulianos no dejaba de ser curioso, ya que ellos eran los que parecían periodistas y no el recién llegado. Tuvo que ser el boticario quien parara la tremenda batería de preguntas a aquel hombre, al que ni siquiera le dieron oportunidad de presentarse.

- Caballeros, por favor, tengan ustedes un poco de decoro, este señor es periodista y viene a recabar información a nuestro pueblo con relación a unos hechos muy delicados. Ni siquiera sabemos cómo se llama y ya le estamos interrogando, cuando es él quien nos debería de preguntar a nosotros. Disculpe usted, soy Rogelio Vázquez, licenciado en farmacia, es un placer tenerle entre nosotros.

- Encantado amigo mío, mi nombre es Bernabé Contreras Solozabal de *El Correo de la mañana,* de Badajoz y estoy haciendo un reportaje relacionado con la figura de Antonio Martínez Hernández, conocido como *El Rabazo.*

- Verá que ha caído usted en buen sitio –habló Luis Castellano-, éste es el pueblo en dónde nació y en dónde tuvimos el placer de ver como lo detenía la Guardia Civil.

La prepotente voz de Castellano hizo que todos miraran hacia la silla que éste ocupaba, sabían que sus palabras no quedarían solo en ese comentario. Pero el periodista hizo que aquellos pronósticos cayeran en saco roto, ya que el recién

llegado traía más información que la que cualquiera de los allí presentes pudiera tener.

- Yo solo quiero verificar algunos datos. He estado en la Audiencia de Sevilla, así como en los Juzgados de Cazalla. En ambos sitios he conseguido muy buena información, pero la personalidad de este hombre es mejor conocerla de manos de los que han convivido con el y qué mejor que su pueblo.

Todos los presentes aportaron su granito de arena informando al periodista extremeño los conocimientos que sobre *El Rabazo* cada uno tenía. Muchos de ellos ni siquiera le ponían cara, pues nunca lo trataron en persona, pero a la hora de vejar la figura de aquel condenado a muerte, no les dolían prendas. Solo el boticario y Ricardo Marín se limitaron a no exaltar la figura del reo de forma desdeñable. Además, a una sugerencia del periodista con relación a su intención de hablar con la familia, el boticario haciendo alarde de su extraordinaria delicadeza, abogó porque éste desistiera de su intención.

- Permítame que le diga una cosa, mí querido amigo, no soy yo quién para decirle a usted como ha de hacer su trabajo, pero le pediría encarecidamente que desestimara la idea de ver a la familia.

- Si usted me lo pide, no hay más que hablar, creo que ya tengo bastante material para realizar mi artículo.

Rogelio Vázquez con mucho disimulo acercó su boca a la oreja del periodista...

- Luego usted y yo hablaremos largo y tendido en mi rebotica, si no le importa, claro está.

Llegó la hora de la cena y los contertulios fueron despidiéndose. Lo mismo lo hacían los del resto del salón, mientras Federico recogía los restos dejados en las distintas mesas.

- Se hospeda usted en la posada de la calle Diezmo ¿no es cierto?

- Así es.

- Si quiere paso a buscarle para charlar en mi casa. Por si no sabe donde está la botica.

- No se preocupe usted, la posadera me guiará. En los pueblos chicos es difícil perderse.

En los campanarios de Santa Ana, San Sebastián y Santa María ya había sonado el toque de Ánimas y el marido de la posadera acompañaba al periodista hasta la botica de Rogelio Vázquez.

La noche era oscura y el frío reinante que soplaba desde la Capitana, hizo que los dos hombres se abrocharan la pelliza y que uno se colocara bien encasquetado el sombrero y el otro la gorra de visera. Pocos minutos después, la cancela de la casa del boticario se abría y la criada acompañaba al visitante hasta la rebotica, en donde se encontraban el dueño de la casa, Ricardo Marín y Eusebio Márquez. No fueron necesarias las presentaciones y tras sacar la ya conocida botella de anís del armario en el que guarda el microscopio, comenzó a servir al recién llegado el primero, sin dejar de hablar con aquella parsimonia que el boticario tenía.

- Espero que le guste este anís, don Bernabé, aquí en Guadalcanal lo sabemos hacer muy bien, pero tenga cuidado que pega. Y ahora dígame: ¿qué se sabe por Sevilla? Me figuro que usted está mejor enterado de lo que pasa.

- Si se refiere al tema de *El Rabazo,* no soy yo el indicado de transmitirles a ustedes mis indagaciones, hasta que no haya hecho público mi artículo. Ustedes lo comprenderán.

Fue entonces el Secretario quien intervino, muy amablemente, pero con un cierto aire de autoridad que olía a chantaje, ya que lo que Ricardo Marín quería, era saber de cómo se iban desarrollando los acontecimientos con respecto al cumplimiento de la sentencia.

- Amigo mío, entiendo que la información que usted necesita para su crónica sea de carácter privado y desde luego lo que es por nuestra parte pondremos a su disposición todo lo que esté en nuestras manos para que su información sea de lo más efectiva. Entiendo el talante de libertad de su periódico, pero le puedo asegurar que de lo que usted nos diga, nada saldrá de entre estas paredes. Nuestro interés por *El Rabazo* es meramente humanitario. Ninguno de nosotros estamos por la pena de muerte. Puede usted estar tranquilo.

- Veo que no son ustedes como los de la tertulia de esta tarde en el Casino. Me da la sensación de que en esa tertulia, ustedes tienen en muchas ocasiones que comulgar con ruedas de molino.

Ninguno de los presentes pudo aguantarse la risa y el periodista comprendió en seguida que estaba ante unas personas de talante liberal y progresista, muy acorde con las ideas del periódico para el que trabajaba. Bebió un trago de su copa y tras saborear el dulce anís *Flor de la Sierra,* comenzó a hablar mientras con su mano izquierda acariciaba la copa de cristal suavemente.

- La verdad es que ese hombre lo tiene muy pero que muy mal. Por las investigaciones que he hecho, me temo que muy pronto será ajusticiado. Al parecer, se están haciendo trámites para consumar la sentencia pues el

Directorio Militar quiere que estas cosas queden zanjadas lo antes posible. Un indulto puede llegar en cualquier momento, pero según mis fuentes, Primo de Rivera no está por la labor, ya saben ustedes cual es la forma de actuar de este hombre.

- Ya, pero por lo que yo tengo entendido –dijo Rogelio Vázquez-, su abogado y algunas personas de peso en Sevilla han solicitado clemencia al Rey y según me han dicho, el mismo alcalde señor Gómez Armero ha escrito una carta al monarca.

- Sí, ya lo sé don Rogelio, pero en este oficio del periodismo se aprenden muchas cosas y una de ellas es saber encontrar la información que se desea, en el corazón mismo del funcionario de justicia, que a fin de cuentas es el que tramita los expedientes y en cierto modo les da curso, que en ocasiones puede ser agilizados o retrasados.

Los cuatro hombres que departían amistosamente en la rebotica de Rogelio Vázquez no se dieron cuenta de que en el reloj de pared marcaba ya las dos de la madrugada. Alguien advirtió de lo tarde que era, pero el mismo dueño de la casa animó a que se volvieran a llenar las copas.

- Bueno señores, tómense ustedes las ultima, que yo a fin de cuentas me voy a la cama sin salir de casa, pero ustedes tienen que hacerle frente a este duro pero sano aire fresco de nuestra tierra.

Tras cerrar la cancela y la puerta de fuera, los tres hombres se encaminaron a la posada de la calle del Diezmo, con el fin de acompañar al periodista. El aire se había echado y el frío no parecía tan intenso. A lo lejos el chuzo del sereno se dejó oír y Ricardo Marín tocó las palmas para que éste acudiera.

- Aquí está el sereno, ¿qué se les ofrece señores?

- Que abras la puerta de la posada, este hombre se hospeda aquí.

- Ahora mismo don Ricardo, a mandar que *pa* eso estamos.

- Ha sido un placer don Bernabé, espero que no tardemos en vernos, ha sido una velada muy agradable. Creo que puedo hablar en mi nombre y en el de don Eusebio.

- Lo mismo digo caballeros, buenas noches y hasta la vista.

Las informaciones recopiladas por el periodista pacense eran ciertas y los esfuerzos de mucha gente para que la temida sentencia no se llevara a cabo eran tremendos. Su abogado no paraba y todas las oportunidades que tenía para implicar a personajes de la Iglesia y la política, o del mismo estamento judicial, las aprovechaba en lo posible.

El mismo alcalde de la ciudad hispalense se puso a disposición del letrado llegando a enviar una carta en nombre del pueblo de Sevilla al embajador de España en Roma, para que S.S. el Papa, interceda ante el Rey de España sobre el indulto y se conmute la pena de muerte a *El Rabazo*.

Hasta los mismos presos escribieron una carta a Jacinto Benavente, en la que le suplicaban por la vida de aquel compañero con el que se cruzaban a diario en los pasillos de el viejo convento del Pópulo.

El cardenal hispalense, periodistas de todos los medios sevillanos, andaluces y españoles, catedráticos de la universidad, así como los doctores Miraflores y Roquero, se involucran en la tarea de salvar a aquel hombre del garrote. Estos últimos acuden al centro penitenciario, para dar fe de la anormalidad mental que el reo muestra. Confirmando el diagnóstico de otros doctores como Delgado Roig, quien aseguró en un artículo, la veracidad sobre la locura moral del condenado.

Nadie en la ciudad de Sevilla es ajena a lo que al *Rabazo* se le avecina. Gran cantidad de gente se muestra en contra de la sentencia. Pero la prensa diaria no da pie a la esperanza de que la sentencia no se cumpla.

Tampoco sirvió de nada que Adolfo Rodríguez Jurado, junto con su padre, se desplazara a la ciudad de Córdoba, a la que el Rey asistía en una visita oficial, para aprovechar la ocasión y pedir al monarca nuevamente clemencia para su cliente.

Lo mismo ocurrió días después en Sevilla, en dónde el alcalde se las arregló para que la comitiva real pasara por la cárcel, cuando ésta se dirigiera a los Reales Alcázares, a ver si de esa forma el monarca y los ministros que le acompañaban, se condolecían y evitaban una muerte innecesaria.

El pasante de los abogados Rodríguez, padre e hijo, entra en el despacho con un tremendo estado de nervios. Parece como si la carta que llevaba, le ardiera en las manos. Los dos letrados lo miraron como si observaran a un poseído por el diablo.

- ¿Qué es lo que te pasa, que traes esa cara? Parece como si hubieras visto al mismísimo demonio.

- Es una carta del secretario particular del Rey…

- Trae acá.

El defensor del *Rabazo* reaccionó como un autómata. Sabía que aquella carta podría traer muy pero que muy buenas noticias. Rompió el sobre si fijarse siquiera en el membrete de la casa real y nervioso perdido comenzó a leer dejando de lado los preámbulos. Mientras, su padre lo observaba con impaciencia, aunque

según iba viendo la cara de su hijo, la respuesta no era necesario adivinarla.

- El general Primo de Rivera ha estudiado el caso de Antonio Martínez Hernández, pero no ve el medio de aconsejar a su majestad el indulto de dicho condenado. De todas formas, el general tendrá una conferencia con el Rey, cuando éste llegue a Madrid.

El revuelo creado en la ciudad de Sevilla por la inminente ejecución de *El Rabazo* es cada vez más intenso. Ya no son solo los corrillos de tabernas, los que difunden la noticia, también los periódicos locales y los nacionales dan cuenta de que pronto se cumplirá la sentencia. Pero si hay algo que corra más que lo que más corre, es un rumor.

El día 4 de febrero por la tarde, se ve bajar a un hombre del tren correo de Madrid. Va acompañado por una pareja de la Guardia Civil y lleva en sus manos una caja a la que abraza como si de un juguete querido se tratara.

Una gorra de color negro cubre su cabeza y se protege del frío con una bufanda y un abrigo del mismo color. Camina lento y desconfiado, mirando para todos los sitios y al verlo entre los guardias, muchos piensan que puede ser un preso que llevan a algún penal. Pero uno de los mozos de estación que espera con su carretilla a que alguien requiera sus servicios, se da cuenta del personaje que escoltado pasa por delante del él, no lo puede remediar y su voz es oída por todos los presentes.

- ¡Es el verdugo, es el verdugo! ¡Me cago en la madre que te parió…!

Mucha gente empezó a arremolinarse alrededor del escoltado por los guardias, quienes tuvieron que emplearse a fondo para que no pasara nada desagradable. Algunos ferroviarios se prestaron a ayudar a los miembros de la Benemérita y consiguieron sacar al verdugo de la estación, en donde un coche lo estaba esperando en la esquina de la calle Marqués de Paradas.

El rumor de la llegada del administrador de la justicia, corrió por todos los sitios como un reguero de pólvora. La ciudad de Sevilla era un clamor por todas partes. Empezaron a verse cuadrillas de gente que pedían a las autoridades que aquel hombre se fuera de la ciudad. El fotógrafo de un periódico de otra provincia consiguió una instantánea que al recién llegado no le gustó, pero nada pudo éste hacer, ante la luz del silicio que le deslumbró los ojos.

El verdugo, un tal Casimiro Municio Agüera, es conducido a la prisión del Pópulo, en donde lo recibe el director de la cárcel con una frialdad que hace extrañarse a los mismos guardias que le acompañan. Le extiende su mano de mala gana y se limita a darle las oportunas órdenes.

- Ahora mismo le acompañarán a su alojamiento en la enfermería. Le aconsejo

que en las horas de paseo de los internos no se deje ver, así evitaremos problemas.

No tardó el director de la prisión en poner en antecedentes al señor alcalde de la ciudad de que el verdugo ya estaba en Sevilla. Eso significaba que la sentencia no tardaría mucho en ser cumplida, aunque según su criterio, la judicatura aún daría unos días de plazo.

Desde la misma plaza de San Francisco, el alcalde dio las órdenes oportunas para que le preparasen un viaje a la capital del estado, haciendo participe de su decisión al abogado defensor, quien se prestó a acompañarle con el fin de poder conseguir algo positivo dada su calidad de exdiputado a Cortes y la amistad que le unía con personalidades del Ministerio de Gracia y Justicia.

- Esta misma noche salgo para Madrid. He estado hablando con el alcalde y los dos iremos a buscar la forma de conseguir el indulto. Tú hijo, quédate aquí en Sevilla, dónde eres más necesario que nunca.

Aquella misma noche el abogado y el señor Vázquez Armero se encuentran en el andén numero uno de la estación de Plaza de Armas. El alcalde hispalense va acompañado por su secretario particular y un policía municipal que le sirve de escolta. Suben todos al coche cama numero uno y entran en el departamento que el empleado de ferrocarriles le asigna. Mientras el guardia municipal permanece en el pasillo del vagón, los tres hombres departen sobre la estrategia a seguir tanto en Sevilla, como en Madrid.

- Yo tengo buenos contactos como ex diputado que soy a Cortes y usted alcalde podrá solicitar audiencia con el Presidente del Consejo de Ministros.

A través de la ventanilla la voz de un mozo ferroviario dio por terminada la conversación.

- ¡¡Tren expreso con destino a Madrid va a efectuar su salida!!

Solo alcalde y diputado quedaron en el departamento, mientras los acompañantes bajaban al andén. Una ligera sacudida acompañada del ruido de los topes del convoy, eran la señal de que éste se ponía en marcha. Luego, el silbido de la locomotora y una nube de vapor inundaron gran parte de la estación. Al poco tiempo el tren desaparecía en la oscuridad y desde sus ventanas los viajeros podían ver las luces de la Macarena y luego las de San Jerónimo. Posteriormente la velocidad se hacía más intensa, hasta alcanzar el tren su máxima potencia a la altura de Los Rosales.

El monótono traqueteo de aquel expreso impedía que de alguna forma se pudiera conciliar el sueño y tanto el alcalde sevillano, como el abogado, optaron por sentarse y de alguna forma ir preparando las visitas que cada uno por su lado, harían a personajes ilustres e influyentes en la Corte.

Los vaivenes del convoy producidos en los cambios de vías al llegar a la estación cordobesa hicieron que alguno de los papeles que los dos hombres habían dejado sobre la mesita de debajo de la ventana, cayeran al suelo. En uno de ellos iba el justificante del telegrama que el alcalde había recibido de la Presidencia del Gobierno, en donde se le indicaba día y hora de la audiencia que le había sido concedida.

Era el último cartucho para hacer ver a Primo de Rivera de la necesidad del indulto al *Rabazo*. También Rodríguez Jurado que iría a primera hora al Ministerio Gracia y Justicia, cuyo subsecretario era un viejo amigo de la facultad, había puesto sus esperanzas en que de alguna forma la inminente sentencia se conmutara o al menos se aplazara, para que ellos tuvieran más tiempo de conseguir el deseado indulto.

El silbido del tren anunciando que salía de la estación cordobesa tranquilizó a los viajeros, ya que observaron en el gran reloj de pared, que por el momento no había retraso.

Luego las estaciones de Espeluí, Linares-Baeza, Valdepeñas y Alcázar de San Juan, en donde un empleado ferroviario anunciaba que el tren estaría parado durante unos veinte minutos, ya que en aquel nudo ferroviario había que esperar la confluencia de otras unidades que venían de Madrid en dirección a Levante.

Por los andenes la gente paseaba estirando las piernas mientras una pareja de la Benemérita cuidaba del orden, envueltos en sus grandes capas.

- Señor Jurado, ¿le apetece que bajemos a tomar un café en la cantina y de paso estiramos las piernas?

- No ha tenido usted mala idea, pero si no le importa seré yo quien le invite a ese café.

- Si ese es su deseo, por mi encantado.

Tras la corta parada, de nuevo el tren inicia su marcha y tanto el alcalde como el abogado, optan por intentar dormir.

El débil sol mañanero entra por las ventanas del pasillo del vagón y el alcalde se remueve en su litera. Siente un poco de frío y se enreda en la manta que le dieron al comenzar el viaje. Observa que el viaje llega a su fin, pues descubre el letrero de la estación de Valdemoro que aunque el tren no ha parado, le dio tiempo a leer.

- Mí querido don Adolfo estamos llegando a nuestro destino.

- Vaya hombre, ahora que había logrado coger un poco el sueño.

La estación de Atocha, como cada mañana a la hora de la llegada de los trenes de todo el país, era un colosal hervidero. Por todas partes la gente deambula apresuradamente con maletas y paquetes de todo tipo. Lo mismo se encuentran a viajeros llegados de los más lejanos lugares de España, que los de los pueblos cercanos de las provincias de Toledo o Guadalajara con su atillos de productos del campo, para de alguna forma venderlos en la capital. Unos mozos con gorra de plato empujando unas carretillas, se ofrecen para llevar los equipajes de los recién llegados.

Tanto el alcalde Vázquez Armero, como Rodríguez Jurado salen a la calle por la puerta norte y lo primero que se encuentran es la monumental fachada del Ministerio de Agricultura, que parece emerger de entre los árboles próximos del parque del Retiro. Se encaminan por el Paseo del Prado y hacen una parada en el hotel Palace, en donde deciden desayunar. Después los dos hombres se despiden con la condición de volver a encontrarse en el Palacio del Paseo de la Castellana, en donde se reunirán con el presidente del Directorio.

Hasta la hora de la cita con Primo de Rivera, tanto el alcalde sevillano, como el padre del abogado defensor, no pararán de moverse por Madrid para recabar todo los favores posible, con el fin de lograr su propósito. En el Ministerio de Gracia y Justicia, el subsecretario señor Vallespinosa, salió de su despacho con los brazos extendidos y en desbordante alegría.

- Pero Adolfo, que alegría me da de verte, no te esperaba yo en Madrid ¿qué es lo que te trae por la villa y corte?

- Quisiera hablar contigo de un tema muy delicado, quisiera….

- Ahora me lo cuentas en mi despacho, que las paredes de los pasillos de los ministerios lo escuchan todo, ¿me entiendes verdad?

Tanto el subsecretario como Adolfo se sentaron en torno a la mesa principal, pero antes, el anfitrión sacó una botella de coñac francés que le ofreció amablemente a su invitado, al mismo tiempo que se interesaba por su familia.

- ¿Qué tal por Sevilla? Como echo de menos aquellas correrías por Triana y aquellas juergas flamencas que nos organizaba Bermúdez; ¿creo que es ahora Gobernador Civil de Granada, no es cierto?

- Sí; hace unos meses estuve con él en una recepción que dieron en el colegio de abogados de Sevilla.

- ¿Y tu familia?, ¿están todos bien? Me comentaste en una carta que tu hijo ejercía como abogado en tu mismo bufete. Vosotros los Rodríguez Jurado siempre fieles a

vuestras ideas liberales.

- Así es y de eso quería hablarte.

- ¿De tus ideas liberales?

- No, de mi hijo. Verás, es el defensor de un condenado a muerte, habrás oído hablar de él, se llama Antonio Martínez Hernández, alias *El Rabazo*

- Sí, lo recuerdo, ese que mató a una mujer y a sus dos hijas en un pueblo de la sierra, he leído que lo condenaron a muerte.

- Así es, y yo he venido en nombre de mi hijo con el fin de pedir el indulto para ese desgraciado. Su estado mental es lamentable y no lo digo yo, lo dicen médicos de renombre. Creo que se cometería una gran injusticia mandando a ese hombre al cadalso. Se que es muy deplorable lo que hizo, pero la pena de muerte no es el camino y es por eso por lo que te pido que trates en lo posible de influir en el ministro para que al menos se conceda una demora en la sentencia, con el fin de que podamos demostrar su tremenda idiotez. El pueblo de Sevilla está en contra de esta pena. El obispo, los sindicatos, las cofradías, el ateneo… No hay institución que se niegue a la conmutación de la sentencia. El mismo alcalde esta aquí en Madrid tratando de lo mismo que yo, en otros estamentos y tenemos una audiencia con Primo.

- Veré lo que puedo hacer, pero lo veo muy difícil. El Directorio no es tan benévolo como los políticos de hace unos años. Desde que el general llegó al poder, no se ha conmutado ninguna pena de muerte y es más, te puedo decir que se está hablando mucho de la sentencia de Mateo y Nicolau, pero mucho me temo que correrán la misma suerte, aunque eso provoque un levantamiento anarquista. El Directorio no se deja amedrentar, pero te prometo que voy a tocar todos los palos posibles. De momento dime a qué hora estáis citados con el general y si me es posible iré con vosotros, a ver si lo pillamos con la *lana blanda*.

- A las cuatro de la tarde tenemos la hora de la audiencia.

- Cuenta con mi presencia en la Presidencia del Gobierno. A esas horas yo estoy en la tertulia del Café Gijón y porque falte algún día no va a pasar nada. De todas formas, veré si puedo hablar con el Ministro, a ver si se puede hacer algo.

El abogado salió satisfecho de su entrevista con el Secretario de Gracia y Justicia. Una cierta esperanza se abría para conseguir sus propósitos. Mientras que el alcalde sevillano había conseguido llegar al Palacio de Oriente, en donde el mismísimo Rey le recibía en su despacho, por espacio de un cuarto de hora. No le dio garantías de conseguir el indulto del *Rabazo*, pero tampoco le hizo perder la esperanza de que éste no se pudiera producir.

En una taberna de la calle Cuchilleros, los dos hombres comieron un buen

cocido y tras tomar el café, se fueron andando hasta el Paseo de la Castellana, en donde a las puertas de la sede de la Presidencia del Gobierno, ya les esperaba el subsecretario de Gracia y Justicia. Un ujier los acompañó hasta la antesala del despacho del primer mandatario de la nación y poco después la puerta se abría.

Un apuesto funcionario de traje negro y cuello duro los invitó a entrar. De espaldas a los recién llegados el General don Miguel Primo de Rivera vestido con el uniforme del ejército de Tierra, miraba el paisaje que se vislumbraba por una de las ventanas.

Se dio la vuelta y los recién llegados quedaron fascinados, ante la elegante y castrense postura de aquel hombre, que lucía en su pecho el fajín del generalato y una extensa gama de condecoraciones, que resplandecían en su pechera.

- Ustedes dirán señores, que es lo que les trae aquí y perdonen que les dedique tan poco tiempo, pues tengo que presidir en una hora, un acto en un acuartelamiento militar de Alcalá de Henares.

Fue el subsecretario quien habló mientras el general, sin sentarse en su silla, lo escuchaba con las manos en la espalda. Sus ojos fijos en la mirada del segundo de uno de sus ministros. En su rostro no reflejaba ninguna mueca por la que se pudiera sacar alguna conclusión de la decisión que éste pudiera tomar al respecto. Escuchó toda la alocución sin moverse y cuando el subsecretario dio por finalizada su exposición de los hechos, el general mantuvo un largo silencio, que fue roto por su autoritaria voz de militar, acostumbrado a ejercer su autoridad.

- Señor Vallespinosa usted debería saber, que si lo jueces han dictaminado pena de muerte para ese hombre, la ley lo que tiene que hacer es cumplir la sentencia. Ni el Rey, ni yo, estamos por encima de la justicia, por muy dura que ésta sea. Señores, muchas gracias por su interés, pero el Directorio no puede ceder, ante las pruebas irrefutables de un crimen que ya ha sido sentenciado.

- Pero excelencia, el caso de los anarquistas que asesinaron a don Eduardo dato…

- No hay más que hablar señores, si me disculpan tengo otras obligaciones que cumplir. Buenas tardes.

La puerta del despacho se abrió y tras ella un ujier los invitaba a salir. Rodríguez Jurado ni siquiera le extendió la mano al general para despedirse.

Mientras caminaban por los pasillos de la Presidencia del Gobierno, el ujier que los guiaba también les dio a entender que la causa por la que se habían desplazado hasta allí era verdaderamente honrosa.

- Siento mucho que no hayan conseguido ustedes su objetivo, por lo que he leído con respecto a ese tema, me temo que será ese pobre hombre quien pague los

platos rotos y los anarquistas que mataron a Dato se libren.

Los dos visitantes y el subsecretario se extrañaron de las palabras del funcionario, pero rápidamente comprendieron que los casos de pena de muerte no eran lo mismo unos que otros para el Directorio Militar presidido por el General Miguel Primo de Rivera.

Los contactos con miembros de Ministerio de Gracia y Justicia no se hicieron de esperar y todos prometieron en lo posible ponerse a trabajar en el tema. No eran horas, pero el secretario del señor Vallespinosa no tuvo inconveniente alguno en contactar por telégrafo con quien fuera necesario para conseguir el objetivo.

- Mañana le pondré al corriente de todo señor subsecretario. Si usted me lo permite me quedaré hasta más tarde para ver que hacemos.

- Gracias Blas, veo que estás interesado en el tema.

- Señor subsecretario todo lo que sea salvar la vida de un hombre aunque sea un asesino, yo estaré siempre dispuesto. En mi opinión, esa no es forma de hacer justicia.

- Veo que tu gente no está por la labor del Directorio.

- Es un buen colaborador –dijo el subsecretario- pero me temo que su talante liberal le va a jugar malas pasadas. Está en el sitio equivocado, pero no tiene la menor duda de cual es su obligación.

- Si no te arrastra a ti.

- No, tanto él como yo, sabemos cual es nuestro papel y el día que esto se acabe, también sabremos estar cada uno en su sitio.

L

Junto a dos guardias municipales, Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras espera la llegada del tren expreso de Madrid en el anden numero uno de la estación Plaza de Armas. En ese convoy vienen de vuelta su padre y el alcalde de Sevilla. El defensor del Rabazo no sabe aún qué noticias traen su padre y Vázquez Armero. Mientras tanto, echa un cigarrillo con los guardias, para calmar la impaciencia que le domina.

Está muy cansado, pues él también ha estado haciendo gestiones en la capital y a pesar de que todas ellas han sido positivas, en ninguna pudo encontrar certeza, ni garantía alguna de que la condena de su defendido pueda ser aplazada. El mismo arzobispo de la diócesis, cardenal Eustaquio Ilundain, le animó a seguir adelante. También los informes de los doctores Roig y Miraflores, el rector de la universidad de Sevilla, sindicatos, cofradías, Ateneo, todos los estamentos que pudieran convencer de alguna manera a la judicatura, de que, como dijo en una ocasión el alcalde, *Sevilla no se vistiera de luto.*

Desde el andén se pudo distinguir las bocanadas de vapor de la locomotora del tren expreso procedente de Madrid que iba entrando en el cambio de agujas. Tanto Adolfo como los dos municipales se separaron del lugar cercano a las vías para no soportar la desagradable caricia del vapor de la máquina. Luego el chirrido de los frenos y una vez parado el tren, toda la parafernalia de mozos con carretillas, mujeres con cestos o fardos, maletas de madera, saludos, besos y algunas apreturas. Uno de los municipales pudo ver la figura del primer edil de la capital hispalense y los tres acudieron a su encuentro.

Solo los saludos habituales se intercambiaron padre e hijo, así como el alcalde. Salieron a la calle Marqués de Paradas, en donde un coche esperaba al edil. Se despidieron y padre e hijo decidieron ir paseando por la calle de Torneo

hasta casa.

- ¿Qué ha pasado papá?

- No lo sé hijo, hemos revuelto Roma con Santiago, pero nadie nos da esperanzas. Muy buenas palabras sí, pero sólo eso, buenas palabras. Primo de Rivera estaba más pendiente de otras cosas que de lo nuestro y en cuanto a Vallespinosa está tratando de unir algunos cabos, pero no tengo yo muchas esperanzas.

- Pero ¿y el Rey?

- El Rey no puede hacer más que lo que el Gobierno le diga. Ahora el problema está en a quién deben conmutar la pena de muerte, a los anarquistas que mataron a Dato a o un patán del campo como el *Rabazo.*

En el patio de la casa de los Rodríguez Jurado, la esposa y madre de los dos abogados, los esperaba tras la cancela. Al verlos llegar, corrió hacia su marido para darle la bienvenida. Luego ordenó a su criada para que les sirviera el café en la mesita que hay junto a la fuente. Esperaron hasta que la muchacha se fue y la pregunta de aquella mujer no se hizo de esperar.

- Qué ha pasado Adolfo, ¿van a perdonarle la vida a ese hombre?

- No lo sé, pero mucho me temo que va a ser imposible.

- Hay Virgen de la Macarena, que Dios lo proteja.

LI

Aquella mañana del día cinco de febrero de 1924, en el Palacio de Justicia, el movimiento que se veía no era como el de siempre. Por los amplios pasillos se podían ver muchos periodistas de distintos medios, tanto locales, como nacionales, que se mezclaban con los funcionarios del Juzgado que iban de un lado para otro con montañas de papeles, pertenecientes a los distintos sumarios en los que estaban trabajando. Guardias civiles escoltando a presos, o simples curiosos que acudían a presenciar las vistas con audiencia pública.

En una de la salas de audiencia están reunidos desde hace ya más de una hora el Tribunal Sentenciador, compuesto por el presidente de la Sala de la Sección Primera, señor Otero y los magistrados señores Suárez y Serrano. Mientras, en el piso inferior del Palacio de Justicia el abogado defensor de Antonio Martínez Hernández, Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, junto a su padre, esperan en los pasillos adyacentes al despacho del Presidente de la Audiencia, donde han sido citados.

Un funcionario invita a pasar a los dos abogados. Ambos revestidos con la obligatoria toga, se sientan de frente al Tribunal. Poniéndose de pie al entrar los magistrados, cuyo presidente les hace una señal para que vuelvan a tomar asiento y comienza su alocución.

- Señores letrados, como miembros de la defensa del condenado Antonio Martínez Hernández, les hemos citado para darles a conocer el fallo de este Tribunal Sentenciador. Es el siguiente: Se decide por unanimidad, que se cumpla la sentencia dictada por la Audiencia Provincial de Sevilla, en fallo del día dos de

diciembre del año 1922, por lo que el condenado antes citado entrará en capilla esta misma tarde, con el fin de que se haga efectiva dicha condena al amanecer del día de mañana. ¿Tienen ustedes algo que alegar?

- Señoría, creo que no es de derecho dicha condena; puesto que ante este Tribunal ha sido expuesta la petición de conmutación de pena debido a los trastornos mentales reconocidos por expertos médicos en psiquiatría, como los doctores Miraflores, Delgado Roig y Roquero, que firman sendos informes al respecto y que esta defensa ha puesto a disposición de dicho Tribunal. Así como la súplica pastoral de su eminencia el cardenal arzobispo de la diócesis sevillana monseñor Iluindin, quien solicita de la benevolencia de sus señorías, la conmutación de la pena. También los escritos de estamentos representativos de la ciudad de Sevilla, como son las cartas del alcalde Excelentísimo señor Vázquez Armero; de entidades de esta ciudad como el Ateneo, cofradías, sindicatos y muchas otras instituciones que no quieren ni desean que la ciudad de Sevilla se vista de luto por una muerte innecesaria, que a fin de cuentas nunca llegaría a restañar la vida de las víctimas provocadas por mi defendido. Como defensor del condenado Antonio Martínez Hernández ruego a su señoría aplace y solicite la conmutación de la pena de muerte por los hechos expuestos y por la dignidad humana, a la que todos los buenos cristianos nos vemos obligados por nuestras creencias. Espero que su señoría tenga en cuenta mis suplicas que considero esencialmente razonables.

- El dictamen llevado a cabo por el Tribunal Sentenciador es irrevocable. Su decisión sólo podrá ser revocada por el indulto real. Muchas gracias señores.

Padre e hijo salieron de la sala con la moral por los suelos. Sabían que a su defendido le quedaban horas de vida. Algunos periodistas se le acercaron pero se negaron a contestar a las preguntas de estos. No tenían ánimos para nada. De pronto la voz de un funcionario detrás de ellos se dejó oír, haciendo que los dos abogados volvieran la cabeza. Esperaron a que éste se acercara.

- Su señoría el magistrado señor Otero quiere hablar con ustedes en privado vengan conmigo.

Entraron en un destartalado despacho en cuyas mesas se amontonaban los sumarios entre tinteros y máquinas de escribir. Sentado en una silla al lado de un montón de expedientes que esperaban a ser tramitados, les esperaba aquel mismo juez que minutos antes les había dado tan tremendo disgusto.

Aunque vestido con un elegante traje gris, corbata oscura y pañuelo blanco en el bolsillo superior de la americana, las manos ocupadas por un sombrero de fieltro y un bastón con empuñadura dorada, no causaba el mismo respeto que un juez togado de su categoría. Una tenue sonrisa hacia pensar que tampoco aquel hombre se encontraba a gusto. Invitó a los Rodríguez Jurado a sentarse y comenzó

a hablar.

- Quiero que sepan ustedes señores, que el trance en que me veo es tan triste para mí como pueda ser para ustedes. O quizás aún más si cabe. Yo soy quien tiene que firmar la sentencia de muerte de ese hombre al que ustedes defienden. Y créanme, en mi vida he sentido tanto dolor y remordimiento. Yo mismo he solicitado a título personal el indulto de ese hombre, pero hay intereses muy poderosos que quieren que esta sentencia se cumpla. Los acontecimientos políticos se anteponen como siempre a la cordura humana y cuando en estos se anteponen intereses y autoritarismo, nadie puede poner coto a esta barbarie que vamos a cometer con este hombre. Y aunque es culpable de su crimen, no es motivo para darle garrote. De todas formas, queridos colegas, les quiero agradecer cuanto han hecho ustedes. Su dedicación a la defensa de este hombre ha sido ejemplar y mi respeto hacia ustedes, sobre todo a usted don Adolfo, que ha heredado de su padre la nobleza de saber hacer por la justicia. Créanme que lo siento. Esta condena a muerte va a representar para mí una cruz que llevaré a lo largo de mi vida. Pero es mi deber y a él me atengo. Muchas gracias por escucharme.

- Señoría. Tanto mi padre como yo le agradecemos profundamente su explicación y entendemos que es un gran trance por el que su señoría tiene que pasar. Nos sentimos aliviados en nuestro dolor, al saber que la justicia que usted tan dignamente representa, esconde tras su persona una humanidad incontestable. Que tenga su señoría buen día.

Cuando los dos abogados salieron definitivamente del Palacio de Justicia, ya los medios de comunicación habían desaparecido del entorno. Solo una persona esperaba a los dos letrados, era Jiménez Candau el íntimo amigo de Adolfo que salió a su encuentro.

- Hola Adolfo, ya me he enterado de lo que pasa. Estoy a tu entera disposición para lo que sea. Si es que todavía se puede hacer algo.

Fue entonces cuando el señor Jurado intervino de una forma poco habitual en él, pero que hizo que los dos amigos dirigieran su atención a la cara de sorpresa que éste tenía al interrumpirlos.

- Un momento Pepe. ¿Tú mujer no es sobrina del general Primo?, tengo entendido que su madre y él son hermanos.

- Y además, es ahijada del general, don Adolfo.

- ¿Estaría tu esposa dispuesta a hablar con él, a ver si le sacábamos algo?

- Pues no lo sé pero lo podemos intentar, ¿por qué no se vienen a mi casa?

- No, ir vosotros, yo voy al Ayuntamiento ya que quiero poner en conocimiento

del Alcalde la decisión del Tribunal.

En la lujosa casa de los Jiménez Candau las criadas andaban poniendo la mesa y la señora leía apaciblemente un libro de Campoamor en un rincón del bello patio sevillano, que era la envidia de todo el barrio de San Miguel.

Tras lo saludos y las órdenes oportunas, para que las sirvientas pusieran un cubierto más en la mesa, todos se sentaron a ella.

En la cabecera, el padre de la señora de la casa que vivía con el matrimonio, sentados uno a cada lado de la amplia mesa del comedor, luego al lado de Pepe, Adolfo que se felicitaba de la suerte que había tenido viniendo a comer a aquella casa, porque según él, la cocinera era estupenda.

- ¿Y a qué se debe tu visita a esta casa Adolfo, hacía mucho tiempo que no nos veíamos?

Fue su marido quien contesto a la pregunta hecha al defensor del *Rabazo*.

Pepe explicó a su mujer los motivos que le habían traído a su amigo a venir a su casa y ésta escuchó atentamente las explicaciones. Al mismo tiempo su padre oía en silencio, pero con mucha atención. Solo se limitó a hablar cuando vio que su hija se levantaba para ir al teléfono, pues ya le habían dado la conferencia pedida a Madrid.

- No va a servir de nada, si conoceré yo a Miguel.

Al poco tiempo la mujer de Jiménez Candau aparecía nuevamente en el salón con las manos entrelazadas. La respuesta casi se podía adivinar y su propio padre fue quien la anticipó.

- Nada ¿verdad hija?, ya lo sabía yo.

- Me ha dicho que a ese respecto, ni puede, ni debe, ni está dispuesto a hacer nada. Que la vida de ese hombre para él no significa nada. porque es un asesino y eso es lo que se merece. Ni siquiera me ha preguntado por ti. Solo me ha dicho que lo llame o lo visite cuando quiera, pero como miembros de la familia y no como hermanita de la caridad.

Las horas van pasando y las oportunidades de salvar la vida de *El Rabazo* son cada vez más difíciles. El alcalde hace lo que puede desde su puesto y los telegramas que desde el Ayuntamiento salen, son numerosos. Pero la realidad es la que es y no hay más vuelta de hoja.

Adolfo se dirige a la prisión, quiere hablar con Antonio, pero el director le aconseja que es mejor que no lo haga, pues tiene que pasar por el corredor que da al *Patio Chico* y no es conveniente que vea lo que en ese lugar se está

preparando.

En efecto, en el centro del patio el verdugo y algunos presos están levantando un entarimado de cuyo centro emerge un gran madero que tratan de anclar en la tierra. El abogado lo comprende perfectamente, todo está ya preparado para el terrible evento.

Sale de la cárcel y se dirige a su casa donde su esposa lo espera impaciente. Éste la saluda cariñosa, pero fríamente y se mete en su despacho con el fin de encontrar algo, aunque sea lo más insignificante, que evite la muerte de su defendido.

Tarea imposible. Acude a su alcoba en donde su esposa se ha quedado profundamente dormida y tras desvestirse se acuesta junto a ella. La besa en el hombro y se acomoda. Está muy cansado pero no es capaz de conciliar el sueño. En la oscuridad trata de descubrir como serán los acontecimientos que se producirán en menos de veinticuatro horas, ya que nunca en su vida se ha visto en esas circunstancias. Trata de imaginarse como será la figura del verdugo y no comprende como un hombre puede vivir de un trabajo tan despreciable.

El corazón parece que se le va a salir del cuerpo, como si fuera él quien iba a ser ejecutado. No podía más y para despejar su cabeza de aquella tremenda pesadilla, se fue al salón y se preparó una buena copa de coñac.

Al poco tiempo su mujer aparece en camisón y comprende el desvelo de su marido. Le acaricia la espalda, mientras él se relaja refugiándose en los brazos de su querida esposa, que procura hacerse cargo de la situación de su marido.

- No puedes dormir ¿verdad Adolfo? Este caso te va a quitar la vida.

- A mi no Isabel, a ese pobre desgraciado.

- Lo comprendo cariño, pero tú has hecho lo que has podido.

- No. Tengo la sensación de que no he puesto toda la carne en el asador, a este hombre no tenían que darle una muerte tan vil.

- No te tortures más, las cosas son como son y no podemos cambiarlas aunque queramos, por mucha razón que se tenga. Anda, vamos a la cama que aquí hace algo de frío.

- Vete tu Isabel, yo voy a mi despacho a trabajar. No creo que sea capaz de conciliar el sueño.

LII

En Guadalcanal había llegado al Casino la noticia de que el Tribunal Sentenciador se había pronunciado y en las tertulias se respiraba una cierta intranquilidad, pues aunque las discusiones sobre el tema habían sido muy acaloradas en el transcurso de los dos últimos años, había llegado la hora de la verdad. Esa verdad que pone a cada uno en su sitio y tanto los defensores del cumplimiento de la pena, como los detractores, procuraron quizás por respeto, quizás por no ser señalados como defensores de un criminal o de una sentencia injusta, decantarse públicamente.

Solo Luis Castellano se atrevió a dar su opinión al respecto, aunque no tan acaloradamente como lo solía hacer.

- Creo que a ese hombre le ha llegado su hora. La justicia es la que es y debe de ser cumplida. Que Dios tenga piedad de su alma.

Nadie respondió al militar. Un profundo silencio se apoderó de los miembros de la tertulia que se extendió a los restantes asistentes que se encontraban presentes en el salón del Casino. Solo el tintinear de las cucharillas de café en la bandeja de Federico y el lejano ruido de los que platicaban en la barra cercana, servían de banda sonora en aquella tarde trágica para todos, pues nunca es buena para nadie la noticia de que alguien va a ser ejecutado en poco tiempo.

Rogelio Vázquez, pidió al conserje su mascota y mientras se enfundaba en su elegante abrigo, comprobó que tras él estaban sus amigos el médico y el Secretario.

- Veo don Rogelio que tiene usted prisa, ¿podemos ayudarle en algo?

- No es muy agradable lo que me dispongo a hacer, mis queridos amigos, pero creo que debo ir a casa de ese hombre, para poner en conocimiento de los suyos lo que se les avecina.

- Nosotros le acompañaremos.

Subían los tres hombres por la calle de San Bartolomé y vieron bajar al cura de Santa Ana que iba en dirección a la iglesia de San Sebastián. Se extraña del camino que los tres hombres llevan y les pregunta:

- ¿Qué es lo que pasa mis queridos amigos, es raro verlos por estos lugares a estas horas de la tarde? ¿Cómo no están ustedes en el Casino?

Fue Rogelio Vázquez quien acerco su boca a la oreja del cura para darle la noticia, sin que ésta pudiera ser oída por los viandantes que de alguna forma se extrañaban al ver a aquellas cuatro personalidades juntas.

- Don Rafael, se ha pronunciado el Tribunal y *El Rabazo* ha entrado en capilla. Vamos a decírselo a su familia

- No, es mejor que vengan a mi despacho, yo citaré a Joaquina y a Beatriz y se lo diremos de forma discreta para que la pobre de Pura no tenga que pasar por tan doloroso trance.

Poco después, los cuatro hombres entraban en el despacho de la parroquia y el párroco daba las órdenes oportunas al sacristán a quien mandó a casa de Pura y al monaguillo Joseito a quien dio la misma orden, para que fuera a la casa de Beatriz.

- Escúchame hijo, tú sabes donde vive Beatriz, la de la calle Valencia ¿Verdad?

- ¿La mujer del *Rabazo* dice usted?

- Sí hombre, esa misma, pero no vayas publicándolo por ahí a los cuatro vientos. Solo tienes que decirle que te he dicho yo que venga ahora mismo, que le tengo que decir una cosa.

- ¿Es que ya han matado al *Rabazo*?

- Pero que tonterías estas diciendo impertinente demonio. Haz lo que te digo y punto en boca, si no quieres que te de un cogotazo. *Puñetero* de crío.

No había pasado más de un cuarto de hora, cuando las dos cuñadas se encontraban en la escalinata de la cuesta. Ambas se extrañaron al coincidir y más aún, cuando supieron que el cura las había llamado a ambas.

Entraron en la fría Iglesia, pasaron y se dirigieron a la puerta de la sacristía que da al altar de San Ignacio. Allí sentados en sendos reclinatorios

estaban los cuatro hombres con cara de circunstancias. Rogelio Vázquez y Ricardo Marín se levantaron para cederles sus asientos y las dos mujeres se sentaron en silencio, sin saber lo que les iban a decir, pero las dos pensando en lo peor.

El párroco se puso de pie y apoyando sus manos en el hombro de Beatriz les dijo de la mejor manera la noticia, que no por esperada, era menos desagradable y triste.

- Hijas mías, lo que tengo que deciros es muy triste, tanto para una hermana, como para una esposa, pero es algo que todos nos esperábamos, Joaquina, Beatriz, lamento tener que deciros que Antonio va a ser ejecutado en poco tiempo. Según me han dicho, entrará en capilla esta tarde, pues al parecer se cumplirá la sentencia al amanecer de pasado mañana. Lamento tener que daros tan mala noticia. Espero que Dios sepa perdonarlo. Solo nos queda rezar por él.

Por las mejillas de Joaquina asomaron dos regueros de lágrimas que Ricardo Marín atajó con su pañuelo, mientras, la esposa del condenado quedó como petrificada con la mirada pérdida y fija en el crucifijo que se hallaba sobre la cómoda, en donde se guardaban los ornamentos litúrgicos.

Ningún grito de dolor se dejó oír por parte de aquellas dos dolidas mujeres; el silencio lo llenaba todo hasta tal punto, que casi se podía palpar. Pero pronto tuvieron que intervenir los dos licenciados en Medicina, ya que a la esposa de *El Rabazo* le dio una especie de mareo acompañado de espasmos, sudor frío y un estado de nervios que hicieron que los dos doctores tuvieran que intervenir.

- Don Eusebio, tengo por casualidad en el bolsillo de mi abrigo un frasco de amoniaco, creo que le vendrá bien.

- Sí, tráigalo usted don Ricardo, haga el favor de levantarle los brazos.

Mientras, el sacerdote y Joaquina observaban atónitos la escena que duró escasos minutos, ya que Beatriz se recuperó enseguida.

- Ustedes perdonen pero ha sido el disgusto…

- Vamos no es nada, te encuentras mejor ¿verdad?

- Si don Rogelio, muchas gracias

- No me las des a mí, dáselas a don Eusebio, él es el médico.

Ya había oscurecido cuando las dos mujeres salieron de la Iglesia. A la entrada de la Cañá se encontraron con Pepa la *Polinaria* quien al verlas, les notó en la cara que algo malo había pasado.

- ¿Qué os pasa? No me gusta nada la cara que traéis las dos.

- Pepa, mi hermano, que lo van a ajusticiar mañana.

La cara blanca por el estupor de Pepa contrastaba con su cabellera albina y sin el más mínimo reparo abrazó a aquellas dos mujeres, que más que nunca necesitaban del cariño de cuanta más gente mejor.

Su marido que salió a la puerta de la casa al oír los sollozos, descubrió la escena y al ver a las dos mujeres abrazadas a su esposa comprendió lo que estaba pasando y sin dudarlo un momento se ofreció para que entraran en su casa.

- Anda Pepa, prepárales a estas dos mujeres una tila.

- Gracias Juan José, te lo agradezco mucho –respondió Beatriz.

- Hay que resignarse, no queda otro remedio. Joaquina, a ver como le das la noticia a tu madre, que el disgusto la va a matar.

- Me temo –respondió Joaquina- que esta noticia no hay forma de decírsela sin que la cause un gran dolor.

Las malas noticias corren como, la pólvora y en un pueblo como Guadalcanal no iba a ser menos. Aquella noche ya se hablaba en todas las tabernas y en muchas casas, de que el *Rabazo* no tardaría en ser ejecutado y como es natural, llegó a los oídos de María Josefa y también de José Romero, el marido de Carolina, quien al salir de la casa de un amigo alguien sin remilgos le espetó la noticia,

- José estarás contento, te habrás enterado ya de que pronto se cargaran al *Rabazo*.

- Eso no me va a devolver a mi Carolina y a mis hijas.

En el fondo, José no sentía alegría por la ejecución de quien le arruinara la vida. Solo era impotencia lo que aquel hombre tenía, pues en su corazón ya no había hueco ni siquiera para el odio. La muerte del *Rabazo* solo era una muerte más en aquella tragedia que le había tocado vivir y de la que por mucho que quitaran la vida al asesino de su mujer y sus hijas, nunca volverían las cosas a ser como eran, cuando gozaban de la felicidad en aquella caseta del ferrocarril.

La madre y abuela de aquellas tres víctimas, tampoco encontraba en su corazón lugar para la alegría de que el asesino de su hija fuera definitivamente al cadalso. Tampoco había lugar para el odio, solo el dolor ocupaba los sentimientos de una madre, que se encontró aquella mañana de primavera con el cuadro más cruel que nadie se pueda imaginar.

En la rebotica de Rogelio Vázquez aquella noche apenas si había ganas de saborear aquel oloroso anís de la sierra. La decepción de no haber podido hacer nada, dominaba a los tres hombres que hoy tenían a su lado al cura de Santa Ana dispuestos a buscar el último recurso posible, para salvar la vida de quien no fue

capaz de salvar las de Carolina y sus hijas, Antonia y Carmen.

Se barajaron decisiones y el mismo cura se ofreció para pedir audiencia al señor obispo, pero se descartó esa posibilidad, pues ya su eminencia había tomado cartas en el asunto y probado estaba que no le hicieron ni caso. Tampoco desde el pueblo ya se podía hacer nada, solo les quedaba rezar por su alma. Esa fue la única solución que Rafael Ordóñez pudo encontrar ante la impotencia, que a los cuatro le embargaba.

Eusebio Márquez que siempre había demostrado una gran serenidad en cualquier circunstancia, dio un golpe en la mesa ante el asombro de sus amigos.

- Maldita sea mi estampa, que uno esté toda la vida sacrificándose para salvar vidas y que haya gente que las elimine como si de un juego se tratara. Me saca de quicio.

- Vamos don Eusebio, tranquilícese. Nosotros no tenemos la culpa de lo que pasa, solo somos simples defensores de la vida que todos merecemos, aunque alguno se la hayan arrebatado a sus semejantes. Don Rogelio, pónganos usted una copa de ese aguardiente tan bueno que tiene, es lo único que podemos hacer ya por el pobre Antonio.

- Ustedes los curas siempre a ver si pueden pillar algo.

La respuesta del boticario provocó la sonrisa de todos, haciendo que la tensión disminuyera en lo posible. Hecho que el cura estaba buscando con el fin de que todos se fueran a la cama con mejores ánimos.

LIII

Son las siete de la mañana y en la prisión del Pópulo ya han tocado diana. En el cuerpo de guardia está presente el abogado Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, acompañado de su padre, además de expertos juristas amigos de los letrados.

Desde la estancia en que se encuentran se pueden oír los sonidos propios de las cárceles: rejas que se abren, cerrojos que chirrían, voces de funcionarios que anuncian en alta voz los nombres de los internos y que son respondidas por éstos con el grito de "presente".

Tras unos minutos hacen acto de presencia en el cuerpo de guardia los magistrados miembros del Tribunal Sentenciador, acompañados de dos secretarios y del director de la cárcel. Saludan al defensor del sentenciado, así como a sus acompañantes y se encaminan por lo que en otros tiempos fuera el claustro del convento a la sala de presos, donde hicieron comparecer al *Rabazo*.

Al poco tiempo por la misma puerta que ellos habían entrado apareció el condenado escoltado por dos funcionarios y dos alguaciles, que lo agarraban cada uno de un brazo. Lo sentaron al lado de su abogado y éste aprovechó para darle los buenos días y preguntarle por su estado en voz baja y mientras los miembros del Tribunal preparaban sus papeles.

- Buenos días Antonio. ¿Cómo te encuentras?

- Pues ya ve usted, don Adolfo…

- Señores por favor presten atención.

La voz de uno de los secretarios judiciales hizo que todos se pusieran de pie cuando el Presidente del Tribunal se acercó hasta el improvisado estrado, hecho con una de las mesas que se usan para que los abogados hablen con sus clientes, a la que cubrieron con una mantel de color rojo, un crucifijo y el retrato de su majestad Alfonso XIII.

Éste revestido con toga y birrete comenzó su alocución dirigiéndose al acusado.

- ¿Es usted Antonio Martínez Hernández, de profesión campesino y domiciliado en la calle de Valencia numero veintiocho, de la villa de Guadalcanal, provincia de Sevilla, acusado y condenado por la muerte de Carolina Merchán Cortés y de sus hijas Carmen y Antonia?

El *Rabazo* respondió afirmativamente con una ligera inclinación de cabeza, pero el magistrado le exigió una respuesta más clara.

- Diga sí o no. No me sirve el movimiento de su cabeza.

- Sí.

La respuesta seca del acusado dio pié a que el magistrado comenzara a la lectura de la sentencia que ya traía escrita desde el Palacio de Justicia.

- Reunidos en sesión extraordinaria este Tribunal en el día de ayer 5 de febrero del año 1923 acordamos la siguiente sentencia:

A) Que reconocemos a don Antonio Martínez Hernández como autor de los hechos que fueron juzgados y condenados con fecha de 2 de diciembre del año 1922.

B) Que aceptamos la condena impuesta por el Tribunal en su día, sin que ninguna apelación haya sido admitida como favorable, para que esta condena no sea efectiva.

C) Considerando el mandato del Tribunal Superior de Justicia de Sevilla, ordenamos que el reo Antonio Martínez Hernández sea ejecutado al amanecer del día de mañana 7 de Febrero de 1924 según lo disponen las leyes que se especifican en los artículos correspondientes del Código Penal. Que Dios se apiade de su alma y lo ayude en este trance.

El *Rabazo* quedó como petrificado antes las palabras de Presidente del Tribunal, sabía que su condena a muerte era segura, pero no se esperaba que ésta llegara en aquellos momentos. Ahora comprendía lo del estrado que se estaba construyendo en el *Patio Chico*. Ningún compañero le dio importancia en su presencia, todos sabían que era para su ejecución, pero nadie se lo dijo.

- Lo sabía, eso del patio es para mí y nadie me lo ha dicho.

Un secretario se acercó para ofrecerle la copia de la sentencia que el aceptó y que firmaron como testigos los dos funcionarios. En sus ojos asomaron sendas lágrimas que a duras penas pudo limpiarse pues los grilletes se lo impedían.

- Pueden quitarme ustedes esto, me hace mucho daño. Los papeles no los puedo firmar señor Juez, no sé. Hagan el favor de llevarle esta chaqueta al *Montañés* que ha sido quien me la ha prestado.

- No te preocupes *Rabazo* yo se la daré.

Minutos después, el mismo funcionario que salió para devolver la chaqueta regresaba con ella y antes de salir de la sala de presos se la volvió a entregar.

- Toma Antonio, que me dice el *Montañés* que no la necesita y que te la regala. Anda vámonos, dile adiós a tu abogado.

- Don Adolfo, ésto me tenía que suceder, pero me lo ocultaban porque me querían. Ya no tiene remedio.

Tanto los dos alguaciles como los dos funcionarios permitieron que Antonio entrara en su celda para poner en orden sus cosas. La solidaridad de los compañeros se puso en marcha y todos acudieron a abrazar al que ya no volverían a ver nunca.

Algunos cuando lo abrazaban rompían en un profundo sollozo, otros en silencio simplemente le estrechaban la mano o le palmeaban la espalda. El *Montañés* apenas si pudo decirle un simple adiós que casi no le salía de la garganta, pero cuando el compañero de celda que tantos ánimos le había dado se acercó para despedirse, el *Rabazo* se vino abajo.

- Anselmo amigo mío…

Ninguno de los dos pudo seguir mirándose, se abrazaron sabiendo que era el último abrazo que se daban. Ya no volvería Antonio a escuchar los consejos de aquél viejo anarquista que seguía pagando una larga condena.

Era el final de una gran amistad y del consuelo recibido durante casi tres años. Tuvieron los funcionarios que intervenir muy a pesar de ellos, pues también la emoción les había contagiado.

- Vamos, Antonio.

- Anselmo, dispón de todo lo que tengo, no es mucho pero tú eres el que más se lo merece. Adiós amigo.

- Antonio, quiero que te lleves a la otra vida mi último consejo: afronta este trance con fuerza. La vida no es más que un pequeño espacio de tiempo, para pasar a otra, en la que estoy seguro que sabrás remediar los fallos de ésta. Salud y

fuerza, será cosa de poco.

Como homenaje de despedida todos los presos comenzaron a golpear sus cucharas contra las escudillas mientras era conducido al lugar en que entraba en capilla.

Todos los reparativos para la ejecución estaban ya a punto. *El Rabazo* entró en capilla en donde un Hermano de la Paz y la Caridad le colocó un escapulario de la Virgen de los Dolores. En el altar, una imagen de ésta misma Virgen y un crucifijo sobre un mantel blanco, bordado por las Hermanas del convento de Sor Ángela de la Cruz.

La guardia de la prisión estaba a cargo del Regimiento Granada número 34, al mando de un oficial, mientras en los alrededores fuerzas de caballería de la Guardia Civil, patrullan desde las tres de la tarde.

En el interior de la prisión, Casimiro Municio Agüeda trabaja afanosamente haciendo el hoyo para sujetar y colocar el siniestro artefacto. Nadie se prestó a ayudar al verdugo que acababa de llegar de Lérida y que tras hacer su trabajo al amanecer iría a Jaén para cumplir con su cometido.

La consternación en la ciudad de Sevilla es grandísima. En todas partes se habla de la sentencia que ha de cumplirse en horas. Pero aunque que todas las esperanzas están perdidas, los telegramas a Madrid son abundantes y continuos. El alcalde de la ciudad insiste ante el Rey y ante el jefe del gobierno, científicos que ya emitieron el informe de que el hombre a ejecutar era un enfermo mental, insistían en páginas periodísticas e incluso ante la Audiencia, pero todas las respuestas resultaron negativas.

Se echó la noche y Adolfo Rodríguez Jurado, que después de estar pateando la ciudad hispalense desde la Macarena a Triana o desde la Enramadilla a Heliopolis, llegó extenuado a su casa. Su joven esposa se hace cargo de la situación de su marido y da órdenes a la sirvienta para que prepare la cena. Es imposible tomar bocado. Ese pescado frito que tanto le gusta, ni lo prueba. La sirvienta trata de justificarse.

- Perdone señorito ¿es que no le gusta la cena?

- No Pastora, está muy buena, pero no tengo ningún apetito

- Comprendo que no tenga usted ganas de comer, ya me lo ha dicho la señora. Si quiere le preparo un caldo caliente eso le reanimará.

- Como quieras.

Mientras la criada venía de la cocina con el caldo caliente, el abogado ponía en antecedentes a su esposa de los que había estado haciendo durante todo

el día. Ninguna de las gestiones que había hecho sirvió para que la sentencia fuera aplazada. El caso estaba perdido y ésta se cumpliría al amanecer. Lo único que aquel abogado defensor podía hacer por su cliente es estar a su lado en los últimos momentos de su vida. Se bebió el caldo que Pastora le preparó, cogió su abrigo, su sombrero y su cartera de piel de Ubrique y se despidió.

- Adiós estaré aquí mañana, espero que a la hora de comer. No sé como se van a desarrollar los acontecimientos, pero me espera una larga y triste noche.

- Anímate Adolfo, tú ya no puedes hacer más de lo que has hecho. Has cumplido con tu obligación y no tienes por qué sentir remordimiento alguno. Son otros los responsables de esa muerte.

- Don Adolfo…

- Dime Pastora.

- Rezaré por ese hombre para que Dios lo acoja en su seno. Lo que hizo no está bien pero lo que van a hacer con él tampoco. Usted se ha ganado el cielo…

- Gracias Pastora, te agradezco mucho tus ánimos.

Ha oscurecido ya cuando el abogado aparece en la puerta principal del convento del Pópulo. Para llegar a ella, ha tenido que identificarse varias veces, pues los alrededores de la prisión están fuertemente vigilados. Un funcionario lo acompaña a la capilla. En toda la prisión no se oye un solo ruido aunque aún no se ha tocado silencio. No se ve a nadie por los pasillos, ni internos, ni personal de la prisión. Al pasar por el *Patio Chico* al abogado se le estremece el cuerpo al ver ya preparado el patíbulo que ha de usarse en pocas horas, El funcionario se da cuenta y no puede reprimir un comentario al respecto.

- Es impresionante ver de que forma tan fácil se le puede quitar la vida a una persona. Siempre me pregunto qué derecho tendrá un hombre a matar a otro, por mucho que haya hecho.

- Eso mismo me pregunto yo amigo mío, pero así son las cosas.

En la puerta de la capilla dos soldados del regimiento Granada numero 34 hacen guardia. El funcionario identifica al abogado y estos le permiten el paso. Se despide de su acompañante y tras mover unas gruesas cortinas descubre el panorama que la capilla de la cárcel le ofrece.

Tres Hermanos de la Paz y la Caridad sentados en un banco frente al *Rabazo*, escoltado por un guardia y con los grilletes puestos. El capellán del penal se reviste con los ornamentos propios para celebrar una misa, ayudado por otro sacerdote. También puede distinguir a primera vista al párroco de la Magdalena y al coadjutor de la Iglesia de San Lorenzo con su estola al cuello.

Antes de empezar el sacrificio de la misa, el capellán pide al guardia que tenga la delicadeza de quitar los grilletes al preso, cosa que hace, no sin antes recibir la aprobación del director que también se encuentra presente.

El *Rabazo* permanece todo el tiempo que dura le misa en un profundo silencio y sin mover músculo alguna. Ni siquiera se atreve a santiguarse cuando la liturgia lo requiere. Sus ojos brillan como las velas del altar y de vez en cuando salen de ellos alguna lágrima.

El capellán lee el evangelio según San Mateo, haciendo hincapié en el prendimiento y muerte de Jesús de Nazaret, además de alabar la valentía de aquél que condenado por Pilatos, sufrió en la cruz, de la misma forma que el *Rabazo* iba a sufrir en el garrote.

No era aquel el momento más oportuno para sacar a colación la pasión y muerte de Cristo, sino todo lo contrario, y así lo comprendieron el abogado y también el coadjutor de la Iglesia del Salvador, quien con una penetrante mirada advirtió al oficiante de la inoportunidad de sus palabras.

A la hora de la comunión el preso se acercó siempre acompañado por sus guardianes y recibió el sacramento de la eucaristía sin responder a la oración que el sacerdote pronunciaba al introducirle en la boca el cuerpo de Cristo. Luego en su banco ya sentado, sus ojos se humedecieron aún más, pero apenas si se le pudo oír un ligero suspiro, que uno de los Hermanos de la Paz y la Caridad advirtió apretando su blanca mano en el antebrazo de El *Rabazo*.

Terminado el acto litúrgico comienza una larga espera. Éste pide una taza de café que se le concede y alguno de los presentes se retira a descansar, entre ellos el director, que antes se dirige a la enfermería en donde descansa el verdugo.

Llama a la puerta y sale un enfermero que conduce a su jefe al lugar en donde se encuentra el ejecutor de la justicia. Éste ya estaba acostado y al parecer durmiendo, pues en sus ojos se puede ver que acababa de despertarse. Lo primero que piensa el director es que como una persona que va a dar garrote vil a otra, puede dormir a piernas sueltas. Pero al parecer debe de estar ya acostumbrado.

- ¿Que se le ofrece a usted señor director?

- Venía para decirle que espero que el trabajo que va a realizar usted mañana lo haga con dignidad y con el máximo respeto.

El verdugo se sintió ofendido por las palabras del director y con un pronunciado acento gallego le echó a modo de discurso una arenga, a la que el director no osó responder.

- Un verdugo no es un *filliño* que limitase a hacer jueguitos de meigas. Yo trato a la *morte* con el respeto que siempre tuvimos en la mía *terra* y además, *eo* soy un

profesional, señor patrono. El mío respeto a esa persona que va a ser ajusticiada, está por encima incluso del señor Santiago.

- Perdone pero esto es para mí un trance muy delicado.

- Sí, pero no me lo diga usted a mi, dígaselo a juez que es quien lo ha mandado ejecutar.

- Esta bien señor Municio, buenas noches.

Será larga para mucha gente aquella noche. No solo los que están en la capilla acompañando al condenado estarán en vela. Autoridades sevillanas como el señor Vázquez Armero que aún a pesar de lo avanzado de la hora se ha permitido ponerse en contacto por enésima vez con miembros del Directorio, del Gobierno Civil y de la Casa Real. El presidente de la Audiencia, que aunque retirado a su despacho trata de digerir el trance que a la mañana siguiente tiene que presenciar, como primer responsable de los hechos que han de producirse.

LIV

En el Casino del pueblo del condenado, ya no se discute acaloradamente sobre el merecimiento de la condena de su paisano o no. En el fondo, se siente una honda pena y desasosiego, que aunque muchos tratan de ocultar, en todos está presente.

Son ya más de las nueve de la noche y pronto el elegante salón del Casino se quedará solo. Federico recoge las mesas mientras su mujer se apresura a pasar la aljofifa por el reluciente suelo de cerámica.

- Hay que ver como lo estarán pasando Beatriz y Joaquina, tiene que ser horrible estar esperando a que maten a tu marido y a tu hermano, por mucho que haya hecho.

- Sí es cierto, pero esto nos lo estábamos esperando, lo que pasa es que cuando llega, a todos se nos pone un nudo en la garganta.

En la calle de Santa Ana, el revuelo es comprensible. La madre, la hermana y la mujer de *Rabazo* tratan de pasar su particular noche en capilla. Junto a ellas se encuentran mucha gente que entienden y sienten el dolor de aquellas tres mujeres. Allí estaban Pepa la de la Cañá y su cuñada Manuela, Anita la *Piñera*, Julia, Alegría, Manuel y muchas otras personas acompañándolas en aquel triste trance.

Rafael Ordóñez y Rogelio Vázquez también han pensado en estar al lado de aquellas dos desconsoladas mujeres y se encaminan a la casa. Antes de llegar al *Altillo* distinguen a una mujer que se arropa con el mantón y que camina delante

de ellos. Es el cura quien la reconoce y la llama por su nombre.

- ¿A dónde vas a estas horas María Josefa?

- Voy a casa de Pura, quiero estar con ellas y con la nuera, en esta horas tan triste para ellas.

- Hija mía, lo mejor que puedes hacer es quedarte en tu casa. Tú no eres precisamente la persona más adecuada para estar allí. Tu bondad es infinita, pero sería demasiado duro para las cuatro. Hazme caso María Josefa, ya habéis sufrido bastante y no merece la pena sufrir por lo que ya no tiene remedio. Reza por tu hija y por tus nietas y si puedes perdona a Antonio, eso te hará bien, pero no vayas a casa de Pura.

- Como usted diga don Rafael.

- Anda, ve con Dios hija.

La llegada del cura y el boticario a la casa sirvió de alivio a aquellas tres mujeres desconsoladas, que impotentes, esperaban a que llegara la noticia de la ejecución. Rogelio Vázquez les hizo saber que en cuanto ésta llegara al Ayuntamiento, don Ricardo se lo diría. Mientras, el cura invitó a los presentes a rezar el rosario.

Manuel y algunos hombres poco o nada partidarios de las creencias religiosas, disimuladamente salieron de la estancia, mientras el cura iba desgranando los padrenuestros y los aves María, entre misterio y misterio.

La noche va pasando y la madrugada se hace presente, el cura y el boticario deciden abandonar la casa y es Joaquina quien se atreve a preguntar lo que durante tanto tiempo ha estado intentando de hacer, sin atreverse.

- Don Rogelio. ¿Sabe usted a qué hora ejecutarán a mi hermano?

- No lo sé, estas cosas suelen hacerse al amanecer, así por lo menos lo disponen las leyes. Es lo único que te puedo decir.

LV

Las horas van pasando en aquella siniestra situación en la que se espera que la puerta se abra, bien para dar la noticia de que ha llegado el indulto o para que por ella aparezcan aquellos que vienen a recoger al reo.

El condenado no muestra síntomas de nerviosismo alguno. Solo la gran cantidad de cigarrillos que consume, dan una idea de su estado. Los Hermanos de la Paz y la Caridad no escatiman en palabras de aliento y su abogado de vez en cuando, sale al cuerpo de guardia por si llegaran noticias de que el indulto se producía.

Desde la ventana del cuerpo de guardia se puede ver como a pesar del frío que a las seis de la mañana hace, hay gente en la calle esperando a ver que es lo que pasa. La Guardia Civil a caballo se encarga de que el orden se mantenga, pero la llegada del mensajero que traiga buenas nuevas se hace cada vez más de esperar.

Mientras tanto en la enfermería, el sanitario de guardia llama a la única persona que ocupa el dormitorio de los enfermos. Es el señor Casimiro Municio Agüera. Quien tras vestirse y asearse con una de las palanganas de agua que el sanitario le ofrece, sale al pasillo con su sinistra caja bajo el brazo. En la cocina pide un poco de café y una tostada que el cocinero le sirve en una mesa, sin siquiera darle los buenos días. A Casimiro no le importa, ya está acostumbrado, a fin de cuentas es su oficio, piensa:

- Y a mí que más me da, yo solo hago lo que me mandan, que para eso me pagan, si el desprecio de la gente entra en el sueldo, pues habrá que aguantarse, yo no tengo la culpa.

Son las siete y el abogado vuelve al cuerpo de guardia con el mismo objetivo que durante toda la noche ha estado haciendo. El oficial le vuelve a repetir que nadie ha llegado con buenas noticias y le hace ver que en la calle hay algo de tumulto. Vuelve a asomarse a la ventana y puede observar como una gran muchedumbre espera a las puertas de la cárcel para ver lo que pasa. Mira su reloj, son las siete y treinta de la mañana. Sale del cuerpo de guardia al mismo tiempo que ve más movimiento de personal de lo normal en los pasillos. Al pasar por el *Patio Chico* adivina entre la escasa luz, la figura de un ser siniestro que ultima algunos detalles en torno a la viga. En aquel momento parece que el corazón se le va a salir del pecho. Llega a la capilla y como toda la noche el *Rabazo* no hace más que fumar y beber café. Éste cuando lo ve llegar lo mira y le sonríe, sin decir nada. La tranquilidad que Antonio aparenta no es normal piensa su abogado.

En el reloj de la Plaza Nueva acaban de dar las ocho de la mañana, sus campanadas no han sido oídas en el convento del Pópulo, pero las puertas de la capilla se han abierto de par en par.

Cuatro guardias civiles escoltan al director de la cárcel y a dos funcionarios, todos se detienen al traspasar la entrada y es el director quien con voz alta pero entrecortada se dirige al preso que sabe ya a lo que han venido:

- Antonio es la hora, haga usted el favor de acompañarnos.

- Vamos.

Sin más, Antonio se levantó y comenzó a andar lentamente, quizás impedido por los grilletes y aunque algo nervioso, daba síntomas de sentirse muy resignado.

La triste procesión se dirigió al *Patio Chico* en donde se encontraban los representantes de la Justicia, con el Presidente de la Audiencia a la cabeza, además de los médicos forense y dos periodistas sevillanos.

Al llegar a la escalerilla del cadalso el reo se detuvo y mirando fijamente a su abogado pronunció su testamento vital, que al letrado dejo acongojado.

- Don Adolfo, usted ha hecho todo lo posible por salvarme. Si yo hubiera hecho lo mismo por aquellas pobres criaturas, ninguno de los dos estaríamos aquí. Ahora me toca a mí *apechar* por lo que hice, solo le pido a los que tanto daño hice, que me perdonen…

Con toda la tranquilidad del mundo Antonio Martínez Hernández se sentó en el improvisado asiento, colocado en el poste que días antes el verdugo había montado para tan drástico fin. Desde sus asientos, los asistentes presenciaban el evento en un profundo silencio, solo roto por el cantar de los pájaros, ajenos a lo que en el *Patio Chico* del antiguo convento del Pópulo se estaba celebrando.

En la calle, las voces de los ciudadanos de Sevilla en contra de aquella barbarie eran cada vez más fuertes, pero el eco de éstas no llegaba al lugar de los hechos, en donde el verdugo luchaba por conseguir que la medida del cuerpo del ajusticiado, coincidiera con el lugar en donde el radical mecanismo había sido colocado.

- A ver si acabamos de una vez.

La petición del *Rabazo* no tardaría en ponerse en práctica. Hubo que colocarle una almohadilla para que las medidas fueran las correctas. Luego el verdugo le colocó una capucha para taparle la cara, después de haberle dicho unas palabras, a las que el condenado no respondió.

- Perdóname, para que Dios te perdone.

Como era costumbre, tampoco éste le perdonó, pero a fin de cuentas, eso entraba también en el sueldo.

Los ojos del *Rabazo* ya no vieron más la luz. Solo esperaba el golpe final del garrote y todo se habría acabado. Pero el golpe final no terminaba de llegar y por su mente, a una velocidad vertiginosa, pasaba toda su vida, desde aquellas correrías por la calle de Santa Ana, hasta los amigos encontrados en la cárcel. La cara sencilla e inocente de su madre, el desparpajo de su hermana cuando la perseguía de pequeño por los recovecos del corral de su casa, su querida esposa a la que aún no le había dado un hijo, las lecciones de don Rafael en aquella Iglesia en la que gozaba con las fiestas de San Marcos. Todos y cada uno de los recuerdos de su vida se paran, al aparecer enmedio de la gran oscuridad que le proporciona la capucha, la figura de Carolina Merchán Cortés y de sus dos hijas. Ya no hay sitio para otros recuerdos. Los remordimientos invaden su pesar, y es el momento de desear la muerte, ya tan cercana, pero que parece no va a llegar nunca. Mientras la cara de Carolina empapada en sangre y los diminutos cuerpos de sus hijas degollados, parece que le están llamando.

A lo lejos, la voz de una oración le llega como si también el oficiante estuviera al lado de las tres víctimas y el rechinar de unos hierros le hace estremecerse. Un fuerte dolor en la nuca lo obliga a llevar sus manos a ésta, pero las ligaduras que le oprimen los brazos se lo impiden. El dolor es cada vez más intenso. El ahogo no encuentra alivio y solo un débil grito tras un fuerte ronquido, hace que el *Rabazo* pierda el conocimiento, dejando que sus piernas y lo que de su cuerpo queda libre, dejen de moverse, al mismo tiempo que su pantalón de color claro pone al descubierto una gran mancha de orina, producida por el gran esfuerzo de aguante, ante tan tremendo martirio.

Pero el verdugo continúa con su faena y aplica una vuelta más al torniquete de su aparato, para que el corbatín de éste termine definitivamente de

ejecutar la nefasta faena y el cuello del ajusticiado quede totalmente roto.

Un tremendo estupor se apodera de los presentes que apenas son capaces de asimilar lo que acaban de ver. Nadie es capaz de mover un dedo tras la escena vivida. Los religiosos son los únicos que de rodillas se refugian en la clemencia de Dios, para que aquel hombre haya sufrido lo menos posible. Es el verdugo el que rompe el hielo de aquella tragedia.

- Esto ya está.

Dos médicos forenses se acercan hasta donde se encuentra el ejecutado. La sorpresa del más joven de ellos al ver la cara del condenado, hace que en voz baja el compañero le advierta al mismo tiempo que lo anima.

- De éstas tendrás que ver muchas. Ánimo muchacho, tómale el pulso.

- Aún siento latidos doctor.

- Es normal, era una persona joven y su corazón aún tiene fuerza, esperaremos un poco a que se paren las palpitaciones.

Mientras el verdugo guardaba sus herramientas como si de un albañil que acaba de terminar su trabajo se tratara, el joven forense observa la cara del *Rabazo* completamente desencajada. Con la barba de más de un día haciendo contraste con una palidez que tiende a un color morado. En sus labios se observa como si de ellos tratara de emerger una ligera sonrisa, mientras su cuerpo se derrama flácido e inerte colgado de los brazos que aún están sujetos por las gruesas correas con las que fue atado.

El ejecutor de la sentencia apremia a los forenses para que terminen cuanto antes, pues tiene que recoger las correas. Estos le piden calma y el forense más experto descubre el pecho del condenado, se coloca su estetoscopio en lo oídos y tras auscultar en su pecho mueve la cabeza afirmativamente.

Los Hermanos de la Paz y la Caridad se acercan al patíbulo con el fin de recoger el cadáver, para darle cristiana sepultara. Mientras, los asistentes a la dantesca representación abandonan el *Patio Chico* en un profundo silencio.

Algunos como los dos periodistas que asistieron al acto se acercan hasta el abogado para transmitirles su pesar. También lo hace el Presidente de la Audiencia, quien no se sorprende de la contestación del letrado.

- Señoría creo que no es momento de dar pésames, por lo que tal vez se podía haber evitado.

- Créame que lo siento señor abogado, usted ha hecho un buen trabajo.

El abogado no respondió al magistrado, simplemente hizo una especie de

reverencia para dirigirse a uno de los Hermanos de la Paz y la Caridad.

- Disculpe hermano. ¿En dónde lo van ustedes a enterrar?

- Esta misma tarde en el cementerio de San Fernando.

La bandera negra ya había sido izada en la puerta del penal y la muchedumbre que se concentraba en sus alrededores estaba cada vez más exaltada teniendo la fuerza pública que ponerse en guardia, pues se temían disturbios.

Los gritos de las personas que desde muy temprano se concentraron en las inmediaciones de la calle Almansa, así como cerca de la puerta de la cárcel, eran cada vez más fuertes y la Guardia Civil sable en mano y a caballo, trataba -sin cargar de momento- de contener a los revoltosos.

Pero cuando las autoridades encabezadas por los magistrados asomaron bajo el quicio de la puerta principal, tuvo la Benemérita que emplearse a fondo para evitar que estos fueran agredidos. Los insultos eran abundantes pero también algunas piedras hicieron blanco en la carrocería del coche, en el que los miembros del Tribunal trataban de alejarse.

A sablazo limpio, los jinetes de la guardia trataban de disuadir a aquellas personas que se manifestaba en contra de una pena de muerte, que ya había sido ejecutada. Los insultos eran cada vez más abundantes, como también lo eran las cargas que la fuerza pública ejecutaba contra los alborotadores. Solo al ver salir al abogado, estos pararon y los insultos pasaron a ser elogios y aplausos, teniendo éste que dirigirse a los allí reunidos para tratar de apaciguar los ánimos.

- Por favor amigos, lo que esta mañana ha pasado ya no tiene remedio. Vuelvan ustedes a sus casas que aquí lo único que puede ocurrir es una desgracia que tengamos que lamentar. De todas formas, gracias por el apoyo que me han dado.

Corre una ligera brisa que desde el Guadalquivir invade toda la ciudad hispalense. Adolfo Rodríguez Jurado se abrocha su abrigo y se sube el cuello, luego se coloca el sombrero y por la calle de Zaragoza se encamina hasta su casa, en donde su mujer lo espera en compañía de sus padres, quienes han preferido pasar la noche con su nuera.

Por el camino va pensando en el tremendo trance en que se ha visto envuelto. Nunca pensó que aquello le fuera a ocurrir a él. Estaba como en una nube, la cara de *Rabazo* cuando le dijeron que ya había llegado su hora no se le quitaba de la cabeza. Era una cara de resignación, pero al mismo tiempo de pena y de miedo. Era como algo irreal que parece que no está pasando, como a él mismo que le parecía que aquella noche solo había sido un mal sueño.

Al oír la campanilla de la cancela la criada corrió a abrir. Si hubiera sido en otra ocasión hubiera pensado que por la cara que traía parecía que venía del

Rocío, pero no, aunque aquel rostro demacrado era el mismo que el que viene de pasar una noche de juerga, esta vez no eran las copas ni la fiesta lo que deterioraban el rostro del abogado, era el abatimiento de una trágica noche.

Su esposa y su padre recibieron a aquel abogado que en su mente traía implícito el horror de ver como se le quita tan fácil la vida a una persona.

- Adolfo cariño ¿que tal estás?

- Mal querida, muy mal.

- Por qué no te echas un rato, habrás estado toda la noche sin dormir.

- No, me voy a lavar un poco y me iré al despacho, tengo cosas que hacer.

Una hora después, el abogado de Antonio Martínez Hernández estaba en su despacho tratando de ordenar papeles en medio de una moderada depresión. Pero el trabajo no le hacía olvidar los hechos tan importantes vividos y en tan poco tiempo.

Sin que nadie llamara, la puerta de su despacho se abrió apareciendo tras ella su amigo José Jiménez Candau, sintiendo un gran alivio por aquella visita.

- Adolfo me supongo que necesitas mucho apoyo en estos momentos, he venido para dártelo. Creo que ahora es cuando los amigos tienen que estar en su sitio.

- Gracias Pepe. Si quieres que te diga la verdad estoy como si hubiera sido yo el condenado. Me lo esperaba, pero presenciar la ejecución de un hombre es lo más cruel que he visto en mi vida. No te puedes imaginar la sangre fría del verdugo.

El día llega a su fin en Sevilla. Una triste ceremonia, casi clandestina, se está celebrando en el cementerio de San Fernando. Unos obreros con camisola azul han cavado una sepultura y al lado del gran agujero, un féretro de madera de mala calidad es rodeado por sendas sogas para descenderlo a las profundidades. Un cura de los Hermanos de la Paz y la Caridad, reza un responso en latín y como únicos dolientes, el abogado Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, acompañado de su amigo José Jiménez Candau.

El agua bendita del hisopo da por finalizada la ceremonia y el único doliente de aquel triste entierro, arroja un puñado de tierra sobre el féretro ya introducido en la tumba. Las palabras del sacerdote que está al lado del abogado, se dejan oír entre el estridente ruido de la tierra contra la madera del ataúd.

- Que Dios lo tenga en su gloria.

En la tarde fría del invierno sevillano el sol se refleja en el monumento mortuorio de Joselito el Gallo, muerto en Talavera de la Reina el 16 de mayo de 1920, contrastando con la humilde sepultura del ajusticiado *Rabazo*.

Los dos únicos asistentes a tan pobre duelo, se quedan mirando al monumento del inmortal torero. Vuelven la mirada hacia donde a lo lejos, los sepultureros aún siguen en la faena del enterramiento al que ellos asistieron.

Los dos amigos piensan en la gran diferencia entre el diestro y el condenado. Pero la muerte de ambos vino por la vía más rápida y sin que la providencia diera su consentimiento.

Sea gran torero o despreciable asesino, *La muerte a todos nos deja en el mismo lugar.*

EPÍLOGO

En la estación de Guadalcanal el silbido del tren al salir del túnel de Hamapega hace que los viajeros que se dirigen a Extremadura se sitúen en el andén desde el que ven aparecer el convoy que ya cruza el puente de la carretera de Malcocinado.

Algunas mujeres con fardos bajan perezosamente de los vagones de tercera categoría, mientras de los de primera se baja un elegante señorito de traje gris, sombrero de fieltro negro y abrigo en los hombros. Es el único viajero que se apea con el fin de quedarse en el pueblo.

Del vagón de correos los funcionarios dejan las valijas y paquetes que han de llegar pronto a la oficina del pueblo. Uno de estos paquetes llama la atención de uno de los funcionarios que acuden a recogerlos. Es un paquete de ocho o diez periódicos atados con una cuerda de esparto, pero que deja a la vista la cabecera del vespertino *ABC*. En él se puede leer a grandes titulares una noticia que no por esperada, es menos importante.

- Ejecutado a garrote vil, el asesino de la casilla de Cazalla.

El señorito de traje gris que parece esperar a alguien, también se fija en los titulares del periódico, pero no hace ningún comentario ante la exclamación del funcionario de correos. Ya estaba bien informado de lo ocurrido aquella mañana en la capital hispalense y para él los titulares de los diarios estaban de más.

El jefe de estación da la orden de salida al tren y tras un potente silbido éste se pone en marcha desapareciendo por la *Cuesta de la Horca*, mientras el señorito del traje gris sigue esperando en el andén hasta que se le acerca

alguien que le pregunta.

- Usted dispense, ¿es el comandante don Luis Castelló Pantoja?

- Si yo soy.

- Me ha mandado su hermano el señorito don José a buscarlo con el carro, si tiene usted la amabilidad de acompañarme lo tengo al otro lado.

- Bien, pues lleve usted a este Luis a casa de su hermano.

Los dos hombres cruzaron el pequeño vestíbulo en donde aún había gente organizando sus equipajes o sacando billetes para el próximo tren.

A la derecha de la puerta que da a los andenes un gran reloj de estilo ingles marca las trece horas, que el recién llegado comprueba con el que él lleva en el bolsillo de su chaleco.

Un factor desde dentro del despacho de billetes lo reconoce y lo saluda asomando la cabeza por la ventanilla expendedora. A la izquierda dos hombres discuten sobre el peso de una valija de lana, que comprueban en la báscula que hay frente a la puerta que da a la salida del vestíbulo.

Una berlina tirada por un hermoso caballo tordo les espera a la salida. El comandante Castelló sonríe, al mismo tiempo que suspira de emoción al encontrarse de nuevo en el pueblo que le vio nacer. Recorre con su mirada el extenso paisaje que desde lo alto de la explanada de la estación se divisa y va identificando todo lo que en otros tiempos, tal vez ni siquiera hubiera reparado en ello.

La curva de la carretera de Malcocinado, tras ella la sierra de *Hamapega* y el valle de *La Umbría*, a sus pies el cortijo de *Villa Susana*, San Benito y *la Maquinilla*, recién construida para elevar el agua que abastece a los trenes. El Coso en primer lugar y el caserío del pueblo protegido por la sierra del Agua, que emerge como una enorme muralla.

Por la polvorienta carretera que baja hasta Tres Picos, el recién llegado va distinguiendo los lugares que se abren a su paso. En los huertos al otro lado de la cuneta, puede distinguir a los que en ellos trabajan, que lo saludan sin siquiera conocerlo. Él les responde agitando la mano y el carrero le hace saber de quien se trata.

- Ese que está con los burros es Gabriel, el *Arrastrapastos* no se si se acordará usted de él.

- Como me voy a acordar de todas las personas que viven en el pueblo hombre de Dios, si llevo ya tantos años sin venir por aquí.

Al llegar a Tres Picos, el carro torció por la calle de la Dehesa hasta

llegar a la de Tres Cruces, luego bajó por la de San Bartolomé, hasta llegar a los Mesones, donde paró en la puerta de la casa de su hermano, en donde éste le estaba esperando.

- Ven a mis brazos héroe de África y terror de los esbirros de Ab-del-krim.

- Me da mucha alegría de veros a todos. Además estáis que no han pasado años por vosotros, no se si será el aire de la sierra o este precioso patio que a mi tanto me gusta.

La campanilla de la cancela sonó y una criada atravesó aquel bello patio de mármol para ver de quien se trataba. Al poco tiempo la sirvienta se acercaba con un ejemplar de un periódico en la mano que alguien había traído.

- Señorito han traído el periódico.

José Castelló hizo una señal a la sirvienta para que ésta le dejara el ejemplar en la mesa de su despacho, pero fugazmente vio el titular de la primera plana y extendió la mano para que se lo entregara.

- Trae, trae.

Leyó en voz alta el titular que su hermano ya había leído en la estación y la criada no pudo remediar un sollozo ahogado.

- Vaya hombre, ya han ejecutado a ese mal nacido. Ya era hora. Y tú no llores que no merece ninguna lágrima, ese primo tuyo

- Usted perdone señorito, pero es que no lo he podido remediar.

- Está bien, anda, anda, vete a hacer tus cosas.

En el transcurso de la comida solo la esposa de José Castelló se atrevió a hacer algún comentario sobre la ejecución de aquella mañana, pero su marido le exigió que no era tema para tratar en la mesa y más estando su hermano sentado en ella.

Poco a poco en el salón del Casino, los comentarios sobre la muerte de *El Rabazo*, eran los mismos en cada uno de los corrillos que se formaban, haciéndose más numerosos conforme avanzaba la tarde.

En la mesa de la ventana que da a la Almona, Federico servía café pero, más que a su trabajo, ponía atención a José de la Hera que leía en voz alta los artículos relacionados con la ejecución de Antonio Martínez Hernández, al igual que todos los asistentes que escuchaban en un sepulcral silencio.

- *Sevilla jueves 7 de febrero de 1924. Esta mañana ha sido ejecutado Antonio Martínez Hernández (A) el Rabazo. Durante toda la noche el reo ha estado acompañado en su capilla por los Hermanos de la Paz y la Caridad, así como por*

el capellán de la prisión y otros sacerdotes y religiosos de diversas órdenes, además de su abogado defensor, don Adolfo Rodríguez Jurado de las Heras, quien no se separó en toda la noche del condenado. A las 8 en punto el capilla le indicó al reo que había llegado la hora trágica. El Rabazo se puso de pie, dijo vámonos, y comenzó a caminar lentamente, dirigiéndose hacia el patio de la cárcel donde se había levantado el patíbulo. Entre las manos llevaba un pañuelo blanco que le tapaba los grilletes para facilitarle la marcha. El reo aún cuando se notaba algo nervioso, daba muestras de gran resignación. Durante la noche dijo a sus compañeros que no tenía esperanza alguna de que se le concediera el indulto. El verdugo estuvo solo, pues nadie le ayudó a levantar el siniestro artefacto y clavar el palo. Al triste acto solo asistieron, además del personal y funcionarios judiciales los periodistas sevillanos don Antonio López, don Fernando López Groso y don José de la Flor como vecinos de Sevilla.

La noticia de la ejecución de *El Rabazo,* así como la narración periodística, dejó a los asistentes del salón del Casino atónitos. Parecía como si el silencio que se había hecho al acabar José de la Hera su lectura, fuera como un homenaje póstumo a la persona ejecutada.

La voz autoritaria de Luis Castellano de Rivera, se dejó oír sin que sufriera ninguna contradicción por parte de aquellos que de una u otra forma, no estuvieran de acuerdo con la pena de muerte.

- Se ha hecho justicia y se ha cumplido. Así es como se hacen las cosas.

Rogelio Vázquez que se encontraba sentado en una de las mesas más próximas a la salida, sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de un real, la dejó al lado de su taza de café y salió sin que nadie apreciara su ausencia y en consecuencia, la indignación que las palabras de Castellano le habían causado.

Jadeante subió por la calle de Valencia llamó en la casa de Beatriz, quien al verlo ya sabía lo que pasaba. Rompió en un sollozo que solo el calor de algunas vecinas pudo ahogar.

Desde la sacristía de la Iglesia de Santa Ana, el párroco pudo oír como alguien le llamaba. No pudo distinguir la voz del boticario, pero al verlo asomar por la puerta del altar de San Ignacio, comprendió que aquella visita no era nada más que para confirmar lo que ya se esperaba.

- Me temo que me trae usted la peor de las noticias, ¿no es cierto don Rogelio?

- Así es padre, no ha podido ser. Solo nos queda rezar por ese pobre desgraciado y que Dios lo haya acogido en su seno.

- Me cuesta mucho admitir lo sucedido, pero si las cosas pasan porque Dios así las quiere, lo más lógico es que en algo los hombres nos hemos equivocado. Yo

conocía a ese hombre y nunca hubiera pensado que hiciera lo que hizo. ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué?

- Porque tal vez también los demás tengamos algo de culpa.

La noticia del ajusticiamiento del *Rabazo* ya era conocida por todo el pueblo. Muchos demostraban sin pudor su satisfacción, otros entendían que aquello tenía que pasar. En la casa de Manuel se vivía una gran amargura, Julia en cuanto se enteró acudió a estar junto a su tía Pura y su prima Joaquina.

Joseito el monaguillo llamó a la puerta se limitó a dar el recado que el párroco le había encargado.

- Que me ha dicho don Rafael que esta tarde dirá un funeral por tu hermano.

No fue mucha la gente que acudió al funeral, que apresuradamente organizó Rafael Ordóñez, párroco de Santa Ana, pues su intención era hacerlo antes de que alguien pusiera incómodos impedimentos, pues estaba convencido que había grupos opuestos al reconocimiento ante Dios, de un criminal como el *Rabazo*.

También la forma de dar aviso era muy apresurada, pero al repique de campanas muchos vecinos se acercaron a la Iglesia de la cuesta.

Sentados en los primeros bancos justo delante del altar de San Marcos, estaban Rogelio Vázquez, Ricardo Marín y Eusebio Márquez, Julia y su hermana Alegría, acompañaban a su tía Pura y a su prima, quien de camino a la Iglesia tuvieron que soportar las vejaciones de los de siempre. También Pepa la *Polinaria* y su cuñada Manuela se situaron cerca del altar.

Terminada la lectura del evangelio, el párroco subió al púlpito, se mantuvo en silencio durante un largo rato y con las manos entrelazadas se dirigió a los feligreses:

- Queridos hijos, hoy no va a ser mi predicación sobre los versículos del Santo Evangelio. Quiero haceros participes de la misión que el creador de todo nos encomendó al morir en la cruz, cuando dijo aquello de perdónalos señor porque no saben lo que hacen. Hoy nos encontramos aquí para saber perdonar y para pedirle a Dios nuestro señor por esa persona, que todos conocíamos y con la que hemos convivido, para pedirle que lo perdone porque él tampoco sabía lo que hacía, aquel fatídico día en que arrebató tres vidas.

Tras la bendición, algunos se acercaron a Pura, a Joaquina y a Beatriz para darles el pésame. Otros optaron por no pasar por el trance de tener que decir lo que verdaderamente no sentían y los menos, trataron de animar a aquellas tres mujeres que nada habían tenido que ver en la desgracia en que se habían visto

envueltas.

De todas las palabras de aliento que aquellas dos mujeres recibieron, una frase se le quedaría a Joaquina grabada en la mente para toda su vida. Fue la que Rogelio Vázquez pronunció al acercarse a ellas con aquella elegancia que le caracterizaba.

- Mis queridas Pura y Joaquina, Antonio ha pagado las consecuencias de lo que hizo. Ahora somos los que estamos aquí, los que tenemos que pensar, si también nosotros tuvimos algo de culpa. Pero vosotras podéis ir con la cabeza alta. Ánimo. A ti Beatriz, te digo lo mismo.

Ya casi nadie quedaba en la Iglesia, cuando Joaquina distinguió, con la media luz que daban las velas que ya se estaban apagando, a María Josefa, que se acercaba hasta ellas.

Esperaron a que llegara y cuando lo hizo, las cuatro mujeres, sin decir una sola palabra, se abrazaron en medio de la Iglesia, donde sólo se oía los sollozos de desconsuelo y pena, de todas ellas.

Don Rafael, que salía de la sacristía poniéndose el bonete, se detuvo ante la escena que estaba contemplando. Sólo hizo un comentario que nadie pudo oír.

- El perdón de estas cuatro víctimas, hace que la pesadilla haya terminado.

Este libro se terminó
de escribir el día
XXVI -VII - MMXV
festividad de Santa Ana